00101859

THE
ASIATIC SOCIETY OF BOMBAY
TOWN HALL, BOMBAY-400 023.

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 25 June, 2016

COLECCION
DE LAS OBRAS SUELTAS,
ASSI EN PROSA, COMO EN VERSO,
DE
D. FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.
DEL HABITO DE SAN JUAN.
TOMO X.

101859 al

LIBRARY OF THE ROYAL ... SOCIETY ...

...*Quod tentabam dicere versus erat.*
OVID. Trist. lib. IV. El. X. v. 26.

CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS.

EN MADRID: Año de M. DCC. LXXVII.
EN LA IMPRENTA DE DON ANTONIO DE SANCHA:
En la Aduana vieja, donde se hallará.

00101859

LA VEGA
DEL PARNASSO,
PARTE II,
POR EL PHENIX DE ESPAÑA
FREY LOPE FELIX
DE VEGA CARPIO,
DEL HABITO DE SAN JUAN,
PROCURADOR FISCAL
DE LA CAMARA APOSTOLICA.

OBRAS
CONTENIDAS EN ESTA SEGUNDA PARTE
DE LA VEGA DEL PARNASSO.

ORACION en el Certamen de los Recoletos Agustinos, quando mudaron el SANTISSIMO SACRAMENTO a la Capilla mayor. Pag. 1.
SENTIMIENTOS a los agravios de Christo nuestro bien. pag. 16.
CANCION al Beato FRANCISCO DE BORJA. pag. 36.
SONETO a DON FRANCISCO DE LA CUEVA Y SILVA. pag. 39.
CANCION a S. PEDRO NOLASCO. pag. 40.
CANCION en la eleccion del Eminentissimo Cardenal MONTI. pag. 43.
CANCION al Bienaventurado SAN JUAN DE DIOS. pag. 45.

Co-

COMEDIA, EL DESPRECIO AGRADECIDO. pag. 51.
AMARYLIS, EGLOGA. pag. 147.
SONETO de Doña CLARA CLEMENTA y del Maestro BURGUILLOS. pag. 192.
PHYLIS, EGLOGA. pag. 193.
COMEDIA, EL AMOR ENAMORADO. pag. 212.
ISAGOGE a los Reales Estudios. pag. 308.
ORACION, que hizo Don Antonio de Otero y Lanoye en unas Conclusiones, que tuvo delante de sus Majestades. pag. 331.
DIALOGO MILITAR à honor del Excelentissimo Marqués ESPINOLA. pag. 337.
FELICIO, EGLOGA PISCATORIA en la muerte de Don Lope Felix del Carpio y Luxan. pag. 362.
COMEDIA DE LA MAYOR VICTORIA DE ALEMANIA. pag. 380.
PYRA SACRA en la muerte del Excelentissimo señor DON GONZALO FERNANDEZ DE CORDOVA. pag. 468.
COMEDIA DE SI NO VIERAN LAS MUGERES. pag. 485.

ORA-

ORACION QUE FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

Hizo en el Certamen, en los Recoletos Agustinos, quando mudaron el Santissimo Sacramento a la Capilla Mayor nueva.

Con quán justa razon decir pudiera,
que no sé hablar en la ocasion presente
con lengua balbuciente,
doctissimo Senado y generoso,
imitando al Propheta,
o pedir aquel fuego, que mis labios
con brasas del altar purificára
por seraphica mano,
ya viendo mi ignorancia,
ya viendo vuestra ciencia,
puntos sin proporcion por tal distancia?
Mas quando fuera tal mi suficiencia,
que en el primero punto,
origen de mis años,
cercáran susurrando
solicitas abejas

mis labios en pronostico
de la dulce eloquencia
del gran Platon divino,
no osára hablar en casa de AUGUSTINO,
a donde solamente
pudiera con dorada lengua y pluma
el phenix de Antiochia,
el divino Geronymo,
Cyrilo Alexandrino,
o aquel Doctor Angelico de Aquino:
Mas siendo fuerza dar principio a este acto,
y obedecer a quien mandarme puede,
imitando el consejo de Bernardo,
que prepare la voz del obediente,
a la mas breve suma
reduciré la lengua con la pluma,
que no quiero cansaros por mil causas,
y porque ya los dias
intenta hacer mas breves,
tramontando la espiga
de la siniestra mano,
la hija de Titan y de la Aurora,
casi al principio que la hermosa Flora
con la mayor estrella
de veinte y seis que tiene,
rejuvenece los caducos prados
de la lluvia engañados,
a quien ya lisongera
fingida anticipó la primavera.
Yo traeré, dixo Dios por Isaías,
mi pueblo al monte santo,
y daréle alegria en la alta casa

de

de mi oracion, donde agradables sean
sobre mi altar sus victimas:
palabras que este dia, o santo templo,
os vienen tan al justo,
que parece que Dios por vos las dixo;
pues como sobre monte os han fundado,
donde a hacer oracion vendrá su pueblo,
y a ofrecer sacrificio,
dandoles alegria;
que bien se cumple en la que todos tienen
de ver, que donde nunca fue esperado,
se vuelva templo un monte, y cielo un prado.
Dios aumentó la casa
de Obededon Getheo;
porque en ella tenia el arca santa,
con abundancia de ganado y trigo;
excedieron las uvas los lagares,
que apenas de las plantas oprimidos
vertian dulce mosto;
el limpio trigo a la mitad de Agosto
las trojes ocupaba,
y el ganado las cumbres igualaba
nevando verdes montes,
donde en nubes de lana
nacia el claro sol por la mañana,
y luego por la tarde se ponia:
todo en efecto a Obededon servia.
Tal vemos, templo santo, que haveis sido,
despues que otro maná, pan de los cielos,
vino a la casa de AGUSTIN divino,
pues luego esta devota insigne villa
allanó las cavernas

destos desconcertados secos valles,
haciendo passo en dos famosas calles
las huertas se volvieron edificios
con mil hermosas fuentes,
quadros de varias flores,
cypresses altos, enramadas parras
cuyas hojas aspiran a pizarras
de suntuosas torres,
todos preciados ya de ser vecinos
de aquellos hijos de AGUSTIN divinos,
que le han seguido con los pies descalzos,
tomando de Moyses el santo exemplo,
viendo entre zarzas su divino templo:
todo se puebla ya, todo se allega
a donde está la dicha,
a donde el arca santa
fertiliza los campos,
que como pan de trigo fertilissimo
conociendo de lejos
las colmenas de miel felices bienes,
para que sea esta sagrada fabrica
la alta ciudad gloriosa,
que vió Juan en el habito de esposa,
porque como a las bodas
del divino cordero,
que ha venido galan a desposarse,
parece que este templo
candido le esperaba,
y que vienen con él los dos padrinos,
AUGUSTINO Africano,
cuyo divino ingenio es milagroso,
pues nacido en Numidia,

don-

donde todos los hombres son tan rudos,
A suyo fue de un Angel,
Monica soberana madre suya
con Perpetua su hermana,
y luego los parientes mas carcanos
el Santo Alypio, que con pies descalzos
fue el primero que entró la estrecha puerta
desta vida eremitica,
Patricia y tantas Virgenes,
innumerables Martyres
Aribagò, Clemente, Federico,
Galo, Martin, Colmano,
Honorato, Guillermo y Columbano,
Evodio, Eutropio, Angelo,
Otomaro y Guarino,
Nanto, Hilario, Paulino,
Fulgencio con Germano,
Veronica, Possidio y Adriano,
y el Santo, que era sol, y como noche
con estrellas bordaba el negro manto,
por quien trocára el dia
su color y alegria,
que donde resplandece
el sol de Nicolas, Dios amanece.
Mas ¿cómo, o sacra Religion, emprendo
referir vuestros Santos?
porque si de un relox de arena minima,
fingiendole perpetuo
en aquel arroyuelo que destila,
contar quisiera atento
los invisibles granos,
aun fueran pensamientos menos vanos,

que

que el querer referir los hijos vuestros,
que ceñidos de esplendidas diademas
cantan epiphonemas
al gran Jeová divino:
pues qué si tantas ordenes,
que siguen los preceptos de AUGUSTINO,
aunque todas aqui las imagino
con habitos diversos
en el circulo negro de una cinta,
acompañando estas felices bodas,
y él dando luz a todas
por su ecliptica santa,
como suele dorar el sol los signos,
pues en sus epicyclos soberanos,
que no en terrestres nichos,
mansiones del Empyreo,
reciben otros rayos,
donde sienten desmayos
de amor de fuego seraphines puros,
que en gloria bañan los celestes muros.
Soberano pastor, luz de la Iglesia,
vos escribis de vos, que quando Eulogio
vuestro amado discipulo
enseñaba Rhetorica en Carthago,
le aparecistes una noche en sueños,
y de Tulio un lugar le declarastes.
¡quién de vos mereciera tanta dicha!
no ya para lugar Ciceroniano,
para AUGUSTINO sí, como lo es este,
que aunque parece material, encierra
tan soberanos emphasis y enigmas,
que exceden á los circulos Platonicos,

no en artificios Doricos, ni Jonicos
de architectura Griega,
ni moderna Romana,
sino en mayor grandeza que la humana,
siendo lugar, que ya se santifica
al culto del Dios grande,
y a su eterna alabanza se dedica,
donde imitando la divina Iglesia,
para siempre Triumphante,
tenga la que hoy consagra Militante
este santo Convento
cortesanos tambien que a todas horas
canten sus alabanzas
con voces tan sonoras,
que ayuden los espiritus Angelicos,
para que mientras en aqueste prado
passaren vanidades,
que por la tarde enojen a los cielos,
canten a media noche
disculpas estos Padres
a la Deidad divina,
una en essencia, y en personas Trina:
No te acuerdes, diciendo
en el harpa templada
del pastor de Belen, *de la ignorancia
de nuestra juventud.* Y este Convento
llamarémos Penelope divina,
pues la tela viciosa, que la humana
texiere por el prado todo el dia,
desharán por la noche
musicas de oracion y diciplina,
en la ira de Dios lyra divina.

Des-

Despues de veros, templo santo, estuve
dudando el nombre, que pudiesse dar
a la dedicacion de aqueste dia.
Pero podré llamarla *Epiphania*,
pues fue definicion de vuestro padre:
porque si a quatro fiestas de la Iglesia
dan este alegre nombre,
como es en la venida de los Reyes,
a quien tan nueva estrella conducia
al niño Dios en brazos de MARIA;
al Bautismo de Christo
en el Jordan, entonces claro espejo
del Padre, y del Espiritu divino,
que el uno se miraba
en el Hijo, que tanto le agradaba,
y el otro en la persona
de quien como amor puro procedia
con el Eterno Padre,
que quiso, pudo y supo
comunicarse, dando
la plenitud de su grandeza eterna.
Y si llaman tambien Epiphania
la conversion del agua
en excelente vino,
que la falta suplió de architriclino,
y el gran milagro de los cinco panes,
que juzgaba Phelipe ser tan pocos:
por las mismas razones, templo santo,
este nombre os conviene,
las mismas causas vuestra fiesta tiene.
No parece que os han edificado,
y parece que sois aparecido,

pues

pues sin dar pesadumbre ni molestias,
por manos de los mismos Religiosos,
que es decir poco menos de los Angeles,
pues poco menos fue criado el hombre,
digno de la excelencia deste nombre,
apareceis a ser farol del prado
con rayos mas suaves,
para que no se pierdan tantas naves.
No hay un ladrillo en vos, no hay una piedra,
que un corazon no sea
de un padre desta casa:
con tal ansia y amor se ha puesto en ella,
que como en otros templos las insignias
se ponen de los Santos,
parrillas a Laurencio, a Andres el aspa,
a Pedro thiara y llaves,
a Diego la venera,
a Estevan piedras, a Francisco llagas,
y el leon a Geronimo:
el Corazon, que es armas de Augustino,
no solo puede coronar las puertas,
pero estarán los de sus hijos todos
en cada piedra vuestra
de su amor filïal ardientemuestra,
pues para conducir Reyes ¿quién duda,
que como nueva estrella
conducireis al gran Phelipe Augusto
al Principe de España,
y al Infante Fernando,
Austriado honor de la Romana purpura,
sol que nace a la Iglesia de Toledo,
a visitar a Dios sacramentado,

mas encubierto que en humildes fajas,
a mi en viriles, y en Belen en pajas:
pues al bautismo santo,
por la parte que al vuestro debe tanto
la, Iglesia, defensor de sus verdades,
AGUSTIN soberano,
nombre de Epiphania le conviene,
y por las bodas de cordero esposo,
y el milagro tambien de architriclino,
pues en su sangre transubstancia el vino,
y por los cinco panes
mayor milagro en solo un pan tenemos,
pues que no cinco mil, mas todo el suelo
y hasta los mismos Angeles del cielo
comen, sobrando todo
por inefable modo.
Luego esta fiesta, en que este templo santo
se aparece este dia,
se llamará *Augustina Epiphania*,
y por el mes tambien de Augusto Cesar,
a quien fue dedicado,
pues en Agosto la consagra el prado.
O pudiera llamarse
esta solemne fiesta
Encenia, pues parece
a la que Juan escribe;
si bien por el Deciembre diferente,
por ser en el sucesso semejante,
pues renovando el templo,
que profanó con idolos Antioco,
limpio le dedicó con tanta fiesta
el Capitan valiente Macabeo

al

al Diós de las batallas;
assi vos, templo, renovado ahora
del viejo prado Antioco
ya profanado de amorosos idolos;
dedican de AUGUSTINO
los soldados valientes,
que descalzos militan
en su divino templo,
y como entonces fue purificado
lo que de ahora el prado
de sus locos y vanos sacrificios,
dragon vuelto en ceniza
del Jonathás Dios hombre,
y desterrada para siempre Venus,
quemandole las flechas
al Cupidillo humano
aquel amor divino,
que dió su cuerpo en pan, su sangre en vino.
Quede pues o con este, o aquel nombre
por celebre esta fiesta,
y pues que por Agosto
Christifera llegó la primavera
del mas puro Cordero conducida
reciba todo nueva gracia y vida;
que si el de Colcos en el cielo imagen
passó por el estrecho, que divide
el Asia de la Europa,
el mar de su passion este Cordero,
aquel fingido, y este verdadero.
En fin al prado vino
triumphante Christo eterno,
como en el cielo assiste

a la diestra del Padre,
que por generacion le comunica
essencia en sí existente,
no aguarde al Marzo, ni que el sol caliente:
El animal, que dió con la codicia
del oro de su lana
principio á que la mar fuesse oprimida
de voladores montes,
preñados de hombres y armas,
que paren en remotos horizontes,
sino en los fines de la bella Astrea
su primavera sea,
vistanse de hojas alamos y sauces,
sus huertas y jardines de violetas
y candidos narcissos,
como primeras flores,
en que pone los pies Abril florido.
Canten dulces amores
al dios de amor las aves,
trinando acentos entre pausas graves,
y olvidando su pena,
enamore los ayres Philomena,
acuerdese que vió triumpho tan alto,
que nunca le esperó, porque se ha visto
entrar Reyes y Reynas,
la bella Margarita
santissima señora,
cuyas virtudes grandes
cantan los cielos, y la tierra llora,
la Princesa de España,
la divina Isabela,
que de lo que nos cuesta, nos consuela

por

por nuestra felicissima Doña Ana,
y flor de lis, y entonces flor Hispana,
por lo menos no ha visto
entrar por arcos de Angeles a Christo
supremo Rey de Reyes,
y llevando delante
las armas de su Iglesia Militante,
y en imagenes santas
su Madre, a quien ofrecen bendiciones
quantas varias naciones
los Tropicos encierran,
quantas la linea Equinoccial divide,
y desde el Glacial al mar Antarctico,
mientras al claro sol siguieren dias
y las estrellas a la escura noche,
y las de Nicolas de Tolentino
como sol de la Iglesia de Augustino,
y honrando, de él honrado,
deste laurel el triumpho
el noble Regimiento
de aquesta insigne villa,
y a ella el Presidente de Castilla,
ilustrissimo Principe, y Fernando,
gloria y honor del nombre de Azevedo,
a quien mis Musas deben
eternas alabanzas.
Mas porque ya las justas esperanzas
de tanto insigne ingenio en la Poesía
se cansarán por dicha de la mia,
por aguardar el premio de la suya,
sirva de breve epilogo,
introduciendo el santo Patriarcha

de

de tantas religiones Augustino
en forma de aquel Rey, que dedicando
el mas excelso templo,
figura de la Iglesia,
que deja atras la maravilla Ephesia,
ni vió la gran Carthago,
Getulia ni Apolonia,
de Juno, Apolo y Jupiter,
diciendo: Señor mio,
escucha mi oracion, pues h mnos oyes,
para que estén tus ojos
abiertos siempre sobre aqueste templo,
desde que salga el dia,
hasta que ausente el sol la escura noche
a su prision le lleve,
pues fue palabra tuya,
que en él escucharias
las oraciones de tu siervo humilde.
Esto dixo en el templo
Salomon, y Augustino
repite a Dios los mismos hymnos santos
para que deste nuevo
jamas quite los ojos,
y escuche de Madrid las oraciones:
pues aunque dixo ya por Isaías
que es el cielo su solio, y que es la tierra
alfombra de sus plantas,
aqui tambien habita:
este será su cielo,
de quien comenzaré las alabanzas,
para que suplan la rudeza mia,
pues que tales ingenios las escriben,

y las juzgan tambien tales jüeces,
que si alabarlos mi instituto fuera,
el dia me faltára,
y la segunda aurora
reprehender pudiera mi locura.
Porque ¿ quáles elogios
bastarán a decir tantas virtudes,
noblezas, letras, partes,
que no tienen igual? Y assi comienza
la Justa con su nombre,
y con licencia suya,
si Apolo celestial, no el que es mentira
desde la esphera de cristal me inspira,
a donde está cifrado
para nuevo pastor de nuestro prado.

SEN-

SENTIMIENTOS
A LOS AGRAVIOS
DE CHRISTO NUESTRO BIEN
Por la Nacion Hebrea.

A La nueva passion del impassible,
al acto mas cruel y mas piadoso,
al rugido amoroso
del leon invencible,
que las piedras movió Cordero mudo,
y ahora un hombre con hablar no pudo:
Ofrezcan hymnos las llorosas Musas,
aunque sin la deidad dulces despojos,
conviertanse los ojos
fuentes de amor difusas,
y sean, para ser limpios y tersos,
lagrimas letras, y suspiros versos.
Como quando bañó las santas aras,
los Angeles de paz distilen penas
en rosas y azucenas
de sus divinas caras,
sino al dolor, a la memoria triste,
pues ya a la diestra de su Padre assiste.
Y vos por Angel, Balthasar divino,
la misma obligacion teneis ahora,
llorad pues sois Aurora
de un cielo cristalino

que

que bien merecen por divinas leyes
penas de Christo lagrimas de Reyes.
Y si a los Reyes anticipa el cielo
el claro entendimiento a las edades,
que son las majestades
deidades en el suelo;
en consultando vuestra amada Oliva
sabréis la causa, en que el dolor estriva.
Desde luego aprended a ser defensa
de la Iglesia de Dios, Principe Hispano,
alzad la tierna mano
y reprimid su ofensa,
causa es de Dios; y vuestro zelo arguya,
que hará la vuestra, como hareis la suya.
Esso es ceñiros con la misma vida
contra la gente a Christo revelada
la corona y la espada,
que en viendoosla ceñida,
a todos cubrirá mortal desmayo,
porque en manos de un Angel será rayo:
Que yo por el honor de que el primero
he sido, que os dedica, aunque de passo,
las flores del Parnasso,
lo que alcanzar no espero,
remito a tanto ingenio, a quien hoy baña
las doctas sienes el laurel de España.
Canta, Musa, el dolor, llora la afrenta
oygan Angeles y hombres, tierra y cielo,
con vivo desconsuelo
se imprima, escriba y sienta;
y aunque conste de numeros el canto,
llore versos la voz, y cante el llanto.

Turbese el cielo, el sol que resplandece
  a eclipse tan violento se permita,
  que el grande Areopagita
  diga que Dios padece,
  o que de los candados de oro y plata
  la maquina del mundo se desata.
La dura tierra y sus fecundos senos
  tiemblen de horror a donde mas inmobles,
  desde las palmas nobles
  a los fragiles henos,
  y por su verde alfombra de colores
  marchiten ramas, y desmayen flores.
Mas si David a esteriles condena
  de Gelböe los campos y horizontes,
  no alcanze a nuestros montes
  mas daño que la pena,
  que aunque obligue a mayor el acto impio,
  pues suda sangre el sol, tendrán rozio.
Que si buscaba su querida esposa
  la cabeza de aljofares cubierta,
  como amanece abierta
  Alexandrina rosa,
  ahora en viva purpura bañado
  rojo clavel, que no jazmin nevado:
Hagan lugar las fieras al portento
  de un animal jamas entre ellas visto,
  pues en su cuna a Christo
  ya respetó su aliento,
  y el desta fiera con veneno tanto
  turbó la luna de su espejo santo,
Pero no le querran aspides Scythios,
  escondiendose dél los mas silvestres

en concavos alpestres
de sus escuros sitios,
que negando su hechura en su fiereza,
aun dél se esconderá naturaleza.
Si el marmol de la rigida coluna
cera no se volvió la vez primera,
fue porque no pudiera
hallar dura ninguna,
y quiso merecer en aquel acto
la digna adoracion de su contacto.
Mas este ingrato siempre a sus regalos
aun ahora con alma endurecida
del arbol de la vida
pretende el fruto a palos,
que como ve que su rigor no mueve,
ya no llueve maná, que sangre llueve.
El vino celestial, y el pan sagrado,
que angelico maná bajó del cielo,
arroja por el suelo
del leño atravessado,
y como de la sangre se halla indino,
despues que arroja el pan, derrama el vino.
Los pies al cielo, la cabeza al suelo
cuelga el cordero, ¿ qué señal mas clara,
que desollar prepara
la piel del sacro velo,
piel virgen de la siempre Virgen bella,
que un ingrato vendió y otro desuella?
Cubrióse de rozio el vellocino
de Gedeon, y aqui de sangre pura,
para señal segura
de que el cordero vino,

mas este como hereda sus enojos,
mas cree a sus avuelos que a sus ojos.
Si a perturbar la envidia del profundo
el natural derecho se adelanta,
¿por qué nadie se espanta
que anda al reves el mundo,
pues vemos ya tan al reves el cielo;
que anda su autor la frente por el suelo?
Fue Pedro la figura deste dia
levantados los pies crucificado,
mas no muerto azotado:
cobarde tyrania,
que nunca sus passados intentaron,
pues sus difuntos huessos respetaron.
Como quien borra lo que tiene escrito,
y entre renglones pone lo que inventa,
añade afrenta a afrenta,
y delito a delito,
porque se vean mas, porque mas pene
los que ahora le da, que los que tiene:
Purpureos estampó duros matizes
sobre los muchos que en su cuerpo havia,
porque secas tenia
las rojas cicatrices
como quien lo dorado sobredora,
si por alguna parte se desdora.
Execrable creció su furia enorme
las llagas, que sus golpes renovaron,
pues no solo llegaron
al numero conforme,
pero excedieron fieros y inhumanos
deseos fuertes a cansadas manos.

Que

¿Qué Barbaro del monte de la luna
al trópico sujeto de Amaltea,
o el sol tuesta en la Nea
de Arabica laguna?
¿qué Anzique en los desiertos de la Nubia,
que el Zayre baña con arena rubia?
Qué Bracamano, qué Abarimo fiero
tuviera tal rigor? ¡O sangre santa!
que derramando tanta
el celestial Cordero,
a donde está glorioso le parece,
que hace falta a su amor, sino la ofrece.
Otra vez quieres, fementido Hebreo,
sobre tus hijos la que Dios derrama:
pues tanto a Dios inflama
de tu vida el deseo,
que aun ahora tendrá sangre que darte,
si quieres de su sangre aprovecharte.
Aquella que sacó la dura lanza,
y de manos y pies los dulces clavos,
alli redime esclavos,
y aqui toma venganza,
pues duran hoy de Tito las ruinas,
efecto de sus lagrimas divinas.
Lloró Jerusalen su prophecia,
cubrió sus muros sangre, polvo y hiedra,
que piedra sobre piedra
apenas vió, quien via
de tanta torre al sol, tantos reflexos,
que eran muchas ciudades desde lejos.
Vos, divino Señor, la derramada
sangre, que en este no surtió su efecto,

ve-

vereis con vivo afecto
en nosotros lograda,
pues sacaréis en vuestro honor y gloria
de tanto deshonor tanta victoria.
Veréis como el Catholico Phelipe
honra vuestra deshonra, y a su exemplo
tanto sagrado templo,
que el cielo participe
de tanta inundacion de sacrificios,
que vuelvan las ofensas beneficios.
Vereis la sierpe desse cuerpo santo
en la divina vara levantada
con musica sagrada
de voces y de llanto,
y arder almas y luces de manera,
que mas se ablanden que la misma cera.
O dulce Señor mio, ¿quién hallára
un mar de llanto, como mar de enojos,
con quien mis tristes ojos
dos fuentes fabricára?
que os da la joya mas preciosa y rica,
quien lagrimas de amor os sacrifica.
Señales os pidió el Hebreo intento,
y hasta ahora, Señor, le dais señales,
mas son de cardenales,
para que el juramento
de que seréis Pontifice se note,
y ungido como eterno sacerdote.
Nueva espada os añaden, Virgen bella,
santissima Rachel, Esther sagrada;
mas ya no llega espada
a donde sois estrella,

por mas que la crueldad intente ahora
turbado el Sol hacer llorar la Aurora.
Si bien como lo sois de aquella suerte,
que esmalta prados salpicando flores,
en viendo las colores
que de las venas vierte,
en viva grana purpurando rosas,
por lagrimas daréis perlas hermosas.
Desollada la piel intacta y pura,
tambien le quiere assar el siempre ingrato,
que le compró barato,
y el desprecio le dura,
sin que sustento de su carne tome,
que le desuella y assa, y no le come.
A Christo deja en fin las venas rotas,
¿qué te cansas infiel? qué te fatigas?
si es sombra a quien castigas?
si es leño a quien azotas?
si es hombre y muerto a quien matar intentas?
sino crees que es Dios a quien afrentas?
Mas el cordero hermoso, que las penas
aun parece que siente enamorado,
despues de cultivado
produce de las venas
cardenos lirios, rosas carmesíes,
por fuentes de jacintos y rubíes.
Y por entretener su pecho helado,
que no para que dél se atemorize,
¿Por qué me hieres, dice
como al cruel soldado?
para advertirle en tanto desconcierto,
que es mas que un bofeton matar un muerto.

Ha-

Hablen las piedras, como un tiempo hablaron,
 unas con otras, pues que ahora han visto
 hablar la piedra Christo,
 que entonces reprobaron;
 que a donde son tan grandes los agravios,
 a golpes formarán lenguas y labios.
Quando a vestirse de su gloria sube
 Christo al Tabor, su Padre el monte assombra,
 Hijo suyo le nombra,
 y aqui sin sol, sin nube,
 porque en afrenta igual no fuesse visto,
 calla su eterno Padre, y habla Christo.
Christo le habló, mas él cruel resiste
 su dulce voz con alma rigurosa:
 O fuerza poderosa,
 que fabricar pudiste
 con sola una palabra tierra y cielo,
 ¿cómo no puedes deshacer un hielo?
Obedeció la luz, y fue la Aurora
 resplandeciente prologo del dia,
 y aunque flores no havia,
 para ensayarse llora,
 vertiendo por sus candidos despojos
 la boca resplandor, perlas los ojos.
El sol infante por su nuevo Oriente
 grana encendió con llamas de oro puro,
 y el campo azul escuro
 abrióse al Occidente,
 que la desnuda tierra aun no sabia
 donde llegaba el termino del dia.
Nació la noche en brazos de la tarde,
 y en ausencia del sol lloró la tierra,

y la celeste guerra
hizo vistoso alarde
de fixos y de erraticos soldados
de puntas de diamante en blanco armados.
Tomó la luna en su argentado coche
la presidencia de la sombra fria,
como su hermano al dia,
a la estrellada noche,
la luz apeteciendo que la informa,
materia eterna de su ilustre forma.
Y un hombre a mas palabras y mas tiernas
rebelde resistió su voz piadosa,
¡ o porfia amorosa!
o palabras eternas!
que aun probais a imprimir con luces puras
caractéres de amor en piedras duras.
Oyó su dulce voz el chaos informe,
y vióse aparecer la inmoble tierra,
para que quanto encierra
en su obediencia forme,
y la ruda materia de la nada
vistiendo nuevo ser, quedó animada.
De superficie escura y indistinta
resultó privacion, mas luego informa
original la forma
la materia distinta,
cercóla el agua, y luego que del agua
la tierra, la esplendente luz se fragua.
Las nubes ya biombos celestiales,
confusos, aunque alegres resplandores,
como forman colores
triangulares cristales,

dieron modelo en barbara escultura
a los peñascos de la tierra dura.
Corrió de aquellos concavos vacios
por margenes de flores diferentes
liquida plata en fuentes,
cristal sonoro en rios,
y creciendo a su pie verdes cabellos,
miraronse los arboles en ellos.
Tomaron possession de su elemento
las fieras y aves, que su parte encierra,
los unos en la tierra,
los otros en el viento,
y el espumoso mar de montes canos
cubrió sus argentados ciudadanos.
Esto pudo de Dios una palabra
de sus divinos labios, una seña,
que no hay tan dura peña,
que no se rompa y abra,
que solo en tu rigor, aspid Hebreo,
hallará resistencia su deseo.
Dura nacion, que desterró Adriano,
y que por nuestro mal viniendo a España,
hoy tanto oprime y daña
el Imperio Christiano,
pues rebelde en su barbara porfia
infama la Española Monarchia.
Desde aquel tiempo, o misera, llagaste
al Reyno del Catholico Fernando,
como en Egypto, quando
tu sangre dilataste,
igualando, al salir de tantas penas,
del rubio mar las humidas arenas.

Mas vedando el Concilio Toledano
tomar el ceptro el Rey, sin que primero
limpiasse el verdadero
trigo con propria mano
de la cizaña vil, que le suprime,
la santa ley en la Corona imprime.
Entonces de Castilla desterrados,
parando en Portugal, nuevas tuvieron
de que algunos, que fueron
al Africa embarcados,
tantas afrentas padecieron, rotos
a manos de soldados y pilotos,
Que tuvieron por bien quedar seguros,
y en Portugal esclavos y cautivos,
aunque afrentados, vivos,
a sombra de sus muros,
vendiendo el Rey algunos, causa urgente
de tomar nuestra ley fingidamente.
Bien es verdad, que a muchos, que ha tocado
el corazon espiritu divino,
prosiguen el camino
catholico sagrado,
o porque rinden ya su entendimiento
vencidos de tan facil argumento.
Sin Rey, sin Capitan, sin Reyno y templo
por varias partes profugos y vagos,
cuyos fieros estragos
son estupendo exemplo,
se miran hoy cobardes y afligidos,
naciendo al mundo, para mal nacidos.
Como Caín, porque mató a su hermano,
aborrecido andaba y fugitivo,

para su infamia vivo;
con pensamiento vano
anda el Hebreo perfido homicida,
que al innocente Abel quitó la vida.
Del Levitico ya las maldiciones,
y del Deuteronomio se han cumplido:
peregina perdido
naciones y regiones,
porque por todas partes le destruya
la sangre que pidió para la suya.
Quando reedificaban atrevidos
el templo, que tres veces no pudieron,
cruces aparecieron
rojas en sus vestidos,
señal divina siempre vencedora,
milagro raro, aunque sucede ahora.
Excediendo el Talmud de cien preceptos,
¿cómo no te ha cansado su observancia?
¿y la breve distancia,
que en solos dos conceptos
abraza toda nuestra ley divina,
como tu detestable error no inclina?
A muchos fue la Encarnacion del Verbo
desde Adan a Joseph manifestada,
y despues de llegada,
¡o linage protervo!
la que con tantas sombras esperaste,
en la sagrada execucion negaste.
Esse dulce Señor crucificado,
que azotas en su imagen por afrenta,
y en tu crueldad intenta
quejarse enamorado,

es el mismo que esperas, ¿pues qué esperas
que ciego tantos siglos perseveras?
Dirás que está enojado, ¡qué locura!
cumplido quanto han dicho los Prophetas;
ni entiendes, ni interpretas
la divina escritura,
engañado de barbaros Rabinos
con tantos fabulosos desatinos.
Como no sale un Cyro, un Dario nace,
que den licencia, y vasos a Nehemias,
en santas losas pias
el pyramide yace,
tumulo de Jesus Sanson eterno,
que derribó las puertas del infierno.
Este abrazado a la coluna fuerte
de su cruz, que la vieja ley deroga,
mató la synagoga
con su sagrada muerte,
sacando de la herida mas hermosa
los sacramentos de su nueva esposa.
Parece que aun ahora se vengaron
de los azotes que una vez le distes,
quando vendiendo vistes
los que despues compraron
la sangre, que de herida tan remota
guardada sale, y detenida brota.
¿A dónde oculta, Christo eterno, estaba
la sangre que verteis preciosa tanto?
sino es que al fuego santo
escondido imitaba,
que helado ardió la leña al sacrificio,
de su oculta virtud sagrado indicio.

Mas

¡Mas hai! que no encendió la helada nieve,
de un hombre, que abrasó material fuego
¡ o ingrato, o loco, o ciego,
que aun sangre no te mueve!
no eres diamante, no, que el verdadero
se labrará con sangre de cordero.
Suele el herido, quando está presente
el agresor, que le quitó la vida,
aunque helada la herida,
verter sangre caliente,
y assi parece que el retrato ha visto,
pues vierte sangre quien dió muerte a Christo.
O cordero divino, derramalda,
mirando nuevo Isac que el fuego encienden,
porque assaros pretenden,
cargad la tierna espalda;
pero dejalde que la llama esparza,
que intacta quedará la verde zarza.
¡ Mas hai señor! que no quereis que quede
este consuelo en tanto desconsuelo,
si reservar su hielo
la salamandra puede
en medio de las llamas con sossiego,
no a vos, o luz de luz, fuego de fuego.
¡ O sacrilegas manos! ya que estaba
el cordero en la lumbre, ¿ quién huviera,
que nieve helada fuera,
donde Dios se abrasaba?
¡ quán desdichada, Hebreo, fue tu estrella,
que en tanto fuego no te dió centella!
¡Hai mi dulce Jesus, amor de amores!
¿ qué mas hielo que yo, pues no me abraso?
có-

cómo vivo, si passo
sus penas y dolores?
mas no las passo, pues no lloro tanto,
que mate el fuego con mi tierno llanto.
Descienda por el Euphrates del Asia
la leña de Angelin incorruptible,
el amiro apacible
aloe, myrrha y casia,
y haciendo un odorifero compendio,
soplen rayos del sol su mismo incendio.
Bate las alas phenix soberano,
y enciende tú con las purpureas plumas
el fuego, en que resumas
la efigie al velo humano,
que donde tienes inmortal sossiego,
solo tu amor es tu divino fuego.
¡O mariposa celestial pintada
de rosicler sangrienro en pura nieve!
¿qué luz, qué fuego os mueve?
qué amor de un alma helada?
¡O penate divino, o santa joya!
quien fuera Eneas de tan dulce Troya.
Amantes, agua, toque a fuego el cielo,
agua para el amor; lagrimas, agua,
agua, que rayos fragua
para matar el hielo,
agua, que el leño de la cruz nos quema,
siendo el arco de amor mano anathema.
Intrepida la fiera apostasia
dos veces profanó de dos tyranos
con sacrilegas manos
la santa Eucharistia,

y ahora un Israelita siempre ingrato
renueva la coluna en su retrato.
Del pan divino, en que el señor assiste,
en quien verse los Angeles desean,
felices los que vean,
que en tanto bien consiste
quanto en la tierra la esperanza anima,
la essencia clara que se adora enima,
Un hombre vil osó con dura mano
romper feroz las candidas especies,
¿qué mucho que desprecies,
sacrilegio tyrano,
la efigie desse Pan, desse cordero,
que tu ascendencia despreció primero?
No fue atrevida la sobervia estrella,
que vió del cielo la primera Aurora,
aunque quiso traydora,
mirandose tan bella,
igual al sol, a quien el ser debia,
ingrata dividir la Monarchia.
Como quien pudo temerario y ciego
poner la mano en la Real cortina
de la essencia divina,
en cuyo sacro fuego
arde el Cherub, y el Seraphin se enciende,
que absorto mira, y elevado entiende:
Cayeron de la luz al Reyno escuro
con el Angel traydor precipitados
quantos fueron culpados,
y en el celeste muro
firme resplandeció Miguel triumphando,
la bandera divina tremolando.

Qui-

¿Quien como Dios? estaba en ella escrito,
bordada de sus rayos orientales,
las esquadras leales
del Rey incircunscrito
al nuevo General en varias sumas
postran hebras de sol, y humillan plumas.
Y assi desde la Iglesia Militante
este fiero Luzbel sacramentario
cayó por temerario,
y armado de diamante
en el muro, del Angel simulacro,
firme resplandeció Phelipe sacro.
España, y quanto cerca el mar de Oriente,
y corona de perlas el Ocaso,
atenta al nuevo caso
le aplaude alegremente
despues del Apostolico Romano
por General y Capitan Christiano.
Por la llama del sol atado a un monte
pintó la antiguedad a Prometheo,
precipitó un deseo
desde el sol a Phaethonte,
y este puso traydor manos impias
en plaustro mas ardiente que el de Elias.
¡Hai soberano Pan, dulce sustento,
trigo de lirios cardenos cercado,
cordero enamorado,
sacrificio incruento!
¿qué mucho, si alli os rompe un hombre ingrato,
que ótro desprecie aqui vuestro retrato?
¡O paciencia divina! ¿quién pensára,
que en la parte que sois mas respetado,

mas querido y amado,
un barbaro se hallára,
que con llagas, despues que fueron rosas,
os obligára a quejas lastimosas?
Aqui donde la fé tan verdadera
en nuestros corazones, y almas vive,
que en diamantes se escribe
y eterna persevera,
como de vuestro primo la tuvimos,
por quien la sangre tantas veces dimos:
Aqui donde con tanta diligencia
pastores de la fé vuestros ganados
velan Argos sagrados,
se atreve la insolencia
de un vil Hebreo, y vuestra efigie azota
y aun no la deja despreciada y rota.
O si dixera, haviendole azotado,
Veis aqui al hombre, y nos le diera herido!
Nuestra desdicha ha sido
el no le haver gozado,
que si tan alta prenda nos dejáran,
consuelo nuestras lagrimas halláran.
Yo lloraré, mientras estais atado,
coronado, azotado y escupido,
haveros ofendido,
que no haveros negado,
antes que el ave, que despierta al dia,
despierte el sueño de la culpa mia.
Esta cartilla, Principe de Asturias,
en que os enseñen doctos Sacerdotes,
pues hay Christus y azotes,
aunque de Dios injurias,
vues-

vuestra santa licion primera sea,
saldréis lector de quanto Dios desea.
Que como Dios es un principio eterno
sin principio ni fin, profundo abismo
de sí mismo en sí mismo,
para tanto gobierno,
como os espera de uno y de otro polo,
Dios ha de ser vuestro principio solo.

CANCION

AL BEATO FRANCISCO DE BORJA,

Que fue Duque de Gandia, y dejó tres Capelos, con que le pintan a los pies.

VIendo Francisco la mayor señora,
la mayor Majestad y gallardia,
la mayor hermosura en mortal velo,
y el sol de España en su primera Aurora,
como las sombras, en que muere el dia,
a los ojos horror, al alma hielo,
el rostro breve cielo,
y el candido jazmin teñido en rosa,
imagen del engaño,
el alma trasladando temerosa
del sueño de la vida al desengaño,
de la humildad al mas profundo abismo
llegó por los desprecios de sí mismo.
Dejó del timbre la corona de oro,
generoso blason de sus mayores,
que ya lo fue de la Romana gloria,
porque el desprecio es el mayor decoro,
y de mas soberanos resplandores,
en quien aspira a la mayor victoria,

nò

no pudo en su memoria
la purpura tres veces repetida
mover afecto humano,
la pompa teme, la grandeza olvida
a su pura humildad opuesta en vano,
que fuera dar a las virtudes zelos,
dejar Coronas, y estimar Capelos.

Mirando entonces la ambicion humana
la diferencia del divino estado,
que tanto la sobervia dificulta,
quiso probar, si revestida en grana
desconociera en habito sagrado
la autoridad y la grandeza oculta:
pero como resulta
celeste luz de la humildad, advierte
el aspid en las flores,
que como desengaños de la muerte
nacieron de faltalle las colores
a la imagen Real desfigurada,
la purpura temió con ser sagrada.

Al nombre santo, a quien humilde inclina
el Seraphin mas puro sus tropheos,
los Cesares y Reyes sus diademas,
quanto circunda el sol y el mar termina,
hasta en su abismo los luzeros feos,
de la frente las aspides blasphemas,
y a quien epiphonemas,
hymnos y psalmos cantan nueve coros,
postró los Coroneles,
los titulos de grande, los thesoros,
y haciendo de una caña mil laureles,
con que afrentó quanto es honor del suelo,
fue

fue de los grandes, que corona el cielo.
Si dos Franciscos phenix, archetypos
de humildad, pueblan de sus hijos santos
las sillas, que perdieron las estrellas,
con otros dos, reynando tres Philipos,
XAVIER y BORJA harán, que de otros tantos
España ocupe lo que falta dellas,
y entre sus luces bellas,
tendrá BORJA a los pies las tres señales
de su desprecio ilustre,
porque desnudo de ambiciones tales,
no la cabeza, el pie purpura ilustre,
que mas grandeza arguye humildemente
desprecio al pie, que circulo en la frente.
A tí, divino Padre, a tí dedica
mi amor esta Cancion, termino breve:
no te da lo que debe,
si bien lo que te debe significa;
no pide honor, ni precio,
que escribe a tu desprecio,
que fuera de proposito escribiera
quien hablára de tí, si le pidiera.

SO-

SONETO
A DON FRANCISCO
DE LA CUEVA Y SILVA,

Haviendo hecho una Informacion en derecho a la limpia Concepcion de la Virgen nuestra señora.

QUando de siempre hidalga se pretende
probar la executoria de MARIA,
a quien mas los parece se debia
la causa, que los Angeles suspende.
Qual seraphin estatico os enciende
la Aurora de Dios sol, el dulce dia,
que os hace de su numero, si os fia
la Informacion, que vuestro zelo emprende.
Quando informastes, la sentencia distes:
ya no defiendan, sino solo alaben
los que a la Virgen siempre libre adoran:
Porque despues que vos la defendistes,
no les quedó defensa a los que saben,
ni ocasion de dudar a los que ignoran.

CANCION

A SAN PEDRO NOLASCO.

SI mi barquilla pobre tan segura
de dar en Syrte o barbaro peñasco
navegar el Oceano pudiera
de tu grandeza, seraphin Nolasco,
como la tuya, que rompió la dura
cerviz del mar, ¿qué dulcemente fuera
de tus sagrados pies a la ribera?
Pero por ser el mar de tu alabanza,
aunque con rudo ingenio y temeroso
esforzaré animoso
mi voz, quanto mi corto aliento alcanz
merced de tu glorioso
favor, si ya que mi temor deshaces,
como inventor de la Merced las haces.
Con piadosa crueldad el Africano
Frances divino entre las tablas solas,
que presumieron tumulo a tu muerte,
á la vista de Argel te dió a las olas,
y a la vista de Dios mar Oceano,
que supo conducirte y defenderte,
que aquella mano poderosa y fuerte,
que con arena debil le detuvo,
y en crespos muros de cristal salado
del rubio mar ayrado
las turbulentas aguas entretuvo,
para tu pie sagrado
allanó las de Argel, o Patriarcha,

que

que le importaba a Dios salvar tu barca.
Iban en ella quantos Santos tiene
tu Religion, y quantas almas viste
de gloria tu rescate, que en su idea
estaban todos, quando solo fuiste;
mira si con razon el mar detiene,
para que el mundo tus milagros vea;
que como hacerte Redentor desea,
excelencia de que él se precia tanto
por su sangre santissima vertida,
aquella esclarecida
imitacion para tu pecho santo
te reservó la vida,
quedando en tí, quanto es possible visto,
segundo Redentor, segundo Christo.
Tú por entena el baculo pusiste,
y por segura vela el blanco manto
del norte, que fue luz de tu derrota,
luego en aura suave bajó el Santo
Espiritu divino, que tuviste
en popa siempre, sin torcer la escota;
ni el agua se atrevió, con estar rota
la barca, a entrar por ella, que las manos
en vez de Nymphas, por la abierta quilla
iban hasta la orilla,
poniendo Seraphines soberanos:
¿pero qué maravilla,
quando fue barca PEDRO, al mar entrega,
que remen ellos, donde Dios navega?
Aquel de los Pontifices supremos
PEDRO el mayor, a nuestro PEDRO santo
mostró en el mar la misma confianza,

que

que por llegar a quien amaba tanto,
hizo la barca Amor, la Fé, los remos,
y entre la espuma intrepido se lanza:
assi conduce a PEDRO la Esperanza;
porque en la inundacion fiera Africana
a ser piloto ilustre se destina
a la dichosa playa Valenciana,
por la Region divina
sobre las aguas de los cielos lleva
la nueva redencion, la barca nueva.
La fortuna de Cesar va contigo,
dixo el Romano al timido barquero:
¿ quánto mejor, divino Patriarcha,
podeis decir : El Cesar verdadero
del Imperio inmortal llevo conmigo,
de cielo y tierra universal Monarcha?
custodia sois de Dios, templo la barca,
Tranquilo navegad, cysne divino,
que no ha de profanar mortal espuma
vuestra candida pluma:
duermase el mar en sueño cristalino,
y el agua no presuma
vencer la luz de vuestra ardiente fragua,
que no se moja el sol passando el agua.
Argos famoso de laurel ceñido,
y coronado de oloroso acantho,
estas flores ofrece temerosa
mi esteril Vega a tí, NOLASCO santo,
que entre el divino canto
de tus heroicos hijos la forzosa
obligacion humilla a sus altares
las Musas del humilde Manzanares.

CAN-

CANCION
EN LA ELECCION
DEL EMINENTISSIMO SEÑOR
EL CARDENAL MONTI.

CON aplauso de España el sacro Urbano
de la sagrada purpura te viste,
Monte, que siempre fuiste
divinamente humano,
en quien mira con luces y colores
el cielo estrellas y la tierra flores.
Si como fue Milan, Pastor sagrado,
fuera Madrid tu nacimiento augusto,
tuviera el mismo gusto
de verte transformado
de lino en rosa, y de violeta en grana,
planta feliz de la cultura Urbana.
Assi como a la Aurora se descubre
coronado de grana el horizonte,
la cumbre de tu monte
rojo capelo cubre,
y como el sol en tus virtudes crece,
por medio del objeto resplandece.
Phelipe el Grande, su Consejo, y quanto
se mira en él como en principio suyo,
deste aumento por tuyo
se alegra y goza tanto,

que parece discreta diligencia
templar el gusto con tu breve ausencia.
Recibe el parabien, Monte divino,
con quien la gloria del Olympo cessa,
mientras los pies te besa
el Tiber cristalino
de nuestro patrio humilde Manzanares,
que ya de flores te consagra altares.
Que en tanto que el dorado Tajo Hispano
pagáre en nieve liquida tributo,
tendrá por atributo
tu Monte soberano,
sin envidiar los siete, de quien toma
cabeza el mundo, y fundamento Roma.

CANCION

AL BIENAVENTURADO S. JUAN DE DIOS

PATRIARCHA Y FUNDADOR DE SU RELIGION.

POBRE, el mas rico que vistió del cielo
su espiritu Evangelico divino,
de quien es fundamento la pobreza,
rico, el mas pobre que con santo zelo
passó por este mundo peregrino
a conquistar la celestial riqueza:
tú, que mayor firmeza
a la fabrica eterna, que fundaste,
en el desprecio, que en el oro hallaste,
hoy que mi rota barca al mar conduces
de tu alabanza, en fe de que te mueva
el titulo de pobre que te envio,
vuelve los ojos, con que bebes luces
de la deidad, que estatico te eleva,
divino JUAN, al pobre ingenio mio,
que en este nombre fio,
que si pudiera ser, por ayudarme,
los quitáras de Dios para mirarme.

A ser, divino JUAN, pastor supremo
de aquel ganado, que esparcido ahora
naciendo esteril se aumentó fecundo
para el Monte mayor, de cuyo extremo

ca-

cayó el luzero en su primera Aurora,
de otro Monte mayor saliste al mundo,
que tú como segundo
Moyses en los ganados te enseñaste
a tantos, que de Dios despues guardaste;
ensayo celestial para que luego
christiferas vanderas tremolastes,
capitan de su pobre infanteria,
y que descalzo aquel ardiente fuego
coronado de zarzas trasladastes
a tu instituto santo en prophecia,
que pastor te queria,
pues a Belen y al hospital te llama
Dios niño en cuna, y Dios enfermo en cama.
Aun no eras JUAN DE DIOS, si bien tenias
fundado en ser de Dios tu pensamiento,
que confirmar con obras deseabas,
y por tantos discrimenes corrias,
ya pastor, ya soldado, que violento
de su divina luz te recatabas:
mariposa llegabas
y luego dabas a otra parte el vuelo,
quando la pura Emperatriz del cielo,
en forma de Rachel pisando estrellas,
candida luna descendió amorosa
en vez de Lathmo al monte de Navarra,
y en los marfiles de sus manos bellas
te dió puro cristal fuerza piadosa
contra la furia del Frances bizarra,
que entre parda pizarra
te sepultára entonces fugitivo:
tanto importabas a los cielos vivo.

Que

Que como ya de la futura guerra
tan asperas batallas te esperaban,
tambien te quiso prevenir soldado:
la mar besó tus pies, que de la tierra
sus estampas las aguas envidiaban,
y por mares y tierras arrojado
parece que en cuidado
pusiste a Dios, donde parar podia
un hombre que imitarle pretendia.
En fin a mercader te inclina el cielo,
principios de Francisco imagen suya,
de libros, no de joyas ni de aromas:
¿qué libreria como fue tu zelo?
qué libro, JUAN, como la vida tuya?
pues quiere Dios que dulcemente comas,
quando su oficio tomas,
libro que vuelve de ignorantes sabios:
tan dulce fue su ley entre tus labios
Pues luego como al aguila escuchaste,
Avila no, que Juan y Evangelista
el nombre mudó ya con una letra,
¿con qué facilidad la red dejaste
para seguir a Christo, cuya vista
quanto esclarece luz, rayo penetra?
y como dél impetra
tan presto la humildad lo que pretende,
assi phenix de amor tu pecho enciende,
que tu propria ceniza resuscitas,
vives a Dios, y a tus sentidos mueres:
tan cortés homicida amor te mata,
y tan enamorado solicitas
con finezas a Dios, que le prefieres

a quanto el mundo en ìdolos retrata,
y como quien desata
arroyo, que parado estuvo mudo,
corriste suelto hasta quedar desnudo:
Assi el padre mayor de los menores
te dió la forma de su gran mania,
y el rudo vulgo te vistió de lodo.
Eras tú Portugués, y con amores,
y mas de Dios que en tu sentido ardia,
con vivo afecto le perdiste todo:
¡qué peregrino modo
de hallar a Dios el despreciarse tanto!
Portugués y humillarse, causa espanto,
pues dejando los golpes insolentes,
sufrir de Castellanos tal deshonra
en Portugués fue cosa nunca oída,
porque son tan honrados y valientes,
que a no tomarla Dios sobre su honra,
no sé como pudiera ser sufrida:
y assi fue repartida
entre él y Dios, porque si assi no fuera,
en quanto Portugués no la sufriera.
Pues luego que llegaron, ¡qué insolencia!
formando letras de carmin los dedos,
al rostro venerable agenas manos,
allí de Christo la exemplar paciencia
te dió en su imagen atrevidos miedos
contra el honor y sus preceptos vanos,
los soldados Romanos
y el duro golpe en la divina cara,
que el movimiento de los cielos para:
miraste en el pretorio, sacrilegio
tre-

tremendo y fiero de las duras palmas,
que en purpura bañaron sus jazmines,
y assi ni de la patria el privilegio,
que no tiene poder sobre las almas,
ni del honor intrepido los fines,
que a responder te inclines,
obligaron tu voz para quejarse,
que no hay venganza como no vengarse.
Preso por loco, y para Dios tan cuerdo,
tormentos desiguales padeciste,
azotado, escupido y afrentado:
pero volviendo en tu primero acuerdo,
el vuelo de aquel aguila seguiste
hasta que hallaste el seraphin sagrado
descalzo, aunque calzado
de luz inaccessible, a cuyas plantas
vinieron grandes tus sandalias santas,
que sobra todo a Dios donde Dios cabe:
niño en efecto Antonio y JUAN testigos;
en Portugueses hace tierno empleo,
distele el hombro, que cifrado sabe
medir su inmensidad con sus amigos,
y el niño se ajustó, que no Eliseo,
y fue tan gran tropheo,
que sacerdote, ¡qué notable assombro!
te consagró sino la mano, el hombro.
Alli viste la cruz y la granada,
symbolo al fin de su costado abierto,
tus hijos, JUAN DE DIOS, fueron sus granos:
alli quedó la caridad fundada,
de tu navegacion primero puerto,
que prosiguen humildes tus hermanos,

y a las sagradas manos
del Pontifice santo, a tu memoria
dedica accidental corona y gloria,
viendo el fruto divino que resulta
de tus trabajos, penas y desvelos,
que ya por todo el mundo se dilata:
perdona el genio de mi pluma inculta,
porque a ser hojas de papel los cielos,
y letras sus caracteres de plata,
fuera por breve ingrata,
que reducir a numero tus glorias
ni pueden versos, ni podrán historias.
Cancion pobre, aunque rica
de devocion, amor y sentimiento,
hoy al pobre mas rico te dedica
pobre de erudicion y de ornamento,
que por pobre hallarás acogimiento,
porque amó la pobreza de manera,
que si un Angel y un pobre juntos viera,
dejára al Angel, y abrazára al pobre:
animo pues tu pobre estilo cobre,
y dile humilde: Portugués del cielo,
no miréis mi valor, mirad mi zelo.

EL DESPRECIO AGRADECIDO.

COMEDIA FAMOSA,

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes:

Don Bernardo.
Octavio.
Lisarda.
Florela.
Ines.
Lucindo.
Sancho.
Don Alexandro.
Mendo.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Bernardo y Sancho con espadas desnudas y broqueles.

Ber. ¡Qué torpe salto que diste!
San. Eran las paredes altas.
Ber. Tú pienso que mejor saltas,
porque mas miedo tuviste.
San. ¿Quién no teme a la justicia,

y dejando un hombre muerto?

BER. Temerario desconcierto:
quien vive, vivir codicia:
casa principal es esta
a donde havemos entrado.

SAN. Todo vengo desollado,
sangre la pared me cuesta.

BER. Con la escuridad no veo
mas de que aqueste es jardin.

SAN. ¿Qué havemos de hacer en fin?

BER. Librarme, Sancho, deseo.

SAN. Si nos sienten, es forzoso
pensar que somos ladrones.

BER. ¡En qué fuertes ocasiones
se pone un hombre zeloso!

SAN. Nunca el diablo nos dejára
venir de Sevilla a aqui.

BER. Sala es esta, ¿entraré? SAN. Sí.

BER. Mugeres hablan. SAN. Repara
en que dicen que se van
acostar. BER. ¿Pues qué haremos?

SAN. Que lo que fueren miremos
detrás deste tafetan.

Salen Lisarda y Florela damas, y Ines criada.

LIS. Pon la vela en essa mesa,
y muestra aquel azafate,
quitaréme aquestas rosas,
que no quiero que se ajen.

FLO. ¡Qué cansado estuvo Octavio!

LIS. No hay cosa que tanto canse

como un deudo pretendiente,
de marido, y no de amante.

FLO. Ten essa cadena, Ines.

LIS. Yo que siento desnudarme.

FLO. Yo mucho mas que vestirme.

INES. ¿Pues no quereis que os enfade,
si el vestiros y adornaros
por la mañana se hace,
quando tomais los pinceles,
para que hermosos agraden
los claveles y jazmines,
que suelen desfigurarse
en el curso de la noche?

FLO. ¡Qué bueno estuvo esta tarde
el prado! LIS. La procession
de los coches fue notable.

FLO. Bravo humo, brava gloria,
brava prosa de galanes,
muy valido anduvo riesgo,
superior, inescusable,
valimiento, accion, despejo,
ruidoso, activo, desayre,
lucimiento y carabanas.

LIS. Caso estraño, que el lenguage
tenga sus tiempos tambien.

FLO. Vienen a ser novedades
las cosas que se olvidaron.

LIS. De nada pude alegrarme.

FLO. Pues hartos lo pretendieron.

LIS. Passea por esta calle
una dama de Sevilla
bien prendida y de buen ayre,

su

su ropa de levantar
testimonios, o' alamares,
papagayo en el balcon,
en casa mulata y paje;
un forastero, Florela,
de extremada gracia y talle,
en que he reparado un poco.

Flo. No es poco que tú repares:
¿ha te parecido bien?

Lis. No, pero puedo jurarte,
que me pesa de que mire,
sin saber porque se cause,
esta dama al forastero.

Flo. Esso nace de agradarte,
que amor de zelos y envidia
dicen algunos que nace,
cuando de subito viene,
sin que le dé la otra parte
materia para querer
en servicios o amistades,
en requiebros o en papel.

Lis. Solo diré, y esto baste,
que assi quisiera un marido.

Flo. ¿Y a Octavio no? Lis. Dios me guarde.

Caesele el broquel a Sancho.

Lis. ¡Jesus! qué ruido es esse?

Flo. ¿Qué se cayó? Ines. No te espantes.

Lis. ¿Cerraste la puerta, Ines?

Ines. ¿Quál, señora? Lis. La que sale
al jardin. Ines. Abierta está

LIS. Qué buen cuidado. INES. Mas tarde
suele cerrarse otras veces.
LIS. Disculpas y necedades.
Toma essa luz, mira presto
lo que se cayó. INES. Notable
cosa. LIS. ¿Cómo?
INES. Un broquel. LIS. ¿Qué?
FLO. ¿Aqui broquel? LIS. Semejante
prenda será de mi hermano.
INES. Sí, pero los tafetanes
en dos pares de zapatos
no es possible que rematen.
LIS. ¡Jesus mil veces! ladrones.

Salen los dos.

BER. Vuessas mercedes no hablen
palabra, que una desdicha
fue la ocasion de que entrasse
donde estoy, soy caballero;
maté un hombre en essa calle,
entréme en la primer casa,
para que no me llevassen
preso, donde una muger
me dixo, que me passasse
por la pared deste huerto
a estas casas principales,
donde estaria seguro,
que ella por marido o padre
zelosos no se atrevia
a tenerme ni guardarme;
y arrimando una escalera

pas-

passamos desta otra parte
saltando desde las tapias,
aunque con peligro grande.
Si piedad en el valor
de las personas que nacen
con tantas obligaciones
es justo, señoras, que hallen
desdichas de un caballero,
no deis causa a que me maten,
que yo soy el que dixisteis
que os pesaba que passasse,
con lo demas que no digo,
por esta muger la calle:
ella me dió la ocasion
para que al hombre matasse.
Si me obligais a salir,
sus deudos han de matarme,
o la justicia prenderme;
mas no es possible que falte
piedad en tanta hermosura,
pues no solamente un Angel,
pero dos en tal peligro
quiere el cielo que me guarden.

LIS. ¡Qué notable confusion!

SAN. Y vos, señora, amparadme
por Angel añadidura
destos coros celestiales,
que me matará mi amo,
porque soy tan miserable,
que se me cayó el broquel
dormido en desdichas tales.

INES. Mis amas están ahora

en

en consulta, no se gazmie,
que ya le he visto otra vez,
y con lo que resultáre
tendrá sagrado o destierro.

SAN. Si salgo destos azares,
te ofrezco un broquel de cera,
como si fueras imagen.

LIS. Por haveros visto, y ver
que soys hombre principal,
aunque el caso es desigual
de mi honesto proceder,
quiero parecer muger
en tener piedad de vos,
aunque ignoro de los dos
las calidades y nombres,
que en piedad mas que los hombres
nos parecemos a Dios.
Lo que vos haveis oído
no lo puedo yo negar,
ni vos amar y zelar
la dama que os ha ofendido:
pero quede repartido
entre los tres el sucesso,
que yo os libre de ser preso,
y que ella obligue sus ojos
a que no os den mas enojos,
y vos a tener mas seso.
En mas peligro estuviera
vuestra vida, si llamára,
porque el temor me forzára,
si antes de ahora no os viera:
hasta que la luz primera

assegure vuestra vida,
aqui vivirá escondida,
y advertid, que digo aqui,
para que dentro de mí
esté mejor defendida.

Ber. Señora, si quiso amor,
que por tan grande rodeo
me truxesse un mal deseo
a un bien nacido favor,
mayor que el mal y el rigor
será la dicha y el bien,
y vos el sagrado, en quien
mi vida con mi ventura
como en templo de hermosura
seguras de hoy mas estén.
Y siendo mi asylo y templo,
en sus aras con razon
arderá mi corazon
para agradecido exemplo,
en cuya imagen contemplo
mis prisiones por despojos:
pero hame causado enojos
que tan poco me guardeis,
si hasta el alva prometeis,
y ha salido en vuestros ojos.
La dama que me ha trahido
por entre casos injustos
(tanto pueden malos gustos)
desde Sevilla perdido,
en quien nací bien nacido,
aborrezco, y vuestro soy,
quitandole desde hoy

el

el alma, para que sea
vuestra, aunque viene tan fea,
que con verguenza os la doy.
Es mi nombre, que mejor
lo que no sabeis, abona,
Don Bernardo de Cardona,
con que he dicho mi valor:
aqui hay piedad y rigor,
rigor, porque amé sin veros,
piedad, por enterneceros
en quererme defender,
que amaros no pudo ser
primero que conoceros.

LIS. ¿Ines? INES. ¿Señora? LIS. A los dos
encierra en esse aposento,
y dame luego la llave.

SAN. Aun no escapamos de presos.

INES. Venid, señores, que es tarde.

SAN. ¿Ines, no havrá por lo menos
dos deditos de colchon?

INES. ¿Colchon? SAN. ¿Es mucho requiebro?

INES. ¿Tan despacio quiere estar?

SAN. ¿No vé que todo me duermo?

INES. ¿Pues para qué pide lana?
que en bronce fuera lo mesmo.

SAN. No es toda dulce la niña.

LIS. Ven, Florela. FLO. El alma llevo
lastimada deste caso.

BER. ¿Cómo se llama esta dama?

INES. Lisarda, y el caballero
su padre, Don Alexandro.

BER. Pudiera mejor, que al Griego,

llamarse el Magno, por ser
quien mas hazañas ha hecho
en solo hacer a Lisarda,
porque con sus ojos bellos
puede conquistar el mundo.
Ines. Yo la diré esse concepto,
quando la esté descalzando.
Ber. Cien escudos teneis ciertos
por un zapatillo suyo.
Ines. ¿Tan prestissimo? Ber. Soy tierno.
Ines. ¿Pues para qué le quereis?
Ber. Para traherle aqui dentro.
Ines. Son de ponleví, el talon
os hará mal en el pecho.
Ber. ¿Quién es la otra señora?
Ines. Su hermana. Ber. Es angel, es cielo.
Ines. ¿Mas qué pedis un zapato?
Ber. No pido, aunque la encarezco.
Ines. Entrad, porque descanseis,
y vendré en amaneciendo
a despertaros. Ber. Ines,
no duermo, sino me acuesto.
Ines. Pues un libro y esta vela
os será de gran provecho.
Ber. ¿Quién es? Ines. Parte veinte y seis
de Lope. Ber. Libros supuestos,
que con su nombre se imprimen.
San. ¿Y a mí, por si no me duermo,
qué me dais? Ines. A Don Quijote,
porque vos y vuestro dueño
imitais sus aventuras.
Ber. Dicen verdad. San. Y aun sospecho
que

que havemos de ser mas locos,
si Dios no nos guarda el seso.

Sàlen Octavio y Lucindo.

OCT. ¡Gran ventura por Dios! LUC. Notable
ha sido.
OCT. ¿En fin no estais herido?
LUC. Dióme la vida el jaco. OCT. ¿De qué
modo
fue la question? LUC. Aqui lo sabreis
todo,
sin contar, como suelen en ausencia
de la parte que falta, la pendencia.
De vuestro tio y de mi padre alinda
la casa de una dama Sevillana,
que no es tan fresca, limpia, hermosa y
linda
la risa de la candida mañana,
pues como a quanto mire abrase y rinda,
ni arrogante, ni facil ni tyrana,
para añadir a su beldad tropheos,
ardieron en sus ojos mis deseos.
Visitandola pues como vecino
con toda honestidad dos o tres dias,
o la amistad o la llaneza vino
a que escuchasse las razones mias;
amor, que con su ciego desatino
en preguntas, respuestas y porfias
el tiempo passa sin sentir que passa,
me dió sueño de necios en su casa.
OCT. Esso no entiendo. LUC. Es nombre que
se ha puesto

a quien en una silla, porfiado
en la conversacion es tan molesto,
que parece que en ella está acostado:
yo pues, si bien con proceder honesto,
estuve tan dormido y tan cansado,
como si fuera un bronce, hasta las once,
cera en el alma, y en el cuerpo bronce.
A las horas que digo, un hombre llama
con mas furor, que si llamára en huerta:
la casa tiembla, túrbase la dama,
la dormida familia al son despierta:
yo por ganar de bravo alguna fama,
no me dejó rogar, voy a la puerta
donde si uno llamó, dos hombres miro,
tercio la capa, desembayno y tiro.

Oct. ¡Brava resolucion! Lu. No hagais donayre,
que estaba en la ventana Dorotea;
mas por dar cuchilladas de buen ayre,
como quien bravo parecer desea,
me pudo suceder tan mal desayre,
que el uno que me busca y no rodea,
de una estocada, aunque el izquierdo saco,
me derribó, caí, bien haya el jaco.

Oct. Poco firme de pies os considero.

Luc. Poco, direis mejor, diestro de manos.
Acudió la justicia, el caballero
fugitivo midió los ayres vanos;
suelen llamar las once mil de acero
los que escriben de casos inhumanos,
a los jacos de malla, y hoy lo creo,
pues que por su favor libre me veo.

Oct. Tarde es para llamar, y Dorotea

nos

nos dixera quien es, pues no es possible,
que tan zeloso su galan no sea
necio en llamar, y en esperar terrible:
El Alva con zelages hermosea
el campo de los cielos apacible,
huyendo de sus rayos las estrellas,
que como sale el sol, se esconden ellas.
Entraos en vuestra casa, que en sabiendo
quien es èste zeloso mal sufrido,
o iremos la venganza previniendo,
aunque él es hasta ahora el ofendido,
o con firme amistad reconociendo
su antiguedad, pondreis en justo olvido
amor, que aun no ha llegado a ser infante,
pues sois en esperanza tierno amante.

LUC. Perdonadme el llamaros tan aprisa,
que no por primo, por amigo os llamo.

OCT. El Aurora otra vez con mayor risa,
bajando el ruyseñor del nido al ramo,
que sale ya la gente nos avisa:
hoy vendré a veros. LUC. Ya sabeis que os amo,
y mas ahora que mi padre aguarda,
que seais primo y marido de Lisarda.

Vase.

OCT. ¡O tiempo, si truxesses este dia
de la dispensacion! o Roma, o cielo,
o sagrada ciudad quien te desvia,
que no te alcanze de mi amor el vuelo!
Durmiendo estás aqui, Lisarda mia,
quando yo por tus ojos me desvelo.
O sol despertador de los mortales,

pues

pues que duerme mi sol, ¿por qué no sales?
Despierta, que te aguardan tantas flores,
hermosa Aurora, y tantas fuentes puras,
unas piden cristal, otras colores,
quien duda, estrellas, que estareis seguras:
dulces calandrias, pajaros cantores,
que el pico suspendeis, noches obscuras,
despertad a Lisarda, que a Lisarda
la flor, el agua, el ave, el alma aguarda.
Despierta a mi dolor, dulce señora,
huye de mi temor la noche fria:
si tuviera essos ojos el Aurora,
jamás durmiera, y siempre fuera dia
si estuviera contigo quien te adora,
sus ansias, sus amores, su porfia
no permitieran sueño a tus estrellas,
miradose estuviera el alma en ellas.
¿Quál hombre ahora fuera tan dichoso,
que durmiera en tu casa desvelado?
¿o quién fuera jardin, Jason famoso,
del fruto de tus arboles dorado?
Mas ¡hai! que vive Prometheo ingenioso
por atrevido en un peñasco atado.
¡Hai Dios! si cerca ya de tu aposento
escuchára tu voz, tu dulce acento.
Zelos tengo de mi, que imaginando
que hay hombre alguno dentro, estoy zeloso,
y soy yo mismo, porque el alma entrando
allá me tiene en forma de tu esposo:
alma, ¿quién está dentro? tú que hablando
con ella estás tan tierno y amoroso:

vamos amor, que aunque me voy, bien puedo
dormir seguro, pues que dentro quedo.

Vase, y salen Don Bernardo y Sancho.

BER. Buena noche. SAN. Toledana.
BER. Peor fuera estando presos.
SAN. Ya Doña Aurora celeste
clarifica el aposento,
y le dan el parabien
los pajaros desse huerto,
chillando por los tejados
tantos gorriones nuevos,
que parece que nos llaman.
BER. Perdidos amanecemos.
SAN. En una huerta del prado
bebió largo un estrangero,
y en la puerta de Alcala
se le dejaron sus deudos:
los coches que se partian
al anochecer creyendo,
que entre muchos que alli aguardan
sentados, era uno dellos,
diciendole que se entrasse
con los demas los cocheros,
lo que el hizo sin saber
si era coche o aposento,
durmió como niño en cuna,
y a la mañana despierto
preguntaba por su casa
de los amigos creyendo,

que le llevaron en coche,
hasta que del coche el dueño
pedia el dinero a voces;
el estrangero pidiendo
que le volviesse a Madrid,
pues sin causa ni concierto
le truxeron a Alcala,
estando en Madrid durmiendo.
Los que a las voces se hallaron,
celebraron el sucesso,
y dandole la ropilla
para prenda del dinero
del porte, volvió a Madrid
a pie, desnudo, sin cuello,
sin zapatos, sin espada,
sin comer y sin sombrero:
No pienso que es necessario
decir que este mismo sueño
nos ha passado a los dos,
tú con el vino de zelos,
y yo siguiendo tus passos,
pues nos hallamos despiertos
como el otro en Alcala,
en casa de un caballero,
que si nos pidiesse el porte,
por ventura volveremos
mas desnudos a la calle.

Ber. Bien has aplicado el cuento,
como yo huviera dormido,
que toda la noche en peso,
he passado en desatinos,
las historias revolviendo

de Dorotea, a quien ya
como al demonio aborrezco.
SAN. ¿Al demonio? BER. Sí, y aun mas.
SAN. ¿Tan presto, señor? BER. No es presto,
porque un agravio en amor
son muchos años de tiempo:
al estrangero, que dices,
imito en que anocheciendo
mis zelos en Dorotea,
hoy en Lisarda amanezco.
¡Con qué gracia se quitaba
las rosas de los cabellos
con el marfil de las manos,
y las joyas, que poniendo
iba en aquel azafate!
¡qué ayroso talle! qué cuerpo!
quando se quitó la ropa,
quedó como un angel bello
en la almilla. SAN. Sí por Dios,
que a ponerle un candelero
y unas alas no podia
ser mas proprio. BER. Al fin me quejo
de ti, por cuyo broquel
un passo de almilla adentro,
que si no es por el ruido,
ya despejaba el manteo,
y se quedaba de Nympha.
SAN. No te quejes, que no es bueno
verlas en paños menores,
a donde lo mas es menos,
que en mugeres y empanadas
del figon hay mucho huesso:

una vez compré un besugo
tan pequeño en pan tan hueco,
que dixe alzando la tapa:
¿Qué hazes aqui pigmeo?
y me respondió con risa:
Soy engaña majaderos,
que compran lo que no ven,
y afirman lo que no vieron.

Ber. ¿Enfin esta mala noche,
Sancho, passaste durmiendo?

San. Señor, engañado estás,
que en no cenando no duermo:
por todo este gavinete,
o tocador, que assi creo
que se llama en Francia, a donde
tienen las damas su espejo
y aderezo de matar,
porque sus blancos azeros,
broqueles, rodelas, jacos
son las rosas de Toledo,
los jazmines del Gran Turco,
los moldes y otros enredos;
aunque ya quiero callar,
que no meterme professo
en lo que introduce el uso,
o sea malo, o sea bueno.
Digo pues señor que anduve
buscando con mucho tiento
entre catres y escritorios
algo que comer, y veo
un bote, que presumí
jalea, destapo y pruebo,

y he pensado reventar.
BER. ¿Cómo? SAN. Era algun embeleco
de aceyte de mata y lirios,
limon y claras de huevos,
o cosas tan endiabladas,
que parece que me dieron
tartago, o si hay otra cosa
mas amarga: fuera desto
hallé en una escribania
un papel, y aqui le tengo.
BER. ¿Papel? muestra, que ya el sol
por ver si Lisarda dentro
de su tocador está
para consultar su espejo,
azecha por los resquicios

Lee.

Letra es de hombre; escucha atento:
„Prima de mis ojos. SAN. Malo.
BER. La prima, Sancho, era bueno,
lo malo es lo de mis ojos.
SAN. Di adelante. BER. „Ya tenemos
„la dispensacion. SAN. Detente,
vive Dios que es casamiento,
y trahen dispensacion,
porque deben de ser deudos.
Errado havemos el lance
y el camino, si volvemos
de Alcala a Madrid tan tristes.
BER. Pena me ha dado. SAN. ¿Qué harémos,
si ha puesto el bordon por prima?
BER.

Ber. Gran falta en tal instrumento.
San. Quedo, que siento la llave.
Ber. Y yo siento, que me han muerto
con espada de papel.

Sale Ines.

Ines. Buenos dias, caballeros.
Ber. ¿Qué mejores, bella Ines,
que entrando vos por Aurora?
¿Qué hace el sol? Ines. ¿Quién? ¿mi señora?
Ber. El sol destos ojos es.
Ines. Ya está vestida, y su hermana
y ella se quieren tocar,
dicen que les deis lugar,
que pues es tan de mañana,
podreis salir sin que os vean.
Ber. ¿No podré volver a ver
estas damas? Ines. Podrá ser,
que pienso que lo desean:
toda la noche han estado
hablando de vos las dos.
Ber. ¿De mí? Ines. De vos, que de vos
estan las dos con cuydado.
San. ¿Hase visto en rosa pura
tal amanecer de Ines?
bien haya lo que no es
artificio en la hermosura.
¿Haste visto esta mañana?
Ines. ¿Lisonjas, Sancho, en ayunas?
San. No te dixera ningunas,
a no ser verdad tan llana,

que

que con hambre no hay amor
que aliente a buenos efetos.

INES. Bueno estás para concetos.

SAN. Y para almozar mejor:
¿No cortarás de un tozino
alguna lonja que suene
en la sarten? INES. Mi ama viene.

Sale Lisarda.

BER. Amaneced, sol divino,
en los ojos que han passado
tal noche. LIS. No fue mejor
la mia con el temor
a que me haveis obligado;
y creed que me ha pesado
de la descomodidad:
fuerza ha sido, perdonad,
que huesped que él se convida,
es fuerza que la comida
la busque en la voluntad.
Salid, señor Don Bernardo,
antes que entre mas el dia,
que por quien veros podria,
justamente me acobardo,
que a un hombre mozo y gallardo,
y a tal hora, es ocasion
que ofenderá mi opinion,
que hay vecino que por gala
lo menos vive en la sala,
y lo mas en el balcon.
Tened agradecimiento

a quien entraros dejó,
donde ninguno llegó
a poner el pensamiento,
que el mio de ver mi intento
tiene tan perdido el brio,
que de verle desconfio
con mas valor del que os muestra
si bien es la culpa vuestra,
y el atrevimiento mio.

BER. La Aurora y el sol, señora,
salen para hacer vivir
los hombres, vos en salir
para despedirme, ahora
ni pareceis sol ni Aurora:
pero pues ya lo sois mia,
¿qué temor os desconfia,
si vuestra luz considera?
pues aunque de noche fuera,
por fuerza saldré de dia.
Yo pagaré la possada
como nadie la pagó,
pues, por lo que no durmió,
el alma dejo empeñada:
toda estuvo desvelada
en vuestros bellos despojos,
dandoles dulces enojos
el veros cerca tambien,
porque nadie durmió bien
dandole el sol en los ojos.
Y assi con esta atrevida
imaginacion turbada,
que por pared tan delgada

pas-

passaba a veros dormida,
estuvo tan divertida
el alma en lo mas perfeto,
que es fuerza como hace efeto
la fuerte imaginacion,
pedir, señora, perdon
de que os perdiesse el respesto.
Deseó mi atrevimiento
que mi alma cuerpo fuera,
porque la pared pudiera
passar como el pensamiento,
que si el pensamiento atento
a lo que intenta gozar,
queriendose transformar
en hombre, pudiera ser,
no huviera hermosa muger
que se pudiera guardar.
No hay llave, puerta o rigor,
que a lo imaginado assombre,
que de pensamientos de hombre
¿qué muger guarda su honor?
que no ha menester favor
para entrar el pensamiento
al mas guardado aposento,
si bien se engañan despues,
porque como viento es,
tambien lo que goza es viento.
Yo estuve espiritu en fin,
como al sol el tornasol,
mirando dormido al sol
entre clavel y jazmin,
y dixe: Tal seraphin

será fin de Dorotea,
porque no hay cosa mas fea,
que amar despues del agravio,
ni pensamiento mas sabio,
que el que se muda y se emplea.
Mas como quien llega tarde,
posada no suele hallar,
y parte sin descansar,
antes que la luz aguarde:
estoy, señora, cobarde
porque como no dormia,
mirando me entretenia
vuestro tocador, y en él
hallé, señora, un papel
en que mi muerte venia.
Quise en el primer renglon,
que la vela le encendiesse,
y porque mas presto fuesse,
lleguéle a mi corazon.
¡O engaño de mi passion!
o qué necia confianza!
o qué burlada esperanza!
pues que por quemarle a él,
ardió el corazon en él,
y se trocó la venganza.
Ya sé que os casais, ya sé,
que no tengo que esperar,
que me tardé en caminar,
y otro en la posada hallé:
mas ya que desdicha fue,
por suerte dichosa estimo,
con que a padecer me animo,

aun-

aunque parto descontento,
que estuve en vuestro aposento
primero que vuestro primo.

LIS. ¿Papel? mostrad. BER. Esso no,
pues ya sabeis del papel
el dueño, y lo que hay en él:
apenas lo he visto yo,
basta saber que llegó
la dispensacion, que espera
vuestro primo. ¿Quién dixera
que en tan breves ocasiones,
de donde vienen perdones,
mi muerte injusta viniera?

LIS. Don Bernardo, yo no pude
lo por venir prevenir,
ni hay ciencia en lo por venir,
que las desventuras mude:
ya no hay que tema, o que dude,
fuerza es casarme; no sé
que os diga, solo diré
que aunque mi primo merece
mucho, no me lo parece
despues que os ví y os hablé.
Mi padre tiene este gusto,
no soy la primera yo,
que la obediencia obligó
a casarse con disgusto:
sea justo, o no sea justo,
ya es fuerza ser su muger,
y digo bien, que ha de ser
fuerza por fuerza el casarme.

BER. ¿Qué de cosas a matarme

se juntan? Lis. ¿Qué puedo hacer?
Ber. Yo me volveré a Sevilla,
y su rio aumentaré
con lagrimas, o seré
peña de su verde orilla:
a Dios, generosa villa,
no para mí, que me has muerto,
pues el casamiento es cierto
de Lisarda. Lis. Yo quisiera,
Bernardo, que no lo fuera:
idos que es tarde. Ber. No acierto.

Sale Florela.

Flo. ¿Estais locos? ¿cómo estais
tan ciegos desta manera,
que no veis que es medio dia?
Lis. ¿Qué es medio dia, Florela?
Flo. La dulce conversacion
no sabe que el tiempo vuela,
hurta a la vida las horas,
sin que la vida lo sienta:
ya no es possible salir
Don Bernardo. Ber. Ni quisiera
eternamente. Lis. ¡Hai hermana,
dadome has notable pena!
Flo. De comer pide mi padre.
San. Y yo tambien lo pidiera,
si estuviera entre Christianos,
pues no ha passado Quaresma
por mí como desde ayer:
pienso que si me pusieran

so-

sobre qualquiera color,
esso mismo pareciera:
camaleon soy, Ines.

INES. Presto comerás, espera.

SAN. ¿Presto comerás? ¿soy niño,
quando viene de la escuela?
mira que rabio, y con rabia
tienen sacada licencia
los perros para morder,
los pobres y los Poetas.

BER. ¿En fin no podré salir?

FLO. Verte nuestro padre es fuerza.

LIS. No hay sino esperar la noche.

FLO. En esso, Lisarda, aciertas,
que es impossible salir,
sino es que todos lo vean.

LIS. Al tocador, caballeros.

SAN. ¿Al tocador? no pudiera
ir a la cocina yo?

INES. Entra, desollado, entra.

SAN. Tu me desuellas. INES. ¿Yó? SAN. Sí,
pues te vas con la pelleja. *Vase.*

LIS. Entra, y cierra, Ines. No sé
que havemos de hacer, Florela,
para que secretamente
coma esta gente, que es fuerza.

FLO. Esso no te dé cuidado,
pero pedirte quisiera
una merced. LIS. ¿Qué te puedo
negar, que possible sea?

FLO. Mañana te has de casar.

LIS. Dios sabe lo que me pesa.

FLO.

FLO. Don Bernardo es hombre noble,
rico y de gallardas prendas,
hablarle yo no es razon;
tú, pues esta tarde queda
en casa, puedes decirle
que no se vaya a su tierra,
que holgarás, pues no ha de ser
tuyo, que yo le merezca,
para que seais cuñados;
que me hable y que me quiera,
que me sirva y que me escriba,
que tu sabes, que tu piensas
que le tengo inclinacion,
con otras cosas mas tiernas,
porque nunca son culpadas
inclinaciones honestas,
que con esso que tu harás,
como quien es tan discreta,
harás de una hermana esclava.

LIS. Yo lo haré, para que entiendas,
Florela, lo que te quiero,
pues quiero tambien que sepas,
que te doy zelosa un hombre,
que algun cuidado me cuesta,
que con esto por lo menos
negociaré que te vea.

FLO. Dame tus manos. LIS. ¡O engaños
de amor, Ulysses, Sirenas,
peligros del mar en quien
la misma razon se anega,
y las potencias del alma
gustan de correr tormenta: *Vanse.*

Sa-

Salen Lucindo, Octavio y Mendo.

OCT. Presto sabréis el dueño, cuyos zelos
ocasionar pudieron vuestra muerte,
a ser aquel azero menos fuerte,
si algun amor os tiene Dorotea.
LUC. Agradezco a los cielos
la dicha que he tenido,
pero no es menester que el amor sea,
por quien sepa quien es aquel zeloso,
sino ser ya para los dos forzoso
ser él aborrecido, y yo querido,
que la mayor venganza del que es sabio
es olvidar la causa del agravio.
OCT. Mal sabeis vos la tema de los zelos;
abrasarán los hielos
mas frios de la Scythia, y en la Zona,
que el sol jamas visita,
harán arder a Troya.
LUC. No permita
amor, si agavios del honor perdona,
que vuelva a la amistad de Dorotea,
que si os digo verdad, solo desea
mi alma en su porfia
que deje de ser suya, siendo mia.
OCT. Llama, Mendo, a essa puerta.
MEN. ¿ Qué tengo de llamar, estando abierta?
LUC. Tal miedo havrá tenido vuestra dama,
que no quiere cerrar, porque si llama,
halle la puerta abierta,
o vino acaso, y derribó la puerta.
OCT.

OCT. Pues truxiste linterna, llega, Mendo,
y entra sin miedo. MEN. Estoy, señor, temiendo
algunos bultos, que el portal podria,
tener en sombra envueltos.
OCT. Aqui tendrás a tu favor resueltos
dos hombres, entra. MEN. Voy.
LUC. ¿Qué phantasía
es hoy la de muger tan recatada,
la mas parte passada
de la noche, tener la puerta abierta?
OCT. Estar, Lucindo, de la guarda cierta.
LUC. Pues yo vengo a vengar determinado
el deshonor passado,
y hacer que Dorotea
mas bravo a mí que a su galan me vea.

Vuelve Mendo.

MEN. La casa está segura. LUC. ¿No dixiste
que estabamos aquí? OCT. ¿Diónos licencia
de entrar a visitarla? MEN. Con paciencia,
que solo el ayre las paredes viste:
no hay mas que algunos clavos por el suelo,
reliquias y despojos de mudanza.
LUC. Temor de la justicia, vive el cielo,
fue causa de mudarse; ¿qué esperanza
me queda ya de verla? pero creo
que ha de ayudar amor a mi deseo:
aqui tiene una amiga, y ser podria
que estuviese con ella:
no es lejos, esperadme. *Vase Lucindo.*

MEN.

MEN. Si de dia
viniera a saber della,
pudiera remediar con verle vivo
el temor excessivo,
que tuvo de su muerte,
porque en Madrid es fuerte
el primero rigor de la justicia,
y de algunos ministros la codicia.
OCT. ¿Que hará, Mendo, a tales horas
mi Lisarda? MEN. Tu Lisarda
ahora estará durmiendo,
porque son las doce dadas.
OCT. Con esso se borda el cielo
de tantas puntas de plata,
porque como duerme el sol,
cubren sus copulas altas:
no huviera en su pavellon
las guarniciones y franjas
de sus diamantes a estar
sus èstrellas desveladas:
no se atreviera la luna
a ser de los cielos hacha,
ni a sacar sus blancas pias
en su carroza argentada,
si mi luna de marfil
no suspendiera las blancas
ruedas, en que mueve amor
el volante de dos almas.
¿Qué piensas, Mendo, que son
aquellas negras pestañas,
lanzas que guardan las niñas,
que en dos camas de esmeraldas

estan durmiendo, que como
son Reynas, duermen con guarda?
MEN. Bravos disparates dices,
solo te falta que añadas
los Monteros de Espinosa,
y Tudescas alabardas:
lo cierto será, señor,
que estarán ella y su hermana
soñando, como doncellas,
OCT. ¿Qué soñarán? MEN. que se casan,
que despues que balbuciente,
formando medias palabras,
desata la edad la lengua,
repiten, marido y tayta.
OCT. Lisarda soñará bien,
no se dirá por Lisarda,
que los sueños sueños son,
pues nos casamos mañana:
¿qué sientes de su belleza,
de su donayre, y su gracia?
MEN. Que es discreta como fea,
y como hermosa bizarra.
OCT. ¿Sientes que me quiere mucho?
MEN. De la manera que ama
el trigo el sol en Agosto,
la tierra en Abril el agua,
un avariento su hazienda,
un estrangero su patria,
y un marido a su muger
las primeras tres mañanas.
OCT. ¿Havrá algun hombre en el mundo,
que con su talle y sus galas

pue-

pueda parecerle bien?

MEN. Y con su belleza rara
de Adonis y de Jacinto.

OCT. ¡O balcones! ¡o ventanas!
o puertas! ¿quándo será
noche, que estando cerradas,
no esté en la calle envidioso
de la mas humilde esclava?

MEN. Passo, señor, que han abierto.

OCT. ¿Lucindo, fuera de casa,
y salen dos hombres della?

MEN. ¡Caso estraño! OCT. ¡Cosa estraña!

Salen Don Bernardo y Sancho.

BER. Sal presto, y tú cierra, Ines.

SAN. Parece, señor, que anda
gente en la calle, camina.

OCT. ¿Salieron? MEN. No sino el alva.

OCT. ¿De encas de Alexandro? MEN. Bueno,
y con rodelas y espadas.

OCT. ¿A tal hora y con rodelas?
seguirélos. MEN. De Lisarda
no será galan, señor,
Florela será culpada
en aqueste desatino.

OCT. Camina, pues, no se vayan,
que lo tengo de saber,
o me ha de costar el alma.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Octavio y Mendo.

Oct. ¡Bravo hombre! Men. ¡Cid Español!
mas ya que de vernos llora
sin dormir perlas la Aurora,
no se las enjugue el sol.
Oct. No tendrá fuerzas el sueño
para vencer el disgusto,
porque solo con el gusto
es de las potencias dueño.
Men. Temerarias cuchilladas
tiraba el hombre, por Dios.
Oct. No se me fueran los dos,
o mal, o bien reparadas,
a no haver imaginado
en medio de la question,
que ciertos señores son.
Men. ¿Señores? Oct. Que con cuidado
passan, Mendo, cada dia
por la calle de Lisarda.
Men. Florela es dama gallarda,
y por Florela sería.
Oct. En essa duda, y temor
de tan subito accidente
no será amor tan valiente,
que no le venza el honor.
No mas, Lisarda, esto es hecho,
rasgue la dispensacion
Alexandro, que no son

bur-

burlas para un noble pecho.
Si el mayor Principe fuera
el que la calle passára,
lo que el poder intentára
mi loco amor resistiera:
pero quien sale a las doce
de la noche de su casa,
pues me descasa y se casa,
por muchos años la goze.

MEN. ¿Pues cómo podrás cumplir
la palabra que le has dado
a Alexandro? OCT. Esse cuidado
se remedia con fingir
que aguardo a Don Juan mi hermano,
que, como sabes, está
en Sevilla. MEN. Aunque será
disculpa, es remedio en vano,
porque con la dilacion
y el verte triste darás
causa, que sospechen mas.

OCT. Antes con esta ocasion
la tendré para saber,
si es Lisarda, o si es Florela,
procediendo con cautela,
para no darle a entender
neciamente lo que ví,
por ser mi sangre en efeto.

MEN. Es pensamiento discreto.

OCT. ¿Llaman a la puerta? MEN. Sí.

OCT. ¿Pues tan de mañana quién?
¿Si es Lucindo? MEN. Ser podria,
voy a verlo, pues del dia

nos viene a dar parabien. *Vase.*

Oct. Suele en obscuro y timido aposento
sentir ruido un hombre desvelado,
y mas de honor, que de valor armado
la causa examinar con miedo atento:
Pero llegando a donde solo el viento
sus passos repitió con alentado
peligro, entonces abrazar turbado
la sombra de su mismo pensamiento.
Mas de otra suerte en ciega noche asombra,
Lisarda, este ruido mis rezelos,
que tiene cuerpo, aunque parece sombra.
Van donde suena el golpe mis desvelos,
pero ofendido con razon se nombra
quien topa agravios, quando busca zelos.

Vuelve Mendo.

Men. No es Lucindo el que a tal hora
te busca, es un caballero
mas purga, que forastero,
pues que te busca al Aurora,
que porque no es de hombres sabios
aqueste nombre le doy.

Oct. Bien hace, que enfermo estoy
de calenturas y agravios.

Men. El y cierto gandalin,
que dicen ser Sevillanos,
vienen a besar tus manos.

Oct. Basta, ya presumo el fin,
cartas de mi hermano son,

Men-

Mendo, que en Sevilla está,
y adelante passará
esse hidalgo, y es razon
que no pierda la jornada.
Di que entre. MEN. Ya están aqui.

Sale Don Bernardo y Sancho.

BER. Perdonad si os ofendí
con mi forzosa embajada,
aunque, pues estais vestido,
no ha sido el agravio tanto.
OCT. Yo, señor, no me levanto,
que esta noche no he dormido,
ni tampoco me vestí,
porque no me desnudé.
BER. Yo, que despues que llegué,
ninguna, señor, dormí,
antes que de muchos sea
visto, a visitaros vengo,
porque algun peligro tengo
de que la gente me vea.
Esta me dió vuestro hermano,
que con cuidado pusiesse
en vuestra mano, y que fuesse
la respuesta por mi mano:
dos dias ha que llegué,
luego pregunté por vos,
pero no pude por Dios
visitaros, porque fue
notable mi ocupacion.
OCT. Con vuestra licencia leo,

que

que en vuestro semblante veo,
que buenas las nuevas son.
Lee. „ El señor Don Bernardo de Cardona,
„ que os dará esta, va a la Corte à un
„ negocio, en que os havrá menester: ser-
„ vilde, y regalalde con tanto gusto y
„ cuidado, que conozca que sois mi her-
„ mano: y sobre todo aposentalde en
„ vuestra casa, porque yo lo estoy en la
„ de sus padres, donde trato de casar-
„ me. "
No quiero passar de aquì,
que lo demas de la carta
son negocios, y serviros
es el de mas importancia.
Vos seais muy bien venido,
que antes de ahora esperaba
este dia, que ha trahido
a mi dicha mi esperanza.
Aqui haveis de ser mi huesped,
y no repliqueis palabra,
que es inexcusable oficio
para obligaciones tantas.
El negocio, a que venís,
ayudaré con el alma,
con la vida y con la hacienda,
que menos que esto no basta
a la noticia que tengo
de lo que a Don Juan regalan
vuestros padres en Sevilla.
BER. Fuera, Octavio, accion ingrata
no acceptar tanta merced:

y porque ya mi jornada
será tan breve, que pienso
que podia ser mañana,
que el negocio, a que venia,
culpa de la misma causa,
tuvo fin en el principio,
con que es fuerza que me parta,
que está en peligro mi vida.

OCT. En tan subita mudanza
de pensamiento y sucesso
permitid que fuerza os haga
para saber la ocasion.

BER. No puedo negaros nada
en tantas obligaciones;
y porque de vuestra casa,
y de vos valerme es fuerza,
antes que a Sevilla vaya,
reduciré, si es possible,
a un breve epitome tantas
fortunas en una noche,
que pudiera compararlas
a los diez años de Ulysses.

OCT. Dejareis mas obligada
nuestra amistad, que al favor
y al secreto, es cosa clara,
que al favor lo está mi pecho,
y al secreto mi palabra.

BER. Serví en Sevilla una muger, Octavio,
un angel, una perla, una pintura
de las que hicieron a su honor agravio
por la necessidad, o la hermosura,
la edad primera, de quien dixo el sabio,

que la senda ignoró con tal locura
me puso en este loco pensamiento,
que apenas conocí mi entendimiento.
Siempre a su lado, como suele, andaba
zeloso ruyseñor el amor mio,
yo por los verdes campos la llevaba,
ya en barcos enramados por el rio:
las noches breves atomos juzgaba
en este dulce Argel de mi alvedrio,
porque llegando el sol a medio dia,
aun no pensaba yo que amanecia.
Fue lo forzoso, o fue invencion hallada
de alguna liviandad el ver la Corte,
Indias de la hermosura, y embarcada
siguió su gusto, y yo tambien mi norte,
porque el de una muger determinada
¿qué obligacion havrá que le reporte?
o fue de cierta esclava mal consejo,
de la luz de su sol obscuro espejo.
Seguíla en fin, que me llevaba el alma,
qual suele el tygre al cazador, y creo
que en viendome en Madrid, a un tiempo calma
la obligacion, el trato y el deseo:
pocas veces amor llevó la palma
de ausencia firme con ageno empleo:
llamé una noche, y pienso que tan recio,
que fui mas que galan marido necio.
Salió un hidalgo, y respondió su espada,
pero midió de una estocada el suelo.
Suena justicia, y yo tierra sagrada
hago una casa, y la prision rezelo,

y por unas paredes la turbada
vida en las manos encomiendo al cielo,
doy en un huerto, y dél en una sala,
¿qué encantamiento mi fortuna iguala?
Por no cansaros, dos hermanas bellas
de ver tanta desdicha lastimadas
me amparon discretas, y por ellas
me libré de justicias y de espadas.
Y por guardar su honor, que son doncellas
nobles, anoche y a las once dadas
salí, no sé si diga enamorado,
pero olvidado del amor passado.
¿Quién duda que direis que ya los cielos
se mueven a piedad de Don Bernardo?
Pues alli comenzaron mis desvelos,
si de esta casa algun favor aguardo,
porque dos hombres al salir con zelos
me van siguiendo, y llega el mas gallardo
a preguntar quien soy: ¡gentil pregunta!
saqué la espada, y respondió la punta.
Esto fue anoche, y la ocasion ha sido
de veniros a ver tan de mañana,
que puedo ser por dicha conocido,
pues quien mudable fue, será tyrana.
En vuestra casa quiero, aunque escondido,
seguir la luz de una esperanza vana,
sirviendo, Octavio, a quien el alma debe
tanto favor en termino tan breve.
Y no os maravilleis de ver que passa
el alma a otro sujeto sus despojos,
que amor es un veneno que traspassa
el corazon, entrando por los ojos:

phenix nace mi amor, phenix se abrasa
las cenizas de zelos y de enojos,
produciendo venganzas y desvelos
un ave amor, de las reliquias zelos.

OCT. ¡Hai sucesso mas estraño! *Aparte.*
¡qué este el caballero fue
que seguí y acuchillé!
¿hay mas claro desengaño?
Hoy a Lisarda perdí:
dissimular quiero aqui
mi desdicha y confusion.
Con notable admiracion
vuestras fortunas oí:
de todo salisteis bien,
que fue notable favor
de la fortuna, y mayor
tomar venganza tambien
de aquella ingrata, por quien
tantas desdichas tuvisteis:
¿pero cómo no supisteis
de la dama, que os libró,
el nombre? BER. Porque temió
la pregunta que me hicisteis:
no quiso el nombre fiarme,
porque de tanto favor
pudiera ofender su honor,
refiriendole, alabarme.

OCT. Necio estoy en declararme,
que podria sospechoso
presumir que estoy zeloso.
Sin verle ha crecido el dia,
tan gustoso me tenia

vues-

vuestro discurso amoroso
¿en fin servireis la dama,
que aquella noche os libró?

BER. Si nadie me conoció,
ni lo publica la fama.

OCT. ¿Tan presto olvida quien ama,
por lo primero que mira?
vuestra condicion me admira.

BER. Vuelvese el amor, Octavio,
en ira con el agravio,
y en la venganza la ira;
pero no hay mayor venganza
del agraviado discreto,
que mudar a otro sujeto
el amor y la esperanza,
que en sabiendo esta mudanza
la dama, que fue querida,
envidiosa y ofendida
suele volver a querer,
que no hay pesar en muger
como verse aborrecida:
y yo sé, que si vos veis
desta dama la hermosura,
que envidiareis mi ventura,
y mi amor disculpareis.

OCT. Venid, y descansareis
de dos noches tan estrañas:
¿o Lisarda, tú me engañas?
tú desleal? pero miento,
pues antes del casamiento
me avisas y desengañas.

BER. ¿Qué decis? OCT. Que como amigo

en todo pienso ayudaros.

BER. Yo vida y alma fiaros,
y a serlo vuestro me obligo.

OCT. ¡O zelos, fiero enemigo!
mas sin razon me acobarda,
siendo tan bella y gallarda
Florela, pues con cautela
sabré si quiere a Florela,
o si me engaña Lisarda.

Vanse los dos.

MEN. ¿Vuessa merced cómo ha nombre?

SAN. Si oyó usancé decir
quien es aquel escudero,
que topó con su rozin,
yo soy el mismo. MEN. Pues Sancho,
¿quién duda, que de dormir
estarás necessitado?

SANC. Como de lluvias Abril,
Poeta de consonantes,
si es duro de digerir
las letras y villancicos
de madre Morena y Gil,
de ser sobervio en Romance,
quien es humilde en Latin,
y de no saber de todos,
quien sabe poco de sí.

MEND. ¿Por comparaciones entras?
gusto tienes. SANC. Siempre di
en parecer conversado
con gente palacieguil,
discreto para volante,
que desde Guadalquivir

a pedir á Manzanares,
vengo el grado de sutil.

MEND. Ven y verás mi aposento,
donde, aunque indigno de ti,
honrarás quatro colchones,
menos tres, por no mentir:
sabanas hay, aunque estan
a lavar, que presumi
siempre de lo que es limpieza:
almohadas, nunca fui
amigo de golloriás:
hay mesa, estampa, candil,
peyne, silla, limpiadera,
calzador, y todo enfin
para su servicio, Sancho.

SANC. Como me viste venir,
preveniste el aposento:
¿no hay algun guadamazi,
que cubra lo inexcusable?

MEND. Debes de ser zahori:
tengole, y de buena mano,
con la historia de David.

SANC. ¿Tu nombre? MEN. Por una letra
no soy el que por ahi
ayuda a los que patean,
y por Mengo, Mendo fui.

SANC. Pues Mendo, o Mengo, camina,
que de cierto seraphin
mas socarrona que grave,
mas dama, que fregatriz,
oro toda, toda perla
desde el moñazo al chapin,

ten-

tengo despues que contarte.
MEND. ¿El nombre? SANC. Ines. MEND. Pesia mi,
que es Ines tambien la mia.
SANC. Pues podrémos competir
en Sonetos, si los haces,
soy del Parnasso arlequin.

Vanse, y sale Lisarda.

LIS. Flores de aqueste jardin,
por donde entró Don Bernardo,
y en quien tornasol aguardo
al sol que ha de ser mi fin:
rosa, clavel y jazmin,
que con vida mas segura
gozais tan breve hermosura,
que en un mismo dia haceis
de la cuna, en que naceis,
vuestra verde sepultura:
hablar con vosotras quiero,
pues que tuvo mi alegria
principio y fin en un dia,
y donde nacisteis muero:
el mismo termino espero,
flor como vosotras fui,
donde nacisteis nací,
y si engañadas estais,
a saber lo que durais
aprended flores de mi.
La luz de vuestras colores,
la pompa de vuestras hojas,
que azules, blancas y rojas

retratan zelos y amores,
¿por qué os desvanecen, flores,
si aviso y exemplo os doy,
que ayer fui lo que hoy no soy?
y si hoy no soy lo que ayer,
hoy podeis en mí saber
lo que va de ayer a hoy.
Como vosotras, fue cierto,
que dió mi esperanza flor,
pero siempre las de amor
tuvieron el fruto incierto:
aspid vivo, amor cubierto
de vosotras no le ví,
matóme, y dixome assi:
para que quien hoy me vea
tan diferente, no crea
que ayer maravilla fui.
Sois con hermosas colores,
como las que viste amor,
exhalaciones de olor,
porque haya cometas flores:
o faciles resplandores
a quien incitando estoy,
pues hoy maravilla doy
de ver que ayer diesse aqui
sombra al sol con lo que fui,
y hoy sombra mia no soy.

Sale Florela.

FLO. Estoy en obligacion,
Lisarda, a tus diligencias:

mejor eras para prima,
que para hermana y tercera:
bien hablaste a Don Bernardo,
bien el sucesso lo muestra,
bien lo afirma tu descuido;
bien lo dice su respuesta,
bien lo sienten mis deseos,
bien te culpan mis sospechas,
bien lo adivinan mis zelos,
bien lo sufre mi paciencia.
Si fuera possible ser
tuyo, si possible fuera
no ser de Octavio, que ya
las horas, Lisarda, cuenta,
para que seas su esposa,
para que tu esposo sea,
hallára tu amor disculpa;
pero no, siendo tan necia,
que porfies, quando sabes
que sin esperanza esperas.
Sucedele a tu deseo
lo que a los barcos que reman
contra corriente de rio,
que los vuelve con mas fuerza
el impetu de las ondas,
no viendo la resistencia
con las espheras del agua:
pues quando piensan que llegan
a las riberas, estan
mas lejos de las riberas.
Ya que no puede ser tuyo
este caballero, deja

que sea mio, Lisarda,
quando en Octavio te empleas;
que si todas las mugeres
aguardan a que las vean,
las sirvan, las enamoren,
las riquiebren y pretendan,
casáranse tarde, o nunca:
que si un platero a su tienda
no sacasse cada dia
las joyas y las cadenas,
y las tuviesse encerradas,
sin hacer mas diligencia,
como era possible hurtallas,
era impossible vendellas.
Quantas cosas tiene España,
la mudanza las gobierna,
el gusto las califica,
la novedad las aprueba:
los trages se mudan, y hacen
que de otra nacion parezcan
los hombres, y entre estas cosas
padece injurias la lengua.
Ahora se usan, Lisarda,
mugeres de una manera,
mañana se usarán de otra;
y por essa diferencia
importa no descuidarte:
tú, pues que ya te remedias
y le tienes con Octavio,
permite que yo le tenga.

LIS. ¿ Quién, Florela, imaginára
de tu ingenio y de tu honor,

que no cansandome amor,
tu necedad me cansára?
en lo que dices repara,
porque si a Octavio le doy
la mano, que ha de ser hoy
como dices, en agravio
de lo que merece Octavio,
que de Don Bernardo soy.
Que si Don Bernardo a mí
tiernamente me miró,
no tengo la culpa yo
de que no te mire a tí:
tú, si le vieres, le dí,
que estás dél enamorada,
que yo a otra fuerza obligada
mas quisiera ya tratar
en descasar, que casar,
y apenas estoy casada.
De la riqueza incitado,
que en el rico Indiano vió,
passar un hombre intentó
el mar, que ya vió pintado;
pero en mirando, admirado
en las playas Españolas
respetan las nubes solas;
con tal temor huye dél,
que aun presume, que tras él
vienen corriendo las olas.
Yo que apenas he llegado
a la orilla del casar,
aunque ví pintado el mar
en otras, que se han casado;

tiem-

tiemblo de mirarle ayrado,
y de llegar me arrepiento,
huyo con el pensamiento,
si voy volviendo la cara,
que aun presumo, ¡ cosa rara !
que me sigue el casamiento.
Mas como la voluntad
de mi padre es un respeto,
a quien forzada prometo
obediencia y humildad;
no quiere mi libertad
usar su proprio alvedrio,
y por esso no porfio,
aunque mi envidia desea
que Don Bernardo no sea
tuyo, pues no ha de ser mio.
Dirás, ¿ que cómo atrevida
al recato professado
contra mi honor te he contado,
que por él estoy perdida?
¿No has visto en casa encendida
arrojar manos villanas
riquezas, que juzgan vanas?
pues assi mi fuego amor,
lo que guardaba mi honor,
arroja por las ventanas.
FLO. Basta, Lisarda, yo creo
(tan desdichada nací)
lo que me dices aquí
de tu barbaro deseo:
solicitaré mi empléo
sin tí, por darte pesar,

101859

a Don Bernardo he de hablar,
porque basta para hacer,
que yo sea su muger,
ser muger y porfiar.
Salmasis Nympha de un rio
vió bañandose a Androgeo,
y encendida en su deseo,
fugitivo a su desvio,
porfió, como porfio,
tanto que de dos hicieron
uno los Dioses, y fueron
Hermaphrodito llamados,
con que quedaron casados,
y jamas se dividieron.
Pues yo sabré porfiar
de suerte, que en testimonio
de mi amor un matrimonio
nos pueda a los dos juntar,
sin podernos apartar;
que aunque la muerte divida,
será nuestra fe ceñida
de tantos lauros y palmas,
que juntando las dos almas,
tengamos eterna vida.

Lis. Pues yo por essa intencion
lo pienso estorvar del modo;
que no se junte en un todo
cada parte dessa union:
que el sol y la luna son
divinas luces del suelo;
y en oponiendo su velo
la tierra, cosa tan baja

la luz de los dos ataja,
y dejan escuro el cielo.
FLO. Si te pusiesses delante
de mi sol, tierra envidiosa,
con eclipses de zelosa
y con engaños de amante,
con fuego haré que te espante,
que quando aquel gran farol
vuelve a su proprio arrebol,
y la oposicion destierra,
la tierra queda por tierra,
y el sol, como siempre sol.
LIS. No querrá el sol, yo lo sé,
tenerte por luna a tí,
porque mirandome a mí,
noche de mi luz te haré.
FLO. Bien dices, noche seré,
porque todas le verás,
conmigo. LIS. Engañada estás,
que si es sol, y es prenda mia,
haré todo el año un dia,
y no havrá noche jamás.

Sale Lucindo.

LUC. Para que estés advertida
de que esta noche te casas,
y para pedirte albricias,
vengo a decirte, Lisarda,
que es tan prevenido el novio,
tal es su prisa y sus ansias,
que ha trahido hasta el padrino,

y es huesped de nuestra casa:
porque como es forastero,
no quiere que della salga
nuestro padre, por hacer
lisonja a Octavio, que tantas
obligaciones le tiene:
que como ya su posada
de Octavio ha de ser contigo
en esta casa, y estaba
en la suya el forastero,
era forzoso dejarla.
Ya le aderezan un quarto,
aunque los dos se excusaban;
mas como nuestro Alexandro
lo cortés y el nombre iguala,
no ha sido possible hacer
que el forastero se vaya,
tanto que pienso que ha sido
de Octavio invencion gallarda,
para casar a Florela,
porque es persona extremada
de talle y entendimiento.
Ellos vienen, tú Lisarda
muestra, pues eres discreta,
tu gusto, donayre y gala,
por si ha de ser tu cuñado,
en cuenta de la desgracia,
en que haveis de estar despues,
porque solo el nombre basta:
tú, por si ha de ser tu esposo,
Florela, cortés le habla,
no que le parezcas boba,

que

que se volverá mañana,
que pierde mucho al principio
hablando mal una dama,
que a quien entra hablando bien,
nadie le ha negado el alma.

Salen Don Alexandro, Octavio, Don Bernardo, Sancho y Ines.

ALEX. Aqui, señor Don Bernardo,
estan Lisarda y Florela.
LIS. Ya me alegra el dulce nombre.
FLO. Ya el dulce nombre me alegra.
BER. Dadme, señoras, las manos:
¿pero qué burlas son estas
de mi fortuna? o qué sueños,
que como verdades crea?
dónde estoy, dónde he venido?
la casa es esta, y las bellas
damas donde estuve, quando
por la ingrata Dorotea
maté aquel hombre. LIS. O mis ojos
con el alma efectos truecan,
o es Don Bernardo. FLO. ¡Hai Lisarda!
mis esperanzas se aumentan,
Don Bernardo es el amigo
de Octavio. OCT. No se pudiera
fingir mayor suspension:
turbadas miran y atentas
a Don Bernardo Lisarda
y Florela, y él a ellas:
¿pues yo qué diré de mi?

estrañas cosas ordena
la fortuna; aun no es possible
que mis justos zelos sepan
a qual de las dos se inclina.

BER. No es mucho que se suspenda,
señoras mias, el alma
mirando tanta belleza:
perdonad lo que he tardado,
que ha sido amorosa fuerza
de mis sentidos, en quien....

OCT. Vive el cielo que no acierta
a hablar palabra. LIS. Señor,
no puede haver cosa nueva
que os ofrezca en esta casa,
pues ya la teneis por vuestra.
Mi hermana Florela y yo
reconocemos la deuda
de Octavio, que os ha trahido
a donde serviros pueda
la voluntad de las dos.

OCT. No he visto en mi vida necia,
sino es ahora, a Lisarda:
valgame el cielo, si es ella
la que a Don Bernardo mira,
que hablar mal y ser discreta
no pudiera ser amor,
que mas turba amor, que enseña.
Hablan quedo.

SAN. Ines, si tú huvieras sido
cazadora, te dixera
que Octavio lo ha sido. INES. ¿Cómo?

SAN. Eran Lisarda y Florela
per-

perdizes, truxo a mi amo
por ventor para cogerlas,
y en viendolas, como el perro
hasta la mano se queda
suspenso, hasta que su dueño
de la suya el halcon suelta:
Don Bernardo se ha quedado,
y Octavio de las piguelas
del honor suelta los zelos,
para averiguar sospechas.

INES. Por quitar la confusion
de todos, y que es tan nueva,
que no hay en la sala, Sancho,
persona que no la tenga,
ya en efecto estais aqui,
y nuestra boda tan cerca,
que es la mayor confusion;
pero lo que fuere sea,
venme a ayudar a poner
el quarto, donde aposenta
Alexandro a tu señor.

SAN. Vamos, pero mas quisiera
que no huvieramos venido.

INES. Calla que amor tiene vueltas
como Marzo, y podrá ser
que dé con la boca en tierra.

Vanse las dos, y entra Mendo.

MEN. El Notario a los tres llama,
y a la señora Florela.

ALEX. Vamos, Octavio. OCT. A buen tiempo.

LIS. Mucho el huesped me contenta.
ALEX. Yo pienso que si en Sevilla
se casa con Doña Helena
su hermano Don Juan, que aqui
hará Octavio de manera,
que Don Bernardo se case
con Florela. OCT. Solos quedan,
yo volveré quando esten
seguros. FLO. Sin que me vean
tengo de volver a ver
lo que Don Bernardo intenta.

Vanse, y quedan Don Bernardo y Lisarda.

BER. ¿Es possible que ha salido
amor a ser invencion,
aunque con tal confusion,
que por ella me ha trahido
a tu casa, y que haya sido,
Lisarda mia, de suerte
que a tal tiempo venga a verte,
que te cases, y que yo
te pierda, porque me dió
tal vida para tal muerte?
Como el que soñó thesoro
y las manos de oro llenas,
podia llevarte apenas
la noche, o prenda que adoro,
que te ví soñaba el oro,
despierto lloro y incierto,
pues quando despierto advierto,
que el que en tus ojos soñé,

per-

perdí, quando desperté,
pues a perderte despierto.
Gran ventura huviera sido
venir, Lisarda, a tu casa,
mas quando Octavio se casa,
no es dicha haverte perdido:
hoy ha de ser tu marido,
y yo mañana saldré
de Madrid, aunque veré
que a Sevilla llegar pueda
quien en tus ojos se queda,
y deja el alma en tu fé.

LIS. Bernardo, desde aquel dia
que te ví con Dorotea,
mi corazon te desea,
mi vida es tuya, no es mia:
pero la dura porfia
de mi suerte me quitó
la libertad, con que yo
hiciera eleccion de tí:
no tú me perdiste a mí,
que yo soy quien te perdió.
Suelen despues del arado
en las mas cubiertas lomas
buscar amantes palomas
el trigo recien sembrado,
y con vuelo apresurado
llevarse el halcon la una,
y la otra en tal fortuna
quedar suspensa, mirando
por donde se fue volando
sin esperanza ninguna:

y assi yo con menos dicha,
sin que a resistir me atreva,
miro por donde te lleva
a Sevilla mi desdicha:
solo con lagrimas dicha
puede ser la resistencia
de mi turbada obediencia,
ellas te la dicen ya,
viendo que tan cerca está
mi casamiento y tu ausencia.

Ber. Solo un abrazo mi amor
quisiera llevar de tí,
por prendas de que te ví
inclinada a mi favor.

Lis. Temo de Octavio el rigor,
temo a Florela tambien,
puede ser que nos esten
mirando, que los amantes
en acciones semejantes
nunca piensan que los ven.

Octavio azechando.

Oct. Hablando estan, desde aqui
tengo de ver si es Florela,
o si es Lisarda a quien ama.

Florela por la otra parte.

Flo. Desde aqui zelosa y necia,
que zelos nunca negaron
la condicion que professan,

ten-

tengo de ver lo que hablan.
Lis. Sabe el cielo si quisiera
darte mis brazos, Bernardo,
pero el temor no me deja.

Salen Sancho y Ines con una antepuerta de seda.

San. Quando de sedas tan ricas
todo el aposento cuelgas,
¿esta antepuerta me das?
Ines. ¿Pues qué tiene esta antepuerta?
San. Por en medio está manchada.
Ines. ¿Manchada? San. Y aun rota.
Ines. Muestra.
San. Tiendela. Ines. Ten dessa parte,
y lo que dices enseña.

El uno de un lado y el otro del otro la tienden tirante, de suerte que tapan a D. Bernardo y a Lisarda.

Ber. Perdona, que la ocasion
me permite que me atreva.
Lis. Ya para darte los brazos
mi dicha me da licencia.
Oct. Maldita seas, Ines.
Flo. Plega al cielo que no tengas
dicha. Oct. Con espacio estan.
Flo. ¿Qué mirais? San. Esta antepuerta.
Flo. ¿Pues qué tiene? Ines. Dice Sancho
que está rota, y que por ella
entrará el ayre. Oct. No pudo

el

el ayre de mis sospechas.
FLO. Llevalda, necios, de aqui.
SAN. ¿Desto, señora, te pesa?
¿quiéres tú que se resfrie,
si por tantas partes entra,
Don Bernardo mi señor?
OCT. Como es Lisarda discreta,
bien os havrá entretenido.
BER. Antes yo le he dado cuenta
de mi jornada a Madrid,
y el amor de Dorotea.
FLO. Lisarda es muy entendida.
LIS. ¿Burlas Florela? FLO. De veras
hablo, tú me entiendes. LIS. Vamos
a donde mi padre espera,
porque lo que han concertado
sepan que ha sido en mi ausencia.
OCT. Todo fue en vuestro favor,
no hay que temais.

Vanse, y quedan Don Bernardo, Sancho y Ines.

BER. Sancho, llega,
dame tus brazos, tus pies
tambien, bien haya la puerta
y la antepuerta, y las manos
que acaso, o sin caso, en ellas
estuvo tanto favor:
voy con ellos, la maleta
abre con aquesta llave,
saca cien escudos della,
y dalos a Ines tú, Sancho,

mi vestido hasta las medias
te pondrás, a Dios, a Dios. *Vase.*

SAN. ¿Qué te parece la fiesta
que hace a un favor quien ama?

INES. Sí, pero son diligencias
en impossibles, si bien
Lisarda pienso que piensa,
no digo ser de tu amo
por la amistad que professa
con Octavio, mas no ser
de Octavio, y si a serlo llega,
darle tal vida, que presto
o la deje, o la aborrezca.

SAN. Hay en los campos de Oran
unos Moros, Ines bella,
a quien llaman Benarages,
que aquella noche primera
que se casan, a la novia,
ya que desnuda se acuesta,
en vez de dulces amores,
azotan con unas riendas,
y preguntando la causa
un cautivo de mi tierra,
le dixo un Moro: Christiano,
esto se hace por muestra
de valor y valentia,
porque si con tal fiereza
tratan lo que mas adoran,
hieren lo que mas desean,
¿qué harán con sus enemigos,
quando vayan a la guerra?

INES. Malditos sean los Moros

y las Moras, que se emplean
en essos barbaros perros:
¿yo azotes, y con sus riendas?
no me casára en mi vida
a ser Mora, y me anduviera
cinamoma por los montes,
como en las Indias las Negras
quando se van de sus amos,
o me fuera, Sancho, a Meca
a meter Monja Moruna:
malaño quien tal supiera,
¿desposadas y azotadas,
y desnudas las desuellan?

San. ¿Pues tú no ves que es costumbre?

Ines. Por el siglo de mi avuela,
que havia, Sancho, de ser
coneja de Ingalaterra,
que con pellejo los assan,
o armarme de todas piezas.
Valentia en el donayre
esso sí, mas con la hembra
¿quándo diera un desposado
azoticos a su prenda?
Bueno está, mas riendas Sancho:
¿qué dejan para las suegras,
si assi tratan las mugeres?

San. No pensé que lo sintieras
con tanta furia, perdona,
y digo, que Octavio queda
obligado a Benarage,
para que Lisarda sepa
que professa valentia.

INES. Y tú, Sancho, tambien fueras,
si te casáras conmigo,
lo que a Bernardo aconsejas.
SAN. Essa noche, Ines, mis brazos
fueran riendas, mas si hicieras
por que. INES. Tente, no lo digas.
SAN. Aguarda.
INES. Mal año. SAN. Espera.
INES. No es, Sancho, el mejor ginete
el que castiga la yegua.
SAN. ¿Pues quién? INES. El que la regala,
y solo en sus piensos piensa.

JORNADA TERCERA.

Salen Octavio, Lucindo y Mendo.

OCT. ¿En quién como en Don Bernardo
puede hacer Florela empleo?
LUC. Siempre ha sido mi deseo,
que este mancebo gallardo
fuesse esposo de Florela,
y le he cobrado aficion.
OCT. Habladle con discrecion,
por si acaso le desvela
la dama, que de Sevilla
le truxo a Madrid. LUC. No hará,
que fuera quererla ya
mas error, que maravilla:
sin esto en Florela veo
nuevas señales de amor,

que havrán nacido en rigor,
no tanto del buen empleo,
como de haverla mirado
Don Bernardo. Oct. Puede ser;
que el principio de querer
nace de ageno cuidado:
amor, sin ojos nació,
y assi al basilisco fiero
los hurtó, porque primero
mata el que al otro miró.

Luc. Yo los he visto mirar
con apacibles semblantes.

Oct. La vista es lengua de amantes,
y havrán tenido lugar
por la dilacion que ha puesto
Lisarda en casarse. Luc. Tiene
poca salud, mas ya viene
mi padre, Octavio, dispuesto
para que esta noche sea,
y yo con feliz aguero
casar a Florela quiero,
que pienso que lo desea
quien tiernamente la mira.
Voy a hablarle. *Vase*

Oct. Y yo me quedo
a consultar con el miedo
mi verdad y su mentira.
¿Qué tengo ya que esperar,
Mendo, en zelos declarados,
que son muy necios cuidados
despues de ver sospechar?
Vive Dios que es fingimiento

la verdad, o que ha nacido
de tristeza: amor y olvido
combaten mi pensamiento:
amor, que a Bernardo tiene,
mi casamiento dilata.

MEN. No te corresponde ingrata,
si esta noche le previene.

OCT. Su engaño, su falsa fé
me helaron y me abrasaron.

MEN. ¿Por qué piensas que llamaron
tyrano a amor? OCT. No lo sé.

MEN. Porque todo lo acobarda,
todos piensa que pretenden
matarle, todos le ofenden,
y enfin de todos se guarda,
siempre vive con sospecha
como es traydor y cruel.

OCT. Yo intento guardarme dél,
pero poco me aprovecha,
y a Lisarda, que aborrece
por Don Bernardo, yo fuy
la causa en traherle aqui:
como noche se entristece
en viendome a mi, y con él
se alegra, claro testigo
de que anochece conmigo,
y que amanece con él.
Con esto, Mendo, repara
en lo que hará a quien la adora,
si tal noche y tal Aurora
está mirando en su cara,
como suele el tornasol,

cerrar del sol èn ausencia
la rubia circunferencia,
en que se retrata el sol.
Yo que miro en mis desvelos
escuro su resplandor,
cierro las hojas de amor,
y me desmayo de zelos.

Men. Calla, que viene aquel Sancho,
que a mí tambien me ha ofendido.

Oct. Llamale, Mendo, Bellido,
y seré yo el Rey Don Sancho.

Salen Sancho y Ines, el trahe un azafate con un tafetan.

San. Darás aqueste azafate
a Lisarda tu señora,
que Don Bernardo mi amo
con voluntad generosa
quiere alegrar la sangria.

Ines. Bien le debe esta lisonja,
si la sangria es por él.

San. Bien lo siente, y bien lo llora.

Ines. O si la vieras sangrar.

San. ¿Huvo desmayo de rosas,
huvo aprietame quedito,
moriréme, sino afloja
la cinta, y piqueme quanto
baste a que la sangre corra,
y otros melindres ansi?

Ines. Huvo con espada corta,
que en dos baynas de marfil

el azero blanco aforra,
una fuente de rubies,
que un brazo senda de aljofar,
que de un monte de azucenas
dió en una barca redonda.

SAN. Basta, ¿Poetica Ines?
yo creo tu cultilona
Musa, y que eres vocablista
tengo por cosa notoria.
Dale el azafate. INES. A Dios.

OCT. Ola, Ines, ola. INES. En las olas
del mar dió el barco azafate,
plega a Dios que no se rompa:

OCT, ¿Qué es esso que te dió Sancho?

INES. No se cierto; algunas cosas,
que Don Bernardo la envia,
que usan en la Corte ahora.

OCT. Es excelente persona
Don Bernardo, su nobleza
vence toda exècutoria.

INES. Esto han de hacer los amigos
por los amigos. OCT. Importa
a conservar la amistad,
los buenos regalan y honran:
¿darás licencia, que quite
el tafetan? INES. Basta y sobra
que sea tu gusto. OCT. ¿Vanda?
bueno, y con ella una joya?
¡qué discreta prevencion!

INES. Tú a lo menos te desposas
con ella, y no le das nada.

OCT. Azafates de almas solas

le envian mis pensamientos.

INES. Bien, que no hay cosa que coman
las sangradas como almas.

OCT. ¿En pena, no? INES. Ni aun en gloria:
hay muger, y está en lo cierto,
que quiere mas una alcorza,
que quatro canastas de almas.

OCT. Deshechas de amor las toman.

INES. No lo, creas, aunque vengan
en gigote ó pepitoria,
que con almas invisibles
ni se vende, ni se compra.

OCT. Libro de memoria es este,
pues dí, ¿libro de memoria
es bueno para sangrias?

INES. No entiendo de ceremonias,
descuido pienso que fue
de Sancho. OCT. Si cantos y orlas
fueran diamantes, passára
por joya rica y gustosa,
pero sin adorno alguno,
sospecho pues no le adorna,
que es para escribir en él
cómo recibe las joyas
mejores ante escribano.

INES. Con palabras mysteriosas
me hablas: voy a llevarlas,
que no sé que te responda.

OCT. No digas que he dicho nada.

INES. ¿Yo, por qué? *Vase.*

OCT. Vete en buen hora.

MEN. Confiesso que son tus zelos

jus-

justos. OCT. Lisarda alevosa,
¿qué aguardo? MEN. Alevosa no,
que estar sin culpa la abona,
y ser necio Don Bernardo.

OCT. ¿Pues dónde quereis que ponga,
o por qué cuenta este libro
de memoria, que a dos cosas
puede servir, a que escriba
en él, y que él corresponda
en él mismo a mis favores,
o hacer empresa amorosa
para decir que la tenga
dél, pues ha de ser mi esposa?
Fuego del cielo en mi amor,
si huviesse passion tan loca,
que pusiesse con casarse
en aventura la honra.
No mas, basta que la mia
de haver tenido se corra
tal pensamiento, Alexandro,
a mi venganza perdona,
que la he de intentar de suerte,
por ser tú mi sangre propria,
que solo pare en desprecio,
que en gente ilustre no es poca.

Salen Lisarda con la vanda y Florela.

LIS. ¿Es mandarme prevenir
para la muerte? FLO. No hables,
que son locuras notables
las que empiezas a decir.

LIS. ¿Qué importa, si he de morir?

FLO. Mira que te escucha Octavio.

LIS. No hay, Florela, amante sabio:
no sé como este rio siente
en mí tan nuevo accidente,
y en él tan notable agravio.

OCT. Envidia tengo, Lisarda,
a quien con tal cortesia
supo alegrar tu sangria,
y tan justo premio aguarda:
¡o cómo vienes gallarda
con essa vanda, en que ya
descansando el brazo está
de la fuerza y de la ira,
con que tantas flechas tira,
con que tantas muertes da!
Aunque pierda yo tu abrazo,
me alegra ver, dulce prenda,
que se passe amor la venda
desde los ojos al brazo.
Llegó de su vista el plazo,
ya vé el amor para ser
mas prudente en escoger
los que importa que lo sean:
y aun hace a muchos que vean
lo que no quisieran ver.
Ya mira con discrecion,
ya no tira amor a tiento,
ya mira el merecimiento,
ya estima la obligacion,
ya sabe hacer eleccion:
pero aunque importa mirar,

¿có-

¿cómo es possible tirar
teniendo el brazo sangrado?
y en essa vanda acostado
no se querrá levantar.
Amantes, ya no hay quien prenda,
venid a pedir favor,
porque tiene el brazo amor
atado a su propria venda:
no hayais miedo que le extienda,
¿pero quién havrá que crea,
que esta dulce vanda sea
para cubrir su aficion
cortina del corazon,
porque nadie se le vea?
Pues yo pienso que le he visto,
y como toda la historia
ví en un libro de memoria,
a la de mi amor resisto:
nunca impossibles conquisto,
que locura, aunque de buenos,
yo no quiero por lo menos
aventurar mi osadia,
ni es justo que historia mia
ande por libros agenos.

LIS. Lo que no has sabido hacer,
Octavio, quieres culpar,
quien no me quiere alegrar,
no me debe de querer:
¿zelos antes de muger?
¿pero para qué trahias
hombre, de quien desconfias?
buscarle estuvo en tu mano,

menos cuerdo y cortesano,
y no alegrára sangrias.
Si Don Bernardo, tu amigo,
ha sabido que esto es uso
de la Corte, y se dispuso
a ser tan cortés conmigo:
tus zelos cruel castigo
a mi corazon le dan,
que no es prenda de galan:
antes ponersela es
como a sitial de tus pies
cubrirle con tafetan.
Suele torcerse en la calle
alguna dama un chapin,
y ella detenerse a fin,
desea que el brazo halle
sin reparar en el talle
algun hombre; y assi enlazo
mi brazo deste embarazo,
no porque estimaré yo
la vanda por quien la dió,
sino porque tenga el brazo.
Mi sangre se ha de sentir,
que quando alegre y gallardo
me la alegra Don Bernardo,
tú me la quieres pudrir:
que vuelvan, quiero pedir,
a sangrarme, aunque rehuya
el brazo de parte suya:
vanda me manda traher,
y esta servirá de ser
la medida de la tuya.

Oct. No te la quites, Lisarda,
que no ha de esperar la mia
quien lo impossible porfia
la noche que dueño aguarda:
¿ pero ya qué me acobarda?
quando de quejas mayores,
que zelos de tus favores,
a la media noche abiertas
estan hablando tus puertas,
y deste jardin las flores.
Preguntale al tocador,
quién durmió en él, quién tenia
por huesped, y todo un dia
mereciendo tu favor:
y juzga tú si al honor
lo del tocador le toca:
si assi te tocas, ¿ qué loca
passion podrás disculpar
lo que se llega a tocar
con las manos y la boca?
Sí por mí, Lisarda bella,
Bernardo en tu casa está,
primero salió de allá,
que yo le truxesse a ella;
esto para dueño en ella
me desmaya y me desalma,
me mata y me tiene en calma,
y no te admire el rigor,
que tengo aquel tocador
atravessado en el alma. *Vase.*

Lis. En fin, Florela, cumpliste
la palabra y el deseo

de

de intentar, que Don Bernardo
fuesse tuyo, ¡estraños zelos!
como si fuera ya mio,
quando es Octavio mi dueño:
pero no ha sido razon
quererle por malos medios,
contandole lo que estaba
entre los dos tan secreto.
¿Tú eres hermana? tú ingrata?
¿en qué Arabia? en qué desierto
de Libya nacen mas fieras
fieras que en tu pecho fiero?
¡Hai tal maldad, tal traycion!

FLO. A satisfacer no acierto
tu engaño, aunque de tu agravio
con justa causa me quejo,
pero de que no lo he sido,
Lisarda, deste sucesso,
solo pongo por testigo
al cielo, y le pido al cielo,
que aqui me quite en tus ojos
la vida, si culpa tengo.

Salen Lucindo, Don Bernardo y Sancho.

BER. Estimo, señor Lucindo,
la merced que me haveis hecho,
y del señor Alexandro
tan honroso ofrecimiento,
que su hija y vuestra hermana
merece mas alto empléo,
y yo le acceptára a estar

mas

mas libre, pero no quiero
engañaros, que no es justo.

Luc. ¿Sois casado? Ber. No es por esso.

Luc. ¿Pues por qué? Ber. Porque una noche
maté incitado de zelos
un hombre en este lugar,
y quando temo estar preso,
no viene bien que me case.

Luc. ¿Y si está vivo esse muerto,
no os podreis casar? Ber. Si es vivo
puede ser, mas no lo creo.

Luc. Bien podeis. Ber. ¿Cómo? Luc. Yo soy,
aunque dandome en el pecho
aquella fuerte estocada,
tomé possession del suelo.

Ber. ¿Vos erades? Luc. Yo, que estaba
con Dorotea. Ber. Ahora quiero
daros mil veces mis brazos.

Luc. ¿Qué respondeis? Ber. que lo accepto
en escribiendo a mis padres,
que bien sabeis, que no puedo
sin su bendicion y gusto.

Luc. Sois hijo obediente y cuerdo,
alli estan mis dos hermanas,
pedirlas albricias quiero:
Florela ya estás casada.

Flo. ¿Qué dices? Luc. que voy contento
a decir a nuestro padre,
que es Don Bernardo tu dueño.

Lis. ¡Qué subito embajador!
el parabien darle quiero
a Don Bernardo. Flo. Lisarda,

tu buen termino agradezco;
mas no vayas por mi vida,
que tengo zelos, y temo
que desbarates la boda.

LIS. Ahora bien, yo te obedezco,
hasta saber si dixiste
a Octavio nuestro secreto:
¿pero no podré tratarle
de otras cosas? FLO. ¿A que efecto?
qué tienes tú que enviar
a las Indias con sus deudos?
pues en la Contratacion
de Sevilla, mucho menos
tienes negocios, Lisarda:
dame solo este contento
de no hablarle, pues te queda
despues de casados tiempo
para quanto nos quisieres,
despues que no tenga zelos,
hacer merced a los dos.

LIS. Vamos, Florela, no quiero
que pienses que yo te quito,
como dices, tu remedio. *Vanse.*

SAN. Sospecho que te has casado,
sino es que estando mas lejos
de lo que quisiera estar,
entendí mal lo que temo
de tu facil condicion.

BER. Siempre facil te parezco:
el hombre muerto le puse,
y de mi prision el miedo
por objecion a Lucindo

de

de no hacer el casamiento,
mas dixome que era él.
SAN. Ya entendí todo el sucesso.
BER. No se puede responder
a un casamiento propuesto
con libertad, que es agravio
de la dama y de sus deudos.
SAN. En el monte de San Lucar,
que mira verdes cabellos
de sus pinos en las aguas
del mar de España sobervio,
quando parten a las Indias
los navegantes modernos,
que codiciosos del oro
no ven los peligros ciertos,
hay un gatazo, señor,
que sentado en uno dellos
está diciendo: *Tornau,*
tornau, sonando los ecos
en las naves, con que muchos
se desembarcan de miedo.
Yo pues, señor, que te miro,
yo pues, señor, que te veo
por obligado embarcado
en la mar deste concierto,
y dentro del prodigioso
galeon sin casamiento,
desde el monte de mi amor,
desde el pilar de mi zelo
estoy diciendo: *Tornau,*
tornau, tornau, caballero,

hecho gato de lealtad
contra gatos de dinero,
que donde es grande el peligro,
nunca fue bueno el provecho.

BER. No fuera error, como piensas,
Sancho, sino grande acierto
el casarme con Florela,
lo que temo, lo que siento,
lo que temo y lo que miro,
lo que gano y lo que pierdo,
lo que adoro, lo que olvido,
lo que busco, lo que dejo
es el amor de Lisarda,
que con saber que no puedo
contrastar tanto impossible,
todo se me abrasa el pecho.
Dixele, Sancho, a Lucindo,
que escribiria primero
a mis padres a Sevilla,
por hallar en este medio
remedio de no casarme.

SAN. De tu claro entendimiento
en la obligacion que tienes
al regalo que te han hecho,
no pudo salir, señor,
mas ajustado y discreto.

Sale Inés.

BER. Inés viene. SAN. ¿Bella Inés,
qué quieres? INES. Dale a tu dueño
este libro de memoria.

¿Pues

SAN. ¿Pues no le hablas? INES. No puedo
que no tengo orden de arriba.
SAN. De arriba abajo te quiero,
pero parece que trahes
la faz a orza, ¿qué es esto?
INES. Desdichas. SAN. ¿Cómo desdichas?
Ines. ¡Y qué desdichas! SAN. ¿Pucheros?
mira que soy Sevillano,
declarate, porque luego
clamoreen por el hombre,
que desde aqui te prometo
por el alma de Escamilla,
que fue de los bravos dueño,
una mohada y dos chirlos,
y si repara a lo diestro,
la de conclusion, y a Dios.
INES. No puedo hablarte. BER. ¿Qué es esso,
Sancho? SAN. Este libro me ha dado
Ines, los ojos al sesgo,
no sé lo que significa
tan notable sentimiento.
BER. Aqui en la primera hoja
dice: „Ya se ha descubierto
„quanto ha passado, y Octavio
„trueca en agravios sus zelos:
„mi honra y mi vida estan
„en que salgais luego, luego
„desta casa y de Madrid:
„si me quereis como os quiero,
„dulce señor de mi vida,
„esto os suplico, esto os ruego.
La triste Lisarda.

Ber. Hai triste!

San. Murió un señor deste Reyno,
y la señora viuda
escribió a un encomendero
labrador, que se llamaba
Pero Garcia, en un pliego
materia de sus negocios,
y con aquel sentimiento
firmó: *La triste Duquesa*:
y el buen hombre respondiendo
a su carta y su tristeza,
firmó la suya diciendo:
El triste Pero Garcia.
Ahora, señor, que veo
firmar: *La triste Lisarda*:
que respondas te aconsejo
por igual dolor: *El triste
Don Bernardo*, que a tu exemplo
si la triste Ines me escribe,
el triste Sancho de Oviedo
le respondo. Ber. ¿Ahora de burlas
este es tiempo, majadero?

San. Ya lo veo yo, señor,
que es de majaderos tiempo,
porque no entiendo, ni sé
como viven los discretos.

Ber. Yo te diré como viven.

San. ¿Cómo? Ber. Callando y sufriendo.

Sale Octavio y Mendo.

Men. Reportate, señor, y no le hables

con

con el rigor que dices, que no es justo,
que sus acciones son menos culpables.

OCT. ¿Quiéres que sufra yo tanto disgusto?
¿cómo podré? BER. ¿Qué es esto, Octavio amigo,
que me parece que venis sin gusto?
y quando yo me voy, no iré conmigo,
sino quedais con el que yo os deseo.

OCT. ¿Cómo que os vais?

BER. Lo que es forzoso os digo.

OCT. Pues tan subitamente no lo creo.

BER. Bien lo podeis creer, pues no he podido
escusar el peligro, en que me veo:
mozo en la Corte, nuevo, y bien nacido,
con padres, y dinero y Dorotea,
¿qué promete mejor, que andar perdido?
Don Gonzalo de Cordova desea,
que me vaya con él a esta jornada,
¿pues dónde un noble la nobleza emplea
como sirviendo al Rey? porque la espada
mejor parece alli, que aqui tomando
con guante de ambar guarnicion dorada.
Estuvieron mis padres obligando
al gran Duque de Sesa, quando en Roma
estuvo la embajada exercitando,
y ahora el sucessor mi amparo toma,
y me acomoda con su heroyco hermano,
que tantas veces los hereges doma.
Ya os acordais que se le opuso en vano
al valeroso joven, descendiente
de aquel famoso Capitan Christiano,
que llamaron el Grande justamente,

en

en Alemania el Conde Palatino,
y que gigante le rompió la frente,
pues hoy, Octavio, estaba de camino,
que ya su Majestad le ha despachado,
y acompañarle, Octavio, determino.
No puedo; por la prisa que me han dado,
besar la mano a vuestra dulce esposa,
abrazadla por mí, que me ha obligado,
assi a Lucindo y a Florela hermosa,
assi a Alexandro y la familia toda,
que mi partida es subita y forzosa.

OCT. Justo fuera que honrarades mi boda.

BER. Perdonadme, no puedo detenerme,
tú, Sancho, los caballos acomoda.

MEN. ¿Al fin, Sancho, te vas? SAN. Voy a ponerme
no, Mendo, entre los barcos de Sevilla,
donde en cama de plata el Betis duerme,
mas donde con alguna albondiguilla
de plomo en caldo de figon mosquete
no me dejen quijada ni costilla.
Dios me deje volver a Tagarete,
dale un abrazo a Ines, que me ha obligado,
y deparele Dios un buen ginete.
Al pastelero de la esquina he dado
algunas pesadumbres, y le debo
de ojaldres y pasteles un ducado,
pagarásle por mí, que no me atrevo,
como voy a morir, a deber nada:
A Dios. MEN. ¿Pues lloras?

SAN. Soy soldado nuevo. *Vase.*

MEN. Mal encubriste la passion formada

de

de tus zelos injustos. Oct. No he podido
lisongear la voluntad forzada.
Men. No fue justo mostrarte desabrido
con quien ya se partia por sospechas,
de agravio; que tú proprio de has fingido.
Oct. Yo sé de donde salen tantas flechas:
no me consueles, Mendo, quando vieres,
que vienen todas al honor deshechas.
Men. Siempre fueron culpadas las mugeres.
Oct. Siempre lo son los hombres que las miran
para engañarlas. Men. Riguroso eres.
Oct. Condzco el blanco donde todos tiran.

Sale Florela.

Flo. Antes que nuevas te den
de que ya tu grande amigo
no solo será testigo
de que te empleas tan bien,
sino tu hermano y cuñado:
albricias vengo a pedirte,
y a alegrarte, y a decirte
como queda concertado,
que no haya mas dilacion,
que quanto a Sevilla escriba:
mira como amor te priva
con zelos de la razon,
quando sospechastes mal
de tan cuerdo y tan gallardo
caballero. Oct. Don Bernardo
es hombre tan principal,
que nunca dél lo creí:

de

de lo que estuve quejoso;
ya no lo estoy, ni zeloso
de quien se parte de aqui,
para no volver jamás.

Flo. ¿Cómo para no volver?

Oct. No pienso que pudo ser
ver a Don Bernardo mas,
porque a Alemania partió
con el General, hermano
del Duque de Sesa. Flo. En vano
flor a la Aurora nació
mi dicha, pues en los hielos
de la noche se han secado
sus hojas, tú le has echado
de aqui con tus necios zelos.

Oct. Yo, Florela, no te aguardó
por ignorante y muger.

Flo. ¿Pues qué causa pudo haver
de partirse Don Bernardo?

Oct. No verme casar, que amor
tal vez a la ausencia apela,
y desto basta, Florela,
que es mucho a quien tiene honor. *Vase.*

Flo. Cubierta de lucidas vanderolas
la nave Indiana el rumbo a España gira,
entra en el golfo, y prozelosa mira
trepando el mar las gavias Españolas.
Alli por escapar las vidas solas,
mas mira al cielo, que al amayna y vira,
y últimamente la esperanza espira
en competencia de montañas de olas.
Mas sirve de consuelo, que se lanza

la

al dulce puerto por el golfo incierto,
y que le goza mientras no le alcanza.
Pero ha sido en mi grave desconcierto
la desdicha mayor de mi esperanza
romper la nave sin salir del puerto. *Vase.*

Salen Don Bernardo y Sancho de camino.

BER. Es impossible passar
desta venta. SAN. ¿Estás en tí?
BER. No, que si estuviera en mí
pudieramos caminar:
pero assi como quien tiene
vicio, Sancho, de beber,
que ni acierta a andar, ni a ver
lo que va, ni lo que viene:
este vino de mi amor,
que por los ojos bebí,
me marea y lleva ansi.
SAN. Vuelve a proseguir, señor,
el viage, que en volver
atras se aventura tanto,
que de escucharte me espanto.
BER. Necio, ya no puede ser.
SAN. Pues un hombre que salió
de Madrid para Alemania,
mas feroz que leon de Albania,
en una venta paró:
¿con qué, valeroso Cid,
quieres que amor te corone?
BER. Alemania me perdone,
que yo me vuelvo a Madrid.

San. Pues en Madrid ¿ qué has de hacer?
Ber. Ver a Lisarda casar,
que verla me ha de templar
de Octavio propria muger.
San. Antes te dará mas zelos.
Ber. Yo sé que amor cessará.
San. Yo sé que amor te dará
mayor fuego y mas desvelos.
Hay en Ecija insufrible
calor en todo el verano,
y a un caballero Ecijano
pregunté, ¿ cómo es possible,
que sufran tanto calor,
si aun aqui nos abrasamos?
Ber. ¿ Y qué respondió? San. Buscamos
el aposento menor:
assi tú, muy necio, vas
a buscar de tu amor ciego,
donde quepa menos fuego,
haviendo en lo menos mas.
Ber. No te quiero tân chistoso,
Sancho, quando estoy muriendo.
San. Tratame bien, que me ofendo
desse nombre vergonzoso.
Ber. Antes ahora se usa
por excelente vocablo.
San. Entre los usos del diablo
esse no ha tenido escusa:
chistoso ¿ qué diferencia
de qualquiera afrenta tiene?
Ber. Este necio me entretiene
con su cansada eloquencia:

sa-

saca los caballos presto,
que no he de passar de aqui.

SAN. Desde Sevilla salí
a obedecerte dispuesto:
¿mas qué disculpa hallarás,
que a tantos zelos contente?

BER. Fingir algun accidente.

SAN. A buscar tu muerte vas,
el Buen Sucesso me ampare,
que adivino desde aqui,
que me han de matar a mi
de lo que a ti te sobrare.
Ea, ya soy tu trompeta,
ponte a caballo: mas di,
¿qué me darás, porque aqui
te dé una invencion discreta
para volver sin agravio
de Octavio a Madrid? BER. Con veinte
escudos hay harto. SAN. Tente,
di que encontramos a Octavio
la estafeta de Sevilla
en el camino, y que vuelves
por cartas. BER. La duda absuelves,
tu ingenio me maravilla;
es cosa puesta en razon.
¿Veinte dixe? sean quarenta.

SAN. ¡O cómo al amor contenta
qualquiera loca invencion!

BER. Es extremada cautela.

SAN. Mucho yerras en volver,
que temo que te han de hacer
casar con la tal Florela.

BER. Necio temor te acobarda,
que no havrá, en esto me fundo,
muger para mi en el mundo,
sino lo fuere Lisarda. *Vanse.*

Salen Lisarda y Inés.

LIS. ¿Tú le viste partir? INES. Presto te olvidas
del libro de memoria. LIS. ¿Pues qué quieres?
pues todas las mugeres
son amando atrevidas:
miré mi honor, que quien su honor desprecia,
lloró despues arrepentida, y necia.
Echarle fue discreto desvario;
mas yo sé que en lo mismo te vengaste,
si el alma me llevaste,
dulce Bernardo mio,
que no passára yo tan triste vida,
si trocára las almas tu partida.
Temor de Octavio, y de Florela zelos,
que ya tu casamiento pretendia,
me dieron osadia
entre tantos rezelos
para apartar de tí con mil enojos,
no el alma que te dí, sino los ojos:
¿qué harán sino cegar, estando ausentes?
Si tienes mi desdicha por agravio
gozaralos Octavio
convertidos en fuentes;
y no te espantes, si tu ausencia lloran,
que estan dentro dos niñas, que te adoran.

Con

Con humido rocio los extremos
baña la noche al dia, y la luz pura
del sol en sombra escura:
y assi los dos seremos,
tú el sol, la noche yo, Bernardo mio,
tierra mi amor, mis lagrimas rocio.

INES. ¿De qué te sirve que fatigues tanto
tu espiritu, señora, en impossibles?

LIS. En males insufribles
parece ocioso el llanto;
pero es engaño, que si el llanto amansa
furias de amor, el corazon descansa.

INES. El dia mas alegre en las mugeres
aquel suele llamarse, en que se casa,
y tú, señora, quieres,
tales desdichas passa!
hacer que el mas lloroso y triste sea.

LIS. Llamele alegre quien casar desea,
que para mí lo fuera, Ines, el dia
que pudiera trocar tan nuevas galas,
y essa falsa alegria,
que a la mayor igualas,
en negro luto y blancas tocas. INES. Mira
que en brazos de la noche el sol espira:
tus deudos, tus criados, los amigos
de tu padre y hermano trahen a Octavio.

LIS. Todos de tanto agravio
vendrán a ser testigos.

INES. Finge alegria, que entran en la pieza.

LIS. No lo puedo acabar con mi tristeza.

Sa-

Salen acompañados Octavio, Lucindo, Alexandro, Florela y Mendo.

ALEX. Luego que se den las manos,
vayan a llamar, Lucindo,
los musicos, porque quiero
que con mucho regozijo
se celebre el desposorio.
LUC. Tan cuerdo, tan triste miro
a Octavio, que me da pena.
FLO. Y yo estos dias le he visto
con menos gusto tratar
su casamiento. ALEX. Imagino,
que la mudanza de estado
la causa, Florela, ha sido.
MEN. ¡Estraños estan los novios!
INES. Sí, que Octavio está muy tibio,
y Lisarda mesurada.
¿Qué es esto? MEN. Un retrato al vivo
de los novios de Ornachuelos,
él con ojos de novicio,
y ella trocada en los Viernes
la cara de los Domingos.

Salen Don Bernardo y Sancho rebozados.

SAN. Plega a Dios que no te cueste
el venir tan atrevido
alguna desdicha. BER. Calla,
que el alboroto y ruido
de la casa nos defiende

pa-

para no ser conocidos,
y en viendolos dar las manos
volverémos al camino,
tú sin miedo, yo sin alma,
ni conocidos ni vistos.

SAN. ¿Esto quieres? BER. No puedo,
Sancho, por mas que porfio,
dejar de verlos casar.

SAN. Tienes tan fuerte capricho,
que hasta verlos acostados,
y por ventura con hijos,
no querrás salir de aquí.

ALEX. Ya que mis deudos y amigos
estan presentes, ¿qué falta?

FLO. Que se den las manos. LUC. Primo
llegad, llega tú, Lisarda.

Al acercarse el uno al otro dirá Octavio deteniendola:

OCT. Que te aguardes te suplico,
Lisarda. LIS. ¿Por qué? OCT. Yo soy
quien te ha querido y servido,
como sabes. LIS. Es verdad.

OCT. Pues yo soy ahora el mismo
que te desprecio y te dejo,
que este desprecio es debido
al tuyo, que en este tiempo
ingrata a tantos servicios,
a tanto amor y deseo,
quisiste al mayor amigo
que tuve, y por mi desdicha,

Li-

Lisarda, a tu casa vino.
Aguardé para vengarme
a termino tan preciso,
que fuesse mi libertad
de tu desprecio castigo:
con esta resolucion
que te cases te permito
con quien quisieres.

Luc. No es hecho de hombre
noble y bien nacido:
la sangre que tienes mia,
sacarte quiero. Alex. Lucindo,
detente, que dice bien,
si esto es ansi, mi sobrino;
la culpa tiene Lisarda,
si es verdad lo que le dixo.

Mientras se pone en medio de los dos, llega por un lado Sancho a Lisarda, y dice:

San. Señora, escucha. Lis. ¿Quién es?
San. Sancho, señora, Sanchico.
Lis. ¿Pues no os fuisteis a Alemania?
San. Sí, mas ya havemos venido
como brujos por los ayres:
en efecto havemos visto
al bravo Rey de Suecia,
y al gran Conde Palatino
en Mostoles de Alemania.
Lis. ¿Viene Bernardo contigo?
San. Aquel es que está embozado.
Lis. Padre, hermano, deudos mios,

no

no averigueis si es bien hecho,
o mal hecho lo que hizo
Octavio en desprecio vuestro,
que desde este punto digo,
que se ha de llamar de todos
EL DESPRECIO AGRADECIDO:
porque si aqueste desprecio
para mi remedio estimo,
lo que va de mal casada
a estarlo con gusto mio,
justo será que se llame
el desprecio agradecido,
y que le agradezca a Octavio
desprecio, que es beneficio.
Yo estoy casada. ALEX. ¿Con quién?
LIS. No está lejos mi marido:
desembozaos, caballero,
y dadme la mano. *Desembozase.*
BER. Afirmo
con darosla y con el alma,
señora, quanto haveis dicho.
LUC. ¿Es Don Bernardo? BER. Yo soy.
SAN. Y yo, Ines, a tu servicio,
Sancho de Oviedo, hijo-dalgo,
como un pernil de tozino.
INES. ¿No eres soldado? SAN. ¿Qué quieres,
si en tres dias he corrido
de Mostoles a Alcorcon?
OCT. Aunque pudiera contigo
enojarme, Don Bernardo,
tu casamiento confirmo,
y de Lisarda a Florela,

pues qué viene a ser lo mismo;
mudo la mano y el alma.

Alex. No puede haver sucedido
mayor dicha en tal desprecio.

Lis. Por esso el Poeta dixo,
Senado, que se llamasse
El desprecio agradecido.

AMA-

AMARYLIS
EGLOGA.

OLYMPIO, SILVIO, ELISIO.

OLYMPIO.

EN tanto que tus cabras y las mias
al verde prado afeytan la melena
de la menuda hierba y fertil grama,
y el transformado Jupiter los dias,
que restituyen voz a Philomena,
y por quien tiene Europa ilustre fama,
crece con nueva llama,
flor en las ramas del almendro imprime,
y la tortola firme amores gime,
duerme Favonio en rosa,
Zephyro en azucena,
de aquella fuentecilla bulliciosa
nace agua, vive perla, y muere arena:
tiempla Silvio la lyra,
si Phebo el verso inspira,
y juntos cantarémos,
pues ya de los extremos,
que corona de sol el horizonte,
el empinado monte
deja caer la sombra.

SILVIO.

De mis canciones lyricas me nombra,
Olympio amigo, la que mas te agrada,

que ya la voluntad está templada,
porque es de obedecerte
el primero instrumento.

OLYMPIO.

Con solo disponerte
el valle escucha atento,
y Zephyro en las flores
baña las alas por tomar colores,
con cuyas plumas, que en si mismo enriza,
de ambar nativo el cielo atemoriza,
de quien los pajarillos sostenidos,
de tanto nacar y oro guarnecidos,
rompen a su elemento
en atomos del mismo pensamiento
las primeras cortinas,
que parece que vuelan clavellinas,
o que los frescos ayres encontrados
se tiran flores en los cielos prados,
y donde apenas con la vista subes,
habitan campos de ciudades nubes.

SILVIO.

¿Cómo podrá cantar un desdichado,
Olympio, bien oído y mal premiado?

OLYMPIO.

¿Qué mayor premio quieres,
que el ser tan bien oído?

SILVIO.

O tú, que el docto destos campos eres,
¿no ves que en la opinion queda ofendido
el ingenio sin premio?

OLYMPIO.

Si fueras tú del gremio,

que el vulgo por las Satiras aclama,
vendieranse tus versos en la villa.

SILVIO.

Diga, yo bien, y nunca tenga fama.

OLYMPIO.

Con gusto y maravilla
vieras entre personas bajas o altas
leer y celebrar agenas faltas,
porque nadie conoce las que tiene.
Mas deja, en tanto que Belardo viene,
o Silvio mio, las injustas quejas,
assi quando recojas las ovejas,
que balan esparcidas por el campo,
la hermosa Galathea
te reciba a las puertas del aldea:
y como suele tu mastin Melampo,
llamado de los silvos que conoce,
con mayores caricias te retoze,
que por el gusto de cantar premiado
te quiero dar un vaso que he labrado
ayer, que desnudaba un alcornoque,
y dixe: Quando Phylida le toque
con el clavel en purpura teñido,
guardado, aunque partido,
por ser de sus aljofares thesoro,
ella podrá cubrir el corcho de oro.
Tú veras las labores,
que no son de oro y de cristal mejores:
canta, y darás envidia
a los pajaros nuevos, que fastidia
el canto de los dulces ruyseñores:
canta a las soledades
architectura viva

de

de verdes edificios,
donde forman las hiedras frontispicios,
y las opuestas sierras perspectiva:
y vivan los engaños las ciudades,
que no hay dorados techos,
ni pavimentos hechos
de marmoles lustrosos,
como estos verdes arboles frondosos,
y estos arroyos puros,
que por estas pizarras van seguros,
aljofarando arena
mas que la taza de oro y ambar llena,
que no darán a Cesares veneno,
que rïendose el agua, luego avisa
de que a nadie se dió veneno en risa.

SILVIO.

Porque no pienses que con pecho ageno
de la verdad te trato,
y al beneficio responder ingrato,
una cayada te daré de azebo,
digna del mismo Phebo,
quando en los campos de Elis assistia,
favor de Phylis, un dichoso dia,
que me pagó dos jaulas con sus timbres,
hechas de blancas mimbres
y el remate dorado,
con un pardillo y colorin pintado,
maestros ya canoros;
y assi le dixe, que al amor tuviera,
pues una vez es ave y otra es fiera:
pero si havemos de alternar a coros,
nuestro sujeto sea

aque-

aquella soberana Semidea:
ya dixo el eco el nombre, que el acento
final a soberana
dulce responde ANA,
de todas las virtudes ornamento,
luz que en España Aurora
fue a ser de Francia sol, que en ella adora,
y dar nuevo decoro
al sagrado blason del lirio de oro.
Es esta gran señora
epitome divino
por celestial destino
de quanto bien pudiera haver pintado
pincel imaginado,
donde mostrando su poder el cielo,
cubrió tal alma de tan puro velo:
alli vive, alli reyna, alli se espacia,
de quien toda belleza, toda gracia,
que hallarse en un sujeto dificultan,
como de estampa celestial resultan.

OLYMPIO.

O Silvio, ¿de qué pluma tan famosa
podrá ser celebrada en verso o prosa
Madama Christianissima de Francia?
¿qué voz? qué dulce lyra? qué elegancia
podrá cantar la perfeccion divina
de tan alta heroína,
virtud, entendimiento y hermosura,
humano seraphin en rosa pura,
en cuya perfectissima belleza
sus terminos passó naturaleza?
Imagen de azucenas y claveles,

dig-

digna de los laureles
de Henrique Marte sola,
sacra, celeste Venus Española,
hija del alto Jupiter Austrino,
cuyo esplendor previno
la majestad que imita
de su divina madre Margarita:
y assi como es nuestro mayor thesoro,
pide plectro de plata en lazo de oro,
y la voz del divino
pastor de Mantua, o Griego Venusino,
no de instrumento Hispano
el arco en ruda mano,
aunque le bañe Melpomene hermosa
en resina olorosa
del Angelin Sabeo.

SILVIO.

Ahora me parece que la veo
passar el claro rio a la montaña,
que divide la Francia de la España,
trocando las estrellas Hymeneo,
Francia a Doña Ana de Austria por señora
sobre la espalda de cristal adora
de Beobia corriente
ceñida de ovas fragiles la frente,
y la dichosa España a la divina
Isabel de Borbon, a quien inclina
la cabeza de almenas coronada
entre leones de oro,
digna por tanto angelico decoro
de estampar la dorada
planta en el Mundo Nuevo,

cin-

Cynthia Oriental con el Hispano Phebo,
y de oloroso bacar
mezclada la corona
entre las perlas, que el luciente nacar
le ofrecerá la contrapuesta Zona,
aunque lleguen corridas
de convertirse en lagrimas, vencidas
de perla mas hermosa
de la divina esposa
de nuestro gran Monarcha,
que mil siglos respete ayrada Parca,
a cuyo Imperio puso
de tan diversos mares circunfuso
la envidia nacional eterno pleyto,
y a quien el Indio con festivo areyto,
y el Maluco remoto Philipino
apellidan divino,
conocen soberano.
¿Pero quién es aquel, que al verde llano
del valle de los chopos
desciende de la sierra,
y a los arroyos, sierpes de la tierra,
la blanca espuma detenida en copos
con la grossera abarca a saltos rompe,
y el canto de las aves interrompe?
El mal vestido de hojas y de lazos
gruesso baston, que remitió a los brazos,
y no al cuchillo, pone
sobre la cara del undoso rio,
esqueleto de arena en el estio,
y a la contraria margen le dispone,
con ramos de acebuche el rostro assombra,
 que

que la frente le ciñe,
y de color mortal palido tiñe,
con que parece de sí mismo sombra.
Tal suele con los pies envuelto en ira
surtiendo el agua, que a los olmos tira,
vencido atropellar corriente clara
fugitivo novillo, hasta que pára
en lo mas escondido de la selva,
corrido de que vuelva
al vencedor la espalda, que le saca
del dulce pasto de su amada vaca,
y con mugidos roncos
romper las armas en los duros troncos,
tan mal aun en los fieros animales,
y mas de amor en ocasiones tales,
el honor se sujeta.

OLYMPIO.

O Silvio, ¿quántas cosas la perfeta
naturaleza hizo sin cuidado,
por no decir que son imperfecciones?
Elisio es el que ves, pastor dotado
de las partes que sabes, si las pones
en la virtud y en los estudios nobles.
Ya no de otra manera
vive estos campos solo, que si fuera
uno de aquellos robles,
estatico una vez y otra impaciente.

SILVIO.

¿Aquel es nuestro Elisio? ¡estraño caso!
¡o vida, quanto cierta del Oriente
incierta del Ocaso!

OLYMPIO.

Nace la vida, y quando nace muere,
porque de su principio el fin se infiere:
cuna es el Alva de la rosa pura,
la noche sepultura.

SILVIO.

¿Qué sucessó, qué pena, qué fortuna,
qué accidente, qué amor, qué sol, qué luna,
pobre pastor, en tanto mal te puso?
¿Quién como tú por natural infuso,
por ciencia y experiencia presumia
de quanto el campo cria,
y a su labranza toca en todo el valle?
Enmudezca Damon, Belardo calle:
¿Quién como tú del cielo
por las constelaciones de su velo
penetraba secretos singulares,
y de aquellos celestes luminares
theoricas, eclipses y influencias?
¿quién las correspondencias
de tiempos y sazones diferentes,
menguantes y crecientes
de aquel globo de plata,
que retira la mar, o la dilata?
¿quién del ganado que engendró del viento
fragmentos en España
al soplo mas sutil de su elemento,
que vuelan con el fresno, o con la caña
en la fiesta o la guerra?
¿quién del novillo que la marca hierra
de los vaqueros de Xarama y Tajo?
¿quién con la trampa y engañoso atajo

rendir mejor el lobo, o el valiente
cerdoso javalí con polvo ardiente,
vengado por su Adonis a la estrella,
que nace y muere el claro sol con ella?
¿Quién discurriendo el velo
del ayre detener al ave el vuelo,
con atómos de plomo salpicando
el manto azul en que topó volando?
hasta los pajarillos en la liga
tal vez fueron en tí dulce fatiga:
o con el buho, imagen inocente
de la pura virtud resplandeciente,
a quien la envidia quiere
sacar la luz, en cuyo fuego muere:
que tambien es la envidia mariposa,
que se abrasa en la llama luminosa
de la virtud agena, que le falta,
aunque donde la muerde, mas la esmalta
¿Quién mejor el gobierno
de aquellas, que al amor infante el tierno
dedo picaron por la miel nativa,
para que viesse su arrogancia altiva,
que siendo tan pequeña y tan suave,
al alma suele dar dolor tan grave?
¿Quién como labra la ciudad de cera,
y del muro de corcho sale al prado
de aljofar y de flores matizado
la dulce primavera
al ronco son de las volantes cajas,
blanco susurro de sus trompas bajas?
Pues en llegando a versos
limpios, claros y tersos,

¿quién

¿quién mejor acompaña
la dulce lengua de su patria España
de Rhetoricas flores,
phrasis, exornaciones y colores?
No como aquellos Griegos en Romance,
que como pescadores,
del ingenio al papel echando el lance,
ya sacan una perla, ya una sierpe,
ya un bucio o caracol, monstros de Euterpe,
de suerte que ellos mismos desconocen
el parto que producen,
y los que los comentan, los traducen.
Pues dime, ¿qué naciones se conocen,
que no le deban versos y alabanzas
en quanto baña el mar la bella Europa?
¿qué ingenio, que con nuevas esperanzas
corta al Parnasso con el viento en popa,
que no haya celebrado?
¿qué Rey, qué empresa, qué armas, qué soldado?

OLYMPIO.

Elisio, Elisio amigo, espera, espera,
¿a dónde vas sin tí con passo incierto?

ELISIO.

¿Quién llama un hombre muerto?
¿Es esta la ribera
del fiero lago Estygio?
porque mayor prodigio
vereis en mí, que del amante Orpheo
oyó la escura margen del Letheo,
si lagrimas de amor son instrumento.

OLYMPIO.

Amigos somos tuyos.

ELI-

ELISIO.

Es portento,
que un muerto tenga amigos, o que a un vivo
le falten enemigos.

SILVIO.

Deste olivo
te sienta al pie, descansarás un rato.

ELISIO.

¿No ves que fuera a mi dolor ingrato?

SILVIO.

Deja el baston, y sientate en la hierba,
que aun el humor reserva
del llanto de la Aurora.

ELISIO.

¿Qué bien se os sigue de escuchar quien llora?
¿No veis aquella blanca tortolilla,
que entre los olmos de la verde orilla
desse arroyuelo manso
halla en gemir descanso?
pues sabed que es el alma de mi pecho,
que me ha dejado en lagrimas deshecho,
y transformada en ave tan constante
quiere el amor que llore, quando cante.

SILVIO.

Deja por Dios locuras,
y pues llorar te agrada,
¿cómo podrás mejor tus desventuras,
que donde con el alma lastimada
te escuchan dos amigos,
que como de tu bien fueron testigos,
lo serán de tus males?

ELISIO.

Ya sé que sois leales,
que parece impossible
en esta edad mas barbara y terrible,
que las heladas Scythias:
ya no hay Damon y Pythias,
ni Pylades y Orestes,
ni rompe Achiles las Troyanas huestes
de Patroclo en venganza, ni la parte
Castor con Polux celestial reparte,
ni por lo que al honor callando toca,
sella Alexandro a Ephestion la boca.

OLYMPIO.

No en todos falta la verdad, advierte,
si en la nuestra reparas,
que ha de passar las aras,
y hasta la opuesta margen de la muerte.

ELISIO.

Olympio, assi lo creo.

OLYMPIO.

Pues nos dixiste, que mejor que Orpheo
los passos y la voz conducirias
al lago de Acheronte,
en tanto que ilumina el horizonte
el gran pintor de los alegres dias,
el vago sol con encendido passo,
y rayos de oro en turquesado raso,
dibuja las celestes vidrieras
de varias nubes, que retratan fieras,
gigantes, naves, arboles y riscos,
y entre murtas, romeros y lentiscos,
en paz ocupa sombras el ganado,

sin

sin que en las zarzas rigidas del prado
deje reliquias del vellon, huyendo
voraces lobos, que le van siguiendo
del valle de Carriedo a Estremadura,
refiere el bien, si es bien el que perdiste,
pues contando su mal descansa un triste.

ELISIO.

Quan poco dura el bien, y quanto dura
el mal, oíd, pastores, pues me fuerza
sencilla voluntad de amistad pura:
oíd, pues ella a referir me esfuerza
el aspero processo de mis males:
pues lo que no pudiere en mis enojos
decir la lengua, suplirán los ojos.

OLYMPIO.

Los amigos leales
hácen tal vez gloriosa su memoria,
si puede entre las penas haver gloria.

ELISIO.

Dulce al cautivo fue contar la vida
en la amorosa patria que le daba
el fiero Thrace, o barbaro Numida,
dulce al que rota en la tormenta brava
nave Oriental passar sin verte pudo
por el Cafre desnudo,
y del arco pintado
no vió volar el passador tostado,
que parece oropendola en el viento
con plumas de colores.
Dulce a los vencedores
de Marte referir furor sangriento,
dulce al que cuenta la pendencia, ausente

el enemigo, que pintó valiente:
dulce el que cuenta la venganza hecha
en el agravio que nació sospecha;
no dulce para mí, que he de contaros
de amor dos phenix en el mundo raros,
en quien el tiempo se rindió vencido.

SILVIO.

¿Qué amor nació, que no muriesse olvido?

ELISIO.

A donde el claro Henares se desata
en blando aljófar, nuevo amante Alpheo,
Athenas Española se retrata
fertil de sabios en mayor lyceo,
alamos blancos, que de verde y plata
viste el Abril con lubrico rodeo,
ciñen sus canas entre peces y obas,
estrados de sus humidas alcobas.

Por una parte un monte se levanta,
por otra un campo se consagra al cielo,
que mas hermoso Geminis transplanta
a la alta senda de su eterno velo:
forman dos niños una imagen santa,
que el sol en fé de su divino zelo
entre signos de Athletas Españoles
adora estrellas y respeta soles.

Assi su mayoral con la pellica
blanca y celeste al singular thesoro
de la divina ley el genio aplica,
del monte luz, y de la sal decoro,
el que las leyes de la tierra explica:
verde y roja color, y la del oro
viste pastor Philosopho, que ayuda

en lo que fue naturaleza muda.
En esta parte pues, a donde el cielo
tanta ciencia infundió, como mas pura
oposicion de su celeste velo,
sus ciencias igualó con la hermosura,
nació mi luz, y el inmortal desvelo
del alma de mi pluma, que segura
caminaba a la fama en su alabanza:
tal premio un estudioso amor alcanza.
A competir la luz, que el sol reparte,
nació, pastores, Amarylis bella,
para que huviesse sol, quando él se parte,
o fuesse el mismo sol Aurora della:
benevola miró Venus a Marte
sin luz opuesta de contraria estrella;
pero la envidia, si en el cielo cupo,
turbó la claridad, quando lo supo.
Crióse hermosa, quanto ser podia
en la primera edad belleza humana,
porque quando ha de ser alegre el dia,
ya tiene sus albricias la mañana:
aprendió gentileza y cortesia,
no sobervio desden, no pompa vana,
venciendo con prudente compostura
la arrogancia que engendra la hermosura.
Si cathedra de amar amor fundára,
como aquel Africano Español ciencias,
la de prima bellissima llevára
a todas las humanas competencias:
no tuvieran contigo, phenix rara,
las letras y las armas diferencias,
ni estuvieran por Venus tan hermosa

que-

quejosa Juno, y Palas envidiosa.
El copioso cabello, que encrespaba
natural artificio, componia
una selva de rizos, que envidiaba
amor para mirar por zelosia:
porque quando tendido le peynaba,
un pavellon de tornasol hacia;
cuyas ondas sulcaban siempre atentos
tantos como cabellos, pensamientos.
En la mitad de la serena frente,
donde rizados los enlaza y junta,
formó naturaleza diligente
jugando con las hebras una punta:
en este campo, aunque de nieve ardiente,
duplica el arco amor, en cuya junta
margenes bellas de pestañas hechas,
cortinas hizo y guarnicion de flechas.
Dos vivas esmeraldas, que mirando
hablaban a las almas al oído,
sobre candido esmalte transladando
la suya hermosa al exterior sentido,
y con risueño espiritu templando
el grave ceño, alguna vez dormido,
para guerra de amor de quanto vian,
en dulce paz el reyno dividian.
La bien hecha nariz, que no lo siendo
suele descomponer un rostro hermoso,
proporcionada estaba, dividiendo
honesto nacar en marfil lustroso:
como se mira doble malva abriendo
del cerco de hojas en carmin fogoso,
assi de las mexillas sobre nieve
 el

el divino pintor purpura llueve.
Qué rosas me dará, quando se toca
al espejo, de Mayo la mañana?
qué nieve el Alpe, qué cristal de roca,
qué rubies Ceylan, qué Tyro grana,
para pintar sus perlas y su boca,
donde a sí misma la belleza humana
vencida se rindió, porque son feas
con las perlas del Sur rosas Pangeas?
Con celestial belleza la decora,
como por ella el alma se divisa,
la dulce gracia de la voz sonora
entre clavel y roja manutisa,
que no tuvo jamas la fresca Aurora
bañada en ambar tan honesta risa,
ni dió mas bella al gusto y al oído
margen de flores a cristal dormido.
No fue la mano larga, y no es en vano,
si mejor escultura se le debe.
para seguirse a su graciosa mano
de su pequeño pie la estampa breve:
ni de los dedos el camino llano,
porque los ojos, que cubrió de nieve,
hiciessen, tropezando en sus antojos,
dar los deseos y las almas de ojos.
Trece veces el sol en la dorada
esphera devanó los paralelos,
por cuya senda candida, esmaltada
de Auroras, baña en luz tierras y cielos:
quando a ser hermosura desdichada
la destinaron por sus claros velos
quantos aspectos hay infortunados,
quan-

quanto mas resistidos mas ayrados.
No porque tengan fuerza las estrellas
contra la libertad del alvedrio,
mas porque al bien o al mal inclinan ellas,
y no ponemos fuerza en su desvio:
por ver las partes de Amarylis bellas
a los campos bajó de nuestro rio
Ricardo, un labrador de la Montaña,
que fue defensa del honor de España.
Rudo y indigno de su mano hermosa
a pocos dias mereció su mano,
no el alma, que negó la fé de esposa,
en cuyo altar le confessó tyrano:
aquella noche infausta y temerosa
con tierno llanto resistida en vano,
en triste auspicio del funesto empleo
mató el hacha nupcial triste Hymeneo.
¿Qué desdicha fatal de las hermosas
es essa de tener tales empleos?
¿siempre las feas han de ser dichosas?
¿nunca les han de dar maridos feos?
¿en qué consiste ser tan venturosas,
si no es possible despertar deseos?
en que es tal bien, que quando dió belleza,
no tuvo mas que dar naturaleza.
Imagenes celestes, como ahora
teneis envidia allá, siendo tan fea,
no mas Elices bellas que el sol dora,
dulce Ariadna, hermosa Cassiopea:
tú, hija de Titan y de la Aurora,
candida virgen, celestial Astrea,
como dias y noches, tu figura

igua-

iguala la fealdad y la hermosura.
Las Gracias assistieron roto el lazo,
que en triangular firmeza las anuda,
la madre del amor sin darle abrazo,
la paz del matrimonio puso en duda:
llegado el tiempo al amoroso plazo;
con vergonzosa nube la desnuda
fuerza cubrió, que aunque muger la nombra,
faltaba el alma, y abrazó la sombra.
No suele de otra suerte la cordera
azechada detras del verde escobo
la repetida voz gemir postrera
entre los dientes del sangriento lobo:
ni menos fiero, quando mas se altera,
albergue de pastores contra el robo,
cogiendo piedras y llamando perros,
discurre valles y transmonta cerros.
Alli se forma una aspera batalla,
uno sigue, otro ladra, aquel le muerde;
el silvo suena, el cañamo restalla;
huye, resiste, sufre, y no la pierde,
las hondas burla, y quando el monte calla,
tiñe de rojo humor la cama verde,
en que duerme seguro, y satisfecho
que la tiene en los brazos o en el pecho.
¿Quántos deseos de pastores fueron
siguiendo aquella noche con suspiros
la envidia de Ricardo, que ofendieron
vanos deseos de amorosos tiros?
mas quando ya de vista le perdieron,
volviendose a sus chozas y retiros,
abrazado y cruel, tyrano y dueño
le-

le halló la Aurora en regalado sueño.
Desde este dia fue Amarylis llanto,
no fue Amarylis, su mortal tristeza
aumentó su hermosura con espanto
del orden que le dió naturaleza:
bajaba de la noche el negro manto,
y era nacar de perlas su belleza,
llorabalas el Alva en sus despojos,
y eran racimos de cristal sus ojos.
Volvió a pintar los Signos otras tantas
veces el claro sol, divino Apeles,
renovando las flores y las plantas
las puntas de sus unicos pinceles:
era el tiempo, en que vió las luces santas
coronado de triumphos y laureles
el Tercero PHELIPE del Segundo,
a cuyo Quarto fue pequeño el mundo.
En un jardin se celebraba un dia
de gallardos pastores un torneo,
donde el amor a Marte competia,
y daba la virtud premio al deseo:
las letras escribió la phantasia,
interpretes ocultos de su empleo,
hallando el accidente en los favores
de las galas y plumas las colores.
Aqui Amarylis presidió, hermosura
entre quantas vinieron a la fiesta,
como envidiada, de envidiar segura,
fingiendo risa dulcemente honesta:
como sale despues de noche escura
la pura rosa en el boton compuesta
de aquel pomposo purpurante adorno

de

de verdes rayos coronada en torno:
O como al nuevo sol la adormidera
desata el nudo al desplegar las hojas,
formando aquella hermosa y varia esphera
ya candidas, ya nacares, ya rojas:
assi me pareció, y assi quisiera
decirle con la lengua mis congojas;
mas quisieron los ojos atrevidos
anticiparse a todos los sentidos.
Assi como el relampago se mira
primero que al oído llegue el trueno,
porque es la vista mas voloz, si admira
que salgan juntos del oculto seno:
assi las luces, que la vista espira,
y llevaron al alma su veneno,
anticiparon a la lengua en calma,
aunque las ví salir juntas del alma.
En vano entonces las deydades llamo,
aunque de Venus el favor presuma,
qual pajaro se queja del reclamo,
despues que el arbol le prendió la pluma,
que en la liga tenaz y el firme ramo
se prende mas, se enlaza, y se despluma,
porque las alas, que volar previenen,
pensando que le sueltan, le detienen:
Assi mis ojos libertad buscaban
de la nueva prision en que se vian,
pues por librarse de mirar, miraban,
y pensando salir, se detenian,
quando las alas de Icaro abrasaban
rayos del sol, la cera derretian
y este regalo, cuyo exemplo sigo,

pen-

pensaba que era amor, y era castigo.
Este principio tuvo el pensamiento,
que nunca tendrá fin, pues no es possible
tenerle el alma, donde tuvo assiento
contra todos los tiempos invencible:
assi se cautivó mi entendimiento,
y mi esperanza se juzgó impossible;
mas viendome morir, siempre decia:
Dulce mal, dulce bien, dulce porfia.
Mas facil cosa fuera referiros
las varias flores desta selva amena,
o las ondas del Tajo, en cuyos giros
envuelto su cristal besa la arena,
que las ansias, temores y suspiros
de la esperanza de mi dulce pena,
hasta que ya despues de largos plazos
gané la voluntad, que no los brazos.
Escribiale yo mis sentimientos
en conceptos mas puros que sutiles,
y tál vez escuchaba mis tormentos,
o recibia mis presentes viles:
¿qué Mayo con diversos instrumentos,
canciones y relinchos pastoriles
no coroné sus jambas y linteles
de myrthos, arrayanes y laureles?
¿Qué cabritillo le nació manchado,
o todo blanco, o rojo y encendido
a la cabra mejor de mi ganado,
sin darsele de flores guarnecido?
¿quándo topé su manso, que peynado
no le volviesse el natural vestido,
o sin llevar, porque al de Thyrsi exceda,

esquila de oro en el collar de seda?
¿Qué fruta no gozaba a manos llenas
de mi heredad a sus pastores franca?
¿qué leche y miel de ovejas y colmenas
en roja cera, o en encella blanca?
¿qué ruyseñores con la pluma apenas?
¿qué mastin suyo no adornó carlanca,
sin verse, o lo tuviera por delito,
su dulce nombre en el metal escrito?
¿De qué sarta de perlas no tenia
la candida garganta coronada?
aunque la misma sarta agradecia
verse en mejores perlas engastada:
¿qué sangriento coral no competia
su boca, en viva purpura bañada?
sin otras pobres joyas, que entre amantes
las lagrimas amor hace diamantes.
Estaba yo detras de un verde espino
escribiendo mis zelos y temores
junto a un arroyo a un prado tan vecino,
que a precio de cristal compraba flores,
quando Amarylis, que a bañarse vino,
me vió escondido, que sino, pastores,
por el vidrio del agua a Venus veo,
¡qué corta dicha de tan gran deseo!
No se viera mas bella y peregrina
de divino pincel dibujo humano,
corrida al quadro la veloz cortina
la celebrada Venus del Ticiano:
si el cuerpo hermoso en el cristal reclina,
tengo un antojo, que me dió Silvano,
con que tanto a mis ojos la acercára,

que

que todos los del alma me quitára.
Sentabase conmigo en una fuente,
que murmuraba amores tan ociosos,
lastimada de ver, que su corriente
aumentaban mis ojos amorosos:
no llora y canta Philomena ausente
con mas dolor sus casos lastimosos,
que yo, si me faltaban solo un dia
las bellas luces, en que el alma ardia.
Su mano alguna vez, que la fortuna
estaba de buen gusto, me fiaba,
con que pensaba yo, que de la luna
la humilde mia possession tomaba:
con dulce voz, que no igualó ninguna,
mis amorosos versos animaba,
que en ella presumí, y aun hoy lo creo,
que eran de Ovidio, y los cantaba Orpheo.
Tal vez armando un arbol con cautela
cazabamos pintados pajarillos
con las ocultas varas, que encarcela
la liga, de sus pies cadena y grillos:
no con la parda red, o blanca tela
el tremendo animal, cuyos colmillos
aun tiembla Venus hoy, quando al Aurora
el que mancebo amaba, flor le llora.
Contento desta vida, y ya perdida
la esperanza de verla mas dichosa,
la dura muerte mejoró mi vida,
que alguna vez la muerte fue piadosa:
mató la de Ricardo aborrecida,
sacando deste Argel su indigna esposa,
y mi deseo, que su fin alcanza,

naciendo possession, murió esperanza,
Que vida fuesse la dichosa mia,
de la passada os diga la aspereza,
porque no mereció tanta alegria
quien antes no passó tanta tristeza:
¡o quantas veces me enojaba el dia
sacando de mis brazos su belleza,
y quantas veces le quisiera eterno
por largas noches el escuro hibierno!
El parabien me daban los pastores
del Tajo, Manzanares y Jarama,
refiriendo en sus versos mis amores
aquellos que a Helicon fueron por fama:
pareciame a mí que hasta las flores,
que riza el prado sobre verde lama,
Viva el constante Elisio, me decian,
que duplicados ecos repetian.
Lo mismo el valle humilde, el arrogante
monte aplaudir en alta voz pretende,
qual suele el vulgo barbaro arrogante
con *Victor* celebrar lo que no entiende:
si en las fuentes miraba mi semblante,
quando encendido el sol velos desprende,
me parecia hermoso, ¡qué locura!
y era que imaginaba en su hermosura.
Como sucede, que ganando un hombre,
todos le lisongean y le admiran,
parece mas discreto y gentil-hombre,
y es gracia quanto dice, a los que miran:
y como suelen repetir su nombre
los que al barato de su dicha aspiran,
assi dieron aplauso a mis favores

aves,

aves, pastores, arboles y flores.
Con esto en paz tan amorosamente
vivia yó, que de sus dos estrellas
vida tomaba para estar ausente,
y luz para poder mirar sin ellas:
mirandole una vez atentamente
las verdes niñas, ví mi rostro en ellas,
y zeloso volví, por ver si estaba
detrás otro pastor que le formaba.
Mas como en esta vida no hay alguna,
que se pueda alabar hasta la muerte,
y con tantos exemplos la fortuna
su facil inconstancia nos advierte:
volvió su condicion tan importuna
contra mi bien, que de la misma suerte
que me le dió, me le quitó, y aun creo
que fue mayor que el bien, el mal que veo.
Havia yo querido en tiernos años
una villana hermosa y ignorante
con poco amor, no sé si son engaños,
pero no amaba yo mi semejante:
ausencia, que de casos tan estraños
siempre es autora, y nunca fue constante:
enseñóla a querer otro sujeto,
fiando los agravios al secreto.
Miente quien dice, que la ofensa larga
puede durar sin verla el ofendido,
la breve puede ser, mas si se alarga,
o no sabe de honor, o bebe olvido:
la baja vecindad luego se encarga
de que se entienda bien lo mal sentido,
porque si persuade una mentira,

¿qué

¿qué hará de la verdad, que escucha y mira?
Mirar atentamente lo que passa
en casa agena, y no mirar la propia,
quando por dicha en el honor se abrasa,
a nadie le parece cosa impropia:
las faltas proprias y la propria casa,
de qué hay en nuestro valle tanta copia,
¿cómo le pueden dar al dueño enojos?
porque ácia dentro nunca ven los ojos.
Era del Tajo un rico ganadero
este pastor, que a Fabia enamoraba,
cuyo ganado por braveza fiero
de negra y roja piel campos manchaba,
sabio entre necio, lindo entre grossero;
mas pienso que decir rico bastaba:
tanto la gala en las mugeres crece,
que se compra el favor, no se merece.
Dejé con esto justamente a Fabia,
que se quejaba haviendome ofendido,
porque quien vuelve a amar a quien le agravia:
poco tiene de honrado y bien nacido:
no fue de mi temor prevencion sabia
buscar para su amor tan justo olvido;
sobraba breve tiempo de por medio,
que para poco amor, poco remedio.
Mas quando fuera yo la quinta essencia
de quanto amor de Ovidio enseña el arte,
y tuviera la pena en competencia,
que tuvieron por Venus Phebo y Marte
o a Elisa del Troyano dió la ausencia,
o a Iphis los desdenes de Anaxarte,
o la que al Thracio amante aun hoy espanta,
que

que llora Progne y Philomena canta:
Bastaba para olvido solamente
volver sus dulces ojos a mirarme
la divina Amarylis, accidente
que pudo a un tiempo helarme y abrasarme,
tanto, que a ser possible que lo intente
del alma, que dí a Fabia, desnudarme,
le diera un alma nueva a su despecho,
que no huviera servido en otro pecho.
Mas Fabia con deseo de venganza,
¡duro animal es la muger con ella!
mi vida, mi remedio, mi esperanza
como caballo indomito atropella:
por castigar mi subita mudanza,
y con envidia de Amarylis bella
corrió zelosa, y no miró arrogante
quantos brillar azeros vió delante.
Tal suele furibundo en tempestades
arroyo formidable intempestivo
ya de montes bajar, ya de ciudades
con turbulento horror y orgullo altivo,
que destruyendo viñas y heredades,
voltea entre las aguas vengativo
pedazos de cabañas y de hazeñas,
abriendo calles, y lavando peñas.
Enfin con los hechizos que sabia,
y un pastor estrangero le enseñaba,
que en la luna caracteres ponia,
los espiritus fieros invocaba,
las bellas luces, donde yo me via,
y en los hermosos ojos respetaba
de Amarylis el sol, cegó de suerte,

que se pudo vengar de amor la muerte.
Quando yo ví mis luces eclipsarse,
quando yo ví mi sol escurecerse,
mis verdes esmeraldas enlutarse,
y mis puras estrellas esconderse,
no puede mi desdicha ponderarse
ni mi grave dolor encarecerse,
ni puede aqui sin lagrimas decirse
cómo se fue mi sol al despedirse.
Los ojos de los dos tanto sintieron,
que no sé quales mas se lastimaron,
los que en ella cegaron, o en mi vieron,
ni aun sabe el mismo amor los que cegaron,
aunque sola su luz escurecieron;
que en lo demas bellissimos quedaron,
pareciendo al mirarlos, que mentian,
pues mataban de amor lo que no vian.
Qual suele enamorar la phantasia
retrato, que no sabe que enamora,
y quanto al vivo original le fia,
con mudas luces el pintado ignora:
o como en el crepusculo del dia
por hermosuras sobre flores llora
el Alva, sin saber que las aumenta,
abre, colora, pinta y alimenta.
Passó al principio con prudencia cana
en tanta juventud verse sin ojos,
tan Nympha, tan gentil, quanto la humana
belleza dio mortales a despojos:
quatro veces el sol en oro y grana
passados del hibierno los enojos,
bañó la piel del Phrygio vellocino,

sin

sin replicar a su fatal destino.
No pude yo, que a la tristeza mia
aquel consuelo de Antipatro niego,
que dixo, que la noche dar podria
algun deleyte al que estuviesse ciego:
ni menos a imprimir tuve osadia,
quando a la estampa de sus ojos llego,
mi vista en ellos, porque no admitiera
peregrina impression su hermosa esphera.
Ojos, decia yo, si yo decia
lo que el alma a singultos me dictaba,
¿ cómo sufrió tanto rigor el dia,
que luz de vuestra luz participaba?
de Psyches fue mi loca phantasia,
que ver vuestra belleza imaginaba,
pues ví, mis ojos, quando a veros llego,
al sol dormido, y a Cupido ciego.
Assi estaba el Amor, y assi la miro
ciega y hermosa, y con morir por ella,
con lastima de verla me retiro,
por no mirar sin luz alma tan bella:
difunto tiene un sol, por quien suspiro,
cada esmeralda de su verde estrella,
ya no me dá con el mirar desvelos,
seré el primero yo que amó sin zelos.
No luce la esmeralda, si engastada
le falta dentro la dorada hoja,
porque de aquella luz reverberada
mas puros rayos transparente arroja:
assi en mis verdes ojos eclipsada
dentro la luz, que Fabia le despoja,
aunque eran esmeraldas, no tenian

el alma de oro, con que ver podian.
Ahora si que amor es ciego, ahora
si tirasse, a ninguno acertaria,
ahora si que sois, dulce señora,
ciega de amor, pues que mi amor os guia:
cantad, pues que sabeis, lo que amor llora,
que es vuestra pena y la desdicha mia,
tendrá dos aves esta selva amena,
sin ojos vos, sin lengua Philomena.
Crió Jupiter alto la Fortuna
con tan hermosos ojos, que miraba
todas las cosas, sin quejarse alguna
que el merecido premio le quitaba:
al pavimento de la blanca luna
la virtud y la ciencia levantaba,
quejandose con barbara arrogancia
el vicio, la bajeza y la ignorancia.
Atento el dios a tantos sacrificios,
que sus candidas aras jaspearon,
la Fortuna cegó, cuyos oficios
en injustos agravios se trocaron:
ciencias, hazañas, meritos, servicios
nunca desde este dia se premiaron,
que la ignorancia, el vicio y la mentira,
como ciega no ve, premia y admira.
Tú Fortuna, tú Amor, tú hermosa ciega,
¿qué bien podrá esperar mi confianza?
pero si la Fortuna el premio niega,
no le niegues, Amor, a la esperanza:
mas si la vida a tal extremo llega,
que en la muerte condena la tardanza,
¿qué bien me puede dar que yo le pida,
quan-

quando él está sin vista y yo sin vida?
Ojos, si ví por vos la luz del cielo,
¿qué cosa veré ya sin vuestra vista?
o cómo el alma admitirá consuelo,
que la violencia del dolor resista?
corre la Aurora de la noche el velo,
para que el sol a nuestro polo assista:
mirad si el alma justamente llora,
que nunca salga el sol en vuestra Aurora.
Las fabulas fingieron, que atrevido
al sol hurtó la llama Prometheo,
pero cegar al sol, con ser fingido,
jamas fue empresa de mortal deseo:
pero si de tinieblas ofendido,
sol de mis ojos, eclipsar os veo,
fue porque vino a estar en vez de luna
en el dragon de Fabia mi fortuna.
Con los ojos abiertos el leon duerme,
y a nadie mata, porque a nadie mira:
¡o milagro de amor matar sin verme!
¡o luz elemental, que oculta admira!
solo resulta el bien de no perderme,
quando de zelos el temor suspira;
pero corred los amorosos velos,
mirad a todos, y matadme a zelos.
Pensaba yo con esta, que no huviera
desdicha, que a la nuestra se igualára,
quando Fabia crüel intenta fiera
del alma escurecer la lumbre clara:
es el entendimiento la primera
luz que la entiende, y voz que la declara,
es su vista y sus ojos, ¿pues qué intento

mas fiero, que cegar su entendimiento?
Quando a Amarylis ví sin él, pastores,
pues que no le perdí, no os encarezca
mis lagrimas, mis penas, mis dolores,
pues no es razon que credito merezca:
exemplo puede ser mi amor de amores,
pues quiere amor que mas se aumente y crezca,
que si en amar defectos se merece,
esse es amor que en las desdichas crece.
¿Quién creyera, que tanta mansedumbre
en tan subita furia prorumpiera?
pero faltando la una y la otra lumbre
de cuerpo y alma, ¿qué otro bien se espera?
que en no haviendo razon que el alma alumbre,
ni vista al cuerpo en una y otra esphera,
solo pudo quedar lo que se nombra
de viviente mortal cadaver sombra.
Aquella, que gallarda se prendia,
y de tan ricas galas se preciaba,
que a la Aurora de espejo le servia,
y en la luz de sus ojos se tocaba,
curiosa los vestidos deshacia,
y otras veces estupida imitaba,
el cuerpo en hielo, en extasis la mente,
un bello marmol de escultor valiente.
Como despues de muerta Polyxena
sobre el sepulcro del vengado Achiles,
bañando el marmol la purpurea vena,
indigna hazaña de animos gentiles,
Hecuba triste maldiciendo a Helena,
y la venganza de los Griegos viles,
las selvas assombraba con feroces
an-

ansias, vertiendo el alma entre las voces:
Assi por nuestros montes discurria,
hiriendo a voces los turbados vientos,
aquella cuya voz, cuya harmonia
cantando suspendió los elementos:
furiosa Pythonisa parecia
en los mismos furores, quando atentos
esperaba de Phebo las funestas,
o alegres siempre equivocas respuestas.
Las aves, campos, flores y arboledas,
que primero la oyeron, repitiendo
los ecos de su voz, las altas ruedas,
por donde forma el Tajo dulce estruendo,
apenas pueden detenerse quedas,
como entonces oyendo, ahora huyendo,
solo la escucho yo, solo la adoro,
y de lo que padece me enamoro.
Las diligencias finalmente fueron
tantas para curar tan fieros males,
que la vista del alma le volvieron,
que penetra los orbes celestiales:
quando mis ojos a Amarylis vieron,
juzgando yo sus penas inmortales,
con libre entendimiento, gusto y brio
roguéle a amor que me dejasse el mio.
Salia el sol del pez Austral, que argenta
las escamas de nieve, al tiempo quando
cuerda Amarylis a vivir se alienta,
los campos, no los zelos, alegrando;
a la estampa del pie la selva atenta,
campanillas azules esmaltando,
parece que aun en flores pretendia

tocar a regozijo y alegria.
Trinaban los alegres ruyseñores,
y los cristales de las claras fuentes
jugaban por la margen con las flores,
que bordaban esmaltes diferentes:
mirabanse los arboles mayores,
de suerte en la inquietud de las corrientes,
que el ayre, aunque eran sombras, parecia
que debajo del agua los movia.
Por ver el pie, con que las flores pisa,
saltaban los corderos por el llano,
ella les daba sal con dulce risa
en el marfil de su graciosa mano:
en la corteza de los olmos lisa,
ingenio singular, compuso Albano
floridos Epigramas, no vulgares,
que era Poeta de los doce Pares.
De mí no digo, porque siempre he sido
humilde professor de mi ignorancia,
no como algunos, que han introducido
sacar executoria a su arrogancia:
y siendo genio Amor de mi sentido,
mirando mas la fé, que la elegancia,
compuse versos, que con lengua pura
Castilla y la verdad llaman cultura.
Mas como el bien no dura, y en llegando
de su breve partida desengaña,
huesped de un dia, pajaro volando,
que passa de la propria a tierra estraña:
no eran passados bien dos meses, quando
una noche al salir de mi cabaña
se despidió de mí tan tiernamente,

co-

como si fuera para estar ausente.
Elisio, caro amigo, me decia,
lo que has hecho por mí te pague el cielo,
con tanto amor, lealtad y cortesia,
fé limpia, verdad pura, honesto zelo:
¿Qué causa dixe yo, señora mia,
qué accidente, qué intento, qué desvelo
te obliga a despedirte desta suerte,
si tengo de volver tan presto a verte?
Siempre con esta pena me desvio
de tí, me respondió, ¿mas quién pensára,
que el Alva de sus ojos en rocio
tan tierno a media noche me bañára?
A Dios, dixo llorando, Elisio mio:
Espera, respondí, mi prenda cara:
no pudo responder, que con el llanto
callando habló, mas nunca dixo tanto.
Yo triste aquella noche infortunada,
principio de mi mal, fin de mi vida,
dormí con la memoria fatigada,
si hay parte que del alma esté dormida:
mas quando de diamantes coronada
en su carroza de temor vestida,
mandaba al sueño, que esparciesse luego
cuidado al vicio, a la virtud sossiego:
Suelto el cabello, desgreñado y yerto,
medio desnuda Lycida me nombra,
pastora de Amarylis, yo despierto,
y pienso que es de mi cuidado sombra:
si a pintaros a Lycida no acierto,
no os espanteis, porque aun aqui me assombra:
Tu bien se muere, dixo Elisio, advierte,
que

que está tu vida en brazos de la muerte.
No puede ser, le dixe, pues yo vivo,
y mal vestido parto a su cabaña:
pastores, perdonad, si el excessivo
dolor en tiernas lagrimas me baña:
apenas el estruendo compassivo,
y el dudoso temor me desengaña,
quando me puso un miedo en cada pelo
el triste horror, y en cada poro un hielo.
Como entre el humo y poderosa llama
del emprendido fuego discurriendo
sin orden, este ayuda, aquel derrama
el agua antes del fuego, el fuego huyendo;
o como en monte va de rama en rama
con estallidos fieros repitiendo
quejas de los arroyos, que quisieran
que se acercáran, y favor les dieran:
En no menos rigor turbados miro
de Amarylis pastoras y vaqueros,
y ella espirando, ¡hai Dios! ¿cómo no espiro
osando referir males tan fieros?
estaban en el ultimo suspiro
aquellos dos clarissimos luceros,
mas sin faltar hasta morir hermosa
nieve al jazmin, ni purpura a la rosa.
Llego a la cama la color perdida,
y en la arteria vocal la voz suspensa,
que apenas pude ver restituída
por la grandeza de la pena inmensa:
pensé morir viendo morir mi vida,
pero mientras salir el alma piensa,
ví que las hojas del clavel movia,

y

y detuvose al ver que me decia.
¡Mas hai de mi! que fue para engañarme,
para morirse, sin que yo muriesse,
o para no tener culpa en matarme,
porque aun alli su amor se conociesse:
tomé su mano en fin para esforzarme,
mas como ya dos veces nieve fuesse,
templó en mi boca aquel ardiente fuego,
y en un golfo de lagrimas me anego.
Como suelen morir fogosos tiros,
resplandeciendo por el ayre vano
de las centellas, que en ardientes giros
resultan de la fragua de Vulcano:
assi quedaban muertos mis suspiros
entre la nieve de su helada mano:
assi me halló la luz, si ser podia,
que muerto ya mi sol, me hallasse el dia.
Salgo de alli con herizado espanto
corriendo el valle, el soto, el prado, el monte,
dando materia de dolor a quanto
ya madrugaba el sol por su horizonte:
pastores, aves, fieras, haced llanto,
ninguno de la selva se remonte,
iba diciendo: y a mi voz turbados
secabanse las fuentes y los prados.
No quedó sin llorar pajaro en nido,
pez en el agua, ni en el monte fiera,
flor que a su pie debiesse haver nacido,
quando fue de sus prados primavera:
lloró quanto es amor, hasta el olvido
a amar volvió, porque llorar pudiera,
y es la locura de mi amor tan fuerte,

que pienso que lloró tambien la muerte.
Bien sé, pastores, que estaréis diciendo
entre vosotros, que es mi amor locura,
tantas veces en vano repitiendo
su desdicha fatal y su hermosura:
yo mismo me castigo y reprehendo;
mas es mi fé tan verdadera y pura,
que quando yo callára mis enojos,
lagrimas fueran voz, lenguas mis ojos.
Como las blancas y encarnadas flores
de anticipado almendro por el suelo
del cierzo esparzen frigidos rigores,
assi quedó Amarylis rosa y hielo;
diez años ha que sucedió, pastores,
con su muerte mi eterno desconsuelo;
y estoy tan firme y verdadero amante
como los polos que sustenta Atlante.
Primero se verá prestarle plata
la luna al sol sobre sus joyas de oro,
y que el mar de Sicilia se dilata
a coronar la frente de Peloro,
primero en el turbante de escarlata
cendal de nieve del Atlante Moro
serán, con la distancia que interviene,
los hielos de la frigida Pyrene:
Primero los secretos celestiales
lynce penetrará mortal discurso,
y faltarán zaphyros Orientales
al sol para formar su eterno curso:
primero de Helicona en los umbrales
poetico no havrá tenaz concurso,
y dejará la presuncion humana
de

de ser sobervia en sus acciones vana?
Que mi firmeza, que a inmortal aspira,
falte de amar del alma la hermosura
que tu cuerpo adornó, como se mira
iluminada por cristal figura:
que si vivir a nuestro valle admira
la vida que animaste lumbre pura,
es porque hacer tu nombre eterno pueda
en quanto gira la celeste rueda.
No fuera de Cornelio celebrada
Lycoris bella, con tus ojos fea,
de Estacio Violantila eternizada,
ni del fecundo Ovidio Galathea,
como lo fueras tú de mi templada
lyra y mi verso, que tu honor desea:
¡mas hai, que amor para mayores sumas
me dió las flechas, pero no las plumas!
Si como tengo mas amor, tuviera
de Petrarca el ingenio, tanto honrára
tu muerte, que con Laura compitiera,
y mas, pues mas la amé, la eternizára:
mientras viviere la mortal esphera,
o dulce de mis ojos prenda cara,
yo te prometo, que tu nombre sea
luz de mi ingenio, y de mi pluma idea.
Yo cantaré tus ojos con tan puro
verso como mi amor, sin que el dialeto
de mi patria se ofenda por escuro,
porque lo que es escuro, no es perfeto:
y aquellas esmeraldas, que por muro
tuvieron flechas del amor discreto,
en cuya verde luz aguila firme

cinco lustros ardí sin consumirme.
Si conceptos amor me diere iguales
a la hermosura, que en tus ojos vieron
los que lloran con ansias inmortales,
que quando te ganaron, te perdieron:
diré las perfecciones celestiales,
que la envidia mató, tanta le dieron
a aquella Circe, a aquella vil Medea,
que te pudo matar, no hacerte fea.
Porque primero al despertar la Aurora
pondrá fealdad en las hermosas flores
y en las rosas, que en purpura colora,
quando dormido amor despierta amores,
y en los rayos del sol, que infante dora
de la mañana candidos albores,
que donde puso con tan gran belleza
estudioso pincel naturaleza.
Que aun no te pudo dar fealdad ninguna
cegar la luz de tus estrellas claras,
que aquellas manchas de la blanca luna
no son defectos, sino partes raras:
ciego mi amor y ciega mi fortuna
viviera yo, si viva me animáras,
y para fé destas verdades baste
ser diez años despues que me dejaste.
Como el herido ciervo con la flecha
se oculta por los asperos jarales,
que en qualquiera lugar morir sospecha,
dando a las selvas ramos de corales,
a quien ni el verde dictamo aprovecha,
ni echarse en flores, ni beber cristales,
seré yo triste en tantos accidentes

Tan-

Tantalo de las selvas y las fuentes.
Y en tanto mal, en tanta desventura,
este de tu hermosura igual retrato,
donde salió tan viva tu hermosura,
que le miran mis ojos con recato,
será la luz indeficiente y pura,
que no consienta en mí respeto ingrato,
y sin examinar la diferencia
el dulce engaño de tu larga ausencia.
Podrán volver atras quantas corrientes
al mar conducen caudalosos rios,
quando con mas furor derriban puentes,
vistiendo de ovas arboles sombrios,
o Amarylis, primero que las fuentes,
que precipita de los ojos mios
aquel justo dolor, que de tu ausencia
hace al partirse el alma competencia.
En la florida margen desta fuente
passabamos los dos alegres dias;
arena es ya lo que cristal corriente
que solo ha de llevar lagrimas mias.
¿Qué manso a su pastor mas obediente
vino a la mano, como tú venias?
que como causa zelos la tardanza,
nunca desesperaste mi esperanza.
Estos olmos dirán, cuya corteza
hoy crece con el nombre de Medoro,
que tú y el sol, y tú con mas belleza,
le dabades al Alva rayos de oro,
y ahora que te llama mi tristeza
con el nombre bellissimo que adoro,
no me respondes, porque no se inclina

a voz humana relacion divina.
Estos, donde te ví, tristes lugares,
aunque llenos de sombras y de flores,
ya riberas del Tajo, ya de Henares,
seran mas ocasion de mis dolores:
mis deseos morir, mis ojos mares,
por la desdicha y la razon mayores,
y yo en el centro de mi proprio abismo
el mayor enemigo de mí mismo.
Por la fé que te dí, que no haya cosa
que me alegre jamás, ni me entretenga,
hasta que desta vida trabajosa
tu Elisio y tu pastor descanso tenga:
tú, mi señora, en tanto en paz reposa,
que espiritu inmortal a verte venga,
porque no puedo yo volver a verte,
sino tiene de mí piedad la muerte.

OLYMPIO.

¡Pobre pastor! cayó en la tierra dura.

SILVIO.

Mejor dirás, cayó donde desea,
si solo puede ser su sepultura.

OLYMPIO.

¿Que en tales tiempos tal amor se vea?
¡o monstro de firmeza! o solo amante
hasta morir constante!
Esse corcho dorado
al rayo de cristal de aquella fuente
pon, Silvio, brevemente.

SILVIO.

Ya surten perlas de su tiro helado,
¿quién ahora dirá que es corcho el oro?

OLYM-

OLYMPIO.

¿Qué piensas tú que es el mortal thesoro?

SILVIO.

Bañale bien, Olympio,

OLYMPIO.

¿No ves cómo le corre, y le socorre
el agua por la barba? apriessa corre
en tanto que le limpio
la cara y el cabello; mas ya vuelve.

SILVIO.

A llevarle a la choza te resuelve
de Belardo, que es solo verdadero
amigo en todo el prado,
que tienen los demas amor prestado.

OLYMPIO.

Bien dices, porque el candido lucero
con vespertina luz brilla diamante,
y el debil Phebo con mayor semblante
al Indio lleva en hombros su thesoro
entre nubes de grana y rayos de oro.

SILVIO.

¿Elisio?

OLYMPIO.

No responde, tenle fuerte.

SILVIO.

Bien dixo el Portugués, Cysne canoro:
Tambien para los tristes huvo muerte.

DE DOÑA LAURA CLEMENTA.

LOPE, con tan dulce lyra
de Elisio el dolor cantais,
que enterneceis y alegrais,
porque quanto mueve, admira:
sino es que Apolo os inspira,
phenix, nueva primavera,
cysne llamaros quisiera;
pero no será razon,
porque tan dulce cancion
no parezca la postrera.

DEL MAESTRO BURGUILLOS.

Por iros a Francia andais,
LOPE, mas yo no lo creo,
porque muy sin pies os veo,
sino es que en los versos vais.
¿ Tan desesperado estais?
tanta es la colera, tanta?
que vais a Francia me espanta,
pero tanto haveis contado,
que presumo que os ha dado
algun mal en la garganta.

PHYLIS

EGLOGA.

DOrmidas sobre candidas arenas
entre dos alamedas, que cubrian
las ramas aves y los pies verbenas:
Del Tajo a lento passo discurrian
las crespas ondas a un ameno prado,
cuyas margenes lirios guarnecian.
De la sierra de Cuenca despeñado
a la Imperial ciudad, honor de España,
bajaba en pura lympha desatado,
Alli donde es palacio la cabaña,
que Reyes de sí mismos aposenta,
la risa de una fuente le acompaña.
Por maravillas palidas que argenta,
declina a un valle, en cuya verde frente
un monte de esmeraldas alimenta.
Purpureo caminaba al Occidente,
mas que dorado el rubio Apolo, quando
Eliso triste suspiraba ausente.
Silvio su amigo a la sazon bajando
que Venus coronaba el horizonte,
las sombras de las cumbres dilatando,
Temiendo que el ganado se remonte,
que ya como sin dueño se esparcia
parte en el valle, y parte por el monte:
Las trepadoras cabras recogia,
mas quando ya quedó junto el ganado,
cayó en los brazos de la noche el dia.

Un corazon de agravios lastimado
como fuera de sí despierto sueña
memorias tristes de su bien passado.
O Musa, tú me inspira, tú me enseña,
que tanto no podrá rustica lyra,
si tu favor divino me desdeña.
Tú sola el alma de mis versos mira,
que si tu viva luz me infunde aliento,
y del profano vulgo me retira,
Las cerdas passaré del instrumento
por ambar tan süave, que el herido
lazo con dulce y sonoroso acento
Pare las aguas del eterno olvido
con mas dicha que aquel, que en sombra vana
el adquirido bien lloró perdido.
Tú, pues, decima Musa Lusitana,
que a la lengua Latina y Portuguesa,
te dignas de juntar la Castellana,
Si alguna vez de tus estudios cessa
en verso heroyco, o lyrico la pluma,
que del Parnasso te aplaudió princesa;
Aunque llegar intrepido presuma
tan cerca de tu sol, piadosa admite
esta de mis cuidados breve suma:
Debido vassallage les permite,
que assi le deben a tu ingenio claro,
como rios y fuentes a Amphitrite.
Que a donde estás como luciente pharo
van con el Tajo, que tan lejos quiere
que tengan, sino fin, dulce reparo.
El mar de Lusitania los espere,
que penas que en el Tajo comenzaron,
bien

bien es que mueran donde el Tajo muere.
Las quejas que de Phylis alternaron
oye, Bernarda ilustre, a dos pastores,
a quien las mudas selvas escucharon.
Debieran consagrarte las mejores
Corydon Griego y Tityro Latino:
yo solo ofrezco a tus estudios flores,
sombra del sol de tu laurel divino.

SILVIO, ELISO.

SILVIO.

Eliso, ¿por qué dejas el ganado
pacer, como sin dueño, a su alvedrio
la adelfa al soto, y la cicuta al prado?

ELISO.

Porque despues de tanto desvario
solamente me llamen mis enojos
pastor de mis tristezas, Silvio mio.
Sigan en monte o valle sus antojos,
que solo quiero yo guardar mis penas
a las corrientes de mis tristes ojos.
Los toros, las ovejas, las colmenas
de que las guarde vivirán seguras,
y yo a mí mismo de mí mismo apenas.

SILVIO.

Nunca, Eliso, te faltan desventuras,
¿siempre te ha de mirar llorando el cielo
por los diamantes de sus luces puras?

ELISO.

Si fueran los zaphyros de su velo
capaces de impressiones peregrinas,

manchára su esplendor mi desconsuelo.

SILVIO.

Estas floridas ya rudas encinas
escarchaba de nieve el Austro helado,
que bramaba en las selvas convecinas,
Quando te ví bajar con el ganado
del resonante cañamo ceñido,
por mas defensa tu gavan leonado.
Iba yo al Duero entonces ofendido
de los zelos de Flerida y Albano,
pensando hallar en el ausencia olvido,
Y dixisteme tú : Cabrero hermano,
con zelos nunca se logró jornada,
¡ o quantas veces me arrepiento en vano!
Pues que volviendo hallé regozijada
a costa de mis zelos el aldea,
y por mi ausencia a Flerida casada.
Mas dime (que mejor tu dicha sea)
¿ qué pena te desmaya y descompone?
qué teme tu esperanza? qué desea?
¿ Hate ganado alguno que se opone
a tus versos por dicha, permitiendo
el vulgo que tu palma le corone?

ELISO.

Nunca, Silvio, me he visto compitiendo,
que no me honrasse de quedar vencido,
mi siempre humilde Musa conociendo.
No hay valle como el nuestro tan florido
de ingenios, porque aqui tiene Helicona
su cristal con el Tajo dividido.
Aqui estudiosa juvenil corona
al palio del honor corre anhelante,

cu-

cuya virtud el premio perficiona;

SILVIO.

¿Por ventura en exercito volante
esparció tus palomas por el viento
el rayo de la polvora tronante?
¿O quando en el silencio el hurto atento
con la dormida noche se conforma
codicioso villano atrevimiento,
Los corchos derribó donde transforma
la aveja en oro liquido las flores,
y de la luz el alimento forma?
¿O cómo suele haver entre pastores
envidias, se te mueren macilentos
los toros, mas de hechizos, que de amores?
¿O la discordia de contrarios vientos
los pampanos con subito granizo
no permitió llegar a ser sarmientos?
¿Y entre las verdes rubricas deshizo
los fertiles racimos, quando apenas
Mayo los granos de las flores hizo?

ELISO.

Silvio, essas cosas, aunque causan penas,
no llegan a las tunicas del alma,
de la severa condicion agenas.
Lo que un valiente espiritu desalma,
de dos passiones naturales nace,
dichoso aquel que mereció su palma.
¡Con qué furor intrinseco deshace
la ira a la razon el santo imperio,
hasta que sus venganzas satisface!
¿Qué agravio, qué desdicha, qué adulterio
no ha celebrado Amor, niño tyrano?

que

¿qué libertad no ha puesto en cautiverio?
Mas para que ni el Griego ni el Romano
cosa tan trivial exemplifiquen
de passiones, que son principio humano,
Su fuerza mis desdichas testifiquen,
si bien por su memoria me acobardo
de que por descansar se multipliquen.
Tú conociste al Montañes Rosardo,
rico otro tiempo, y de Marbelia esposo,
mas fuerte para el campo, que gallardo,
Perdió su hacienda el año riguroso
que se murieron las heladas crias,
y al Duero se partió con Nemoroso.
Ausente destas verdes praderias
a Phylis me dejó, tan tierna infante,
que quando me la dió cumplió tres dias,
Phylis materia dulce y elegante
para celeste forma en nieve pura,
alma de cera, que creció diamante.

SILVIO.

Primero nuestra humana compostura
labra naturaleza en blanda cera,
despues la edad y el tiempo en piedra dura.

ELISO.

Colgada al pecho de una sierpe fiera
Phylis venia candido cordero,
Phylis, que el alma de mis ojos era.
Si del sustento del vivir primero
resultan las costumbres, disculpada
para mayor error la considero.
Cómo fue de mis manos regalada
sabelo el monte, el valle, el soto, el rio,
y

y aun la phenix, si vale imaginada.
Era su gusto solamente el mio,
para que mas su ingratitud te assombre,
y en tanta obligacion, tanto desvio.
Amor de brazos interes se nombre,
pero sin ellos, Silvio ¿quién ha visto
tan estrañas finezas en un hombre?
Quanto del Sur al polo de Calisto
es plata, es perla, es oro, le ofreciera,
si fuera rico yo, como bien quisto.

SILVIO.

¿Quién pudiera pensar que Phylis fuera
contigo, Eliso, tan cruel y ingrata?

ELISO.

Quien amante, y muger la considera.
Mas oye atento, porque ya dilata
la sombra el monte, y fugitivo el día
tiende la luna el pavellon de plata.
Crecia Phylis, y mi amor crecia,
que esto de ser Platonico y honesto
mas parece que amor Philosophia.
¿Qué cosa no aprendió? si bien dispuesto
su entendimiento a toda ciencia y arte,
de planetas benevolos compuesto,
Ninguna supe generosa parte
de quantas constituyen aquel brio,
que con la honestidad terminos parte,
Que Phylis no aprendiesse en daño mio,
pues tantas gracias fueron el escollo,
en cuyas peñas se rompió el navio.
Qual suele de clavel plantar cogollo
el dueño de un jardin, y hasta que mira

bro-

brotar entre las hojas el pimpollo,
Defendelle del cierzo y de la ira
del Capricornio helado, hasta que baña
Phebo el jacinto, en cuya flor suspira,
Mirando atento a la primer pestaña,
que el sol levanta para ver el dia
coronar de rubí la verde caña:
Y quando del boton, en que dormia,
sale rojo clavel, porque la rosa
no presuma tener la monarchia,
Cortarle descortés mano envidiosa,
viendo tan viva en circulo pequeño
la rueda de corales luminosa;
Sin ver que un año le costó a su dueño
tanto, que aun pienso que al cortar la vara,
huerfana le miró con verde ceño:
Assi fue el rapto de mi prenda cara,
¡qué propria dicha de clavel temprano!
que en quien le cria, pocas veces para.
¡O si quisiera el cielo soberano
hacer al hombre de cristal los pechos,
porque se viera el pensamiento humano!
¿Pero cómo quedáran satisfechos,
si no ven los espiritus los ojos,
y dellos son los pensamientos hechos?
Mas oye la ocasion de mis enojos,
y a mi dolor la digression perdona,
que son de mis cuidados desenojos.
El mes que con espigas se corona,
cuya imagen exemplo a lo jüeces
igualmente castiga y galardona,
Havia visto decisiete veces

Phy-

Phylis y el sol por su inmortal camino
la distancia del Aries a los peces,
Quando por mi desdicha y su destino
Thyrsi la oyó cantar en una fiesta,
Thyrsi zagal del mayoral Felino.
Y como en tierna edad está dispuesta
la materia al amor, desde aquel dia
solicitó su voluntad honesta.
Thyrsi por experiencia conocia,
que por la aguda vista a las doncellas
al pie dragon la antiguedad ponia:
Con este las guardaban, porque en ellas
es tan violento amor, que sin decoro
rogando feas, no desprecian bellas.
Hizo una massa de metal sonoro
a exemplo del sucesso de Athalanta,
que se rindió por las manzanas de oro,
No fue de Phylis, no, la culpa tanta,
toda de Lydia fue, que una tercera
el aspid mas honesto y sordo encanta.
Esta vendió su honor, y el que pudiera
gozar, quando en pacifico Hymeneo
pastor igual sus prendas mereciera.
No estaba Phylis sin dragon Lerneo,
Lydia lo era en el alma, en pecho y cara,
cegó su vista el codicioso empleo.

SILVIO.

¡O quánto puede en una vieja avára
la codicia del oro, que atrevida
ni en el peligro ni el honor repára!
Que no fuera pequeño el de su vida,
si fuera cierto lo que fue conceto,

mas no es razon que tu discurso impida.

ELISO.

Enamorada Phylis de secreto,
la sierpe de quien hice confianza
determinó los brazos al efeto:
Pues como viesse yo tanta mudanza
en Phylis de la vida, que solia
passar con menos ceño y mas templanza:
Y que quando cassalla proponia,
ningun pastor del Tajo le agradaba,
porque ocupado el corazon tenia:
Que cuidadosa del cabello andaba,
y que sin fiesta ni ocasion alguna
de las secretas galas se adornaba:
Y que con mas mudanzas que la luna
por las lineas de plata de los cielos
ya se mostraba facil, ya importuna:
Abrí los ojos a tener desvelos,
porque fue su traycion con tanto engaño,
que me pesaba de que fuessen zelos.
Si bien entre el temor y el desengaño
aspero me mostraba, necio y triste,
viviendo en mí, como si fuera estraño.

SILVIO.

Luego la cara las colores viste
del corazon, que vive sospechoso,
y mas declara, quanto mas resiste.

ELISO.

En viendome las dos vivir zeloso,
determinaron defender la vida,
que siempre el mal obrar fue temeroso.
Yo triste, que a la sierpe fementida

mi candida paloma confiaba,
ya de las plumas de mi honor vestida,
Seguro el campo de mi hacienda araba,
que a las primeras aguas o segundas
en debida sazon la tierra estaba.
Mis penas eran ya menos profundas,
quando una noche al desuncir lo bueyes
que desataba ya de las coyundas,
Pensando que los techos de los Reyes
no igualaban con Phylis mi cabaña,
aunque a dos mundos promulgassen leyes;
Pregunto por mí Phylis, ¡cosa estraña!
que el echo me responde *solo y triste*,
y con mi propria voz me desengaña.
Palido el rostro la color se viste
de la turbada sangre, como suele
el que al rigor de la sentencia assiste.
No hay desdicha que el alma no revele,
y assi mi temeroso pensamiento
no mira engaño donde el miedo apele.
Cubrióse entonces de un humor sangriento
el corazon, las lagrimas heladas
no me dejaban ver el aposento.
Las luces de los ojos eclipsadas,
pedí favor al llanto, porque hay penas,
que matan vidas de no ser lloradas.
Tan frio hielo me ocupó las venas,
que como la llamaba, y respondia
el ayre en un jardin entre azucenas,
Fingiendo mi dolor falsa alegria
dixe, (que tierno amor) ya le condeno
¿eres tú quién responde, Phylis mia?

Qual suele en quadros de jardin ameno
descomponer los lazos y labores
subita tempestad de horrible trueno,
Romper las varas y trocar las flores,
desconociendo sus primeras plantas,
y en ramas jaspes confundir colores:
Assi de las reliquias, y no santas,
confuso estaba el suelo y mi rezelo,
¡ o quántas veces me lo dixo! o quántas!
Yo triste entonces convertido en hielo,
ya los rotos aljofares cogia;
ya los cabellos, que dió el peyne al suelo:
Ya la negra sandalia, que cubria
el blanco pie de Daphne mas ingrata
a quien amor y no interés seguia:
Ya la roseta que los lazos ata,
ya las de su cabeza, quando hicieron
en florido jardin sendas de plata:
Ya las cosas que el rostro compusieron,
y ocultan las mugeres con cuidado
tan grande, de partirsele tuvieron:
Ya lo que no pudieron por pesado,
o porque no les dió lugar el miedo,
que corre menos quando va cargado.
Solo decirte de la Circe puedo,
que el aposento mismo se llevára
si para conducirle huviera enredo.
Ninguna cosa Lydia perdonára
si venciera al temor su atrevimiento.
¡ Hai Dios si a Phylis sola me dejára!
Y siendo el que rabió mi sentimiento,
el mastin del ganado vigilante,

tambien a la crianza desatento,
Se fue con ellas, pero no te espante,
si pensó que su vida me pagára
callar los passos del secreto amante.

SILVIO.

Lydia, ¿qué soldadesca saqueára
casa de labrador? de qué Africano
barbaro incendio a tal rigor llegára?

ELISO.

Como suele debajo del manzano
revolverse el herizo en el otoño
del dulce fruto en cada punta ufano:
O salir de las ramas del madroño
armado de coral, o al saco atento
de los despojos vencedor visoño.

SILVIO.

Pintó divinamente el sentimiento
el gran Virgilio de la Reyna Dido,
y con mayor dolor el aposento.
A la desierta cama y al vestido
dulces prendas llamó, quando el Troyano
surcaba el mar con tan ingrato olvido.

ELISO.

Piadoso le llamó, siendo tyrano,
que si en sacar los Dioses fue piadoso,
en ser ingrato a Dido fue villano.

SILVIO.

¡O victoria del oro poderoso,
que en fin de Lydia Phylis conducida,
la goza en paz, sin la pension de esposo!

ELISO.

Siendo de Thyrsi Lydia conocida,

no

no acierta en permitir que esté con ella
viendo en mi exemplo su lealtad vencida,
Que pues el oro todo lo atropella
debiera imaginar como discreto,
que quien se la vendió, sabrá vendella.

SILVIO.

Si a tanta obligacion se ve sujeto,
bien puede ser que de las dos cansado,
para dejarlas busque algun defeto:
Que haviendo la fortuna levantado
de Thyrsi el primitivo fundamento,
Phylis cruel le llorará casado.

ELISO.

Ya me parece que las quejas siento,
que ser su esposa es pensamiento vano,
porque ha mucho que dura el pensamiento.

SILVIO.

¿Qué Hyrcana tygre, qué leon Albano
tiene con un ingrato simpatia?

ELISO.

Siempre le tuve yo por monstruo humano.
Si un huesped agradece solo un dia,
¿cómo, Phylis cruel, tus ojos cierra
a tantos años la desdicha mia?
¡O quánto, Silvio, el mas discreto yerra
en fiar de muger, que la mas firme
mas sabe a la costilla, que a la tierra!
El ingenioso engaño lo confirme
con que al volver la espalda no hay seguro
honor, que a serlo pueda persuadirme.
No hay bronce en puerta, ni diamante en muro
de pertrechos y fosos defendido

con-

contra un criado a su señor perjuro.
¿Cómo su casa guardará dormido
quien tiene dentro el que ha de abrir la puerta,
quando Marte desnudo a Amor vestido?
No hay cosa entre los hombres mas incierta,
que la familia de interes vencida,
ni de mayor peligro descubierta.
Que la traycion de noche prevenida,
si no se siente, pierdese el decoro,
y si se siente, pierdese la vida.
La torre penetró la lluvia de oro,
adonde estaba Danae, y fue de Europa
por el rubio metal fingido el Toro.

SILVIO.

Como corre tu agravio viento en popa
por una ingrata, las demas infieres,
que no en su ser, en tu desdicha topa.

ELISO.

La virtud y el valor de las mugeres
conozco, Silvio, y le celebro y canto,
si Porcias, si Lucrecias me refieres.

SILVIO.

¿Cómo de Thyrsi no te quejas quanto
de Phylis, que parece cosa estraña?

ELISO.

¿Crié yo a Thyrsi, ni que me debe tanto?
¿Truxeronle por dicha a mi cabaña
de tres dias no mas? pues qué me debe?

SILVIO.

Tu paciencia presumo que me engaña.

ELISO.

El mal pagado amor, Silvio, me mueve,

y el ver que Phylis para mi tenia
alma de marmol, corazon de nieve.
No pienses que la Aurora amanecia
hasta que me decia Phylis bella:
Escribe, Eliso, que ya traygo el dia:
Y muchas veces, ¡ hai contraria estrella!
ella escribia lo que yo dictaba,
que hasta el alma queria hablar por ella.
Otras veces parece que tomaba
de sus ojos la luz de mis concetos,
y no era lo que menos acertaba.
Juzgaba yo sus ojos tan discretos,
que pensaba que versos producian,
como suele la causa los efetos.

SILVIO.

Algunos por tu sangre la tenian.

ELISO.

De engendrar a criar no hay diferencia,
tan engañados como yo vivian.

SILVIO.

¡Qué ingrata, qué cruel correspondencia!
¿por qué no te has quejado del agravio?

ELISO.

Porque es la lengua baja diligencia.
Dios es un Rey eternamante sabio,
y puede mas un corazon que llora,
que quanto puede persuadir el labio.
Baja la noche, y quanto ilustra y dora
Phebo, descansa en tierra y mar, yo solo
ni descanso a la noche, ni a la Aurora.
Vase otra vez al contrapuesto polo
y vuelve a hallarme triste y desvelado:

¡o nunca para mi naciesse Apolo!

SILVIO.

Dichoso aquel que duerme sin cuidado.

ELISO.

No seré yo, que un atomo pequeño
no duermo en la cabaña, ni en el prado.
¿Sabes algun remedio para el sueño?

SILVIO.

Pregunta con qué duerme quien agravia,
y no quieras mas frigido veleño.

ELISO.

Grave aphorismo para gente sabia,
que a mi dolor mas facil le parece
preguntar por el phenix en Arabia.
De quanto daño el corazon padece,
desvelado a la noche y a la Aurora,
(que a quien no ha de dormir nunca anochece)
Solo me pongo a mí la culpa ahora,
que tarde, y el exemplo estoy mirando,
mejor fruto rindió rama traydora.

SILVIO.

Mató dos cuervos un pastor, dejando
sobre las pajas del caliente nido
un negro pollo huerfano chillando,
Y una paloma, que aplicó el oido
a las quejas del cuervo, que espiraba
sin aliento, sin cebo y sin vestido,
Llevóle de piedad donde criaba
sus hijos en el techo de una huerta,
que paloma sin pluma le juzgaba.
El pico al suyo le aplicaba incierta
de su naturaleza, que tenia

de aprendidos arrullos encubierta.
Paloma finalmente parecia
de la pluma Ethyopica desnudo.
ELISO.
¡Hai de paloma, que de cuervos fia!
SILVIO.
Quando el cuervo que digo volar pudo,
sacóle uno a la paloma, y fuesse
tierno al venir, y al despedirse mudo.
Mas como a ver la enferma concurriesse
numero de palomas sus amigas,
porque consuelo en tanto mal tuviesse,
Y una dellas mirando sus fatigas
criar hijos agenos la culpasse,
respondió la paloma: No prosigas,
Que no es mucho que oyendo me engañasse,
siendo paloma yo, su voz doliente,
y al nido de mis hijos le llevasse.
Criéle como pajaro inocente,
que si supiera, que el traydor tenia
por padre un cuervo de su nido ausente,
No le criára por desdicha mia
a que assi me pagára la crianza.
ELISO.
¡Hai de paloma que de cuervos fia!
Aplicóse tambien la semejanza,
que de una negra mascara compuesto
por no la ver, que no para venganza,
Tengo un retrato en mi cabaña puesto,
para que trayga por su honor el luto,
o porque para mí murió tan presto.

SIL-

SILVIO.

Qual es el arbol, tal produce el fruto,
mas porque Phebo ya llegar desea
adonde paga el Tajo al mar tributo,
Volvamos los ganados a la aldea,
y intenta dividir el pensamiento.

ELISO.

Silvio, por una accion tan loca y fea,
Quanto la amaba, aborrecerla siento,
quise engañado, y olvidé ofendido,
monstro de ingratitud, tu falso intento:
Que a ser Gentil, y en fabulas nacido
no fuera al campo Elisio, por no verte
alma desnuda de mortal vestido:
Que como en vida y muerte fue quererte
mi pensamiento siendo agradecida,
ingrata será fuerza aborrecerte.
La vida se perdona al homicida,
y aun el honor con ser de tanto precio,
pero la ingratitud jamas se olvida.
Quando enmudece la justicia, es necio
el que la pide, yo a callar me obligo:
¡o Phylis! si estás cerca de un desprecio,
¿para qué quiero yo mayor castigo?

COMEDIA FAMOSA,

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes:

Sirena *Nympha.*
Alcino *Labrador.*
Daphne *Nympha.*
Silvia *Labradora.*
Bato *Villano.*
Phebo.
Aristeo *Principe de Thesalia.*
Peneo *Rio.*
Corebo *criado.*
Venus *diosa.*
Cupido.
La Luna.
Diana *diosa.*
Jupiter.
Liseno *padre de Sirena.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Sirena Nympha huyendo

Siren. Jupiter sacra deidad,
piedad si no falta en vos,
que dejareis de ser dios,
si os faltáse la piedad:
blason de la majestad

es

es tenerla aunque castigue,
y a que la espere me obligue,
que no me huvierades hecho
para ser alma del pecho
de una fiera que me sigue.
No sé por donde dilate
el pecho de temor lleno,
cielos, volvedme veneno,
porque al comerme le mate:
quando esta venganza trate,
justo fue si muero ansi;
pero que necia ¡hai de mí!
a tal remedio os provoco,
que fuera veneno poco
para el que ella tiene en sí.
Ya, Silvia, pues no hay favor
en los dioses, montes dadme
socorro, o precipitadme,
será piadoso rigor,
no hay muerte como el temor,
aunque despues me la den:
peñas, encubridme bien,
creced, robles, aumentad
las ramas: cielos, piedad,
mis padres matais tambien.

Sale Alcino labrador galan.

ALCIN. Por aqui pienso que fue,
estas son ¡hai suerte mia!
de las flores que cogia,
y debe el prado a su pie.

¿Si la hallaré? si podré,
o esperanzas, o temores:
¿pero qué señas mejores
que pies de tal perfeccion?
aunque no sé quales son
las estampas o las flores.
O prado, ¿qué no me des
nuevas della en tantas penas,
por donde van azucenas
las de sus hermosos pies?
jazmin, pues morir me ves,
¿por dónde va mi jazmin?
poned a su curso fin,
tenedla, campos helados,
si os quereis volver en prados,
que va corriendo un jardin.
Aqui cayeron ahora,
y aun con lagrimas tambien,
que como perlas se ven
si passó como el Aurora,
pues si en vuestras hojas llora
habla, azahar, habla, clavel:
¿pero qué bulto es aquel
que detras de aquella peña
mas temor que cuerpo enseña,
si está mi esperanza en él?
¿eres tú, Sirena mia?
¿eres tú mi bien? Siren. ¿Quién es?
Alcin. Quien te ha llorado despues
que tu muerte presumia:
crei que muerto te havia
el fiero animal impio,

pe-

pero fue gran desvario,
pues ningun cuerpo vivió
despues que el alma faltó,
que eres tú el alma del mio.
Desciende, mi luz, desciende.

SIREN. Estoy temblando. ALCIN. No impida
temor tus pies, que mi vida
es quien la tuya defiende.

[redacted] Temor, Alcino, me ofende,
de nieve me vuelve el pie.

ALCIN. Antes, señora, lo fue.

SIREN. Desciendo en tu confianza.

ALCIN. Ven a alentar mi esperanza,
ya que no puedes la fe.

Ella baja.

SIREN. ¿Cómo me hallaste? ALCIN. Seguí
las flores que habias perdido,
lenguas por donde he venido,
que me dixeron de tí.

SIREN. ¿Las flores te hablaron? ALCIN. Sí,
y no fue la vez primera,
ni fuera error aunque fuera
para peligros mayores
el preguntar a las flores
por la misma primavera.

SIREN. Solo tú pudieras ser
de mi corazon sossiego.

ALCIN. Pagado me has todo el fuego
en que el mio siento arder,
en la sangre puede hacer
essa inquietud algun mal.
¿En qué te traeré el cristal

des-

desta fuente, que algun dia
en mis ojos le trahia,
del alma fuente inmortal?
SIREN. Essos eran los cristales
que la mia estima en mas:
voy a beber. ALCIN. Beberás
en bucaro de corales
ya que a recibirla sales
para ser cristal en rosa:
no herédes fuente dichosa
la lisonja de Narcisso:
pero ya tarde te aviso,
que es la causa mas hermosa.
Ya que su boca a tus hielos
hizo tan alto favor,
no dejes beber pastor,
que me matarás de zelos:
luego te convierte en hielos
siendo en tu campo sereno
copa de ardiente veneno,
y agua de ambar para mí.
SIREN. Yo bebí, Alcino. ALCIN. Y yo ví
el clavel de perlas lleno:
pero en esta envidia loca
tu boca fue el instrumento,
y el agua mi pensamiento,
que se acercaba a tu boca.
SIREN. Galan estás y discreto.
ALCIN. ¿Qué cosas hace el pensar,
si fuesse en todo lugar
la imaginacion efeto?
SIREN. Puesto que me has obligado

con

con tan fácil desatino,
mas que discreto, mi Alcino,
te quisiera enamorado.

Salen Daphne Nympha, Silvia y Bato villanos rusticos.

DAPH. ¿Qué tú la viste? BATO. Alahé
que la ví sobido en somo
de un cerro, y que tiene el lomo
que de conchas no se ve.
¿No haveis vido la corteza
de un jaspe? tal es la piel,
cómo que arrojó el pincel
sobre la naturaleza;
como murciegalo son
las alas, y llenas de ojos
verdes, dorados y rojos,
sin ser ruedas de pavon:
en lo que es dellas mas tierno
estrellas se dejan ver
de plata si puede haver
estrellas en el infierno:
en la reverenda cola
bien puede, Daphne, caber
la tienda de un mercader:
¿qué digo una tienda sola?
voto al sol, toda una praza.
SILVIA. Entre las gracias de Bato,
como le cuesta barato,
es mentir con linda traza.
BATO. ¿Luego tan poco creerás

que tien la barriga verde
en redondo, Dios me acuerde,
quarenta varas y mas?
Sil. ¡Qué graciosa impertinencia!
¿cómo se puede saber?
Bato. Un sastre lo dixo ayer,
hombre de buena conciencia,
que le tomó la medida
para hacelle un verdugado.
Daph. Silvia, a mí me da cuidado
o verdadera o fingida:
¿y la cara cómo es?
Bato. Esso no es cosa tan fea;
mas no hay hombre que la vea
que pueda vivir despues:
un reynoceronte es nada,
es un peñasco de hielos,
es una muger con zelos,
es una suegra enojada;
un pedregoso barranco
es la frente, y tien por crin
las cerdas de un puerco-espin
labradas de negro y branco:
la nariz como guadaña,
y los ojos dos incendios
cercados de escolopendrios
en vez de ceja y pestaña.
Silvia. Daphnes, el miedo sería
quien a mentir le provoca.
Bato. Tres varas tiene de boca.
Silvia. ¿Tres varas? Bato. Si cada dia,
como a los ganados venga,

se

se almuerza quatro cochinos,
y diez corderos añinos;
¿qué boca quieres que tenga?
ayer se comió un pastor,
que le alcanzó de una encina.

DAPH. ¡Hai Dioses, tanta ruina!
tanto mal! tanto rigor!
¿Es Sirena aquella? SILVIA. Sí,
y Alcino el que está con ella.

DAPH. ¿Mi Sirena? SIREN. Daphne bella,
¿a dónde vais por aquí?

DAPH. Amaneció con el dia
esta serpiente cruel
en el prado, y como en él
tan poco reparo havia,
venimos al monte huyendo
Bato, Silvia y yo. ALCIN. La tierra
se despuebla, y en la sierra
van las aldeas haciendo
una ciudad populosa.

DAPH. Pues tanto sabes, Alcino,
¿por qué culpa o qué destino
esta sierpe venenosa
vino a Thesalia? ALCIN. Antiyer
contaba un sabio pastor
la causa deste rigor.

DAPH. A todos harás placer
en referir lo que sabes.

ALCIN. Diré, Daphne, lo que sé,
que de Doristo escuché
y de otros pastores graves.

Despues que el alto Jove omnipotente,
de aquel abismo en sombras sumergido
sacó el mundo invisible, y el presente
por tantos siglos en eterno olvido,
dos causas la materia y la eficiente
estaban para ser, no haviendo sido,
en acto aquesta; y en potencia aquella,
y entre las dos naturaleza bella.
Una era cielo en altos movimientos,
y otra era tierra en firme compostura,
mas como dividió los elementos,
salió la luz resplandeciente y pura:
fulgida antorcha escureció los vientos,
globo de plata la tiniebla escura,
bordaron el zafir diamantes claros
del siempre cano mar brillantes pharos.
La verde tierra ya del fruto amago
se entapizó de hierbas y de ramas,
cubriendo en agua el ara, y viento vago
al phenix plumas y al delphin escamas;
no conocian el horrible estrago
de Marte fiero, y sus ardientes llamas
los hombres, que en la edad de oro vivian,
ni en los comunes terminos partian.
Tras esta la de plata, y la de cobre
en que ya comenzaba la malicia
a molestar con fuerza el rico al pobre,
volviendose a los cielos la justicia:
no permiten ayrados, que la cobre
creciendo la maldad y la codicia
en la de hierro, con que vió la tierra
hurto, traycion, mentira, incendio y guerra.

De

De los gigantes el mayor Thiphonte
subir intenta a la region divina,
poniendo un monte encima de otro monte
a quien ayrado Jupiter fulmina:
despues con mas rigor todo horizonte
cubrir de tantas aguas determina,
que el alto extremo exento al ayre y hielo
apenas viesse del Olympo el cielo.
Sobervia tempestad la tierra inunda,
las nubes rios, las estrellas fuentes,
templase el cielo, y su piedad redunda
en dar nuevos al sol rayos lucientes:
volvió la tierra a ser la vez segunda,
y se dejó pisar de sus vivientes,
produciendo mas fertiles al hombre
quantas naturalezas tienen nombre.
Entre las fieras horridas famosa;
que entre los partos de la tierra estimo
por la mas estupenda y prodigiosa,
tanto, que aun a pintarla no me anímo:
nació Phyton, serpiente venenosa,
del gran calor del sol y humido limo,
tanto, que por la parte se corria,
que en su disforme produccion tenia.
Esta destruye la Thesalia ahora,
cuya fama cruel el mundo admira
por quanto ilustra la oriental Aurora,
a donde el sol en negra sombra espira:
ganados despedaza, hombres debora,
y Jupiter ayrado, que los mira,
mientras que mas sus aras vuelven jaspe,
mas duro está, que barbaro Arimaspe.

Den-

Dentro gran ruido de silvos y hondas, diciendo,

Dentro. Huid pastores, huid,
que desciende de la cumbre
del monte la sierpe al valle,
todo lo tala y destruye:
huid. Daph. ¡Hai Jupiter santo!
Bato. Desta vez, Silvia, me zume
Phyton en su escuro vientre.
Silvia. Huye, Bato. Siren. Daphne, huye.
Alcin. Por aqui, Sirena. Siren. ¡Hai triste!

Tropezando los unos en los otros huyen, quedando Bato en el suelo.

Bato. No hay cosa que no me ocupe
frio temor, muerto soy:
Ceres y Baco me ayuden.

Sale Phebo con su arco y flechas.

Pheb. De mi quarta esphera al suelo
bajo penetrando nubes
a los montes de Thesalia,
que tristes voces confunden:
quejas de un fiero animal
envueltas en llanto suben
a mis dorados palacios,
su luz eclipsan y cubren.
Dejé el carro a discrecion
de Phlegon y Ethonte, alumbren

el

el mundo, y las ruedas de oro
la region etherea sulquen,
que basta que el primer movil,
que tantos cielos incluye,
desde la Aurora los lleve
donde su termino cumplen,
hasta que en sueño y silencio
la escura noche sepulte
a las sierras, soledades,
y a los hombres, pesadumbres.
Tomé el arco, y las saetas
pintadas al hombro puse
antes que otro de los Dioses
tan alta hazaña me usurpe,
que la envidia y la ambicion
no hay cosa que no perturben,
assi en Imperiales solios,
como en pajizas techumbres.
Voy en busca de la fiera:
mas ya la tierra descubre
uno de los hombres muertos
por donde le siga y busque:
pero no lo está del todo.
¿Vives, hombre? Bato. Venus dulce,
Phebo dorado, favor.
Pheb. Alza el rostro, no te turbes.
Bato. ¿Qué quiere, señora sierpe?
Pheb. Hombre, escucha.
Bato. ¿Que la escuche?
esta vez por el pescuezo
al estomago me engulle.
Pheb. ¿Estás herido? Bato. ¿No vé

la sangre que se me escurre,
que arromadizada viene?

PHEB. Oye, necio. BAT. No me urgue,
que cosquillas de una sierpe
no hay huesso que no machuquen:
comame junto por Dios,
pero no me despachurre:
manido estoy, no haya miedo
que la haga mal en el buche.

PHEB. Si estás herido, yo soy
el primero que compuse
aphorismos medicables:
muestra el pecho, ¿qué rehuyes?

BAT. Hai que me muque, señores,
hai, señores, que me muque.

PHEB. Levanta, bestia. BATO. ¿No es sierpe?

PHEB. ¿Aun no dejas que te cure?
Medico soy. BATO. Tarde viene,
no he menester que me purgue.

PHEB. ¿No estás herido? BATO. Yo no,
que estas verdes alegustres
donde huyendo tropecé
de no le ver me disculpen.

PHEB. ¿Por adónde va Phyton?

BATO. Señor, no me lo pregunte,
assi Dios le dé salud.

PHEB. Villano vil, no te escuses,
que tu me la has de enseñar.

BATO. ¿Yo cómo, si nunca supe
por a donde van las sierpes?

PHEB. No hayas miedo que te injurie
yendo conmigo, que soy

Phe-

Phebo el autor de la lumbre
celestial, yo soy Apolo.

BATO. Señor Pollo, el que mos hunde
a rayos en el verano,
y en el hibierno se escurre,
por aca los Labradores
se quejan que no madure
las cosas quando es sazon,
que unas cria, y otras pudre:
y tambien los segadores,
que dicen que los aturde,
porque no hay vino qué beban,
que al momento no le suden.

PHEB. Camina, ignorante, y dime
antes que Phyton se oculte
donde le tengo de hallar.

BATO. Mire, señor, que se aburre,
porque se le ha de mamar
como a higo por Octubre:
tenga lastima a sus años,
porque dan las juventudes
dolor, si en agraz se van.

PHEB. Camina. BATO. A mi no me culpe
pues él por fuerza me lleva:
pero diga ansi se enjugue
de las aguas del hibierno
entre sus martas azules,
si es sol que todo lo ve,
¿no es necedad que procure,
que yo le enseñe la sierpe?

PHEB. Villano, no me disgustes.
Ahora soy cazador,

saetas llevo y no luces,
con que deste al otro polo
no hay cosa que dificulte.
Ven sin temor, que me aflige
ver lo que esta tierra sufre,
que solo es digna de Phebo
una hazaña tan ilustre.

Sale Aristeo, Principe de Thesalia, y Corebo criado.

Core. No está lexos vuestra Alteza
de la gruta donde vive.
Arist. Ya mi pecho se apercibe,
Daphne hermosa, a tu belleza,
honor de naturaleza,
y gloria de mi deseo,
que no ha de negar Peneo,
aunque tan ilustre rio,
su hija a mi amor, por mio,
y a mi ser por Aristeo.
Principe heredero soy
de Thesalia, ¿a quién pudiera
dar su hija que le diera
la nobleza que le doy?
Perdido por ella estoy.
Core. Bien, señor, lo manifiestas.
Arist. Ví, Corebo, en unas fiestas
a Daphne, donde excedia
quantas damas aquel dia
las adornaron compuestas,
como el diamante al rubí,

Como la rosa a la flor,
y el ambar a todo olor,
vencer a todas la vi:
todos los sentidos dí
al primero movimiento,
y viendo mi entendimiento
tan dulce imaginacion,
solicitó su atencion
por la vista el pensamiento.
Rendile en fin por los ojos
quanto supo, y pudo amor,
como suele al vencedor
el rendido los despojos;
mas creciendo los enojos
de una pena tan suave,
rompió el secreto la llave.

CORF. Esta es la cueva, señor.

ARIST. La esperanza de mi amor
hoy en possession acabe.

Descubrese el rio Peneo en su gruta.

O tu famoso y inclito Peneo,
que entre el Olympo y Ossa
riegas el Tempe que con pies de rosa
recibe tu cristal en su deseo:
escucha atento al Principe Aristeo,
sino perturba el ayre hasta tu oido
de las sonoras aguas el ruido:
levanta la cabeza coronada
de tantas varias flores, y la copia
de fructiferas ramas esmaltada,

digno blason de tu grandeza propia.
El Nilo por Egypto y Ethyopía,
el Gange por la India, y quantos sorbe
el mar por todo el Orbe
te rindan vassallage. Pen. Mi Aristeo,
esse te debe solo a ti Peneo.

Arist. Ya sabes, claro Rio,
a qué me trahe el pensamiento mio.

Pen. Tendréme por dichoso
en que mi yerno seas,
pues de Daphne deseas,
Principe, ser esposo,
y ella tambien será con estas bodas
hermosa Reyna de las Nymphas todas
que habitan mi ribera:
vuelve a tu casa, y confiado espera,
que en sabiendo su gusto, pues es justo
te la dará mi amor con mayor gusto.

Arist. De la nobleza de tu heroyco pecho
partiré satisfecho,
que no es razon, que un Rio Semideo
pueda volver atras. Pen. Parte Aristeo,
porque entre quantas cosas tienen nombre
los rios solamente
nunca vuelven atras de su corriente,
exemplo para el hombre,
si es hombre el que no cumple lo que dice.

Arist. El cielo te prospere de aguas puras.
O dulce auspicio de mi amor felice,
o tiempo, pues por todo te apresuras,
passa por mí veloz con alas nuevas,
pero en dandome a Daphne no te muevas.

El

El se vá per una parte, y Daphne entra por otra y Silvia.

DAPH. Gente de la ciudad, Silvia, ¿qué es esto?
y còn mi padre hablando?
SILVIA. Estarán por ventura consultando
tu casamiento. DAPH. Siempre fue molesto
esse cansado nombre a mis oidos.
SILVIA. ¿Pues qué galanes? DAPH. Menos que maridos.
SILVIA. No pareces muger, pues en naciendo
esse nombre les abre los sentidos,
ni viven otra cosa persuadiendo
a sus padres jamas. DAPH. Pues yo no entiendo
darle essa pesadumbre. PEN. Daphne mia,
escucha. DAPH. ¡O padre mio!
PEN. ¿Vienes a lo que el Principe venia?
merece amor, cuidado ha sido justo,
puesto que mas en esta parte fio
de tu elecion, que de mi proprio gusto.
El es el heredero
de Thesalia y de Marte,
en cuya militar doctrina y arte
al mas exercitado le prefiero.
¿Qué me respondes? DAPH. Amado padre mio
bien sabes que a las selvas me desvio,
huyendo assi de Dioses como de hombres,
no solo las personas, mas los nombres.
Yo soy Nympha del coro
de la casta Diana,

per-

perdona si el respeto, si el decoro
por ley divina y obediencia humana
debido a obligaciones naturales
fuera de prendas tales
te pierdo, pues no puedo obedecerte.
Pen. ¿Quándo esperaba de Thesalia verte,
Daphne, Reyna y Señora, y que me dieras
nietos, que en mis riberas
los viera yo mancebos,
ya Martes, y ya Phebos,
correr gallardos persiguiendo fieras:
inobediente y loca me respondes?
que bien al grande amor que me has debido,
y a tus obligaciones correspondes:
pues no me verás mas. Daph. Padre querido:
metióse entre las hondas, y cubrióse
de un pabellon de plata.
Silvia. Entre las aguas va diciendo: Ingrata:
con murmurar sonoro. Daph. ¿Permitióse,
Silvia, jamas a Nympha de Diana,
que se casasse? Sil. Que es locura vana
esto de Nymphas: la naturaleza
hizo para los hombres la belleza
por aumentar el mundo.
Daph. Si un hombre fuera Jupiter segundo,
Rey del supremo imperio,
o por este emisferio
tuviera la belleza de Narciso,
le tuviera en los cespedes que piso:
abo-

aborrezco los hombres, esto es cierto.
SILVIA. Enojarás a Venus. DAPH. Yo te advierto,
que della y de su hijo mal nacido
no se me da. SIL. Detente, que Cupido
es un Dios, que a los Dioses inmortales
hace temblar. DAPH. Sus bienes y sus males
son para gente loca, ociosa y vana:
yo soy Nympha del coro de Diana.
SILVIA. ¡O tanto coro y tanto dianizarte!
DAPH. Vayase Venus a casar con Marte.

Baje Venus.

VEN. Daphne, entre quantas Nymphas
viven estas verdes selvas,
tan sobervia, como hermosa,
y como hermosa, sobervia:
¿qué blasonas, qué presumes,
ingrata a naturaleza,
que no crió a la hermosura
para vivir entre fieras?
¿Sabes que soy de quien hablas?
¿sabes que los Dioses tiemblan
del menor rayo que influya
mi dulce amorosa estrella?
¿sabes que es mi hijo Amor?
¿sabes que en las almas reyna?
¿sabes que no se resiste
pecho mortal de sus flechas?
¿sabes que aquella harmonia,
que el cielo y tierra gobierna
es Amor? sabes que estan

pen-

pendientes de su cadena
los elementos que pone
en paz de su eterna guerra?
¿sabes que es concordia Amor
y que el cielo se sustenta
en paz moviendo sus orbes
concertada inteligencia?
¿Por qué el matrimonio huyes,
pues tu mismo ser te enseña,
que alma y cuerpo estan casados,
como el agua con la tierra?
¿Qué fiera corre este campo,
qué ave en el ayre vuela,
que hasta tener compañia
viva contenta y quieta?
Burlas mis razones, Daphne?
risa en mi propria presencia?
pues por Jupiter sagrado...

Daph. No prosigas, aunque sea
atrevimiento al respeto
debido por ley eterna
a las celestes deydades,
porque no has de hacer que tema
ni de tu estrella los rayos,
ni de tu hijo las flechas.
Yo sirvo y amo a Diana,
si eres Diosa, Diosa es ella,
que templará como luna,
quanto abrasares cometa.
Voyme a buscar sin temerte
la soledad de las selvas,
que mas que escuchar los hombres,

es-

estimo el tratar con fieras. *Vase.*

VENUS. ¡Hai atrevimiento igual!

SILVIA. Señora, aunque voy con ella,
no soy tan barbara y loca:
suplicole que me tenga
en possession de muger
para quando me acontezca;
y sepa su Majestad,
que ninguna cosa llega
a ser mas mal empleada,
que hermosura en muger necia.
¿A los hombres quiere mal?
que la imite, no lo creas:
¿qué me han hecho a mí los hombres,
porque yo los aborrezca? *Vase.*

VENUS. Con razon quedo corrida.
Amor, Amor.

Sale Cupido con arco y flechas, harále muger en habito corto y bizarro.

CUPI. Dulce Reyna,
dulce madre, dulce diosa,
dulce llama, dulce estrella,
¿qué me mandas? VENUS. No estoy yo
para que tan tierno vengas,
puesto que te doy los brazos.

CUPI. Soy Amor, hablo en mi lengua:
¿mas quién te ha dado ocasion
para el enojo que muestras?

VENUS. Una Nympha de Diana,
un hielo, un alma de piedra,

aqui con mil libertades
de nuestra deydad blasfema,
de nuestro poder se ríe,
de amar los hombres se afrenta.
No eres mi hijo Cupido,
ni permito que me debas
las alas de que formaste
las plumas de tus saetas;
pondré el amor en tu hermano,
no dejaré que me veas
eternamente la cara,
si de Daphne no me vengas.
Cupi. Conozco a Daphne, hoy haré
que de amores enloquezca:
haréla llorar de zelos,
haré que con tristes quejas
y lagrimas rompa el ayre,
y el seco prado humedezca:
no ha de vivir solo un punto
con quietud. Venus. Venganza fuera
facil, mas temo a Diana,
que luego me dice afrentas,
mis adulterios infama,
y la red de hierro alega
con la risa de los Dioses
quando me vieron en ella
con el Dios de las batallas:
tambien dice, que en la tierra
quise a Adonis, que hoy es flor,
y que lloré la tragedia
del sangriento javalí
entre las myrrhas Sabeas
de

de los campos orientales.

CUPI. ¿Pues cómo quieres que emprenda
tu venganza? VENUS. Enamorando
della a quien ella no quiera.

CUPI. Ya sabes, madre y señora,
que el Amor tiene dos flechas,
una de plomo, otra de oro:
la de plomo es cosa cierta
que causa aborrecimiento:
hiriendo a Daphne con ella
y con la de oro algun Dios,
ten por segura la fuerza,
porque al supremo poder
no puede haver resistencia.

VENUS. Será discreta venganza.

CUPI. Pues si es venganza discreta,
ata con cintas de nacar
al carro de oro las bellas
palomas de jazmin puro;
vuelve a tu luciente esphera,
que yo la pondré por obra.

VENUS. De aquellas rosas que engendra
el sacro monte Pangeo,
producidas de mis venas,
te prometo una guirnalda.

CUPI. Si Juno, si Palas fuera,
te han de rendir vassallage.

VENUS. Guardaos mugeres sobervias,
que anda enojado el Amor:
amad, o temed sus flechas.

Salen Phebo y Bato.

Bato. ¿Viste la sierpe? Pheb. Ya vi
el fiero animal gigante.
Bato. Pues si le tienes delante,
dejame volver a mí.
Pheb. Quiero que seas testigo
de que la sierpe maté.
Bato. Sin verlo lo juraré,
y sin que vaya contigo,
al uso de la ciudad,
adonde hay tantos que juran,
que escriben, y que procuran
lo que nunca fue verdad.
Pheb. Jupiter que mira el suelo
les dará justo castigo.
Bato. No teme el falso testigo
a Jupiter, ni a su cielo.
Pheb. Subete a esse monte, Bato,
y estarás seguro en él.
Bato. Ya silva el monstruo cruel
del mismo infierno retrato.
Huid las sangrientas garras
de Phyton, Nymphas, huid,
pastores, trepad, subid
por essas pardas pizarras:
ya se acerca. Pheb. Estraño horror
me pone el fiero vestiglo,
que desde el primero siglo
no le vió el mundo mayor.

Sale la sierpe echando fuego.

vertiendo fuego me espera:
Jupiter, dame favor.

BATO. Matale presto, señor.

PHEB. Yo haré que a mis manos muera:
cumplió el cielo mi esperanza:
bizarro tiro, cayó.

BATO. Voto al sol que le acertó
por la mitad de la panza.

PHEB. Baja, Bato, que ya está
vertiendo sangre en el prado.

BATO. Aun no estoy assegurado
hácia la cueva se va.

PHEB. Cortaréle la cabeza
para ponella en el templo
de Diana. BATO. Sois exemplo
de valor y fortaleza.
Nymphas, pastores, bajad
de los montes a los prados,
los escondidos ganados
por el valle apacentad;
ya puede el rojo arrebol
dorar la candida lana
desde la fresca mañana,
hasta que se ponga el sol:
ya con las flechas felices
rompió sus manos feroces.

Salen Daphne, Sirena, Silvia y Alcino.

DAPH. ¿Bato, de qué son las voces?

SIREN. ¿Bato, qué victoria dices?

AL-

Alcin. ¿Tú alegre en esta ocasion?
Silvia ¿Tú sin miedo? Bato. Si alahé:
¿pues no quereis que lo esté,
si Phebo ha muerto a Phyton?
Daph. ¿Muerto? Bato. Y cortandole está
la cabeza. Alcin. Digna hazaña
de un Dios. Siren. De la montaña
bajan los pastores yá.
Daph. La fama desde nosotras
con mil lenguas importunas
quita los ecos de unas,
para ponerlos en otras;
ya se junta todo el valle
para dalle el parabien.
Bato. Ya vuestros ojos le ven.
Silvia. ¡Lindo aspecto!
Alcin. ¡Hermoso talle!

Sale Phebo con la cabeza.

Hincaos de rodillas todos.
Silvia. Bato, de rodillas ponte.
Bato. Desde lejos, que aun la temo:
verá que ozico y cogote
que tenia el buen Phyton.
Pheb. Venid seguros, pastores,
que el arco de Phebo ha muerto
la destruccion de los montes,
el incendio de los valles,
y el veneno de los bosques,
para que su protector
de hoy mas Thesalia me nombre.

Al-

Alcin. Libertador de la patria,
por eternos siglos gozes
la gloria de tanta hazaña.
Daph. Tú solo mereces nombre
de vencedor inmortal.
Siren. A tus pies, Phebo, se postre
quanto por el cielo ilustras,
quanto alumbras por el Orbe.
Silvia. A tus sacras aras Phebo,
ofrezcan myrrhas y aloes
los mas apartados Indios.
Bato. En grandes obligaciones
nos ha puesto su mercé,
Dios se lo pague, y le torne
con bien de qualquier camino,
que vaya del Sur al Norte,
que cierto que mos comia
esse maldito serpoche
en montañas y en aldeas
los ganados y los hombres:
nimos quedaba cochino,
aunque su mercé perdone,
que en verdad, que los perniles
bien merecen que se nombren:
ni cabritos, ni terneras,
ni conejos, ni pichones,
ni mondonguinos, ni gansos:
pues gallinas, diez o doce,
sin pedir una toalla,
ni un panezillo zampóse,
de un espeton muchas veces,
sin que las plumas lo estorven:

pu-

pues lo que es leche, no es nada,
aunque lo cuente a la postre,
de veinte o treinta calderas
apenas dejaba el cobre.

Dentro relinchos, Pastores y Pastoras con instrumentos cantando y baylando, y Cupido detras dellos.

A la gala de Phebo
cantad, pastores,
y coronen sus aras
rosas y flores.

Una voz. Del claro Peneo
las verdes riberas,
de Arcadia los bosques,
de Tempe las selvas
a ofrecerle vengan
precisos dones,
y coronen sus aras
rosas, y flores.

Cupi. Invissible entre esta gente
rustica, barbara, y pobre
me trahe una noble envidia
de ver que a Phebo coronen
por disparar una flecha:
pues de todo su horizonte
no queda pastor, o Nympha,
que no le celebre y loe.
¡Qué vanaglorioso está!
¡qué sobervio se antepone
a las deydades celestes!

Phe-

PHEB. Entre estas peñas y robles
un templo tiene mi hermana
la hermosa Diana, à donde
descansa, quando en las selvas
fieras sigue, ciervos corre;
porque es Diosa de la caza,
y porque Arcadia la invoque,
la cabeza de Phyton
quiero que su templo adorne.

ALCIN. Yà de tu victoria alegre
los blancos velos descoge.

El templo se abra, y se vea Diana en altar con un venablo y un perro al lado, como la pintan.

PHEB. Entre tus sacros tropheos
permite, Diosa triforme,
que a tu noble templo ofrezca
pastores y cazadores,
tenga lugar esta fiera,
porque no es justo que honre
otro altar victoria mia.

DIAN. Phebo, tan grandes favores
solo mi amor los merece:
quantos tigres y leones
tiene el Asia, quantas fieras
y armados rhynocerontes,
no pudieran ser despojos,
ni en todo el mundo mayores,
que de Phyton la cabeza:
esta ilustre y sobredore
los demas triumphos y ofrendas,

con que mis aras componen,
quando en las selvas Diana,
y quando Luna en la noche,
a honrarme vendré con gusto
de una fiera tan disforme.

Pheb. No por lustros y Olympias,
pastores, de hoy mas se note
mi triumpho, sino por años,
mirad lo que esta ley impone
Phebo en premio desta hazaña,
porque mi victoria logre
la memoria que merece:
y quiero que nombre tomen
estas fiestas que instituyo
de Phyton, juegos Phytones.
Daré premio a los que fueren
ya en la lucha los mejores,
ya en correr, ya en hacer versos,
o en otras gracias conformes
a la fiesta de aquel dia.

Alcin. Viva Phebo. Bato. A Marte assombre
este triumpho. Siren. Victor Phebo.

Daph. Cantad y ofrecedle flores.

Cantan. A la gala de Phebo
cantad, pastores, &c.

Todos se van cantando, queda Phebo y Cupido.

Pheb. ¿Ha llegado ningun Dios
de quantos sobre las torres
cristalinas de los cielos
tienen assiento en sus orbes,

A tanta fama, a tal gloria,
a tal triumpho, a tanto nombre?
Vulcano es un vil herrero,
¿ qué importa que rayos forje?
Mercurio un tratante humilde,
estafeta de la Corte
de los Dioses celestiales:
pues Marte de que interrompe
la paz del mundo se alabe,
y de formar esquadrones,
rizar plumas, limpiar armas,
lanzas, espadas y estoques:
pues Neptuno con sus vientos
y sus delphines veloces
¿ quién puede ser ? CUPI. Yo no puedo,
Phebo, sufrir que blasones,
afrentando las deydades,
ni que a presumir te arrojes
por una hazaña tan vil,
que quando a esta tierra importe,
mas fue acierto, que valor.
¿ Quiéres que todos te adoren
quantos en Thessalia viven
con Dioses, que protectores
tuvieron por tantos siglos,
y no es bien que los provoques?
Vete a matar liebres viles,
si cazador te dispones,
y si sol, a ver hazañas
que de mi valor te informen,
que yo de los Dioses todos
el menor, si a mí me escogen,

humillaré tus sobervias,
vengaré tus sinrazones,
haré... Pheb. Detente, rapaz,
sino quieres, que de un golpe
deje sin Amor el mundo.
Cupi. ¿Tú a mí? mal me conoces.
Pheb. Sí conozco: ¿no eres tú
el que inventó las trayciones,
los agravios, las bajezas,
las guerras, los tratos dobles,
los adulterios, los zelos,
y otras tantas invenciones,
con que no hay cielo que dejes,
ni tierra que no alborotes?
¿No eres tú el hijo de Venus,
dama que vivió sin orden
en Chypre por tantos años?
No dudes de que te sobren
padres nobles y plebeyos:
el que quisieres escoge.
Cupi. ¿Fue la tuya mas horrenda,
cuyas peregrinaciones
sabe Delphos, y las cantan
las ranas con roncas voces,
trocando en pellejos verdes
sus labradores capotes?
¿Qué respondes? Pheb. Por muchacho
no te arrojo, niño enorme,
dessotra parte del cielo.
Cupi. Poco a poco, y no me apoques:
¿qué gigantes fulminaste?
¿qué rayos tiraste entonces,

que

que tales sobervias dices?
Si matar fieras feroces
es gloria, mayor será
matar las almas de amores.
¿Es blason rendir las fieras,
mas que herir los corazones?
Tú flechas visibles tiras,
yo invisibles, tan veloces,
que no hay resistencia humana,
que su execucion estorve.
Mira tú del arco y flechas
¿quién puede con mas razones
blasonar? PHEB. Mira Cupido,
dejando aparte que pones
fuego al mundo, que disculpa
neciamente tus errores,
tus tragedias y venganzas,
de que a los hambres despojes
de su libertad no arguyo
tu valor. CUPI. Esso respondes:
¿pues qué animal es igual
al hombre? PHEB. Los que te acogen
son hombres desocupados,
que viven en ocio torpe:
¿qué virtudes has vencido?
CUPI. No quiero afrentar los Dioses,
ni cansarte con exemplos:
¿tú no te precias de noble,
de sabio y valiente? PHEB. Sí.
CUPI. Y si te hiziesse que llores
de amor, ¿qué dirás?
PHEB. ¿Yo? CUPI. Tú.

PHEB. Vete, infame, y no me enojes.
CUPI. A la prueba, y sean testigos
essos cielos que nos oyen.
PHEB. Tengo impenetrable el alma.
CUPI. Yo soy rayo. PHEB. Yo soy bronce.
CUPI. Yo te haré cera. PHEB. Soy sol.
CUPI. Si eres sol, serás Phaethonte,
que para fuerzas de amor
ni valen hielos ni soles.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Venus y Cupido.

VEN. ¡O que bien me obedeciste!
en obligacion te estoy,
gracias, Cupido, te doy
del cuidado que tuviste:
alta venganza me diste
si despues que me partí,
Daphne se burla de mi,
y a su Diana siguiendo,
por las selvas anda huyendo
de los hombres y de tí.
Gustarás de que me afrente
con sobervia presuncion,
y te haya dado ocasion
para ser inobediente.
¿En qué estrella, en qué accidente
consiste, que sin temor
sea para mi rigor,
ira, desden y aspereza,

el

el que por naturaleza
es para todos Amor?
Quien tantas almas enciende,
de mi hijo no se alabe,
pues que vengarme no sabe
de una muger que me ofende.
Por toda Arcadia se extiende
de Phebo la ilustre fama;
que lo que sabes te llama,
porque dió muerte a una fiera,
y tú, como si lo fuera,
tiemblas de vér una dama.
Vive Júpiter sagrado,
que estoy de pura tristeza
por quebrarte en la cabeza
el arco mal empleado.
Dime, cobarde y armado,
dime, desnudo y valiente,
¿cómo aquel valor consiente,
que con tu sangre te dí,
que Phebo te venza a tí,
y que a mí Daphne me afrente?
CUPI. Infamas sin ocasion
mi cuidado, madre mia,
que no ha sido cobardia,
sino aguardar ocasion:
yo daré satisfaccion
a mi agravio y tus enojos,
y por essos bellos ojos,
dulce estrella del Aurora,
que ha de ser antes de un hora
Daphne de tus pies despojos.
Yo

Yo que sin guardar decoro,
a Jupiter transformé
por Leda en cysne, y mudé
por la bella Europa en toro:
vete que el plomo y el oro
hoy te diran si me atrevo,
que por lo que a tí te debo,
y la parte que me alcanza,
tendrás de Daphne venganza,
y yo la tendré de Phebo.

VEN. ¿Dasme la palabra? CUPI. Doy
a tus ojos celestiales.

VEN. Pues por humildades tales
mis brazos te doy; y estoy
tan satisfecha, que voy,
como pudiera vengada,
contenta y desenojada. *Vase.*

CUPI. Tú, principio de mi vida,
como me mandas servida,
como mereces amada.

Selvas de Arcadia, montes y riberas,
yo soy Amor, mi madre me ha reñido,
de hoy mas todo mortal guarde el sentido,
que no he de perdonar aves, ni fieras.
Tú, que las plantas al correr ligeras
por las sendas estampas del olvido,
presto verás, haviendome ofendido,
lo que vá de las burlas a las veras.
Hoy has de aborrecer, y ser querida,
y tú vanaglorioso, Phebo, advierte,
que no te importa ser Phytonicida.
No pienses libre de mis flechas verte,

por-

porque de quantas cosas tienen vida,
solo no supo que es Amor la muerte.

Dentro ruido de pastores, y sale Bato.

BATO. Desgraciado en premios soy:
si el cielo premios lloviera,
ninguno a mi me cupiera:
por desesperarme estoy.
¡O tiempo! no sé por quien
eres a mi premio ingrato,
todos alaban a Bato,
pero nadie le hace bien.
¿De quál peñasco arrojado
me dará fin este rio,
que aun de morir desconfio,
segun nací desdichado?
este es bajo, este eminente,
este aun no me dá lugar,
tal estoy, que no he de hallar
peñasco que me contente.
Un mancebo viene alli.

CUPI. Dime, que el cielo te guarde,
pastor, ¿qué fiesta esta tarde
celebra el Arcadia aqui,
que tanta gente se junta?

BATO. Deciros la causa quiero,
que pareceis forastero
en el traje y la pregunta:]
dió Phebo muerte a Phyton.

CUPI. ¿Qué Phebo? BATO. El nacido en Delo,
el que lleva por el cielo

el dorado cherrion
Cupi. ¿Y Phyton quién fue? Bato. Una fiera-
serpiente, que se comia
los ganados, y este dia
celebran monte y ribera
con juegos, que él ordenó,
de cantar, saltar, baylar,
hacer versos, y luchar,
y todos los pierdo yo.
Cupi. ¿Cantais vos? Bato. Muy mal. Cupi. ¿Saltais?
Bato. Mucho peor. Cupi. ¿Haceis versos?
Bato. Si señor, mas son perversos.
Cupi. ¿Pues cómo quereis ganar?
Bato. Porque como yo sabia,
que lo peor se premiaba,
por lo mismo imaginaba,
que el premio mereceria.
Cupi. ¡O que cosa tan mal dicha!
Bato. Yo la he dicho muchas veces.
Cupi. Donde son dioses jüeces
culpad a vuestra desdicha,
que los dioses saben bien
quien merece premio, o no.
Decid los versos que yo
quiero ser jüez tambien.
Bato. ¿Es Dios su merced acaso
Cupi. Decid, que yo os lo diré
despues. Bato. Ya van alahé.
pero quitese del passo.
En tomando su arco y flechas
Phebo de un espeton
mató a Phyton,

y

y todos estos montes y riberas
le hacen fiestas
saltando y baylando,
jugando y andando,
y dicen que el Dios Cupido
nunca hizo tiro tan llocido,
porque es herrero su padre,
y su madre por desastre
le huvo en un sastre,
y nadie se assombre,
que era muger, y no hombre,
y esto lo puedo jurar,
aunque nunca la ví nadar.

CUPI. ¿Hay mas? BATO. ¿Poco le parece?

CUPI. Si vos escribis ansi,
¿qué premio esperais? BATO. A mí
me han dicho que le merece.

CUPI. Pues porque jamas culpeis
los dioses, con este anillo
os premio. BATO. Me maravillo
si es fino, que me lo deis.

CUPI. Mirad que tiene virtud
essa piedra para hacer
que os quiera qualquier muger.

BATO. Dios le dé vida y salud:
Silvia me burló mil veces,
hoy me tengo de vengar.

CUPI. Ya no podreis murmurar
siendo los dioses jüeces.
Finalmente ¿a quién premiaron
de las Nymphas? BATO. Por mejóres
en todas gracias de flores

los cabellos coronaron
de Daphne y de Sirena,
que cantando las dos creo,
que pudieran, como Orpheo,
suspender la eterna pena.

Cupi. ¿Daphne premiada?

Bato. ¿Pues no?
tanto, que con dulce guerra
la miró Phebo en la tierra,
y en el cielo se paró.

Cupi. ¿Phebo la miró? Bato. Es muger
que se la pide á Peneo
muesso Principe Aristeo.

Cupi. Desde aqui la pienso ver.

Todos los pastores de fiesta con instrumentos, y Phebo detras coronado de roble, y Daphne y Sirena de flores.

Alcin. En grandes obligaciones
nos pone tu Majestad,
con hallarte, o gran Deidad,
en nuestros juegos Phytones,
con esto seran mas claros,
tú con mas amor servido.

Pheb. Mi proprio interes ha sido,
pastores, venir a honraros.

Habla Bato con el Amor, y no le vé.

Bato. Ahora, ilustre mancebo,
pues que no la conoceis,

la

la bella Daphne vereis,
vereis al valiente Phebo:
¿mas por a dónde se fue?
que sin verle no es possible.

CUPI. Aqui estoy, pero invisible,
donde ninguno me vé:
desde aqui la flecha de oro
a Phebo quiero tirar,
Diana ha de perdonar,
pues no ofendo su decoro;
por enamorar a Phebo
la de plomo a Daphne tiro.

Tira dos flechas a Daphne y a Phebo.

PHEB. Parece que en Daphne miro
nuevo ser, semblante nuevo,
nunca tanto en su belleza
como ahora reparé.

DAPH. Que diferente miré
de Phebo la gentileza,
de lo que la miro ahora;
gallardo me parecia,
como al tiempo que salia
de los brazos del Aurora:
¡qué pena de verle tomo!
qué mal talle! no merece
ser deydad. CUPI. Ya le aborrece,
ya va haciendo efecto el plomo,
y el oro en Phebo. ALCIN. Pastores,
Phebo querrá descansar,
volvamos a coronar

su templo de almas y flores.

Entrense todos cantando, y Phebo detenga a Daphne.

Pheb. Espera, Daphne, espera.
Daph. ¿Qué quieres? Pheb. Hazme un favor.
Daph. ¿En qué te sirvo? Pheb. Una flor
dessa guirnalda quisiera,
ni es mucho a la Primavera
pedir flores por favores,
que es proprio tiempo de amores.
Daph. ¿Flores me pides a mí,
quando al Aurora y a tí
deben los prados las flores?
Pheb. Lo que se puede tomar
no puede favor llamarse,
porque es cosa que ha de darse,
si favor se ha de llamar.
Daph. El que a otro puede dar,
es forzoso conceder,
que superior viene a ser,
y tu deydad perderia,
si yo de cosa, que es mia,
le puedo favorecer.
Pheb. Daphne hermosa, la deydad
celestial naturaleza
de quanto es mortal riqueza
no tiene necessidad:
lo que pide es voluntad,
las demas cosas son vanas
para prendas soberanas,

y

y esta falta entre las dos,
que siempre está pobre Dios
de voluntades humanas.
El olor del sacrificio
desde la ardiente ceniza
los ayres aromatiza,
porque en su piadoso oficio
es del corazon indicio,
y por esso juzgas mal
en llamarte desigual,
que es tal la fuerza de Amor,
que puede hacer inferior
lo inmortal a lo mortal.
La violencia mas segura
para hacer desde la tierra
a los mismos dioses guerra,
es la perfecta hermosura.
El oro y la plata pura,
las piedras, los minerales,
y las perlas Orientales
las crio y engendro yo;
pero nunca el sol crió
essos ojos celestiales.
Que si pudiera mi mano
dar a tu belleza ser,
¿qué le quedaba que hacer
a Jupiter soberano?
Y aun pienso, y tengo por llano,
que tan perfecta y tan pura
belleza, y rara pintura
ella misma se hizo a sí,
porque de otra que de tí,

no fuera tanta hermosura.
Yo puedo hacer en la mina
el diamante y el rubí,
no engastar en carmesí
clavel tu boca divina:
con esto, Daphne, imagina,
si te parece estrañeza,
que conquiste tu belleza,
que hasta un Dios pudo rogar
por lo que le puede dar
la mortal naturaleza.

DAPH. Phebo ilustre, yo nací
del claro Rio Peneo,
como sabes Semideo,
en cuya orilla crecí
hasta que las Nymphas ví
de la triforme Diana,
a quien dediqué lozana
verde edad, que no hermosura,
y a su casta imagen pura
la parte que tengo humana.
Aristeo me pidió
por muger, que de Thessalia
es Principe, y la Accidalia
Venus tanto se enojó
de que le dejasse yo,
por seguir su casto coro,
que contra el justo decoro
a que me quieras te obliga,
porque queriendote siga
las leyes de Amor que ignoro.
Yo no quiero, ni he querido,

ni pienso querer jamás,
si todo el oro me das
de tus rayos producido:
muda el amor en olvido,
que aunque eres deydad, yo humana,
será tu esperanza vana
mientras mas loca pretenda,
pues quanto Venus me ofenda,
sabrá guardarme Diana. *Vase.*

PHEB. ¡Al autor de la luz tanto desvelo,
tanto desden y desigual porfia!
estoy por no salir, ni formar dia,
aunque la tierra se lamente al cielo.
Cayga la noche de sí misma al suelo
sin esperanza de la lumbre mia,
porque la caza que estas selvas cria,
se envuelva en sombra de su eterno velo.
Suspende el arco al hombro, que profana
la ley de Amor, y si es buscar severa
fieras tu condicion, dulce tyrana,
¿Qué fiera mas cruel hallar espera,
que la que tiene con belleza humana
de piedra el alma, el corazon de fiera?

Cupido se le pone delante.

CUPI. ¿A dónde bueno, gallardo
Phebo, el del famoso tiro?
¿vienes de ver por ventura
las fiestas y regozijos,
que a la muerte de Phyton
las riberas deste rio

celebran con tanto aplauso
de juegos y sacrificios?
¿o codicioso de hacer
suerte igual entre estos riscos,
buscas otra sierpe fiera,
que derribe excelsos pinos;
que debore los ganados,
y rompa los edificios?
¿a dónde la dejas muerta?
que yo confiesso, que envidio
las honras que estos serranos
hacen a tu nombre invicto.
¿Qué dicha mayor que ver,
como eres dellos tenido
por el mayor de los Dioses,
que tiene el sagrado Olympo?
adorante quantas Nymphas
habitan los extendidos
campos, que riega Peneo
en circulo cristalino,
y mas entre todas Daphne
su hija, con quien he visto
de la florida ribera
entre los verdes alisos
tan tierna y enamorada,
que parece que yo mismo
la enseñaba los amores
que a tus requiebros ha dicho.
¿Cómo la dejaste ir?
PHEB. Mal nacido basilisco,
dulce afrenta de las almas,
grave error de los sentidos,

en-

engaño de la esperanza,
tyrano del alvedrio,
sinrazon de la razon,
y de la memoria olvido:
passion del entendimiento,
de la voluntad hechizo,
suspension de las acciones,
humano con lo divino,
y divino con lo humano;
el mas traydor, que ofendido
por envidia y por venganza
te burlas, rapaz, conmigo:
¿parecete que es victoria
haverme Daphne rendido?
¿lo que su hermosura ha hecho
atribuyes a tu oficio?
sus ojos, y no tus flechas,
sus donayres, no tus tiros,
que la hermosura perfecta,
no mata con artificio.
Plega al cielo que te veas,
siendo Amor, aborrecido,
y que te deje a quien ames
por hombre mortal y indigno,
y que por tus ojos veas
abrasado en zelos vivos
sus dos almas, sus dos vidas
en un cuerpo hermaphrodito.
Oygan los Dioses mis ruegos,
en cuya piedad confio
venganza de tus agravios,
y piedad de mis suspiros. *Vase.*

Cupi. No sé como viendo a Phebo
tan triste, el placer resisto:
pero sin comunicarse,
¿qué gusto jamas lo ha sido?
Voy a referir a Venus
tus tropheos y los mios.
Daphne huye, Phebo adora,
yo triumpho, Cupido, victor.

Salen Daphne y Sirena.

Siren. ¿Desso vienes victoriosa?
Daph. ¿De qué quieres que lo esté
con mas razon? Siren. Desden fue
de muger loca y hermosa:
¿dirás que de virtuosa
el desden ha procedido?
Daph. Valor y virtud ha sido.
Siren. Yo no le doy esse nombre,
pues al que es Dios y al que es hombre
tratas con un mismo olvido;
que deseches a Aristeo
me parece necedad,
y de Phebo la deydad
vanaglorioso tropheo:
¿que ningun amor ni empleo
tu condicion te permita?
¿Qué nacion el mundo habita,
que haya despreciado al sol,
desde el Indio al Español,
y del Aleman al Scytha?
Ah, Daphne, Jupiter quiera

que

que no pague la locura
de emplear tanta hermosura
en ir siguiendo una fiera.

DAPH. Yo sé que premio me espera,
y no es esperanza vana,
quando lo sepa Diana,
de cuyo coro me precio,
y por cuyo honor desprecio
toda la riqueza humana.
Mas quando su celestial
compañia no siguiera,
menos a Phebo quisiera,
porque me parece mal,
tanto que en odio mortal
el respeto he convertido.

SIREN. Si es gallardo y entendido
un hombre, ¿qué ha de tener
para quererte? DAPH. Nacer
con dicha de ser querido:
tanto sol no me conviene,
ni hay tan rudo labrador,
que me parezca peor
de quantos Arcadia tiene.

SIREN. Venus le ama y entretiene,
y dia y noche le sigue.

DAPH. Mal gusto. SIREN. El cielo te obligue
a hacer presto un necio empleo
en el Satyro mas feo,
que tus melindres castigue.
Todas las que sois assi,
arrepentidas llorais
despues que a todos vengais,

co-

como lo espero de tí.
Daph. Vete, Sirena, de aqui,
y no culpes mi desden,
que como tú quieres bien,
hablas mal contra el decoro
de Diana. Siren. De su coro
me rio, y de tí tambien.
Nace al Aurora la flor
vanagloriosa de sí,
y si passa por alli
el gallardo cazador,
parece que de temor
de que la toque su mano,
aunque fue melindre en vano,
a las hojas se retira,
y quando ya el sol espira,
la pisa el rudo villano.
Tu aspereza no es virtud,
sino necia vanagloria,
en vano intenta victoria
tu loca solicitud:
yo culpo tu ingratitud
de vana arrogancia llena.
Daph. Vete y dejame, Sirena,
que viciosa compañia
hará que juzguen la mia,
por la libertad agena.
Siren. Si es porque de Alcino soy,
yo estoy tan bien empleada,
como tú estás engañada.
Daph. En mi daño si lo estoy:
vete con Dios. Siren. Yo me voy,
to-

todo el tiempo lo sujeta:
tú verás si eres discreta,
y si yo la necia soy. *Vase.*

DAPH. No hay cosa mas importuna,
que la persuasion de un necio,
quando presume que sabe,
y que enseña al que es discreto.
No de otra suerte combate
la roca en la mar al viento
con las ondas de las aguas
una tras otra sobervio,
que como quien burla dél,
firme en su nativo assiento,
vuelve en espumas los golpes,
y en blanda risa los ecos:
assi se cansa quien piensa
reducir mi entendimiento
a no seguir de Diana
limpia vida y trato honesto.
Por mas impossible juzgo,
que pueda querer a Phebo,
que hacer solsticio sus rayos
un año en medio del cielo.

Sale un ciervo por una puerta del theatro.

¡O qué valiente animal?
tan alto y hermoso ciervo
no le ha criado el Arcadia:
seguirle y tirarle quiero.
¿Huyes? yo sabré seguirte.
Yo mate este ciervo, y Phebo

ma-

mate serpientes Phytones.

Va tras él, y vuelve a salir por la otra parte.

No pareces muy ligero,
ciervo gentil: por Diana,
a quien humilde prometo
de tu pardo morrion
las plumas para tropheo,
mas que penacho marcial
cobarde muestra del pecho,
de honrar su templo contigo:
pero hai, Jupiter! ¿qué es esto?
burla ha sido de los ojos,
qual suele pintar el sueño
en el interior sentido
formas de vanos efectos.
¡Hai Dios! hay triste! hai de mi!

Por donde el ciervo se desaparese, sále Phebo.

Pheb. Sosiega, Dahpne: Daph. ¡Hai cielos!
Pheb. Phebo soy. Daph. ¿Pues qué me quieres?
Pheb. Que me escuches. Daph. Muerta quedo.
Pheb. Yo te truxe con engaño
entre estos olmos y fresnos,
a donde apenas las aves
rompen el mudo silencio:
fingí el ciervo que seguiste,
hoy quedarán mis deseos
de tu desden victoriosos,
pues aun apenas el cielo

nos puede ver, que las ramas
edifican verdes techos
para defender los troncos,
en que estriva su alimento,
contra las estrellas Syrias,
que ladran por ofendellos.
Sossiegate, vuelve el rostro,
¿qué te turbas? tan grossero
villano me consideras?

DAPH. Mi desdicha considero
y tu traycion: ¿esto hacen
Dioses? ¡qué gentil exemplo
para los hombres mortales!

PHEB. Si lo fuera yo, sospecho
que me tuvieras amor;
tu estás sin mayor remedio
que trocar en voluntad
la fuerza. DAPH. ¿Fuerza? primero
se harán pedazos los polos,
en que estriva el firmamento,
y la rueda celestial
caerá desasida de ellos:
primero verán los hombres
trocados los elementos,
ligera el agua y la tierra,
pesados el ayre y fuego:
primero aquellos diamantes
del cielo. PHEB. ¡O tanto primero!
Daphne, yo te adoro, yo
soy el que tengo el gobierno
del mundo, ya no es possible
que puedan mis brazos menos

que tus desdenes. Daph. ¡Hai triste!
¡hai infeliz ¡ Pheb. Quando huyendo
fueras a aquellas regiones,
que eternamente me vieron,
tengo de alcanzarte : Daphne,
espera. Daph. Valedme cielos.

Vanse, y salen Bato y Silvia.

Silvia. ¿Con esse talle querias,
Bato, que yo te quisiesse?
Bato Si querrás, aunque te pese.
Silvia. ¡ Qué neciamente porfias !
Bato. Con la boca bien podrás
decir sí, que dices no.
Silvia. En diciendo nones yo,
no diré pares jamas:
estos son nuestros azares,
estas nuestras condiciones.
Bato. Como essas han dicho nones,
que despues paran en pares:
pues a fé que tengo aqui.
Silvia. ¿A ver por tu vida, a ver?
Bato. Dime si me has de querer.
Sllvia. Sí, resí, tatarasí.
Bato. Por ver, ¿ qué no harán mugeres?
Silvia. Si tambien tú dices no,
¿cómo es possible que yo
pueda pensar que me quieres?
Bato. Mira qué anillo. Silvia. Soy corta
de vista, en mi mano quiero
verle. Bato. Pues jura primero.

Sil-

SILVIA. ¿Y mi palabra no importa?
BATO. La muger no está obligada,
que por esto viene a ser
quien no la cumple muger,
y es rueca la que era espada.
SILVIA. Plegue a Dios, que si lloviere,
ni pie ni mano me moje,
y que en la cama me arroje,
quando mas sueño tuviere:
ni coma, ni beba mas
de lo que tuviere gana,
y si fuere de mañana,
no me levante jamas.
Mira qué gran juramento.
BATO. Alahé que has de comprir
lo que dices, o morir
por ello. SILVIA. Muestra, jumento.
BATO. Toma. SILVIA. Mi Bato querido,
damele. BATO. ¿Quieresme? SILVIA. Pues.
BATO. ¡Verá el diabro! verdad es,
sacudióla el Dios Copido:
pero el hombre hue discreto,
que aquel anillo me dió,
si por el dar entendió
la virtud de este secreto.
Ahora bien dame un abrazo.
SILVIA. Malos años para tí.
BATO. ¿Y el juramento? SILVIA. ¿Yo? BATO. Sí,
tu verás llegado el plazo,
como llueve, y no te mojas,
ni eres la mañana dueño
de tus pies, y que con sueño

sobre la cama te arrojas.
Esta me ha engañado, soy
un tonto, engañarla quiero:
¿Silvia? Silvia. ¿Qué quiere el grossero,
porque sepa, que me voy?
Bato. ¿No sabes como el Phyton
que mató Phebo dorado,
preñado estaba? Silvia. ¿Preñado?
¿de quién? Bato. De otro serpenton,
que salió de la barriga
aquella noche. Silvia. ¡Mal año!
Bato. Tanto, que temiendo el daño,
a que consulten obliga
la Diosa Themis, y dice,
que ha de comer solamente
toda muger que no siente
que es amor. Silvia. ¡Hai infelice!
Bato. Las que engañan, y despues
lo que prometen defienden,
las que piden, las que venden
el amor por interés,
las ingratas, las crueles,
las tontas, las bachilleras,
las que engañan con chimeras
a los amantes noveles,
las que toman los anillos.
Silvia. Hai, Bato, no digas mas,
que esta noche me verás
al volver mis corderillos:
pero porque no te vean,
busca un pellejo de lobo,
y por uno y otro escobo

haz

haz de suerte que lo crean,
porque me hables entre tanto
que anda el prado temeroso.

BATO. Ser lobo es dificultoso,
tomálle no lo era tanto:
pero yo lo haré por tí,
y iré a buscar el pellejo,
que lobo, zorra y conejo
me quiero volver: mas di,
¿quieresme ahora abrazar?

SILVIA. Y como si abrazaré.

BATO. ¡O qué bien que la engañé!

SILVIA. ¡O qué palos le he de dar! *Vanse.*

Sale Daphne huyendo.

DAPH. Tened lastima de mí,
favor, Dioses inmortales,
no puedan desdichas mias
desacreditar deydades.
Si la virtud no os obliga,
¿cómo podrán los mortales,
temiendo vuestra justicia,
reprimir sus libertades?

Phebo dentro como que viene de lejos.

Favor, piedad. PHEB. ¿Dónde huyes
y de quién, hermosa Daphne?
pára de piedad de tí,
ya que no de mí, a escucharme,
mira que de tí la tengo,

pues

pues para que no te canses,
voy rogando a mis deseos
que se detengan y paren.

Daph. Cielos, ya suena mas cerca;
arboles cubridme, dadme
favor, pues falta a los Dioses.

Pheb. No soy yo rustico amante,
no soy villano grossero,
tú verás, como me aguardes,
que solo me manda Amor
que te mire, que te hable
con aquel cortés respeto,
que es tán justo que te guarde.

Daph. Pareceis malos jüeces
deydades inexorables,
que en los reos no castigan
los delitos que ellos hacen.
O Jupiter, si tú fuerzas
a Egina, a Leda y Danae,
¿cómo detendrás a Phebo?

Pheb. Detente, Daphne, un instante:
¿cómo sufres que tus pies
tantas espinas maltraten?
¿quieres por dicha, cruel,
que como a la hermosa madre
de Amor produzca la tierra
nuevas rosas de tu sangre?

Daph. Ya le veo, yo soy muerta:
Peneo mi dulce padre,
favor.

Sa-

Sale Phebo.

PHEB. No dirás que he sido
tan veloz para alcanzarte,
como çorriendo los cielos,
aunque eres mas bella imagen,
que por mi eclipticade oro
forman eternos diamantes.

Vayase Daphne arrimando a la transformacion.

Ya no tienes donde huir;
si quieres assegurarte,
en estos brazos te esconde.
DAPH. Tierra, tus entrañas abre,
y en tu centro me sepulta.

Transformase en laurel.

PHEB. Tente, espera: celestiales
dioses, ¿qué crueldad es esta?
¿un arbol quereis que abraze?
¿qué lo dudo? ramos son
que del duro tronco salen,
alma de aquella cruel:
venganzas son desiguales
de mis ofensas, Amor.

Daphne en el arbol.

DAPH. ¡Hai! PHEB. Con que voz lamentable
tem-

temblando el arbol se queja
piadosamente suave:
¿qué haré, que pierdo el sentido?
¡qué todo el cielo vengasse
á Venus! ah falsos dioses.
Produce, tierra, gigantes,
que intrepidos otra vez
intenten aposentarse
en el alcazar eterno,
de donde arrojados bajen.:
poned montes sobre montes,
o terrigenas Titanes,
y matadme a mí el primero,
si hay hombres que dioses maten:
¡O cielos, quién ahora en tantos males
pudiera ser mortal para matarse!
Arbol, aunque ingrato fuiste,
quiero en la muerte mostrarte,
que fue mi amor verdadero,
porque no hay prueba que iguale,
como despues de la muerte
firmezas de voluntades.
Tú serás el arbol mio,
laurel quiero que te llamen,
aunque en tu dura corteza
su condicion se retrate,
cubriendo un alma de bronce,
y unas entrañas de jaspe.
Arrojo el roble, y desde hoy
quiero de tí coronarme:
desta rama haré a mi frente.

Daph. ¡Hai! Pheb. Perdona, para honrarte

co-

corona, que tambien sea
para ilustres Capitanes
triumpho de insignes victorias,
y premio de hazañas grandes.
Tú serás la verde insignia
de Cesares Imperiales,
tú laureola de ingenios
en las cientificas artes,
tú de Poetas honor,
que de siglo a siglo nacen.
¿Pero qué puede haver, Daphne, que baste,
sino tengo de verte, a consolarme?

DAPH. Phebo, el favor agradezco,
aunque arrepentida tarde,
que para exemplo de ingratas
quiso el cielo transformarme
en el que llamas laurel.
Vengado estás, ya no aguardes
oir mas mi voz. PHEB. Temblaron
las ramas: ya el alma parte
a los Elysios. Permite,
sino he de oirte, abrazarte,
aunque es tanta tu dureza,
que para que no te abraze,
volverás a ser muger,
y volverás a matarme,
para que en vida y muerte no me falte
desden que huya, ni beldad que mate.

Sale Bato.

BATO. Cosas mandan las mugeres

a los hombres, que es un necio
el que por tan caro precio
quiere comprar sus placeres.
¿A dónde hallaré en efeto
este pellejo de lobo?
Silvia me tiene por bobo,
pues a fé que soy discreto
lo que para no envidiado
dicen algunos que basta,
y mas no haviendo en mi casta,
ni dichoso, ni letrado.
Si esta me cumple el concierto,
todos somos vengativos,
muchos lobos topo vivos,
y ninguno topo muerto.
Alli está Phebo, a la fé
él del pellejo dirá,
pues por essos mundos va,
y quanto hay en ellos ve.
A, señor Phebo. Pheb. ¿Quién llama?
Bato. Bato soy, aquel zagal
que le enseñó el animal,
que le ha dado tanta fama.
Pheb. ¿Qué me quieres? que recelo
que para tu daño sea.
Bato. Hanme dicho que voltea
por la maroma del cielo,
y vengole a pescudar,
si en el mundo nuevo, o viejo
ha topado algun pellejo
de lobo que me enseñar,
que esta noche Silvia y yo....

Pheb.

PHEB. Villano, ¿ burlas a mí?
BATO. ¿ Pues con esso le ofendí?
de un pellejo se enojó?
PHEB. Mataréte. BATO. Cielo santo,
favor ; al monte me subo.
PHEB. Aguarda. BATO. ¡En qué poco estuvo
que me dicsse con un canto!

Vase subiendo por el monte.

PHEB. La Luna mi blanca hermana
está de creciente ahora,
ya de salir es la hora:
escucha, hermosa Diana.
BATO. ¿Si acaso me llama a mí?
a, señor, ¿topó el pellejo?
PHEB. Si tú no me das consejo,
Luna, ¿ qué ha de ser de mí?
Ven Diana, ven hermana.
BATO. Ya no me puede faltar:
¿qué dice? que le he de hallar
en el templo de Diana?
Dios se lo pague, señor,
que ya voy por el pellejo. *Vase.*
PHEB. Luna, de la tierra espejo,
y del cielo resplandor,
en quien la noche se toca,
y se miran las estrellas,
si la luz que en tí y en ellas
infundo sol te provoca,
oyeme en la tierra Phebo.

 Por

Por lo alto un carro de plata, Diana sentada en él con una media luna en el tocado.

DIAN. Ya te escucho, hermano mio:
¿qué tienes? de quién te quejas?
PHEB. De dos monstros madre y hijo,
incendios de tierra y cielo,
que a tu frigido epicyclo
solamente han perdonado.
DIAN. ¿Qué te han hecho? PHEB. Esse Cupido,
esse hermano de la muerte,
esse decrepito niño,
envidioso de que hiciesse
aquel celebrado tiro,
con que dí muerte a Phyton
de Thessalia basilisco,
me hirió de amor de la hija
de Peneo, ilustre rio,
que huyendo de mí transforman
ayrados siempre conmigo
los Dioses en arbol, mira
si me quejo, si suspiro,
si lloro con justa causa:
como a mi hermana te pido,
si no remedio, venganza.
DIAN. Por esta luz que recibo,
Phebo, de tus claros rayos,
y que doy por tantos siglos
doce veces a los años,
que he de hacer que el mal nacido
rapaz, por quien le aborrezca,

de

de amor se abrase a sí mismo.
Tú verás enamorado
al Amor, nuevo prodigio
al mundo, que esta venganza
será por los mismos filos.
No hay Dios que esté bien con él,
todos le han aborrecido,
tú verás como le doy
con mi castidad castigo.
¿No sabe Venus, no sabe
que sus lascivos delitos
descubren mis castos rayos?
conmigo, Venus, conmigo.

PHEB. Pues prosigue tu carrera,
Luna de los ojos mios,
pisen tus ruedas de plata
los celestiales zaphyros,
que ya se mira el Aurora
coronada de jacintos,
y las flores en los prados,
y las aves en los nidos
hacen salva a su lucero
con las hojas y los picos,
para que mi carro de oro
trueque por el Griego el Indio.

Passa el carro lo demas del theatro por lo alto, y acabe la Jornada segunda.

JOR-

JORNADA TERCERA.

Sale Cupido.

Cupi. ¿Qué venganza del cielo,
qué ira de sus Dioses soberanos
con envidioso zelo
del imperio que tengo en los humanos,
pena me dió tan nuevamente fiera,
que siendo el mismo Amor, de amores muera?
Aves enamoradas,
que destas selvas en el Buen Retiro
o solas, o casadas
no cantais versos sin final suspiro,
y con ecos dulcissimos sonoros
amor y zelos alternais a coros:
fieras que las montañas
vivis en soledad, tal vez quejosas
de serlo mis hazañas:
Faunos lascivos y silvestres diosas,
humor vital, vegetativas almas
de tantos cedros, platanos y palmas:
pastores deste prado,
que tantas veces abrazé de amores:
si huviera yo pensado
lo que era yo, mis penas y rigores,
con mas piadoso afecto huvieran sido
en mataros de amor temiendo olvido.
Tiré sin experiencia
de mi mismo dolor, que no sabia
de

de zelos, ni de ausencia,
maté sin ver que se acercaba el dia
de dar a todos tan cruel venganza,
que me abrasa de amor sin esperanza,
qual suele en blanda cera
arder la luz, y consumirse luego,
en mi abrasada esphera
soy alimento de mi proprio fuego,
siendo en la cera, que mi fin rezela,
mi proprio ardor el alma de la vela.
Aves, fieras, pastores,
una Nympha cruel, una pastora
mata al Amor de amores,
ya no hay amor, ni mata, ni enamora:
Sirena es ya, Sirena prende y mata,
y siendo Amor con el amor ingrata
quebrar el arco quiero
en este tronco de mi mal testigo,
pues de mí proprio muero:
yo me maté, yo fuy traydor conmigo,
que en tanta confusion, en tanto abismo
yo mismo soy veneno de mí mismo.

Sale Phebo.

PHEB. Quedo, señor Amor, blanda la mano,
que este laurel es mio,
que tiene vida, y sentimiento humano;
¿no vé que maltratarle es desvario?
Si quiere enamorarle,
desde lejos podrá mejor tirarle,
que darle con el arco es bajo modo
para

para el alma que cubre essa corteza,
que tuvo en vida celestial belleza:
si con las flechas mata el mundo todo,
no mate con el arco bajamente,
abrase, tire, prenda, mas no afrente.
Sino le supo herir, quando vivia,
¿por qué le hiere muerto?
o le castiga, porque no queria
ser mas necia, que fue. Cupi. Desdicha
mia:
vete, Phebo, con Dios. Pheb. Esto le advierto,
respete mi laurel, que ya corona
Cesares, Capitanes y Poetas.
¿Cómo no habla? cómo no blasona?
Cupi. Vete, Phebo, por Dios, que mis saetas
te han vengado de mi, las que tiraba
se vuelven a mi pecho. Pheb. ¿Cómo ha
sido,
o quién te hurtó las flechas del aljaba?
ya soy tu amigo, cuentame, Cupido,
tan grande novedad, que te prometo
sentir tus penas, y guardar secreto.
Cupi. ¿Piensas, Phebo, que el alma no te miro?
ahora vienes a engañarme, Phebo?
Pheb. Dé verte amar me admiro:
¿no eres tú Amor? ¡qué prodigioso y nuevo
portento amar Amor quien no le quiere!
llorad, pastores, que el Amor se muere.
Cupi. Basta, Phebo, no mas, ya estás vengado.
Pheb. Quantos males me has hecho, me has
pagado,

aho-

ahora, ingrato Amor, verás quien eres,
pues que siendo el Amor, de amores mueres:
¡Con qué traycion mirabas,
con qué crueldad herias!
paga, villano Amor, el mal que has hecho;
las saetas trocabas,
y a Daphne me rendias,
en cuya nieve se abrasó mi pecho:
ya quedo satisfecho
de todos mis agravios
con verte, Amor, rendido:
mira de hoy mas, Cupido,
como hieres los dioses y los sabios,
que tantas maldiciones
alcanzaron castigo a tus trayciones. *Vase.*

CUPI. ¿Qué tal venganza he dado?
Aves, fieras, pastores,
venid a ver a Amor enamorado:
y dí los passadores,
el arco y la cadena
a la bella Sirena;
ella mata de amores,
ella sola es amor, ella enamora:
della os guardad, pastores, desde ahora,
que ya no soy Cupido,
sino el Amor, que fue de amor vencido.

Sale Venus.

VENUS. Amor, ¿de qué te lamentas?

CUPI. De mí mismo, aunque acertára,
quando de ti me quejára,
que verme sin honra intentas.
¿Vienes a ver mis afrentas
por dicha? VENUS. Debes de estar
loco. CUPI. Pudiera el pesar
enloquecerme de triste,
porque tú sola pudiste
al Amor enamorar.

VENUS. ¿Pues estaslo, Amor, de mí?

CUPI. Yo siempre de tí lo estoy,
mas hoy que venganza doy
al mundo, no fue por tí.

VENUS. ¿Quiéres bien? CUPI. Señora sí,
y tú lo sabes mejor.

VENUS. Mientes, Amor, que en rigor
por tus ardientes castigos
¿quién tiene mas enemigos
en cielo y tierra, que Amor?
¿Nunca has visto en una voz
la gente de algun lugar
juntarse para matar
un fiero animal feroz,
que contra su furia atroz,
de que a todos parte alcanza,
quál con dardo, quál con lanza,
quál con alabarda sale,
porque entre todos iguale
al agravio la venganza?
pues esto han hecho contigo
los Dioses, y yo pudiera,
pues no hay en Thessalia fiera

co-

como tu fuiste conmigo,
Marte en el cielo testigo,
como Adonis en el suelo:
pero puesto que rezelo
la causa, dime ¿quién es,
para ayudarte despues
a pedir piedad al cielo?

CUPI. Dulce madre mia,
lucero el mayor,
que del cielo esmaltan
su azul pavellon:
divino planeta,
celeste esplendor,
prologo del dia,
preludio del sol,
a quien por benigna
Jupiter le dió
del tercero cielo
la jurisdiccion:
yo tuve con Phebo,
quando cazador
con valiente brazo
dió muerte a Phyton,
la question que sabes,
de que procedió
el laurel de Daphne
con alma y sin voz.
Quejóse a los Dioses,
llamóme traydor,
no sé qual de todos
a todos vengó.
Hay una serrana

destos valles flor,
gloria de su aldea,
de su prado honor,
basilisco en vista
humano y feroz,
angel en belleza,
fiera en condicion.
Nunca con tal risa
las hojas abrió
la rosa al rocio
del primero albor,
quando Abril la esmalta
del rojo arrebol,
que ocultaba el Marzo
en verde boton:
parece que el cielo
jazmines tomó
para hacer al rostro
candido color.
Si pintar quisiera
tanta perfeccion,
recibiera agravio
su eterno pintor.
Quien mira su brio
dice con razon,
que la primavera
por allí passó.
Yo la ví una fiesta
que al valle salió,
no sé que me dixo,
prestéla atencion,
que el oir al ver

siem-

siempre fue veloz.
Miróme al descuido,
cuidado me dió,
que en viendo los ojos,
hai del corazon.
Reparando en ella,
un helado ardor
discurrió mis venas,
y al alma llegó.
Pregunté la causa
del nuevo vigor,
respondióme el alma,
madre, que era yo:
de suerte, señora,
que yo mismo soy
el Amor que tengo,
pues muero de amor.
Nunca su ponzoña
al aspid mató,
como a mí me mata
mi proprio dolor:
del aljaba pienso
que se me cayó
yendo a recostarme,
algun passador,
y por este lado
de suerte me hirió,
que Amor, que era uno,
se ha partido en dos.
A quanto la digo
me responde, no,
porque todos dicen,

que

que quiere un pastor:
como es igual suyo
presto se rindió,
que amores iguales
verdaderos son:
tales partes tiene,
que zeloso estoy,
que hay gustos que dejan
por un hombre un Dios.
Ella viene, madre,
voyme de temor;
dile que me quiera,
si tu hijo soy.
De mí no se queje
ningun amador,
yo renuncio el arco,
madre, desde hoy,
Sirena le tenga,
que al Amor venció:
madre, ya soy zelos,
ya no soy Amor. *Vase.*

Salen Sirena y Silvia.

VENUS. Con justa razon se queja
Amor, ¡qué gentil muger!
mas necia debe de ser,
si un Dios por un hombre deja,
que implica contradiccion
ser Amor, y no le amar.
SILVIA. De hoy mas te puedes llamar
vengadora y con razon,

de

las mugeres que amaron,
y que mal pagadas fueron,
pues que tus ojos rindieron
[illegible] tantos negaron:
notable dicha has tenido.

SIREN. Silvia, yo no estoy contenta,
porque quando el Amor sienta,
que por Alcino le olvido,
querrá con desconfianza
vengarse en los dos zeloso.

SILVIA. No hará, que en un poderoso
es bajeza la venganza.
Si un hombre de gran fortuna
dos mil virtudes tuviesse,
como vengativo fuesse,
no tiene virtud ninguna:
que es ofensa del valor
el no saber perdonar.

SIREN. Dirá Amor, que es castigar
mi amor, porque es Dios de amor.
Ve, Silvia, y llamame a Alcino,
hable con mi padre luego,
que Amor de sí mismo ciego
podrá hacer un desatino:
casemonos, que despues
él me guardará mejor.

SILVIA. Yo voy. SIREN. ¿Qué me quiere Amor?
si es amor, lo mismo es
querer a quien he querido.

VENUS. A verte sola esperaba:
menos arrogante y brava,
mas amor, menos olvido,

la

la madre del Amor soy,
Sirena, a quien tratas mal.
SIREN. Yo, planeta celestial,
en tu misma esphera estoy:
no soy Nympha de Diana,
ni sus exercicios sigo
por estas selvas. VENUS. No digo,
que no procedes humana
en querer a quien te quiere,
pero de no mejorarte,
pudiendo en mas alta parte,
tu injusto desden se infiere:
si mi Cupido te adora,
¿cómo ofendes su deydad
con agena voluntad?
SIREN. Antes presumo, señora,
que le ofendiera en mudarme,
pues siendo amor verdadero,
en sabiendo que a otro quiero,
podrá su ley castigarme.
VENUS. ¿Serás la primer muger,
que a dos en un tiempo quiera?
SIREN. Seré la muger primera,
que a entrambos pueda querer:
el amor ha de ser uno,
esto bien lo sabeis vos,
porque la que quiere a dos,
no quiere bien a ninguno.
VENUS. Poco sabes del papel
del amoroso theatro,
porque a dos, a tres y a quatro
puede entretenerse en él.

Si-

SIREN. Entretener, no es amar.
VEN. Pues no ames, y entreten.
SIREN. Quiero bien, y querer bien
nunca dió tanto lugar,
que a la muger que es dichosa
en querer quien la ha querido,
no le ha de quedar sentido
para querer otra cosa.
VEN. Muchos galanes, señora,
acreditan la hermosura.
SIREN. La muger que honor procura
sin buena fama, no es buena.
VEN. Nunca la verdad se infama,
la virtud ha de vencer.
SIREN. ¿Qué virtud puede tener
quien no tiene buena fama?
VEN. A la virtud que es segura,
no ofenden injustos nombres.
SIREN. En haviendo muchos hombres,
es oficio la hermosura.
VEN. ¡Qué bachillera cansada!
SIREN. Obrar bien no es hablar mal.
VEN. Metete monja Vestal.
SIREN. ¿Para qué, si estoy casada?
VEN. No has de gozar lo que quieres. *Vase.*
SIREN. Será injusto tu rigor,
o enemigos del honor,
mugeres para mugeres:
¡qué consejos de una diosa!
quántas se pierden ansi!

Voces de pastores con silvos y estallidos de hondas.

Dentro. Aqui, pastores, aqui.
SIREN. De todo estoy temerosa.
Dentro. Al lobo, al lobo, pastores.

Salga Bato con pellejo de lobo atado al pescuezo, que le cubra las espaldas, y la cabeza metida por la suya.

BATO. ¡Qué desdicha! muerto vengo:
¿a dónde podré esconderme?
SIREN. !Hai triste! una fiera veo:
¿por adónde podré huir?
BATO. Por Dios, Sirena, te ruego
que me defiendas. SIREN. El habla,
¡cielos, qué animal tan fiero!
Satyro o Fauno, ¿qué quieres?
¿tan presto te vengas, Vénus?
BATO. Que no soy sastre ni màcho.
SIREN. ¿Eres Centauro? BATO. Esso es bueno,
¿yo cigarro? SIREN. ¿Pues quién eres?
¡hai Dios! BATO. Un lobo moderno,
que aun no estoy examinado.
SIREN. ¿Lobo? socorredme, cielos.
Venus le envia a matarme.
BATO. ¿Qué viernes, o qué embeleco?
mirame bien que yo soy:
¿tengo por dicha otro gesto
del que tuve siendo Bato?

¡Hai

SIREN. ¡Hai Bato! perdona el miedo:
¿podré tentarte la cara?
El es, ¿qué dudo? BATO. ¿Tan presto
me desconoces, Sirena?

SIREN. El temor, Bato, es tan ciego,
que cree lo que imagina:
pero dime ¿quién te ha puesto
desta suerte? BATO. Amor, Sirena.

SIREN. ¿Tú tienes amor? BATO. ¿No tengo
mis diez y nueve sentidos,
sin los demas movimientos?
¿no sabes qué quiero a Silvia?
Dixome, que por secreto
viniesse en forma de lobo;
que hay vecinos, que del sueño
se quitan por azechar
si hay en la calle requiebro.
Yo, Sirena, que no estaba
ducho a ser lobo, el pellejo
que ves le quité a Diana,
porque me lo dixo Phebo.
La diosa con el enojo,
quando las cabañas entro,
solicitó los pastores
de valles, montes y cerros:
juntaronse contra mí,
yo como era lobo nuevo,
y no sabia el oficio,
en quatro pies iba huyendo.
Pero como no sabia,
apenas en pie me vieron,
huyeron, imaginando

 que

que fuesse algun dios mostrenco;
porque hay en Arcadia tantos,
que ya nos damos con ellos,
pues solamente no es dios
el que no tiene dinero.
De pedradas finalmente
y mordeduras de perros,
que por poco me matáran,
tal he quedado, que creo
que soy lobo, y assi voy
a llevarle su pellejo,
y pedir que me perdone,
que Amor, autor de embelecos,
tuvo la culpa de todo.

Siren. El viene, y viene a buen tiempo:
pidele, Bato, justicia
de Silvia. Bato. Ya no me atrevo,
que como andan estos dioses
con tantos enojos, temo
que me convierta en gazapo,
o por ventura en bencejo;
y conozco un arcabuz,
que está en tirallos tan diestro,
que ha despoblado los ayres,
y no se halla uno dellos
por un ojo de la cara:
pues si en toro me convierto,
sin que lo sepa la muerte,
dará conmigo en el suelo. *Vase.*

Sale Cupido.

Cupi. ¡O bellissima Sirena!

no

No sin causa tan amenos
hallé los prados de Arcadia,
que obedientes florecieron
a la estampa de tus pies.
Pienso que mi madre Venus
habló ya contigo. SIREN. Aqui
me dixo tu pensamiento:
yo le respondí, que amaba,
y que amando fuera yerro
culpable amar otro amor.
Dilo tú como maestro
de amar, y como quien es
el legislador y dueño
desta universal razon:
di, que sin culpa me siento,
pues tú fuiste quien de Alcino
me enamoró; mas yo quiero
quererte, si tú me das
la libertad para hacerlo.
Desenamorame, Amor.
CUPI. Si soy amor, ¿cómo puedo
ser desamor? esse oficio
hace la ausencia, los zelos,
o la ingratitud. SIREN. Pues todo
te ofrece el mismo remedio:
cansate de verme ingrata,
y pues zeloso te veo
de Alcino, ausentate, Amor:
¿mas cómo ignoras con serlo,
que amor con amor se cura?
quiere bien otro sujeto,
podrá desenamorarte.

Cupi. Toma tú el mismo consejo,
y enamorate de mí,
verás como olvidas luego
a Alcino. Siren. no puede ser,
sino me quitas primero
el amor que tú me diste.

Salen Silvia y Alcino.

Alcin. Mucho, Silvia, le agradezco,
que quiera que hable a su padre,
que temo algun mal sucesso
como el de Daphne, que hoy lloran
con turbias aguas Peneo,
y el Principe de Thessalia,
que emprendió su casamiento.
Silvia. Ella que te adora, Alcino,
quiere poner tierra en medio
con casarse, que este amor
anda en perseguirla necio,
quanto ella en aborrecerle
discreta. Alcin. Detente, ¡Hai cielo!
¿no es Cupido aquel? ¡Hai Silvia,
qué buen aborrecimiento!
Amor y Sirena juntos.
Silvia. Sí, pero yo diferencio
el hablar por accidente
de haver sido por conciertos.
Alcin. No, Silvia, en la selva solos:
si del mismo amor no tengo
zelos, ¿de quién quieres, Silvia,
que tenga en el mundo zelos?

Sir-

SIREN. ¡Amor, Alcino, está allí,
que no le demos, te ruego;
zelos que te doy palabra
de amarte en llegando el tiempo
de llevar a la montaña
el ganado, pues con esto
y su ausencia havrá lugar.
CUPI. El capitulo primero
de amar es obedecer:
yo me voy, y te obedezco. *Vase.*
ALCIN. No sé como acierte a hablarla.
SIREN. Nunca tuve mas deseo
de verte, mi Alcino. ALCIN. Aparta
los brazos, deten el pecho,
que si en él ha entrado Amor,
¿cómo podran estar dentro
dos amores? Muchos años
le gozes, que yo no emprendo
competencia con los Dioses,
ni soy Typhon, ni Japeto.
SIREN. ¿Qué dices? estás en tí?
ALCIN. En tí no estoy, que es lo cierto,
ni en mí, que si en mí estuviera,
nunca viera lo que veo:
con los ojos no hay engaño,
a Dios, que al monte me vuelvo:
si bajáre al prado, plega.
SIREN. Bueno está sin juramento,
vete, pues gustas, Alcino,
de tratar con tal desprecio
a quien deja un Dios por tí.
ALCIN. ¿Tú le dejas? SIREN. Yo le dejo.

AL-

Alcin. ¿Cómo, si le tienes? Siren. ¿Yo?
Silvia. Buenos andais de conceptos,
ea, Alcino, habla a Sirena.
Alcin. ¿Qué la hable yo primero?
Silvia. Quedate ahi como él plega,
que se está el cielo rïendo
de los amantes perjuros:
Sirena no dés con esto
venganza a Amor, dá los brazos
a Alcino. Siren. ¿Quién? ¿yo primero?
Silvia. ¡Qué venganzas tiene amor
tan tiernas! Siren. Yo no me vengo.
Alcin. Pues si yo tambien me enojo.
Siren. Pues confiesse, como es cierto,
que yo no he tenido culpa.
Alcin. Que soy tu esclavo confiesso,
y que mis brazos te doy.
Siren. ¡Hai Alcino! hai Dios! hai! muero.

Estará de pies Sirena en la trampa del theatro y al abrazarse los dos se hundirá Sirena.

Alcin. ¡O Jupiter soberano!
Sirena, Sirena, ¿quién
te lleva?

Dentro Sirena.

Siren. Alcino. Alcin. Mi bien:
¿pero qué te llamo en vano?
Silvia. ¡Qué desdicha! por aqui
se entró. Alcin. Seguiréla yo.

Sal-

Salga una fuente de agua hácia arriba.

SILVIA. En agua se convirtió.
ALCIN. Lo mismo será de mí,
Sirena del alma mia,
agua son ya tus despojos,
pues hechos fuentes mis ojos
te harán de hoy mas compañia:
heroyca hazaña de Amor
convertir en agua el fuego,
por ver si en ella me anego,
mas fue industria, que valor:
vuelveme en agua, y tendrémos
un mismo fin, vengarás
tu pecho, mas no querrás,
para que no nos juntèmos.
Triste padre, quando oyere
el sucesso, y triste yo:
selvas, Sirena murió,
selvas, Alcino se muere. *Vase.*
SILVIA. Ayrados estan los Dioses,
Arcadia, contra tus selvas.

Sale Bato.

BATO. Aqui está Silvia, alahé
que aunque nunca amor se venga,
me lo ha de pagar ahora.
¿Pues, Silvia, es buena conciencia,
que me pongas, por quererte,
en habitos que me muerdan

quantos perros tiene el monte,
que los hay de mil maneras,
invisibles y visibles?

Silvia. Hai, Bato, que dessas quejas
no es tiempo ahora: Cupido
viendo inutiles sus flechas,
convirtió à Sirena en agua.

Bato. ¿Tenemos otra lobera?

Silvia. Pluguiera a Dios: por aqui,
Bato, assoma la cabeza
verás que fuente tan linda.

Bato. ¿Mas que me arrojas en ella?

Silvia. ¿Estas lagrimas son burla?

Sale una llama de fuego.

Bato. Voy à verla: que me queman,
que me àbrasan. Silvia. ¿No era fuente?

Bato. Chamuscóme las guedejas.

Cae un lienzo de lo alto en forma de palacio, que dejandolos en el theatro a los dos, cubre todo el monte.

Silvia. Hai, Bato, ¿quién por el ayre,
sin que los cuerpos lo sientan,
nos ha trahido a esta casa?

Bato. Silvia, tú eres hechicera,
que desde aquelló del lobo
no es possible que no seas
o la hija del Sol Circe,
o la de Colchos Medea.

Sil-

SILVIA. ¿Yo, cómo si estoy sin mí?
ni qué encantadora huviera,
que formára este palacio?
BATO. Las colunas que sustentan
la machina son de jaspe
y de mil preciosas piedras.
SILVIA. Locos debemos de estar,
porque por aquella puerta,
sino es engaño, o es sueño,
salen Cupido y Sirena.
BATO. Sirena viva, Jopiter
con bien me vuelva a mi tierra,
que desde lo del pellejo
ando como anima en pena.

Salen Cupido y Sirena, y criados que les ponen sillas.

CUPI. Sirena, yo soy Amor,
no temas, yo vivo aqui,
todo lo que vés fingí
de zelos de tu pastor.
SIREN. Justo ha sido mi temor,
dulce Cupido, hasta verte,
que fuera venganza fuerte,
y indigna de tu poder,
por querer y no querer
darme tan injusta muerte.
CUPI. Sientate. SIREN. Dime quien son
los que te sirven aqui.
CUPI. Los zelos que van tras mí
lynces en toda traycion,

la fineza, la ocasion,
la esperanza y la mudanza.
Siren. Buen criado la esperanza.
Cupi. Y entre estos con plaza igual,
los que siempre sirven mal.
Siren. ¿Quién? Cupi. La ausencia y la venganza,
mas porque segura estés,
llega Silvia, llega Bato.
Siren. Serán los dos en retrato.
Cupi. Serán, los mismos que ves.
Bato. Danos, señora, los pies.
Silvia. Y en albricias de tu vida,
que yo los brazos te pida.
Bato. Estoy de contento loco.
Cupi. Ola, mientras duermo un poco
aperciban la comida.
Bato. Esta sí que es buena casa,
que sin comer no hay placer,
porque hay Dios, que sin comer
toda la vida se passa.
Silvia. Nunca del Amor fue escasa
la mano, aqui comerás
ambrosía. Bato. Por jamas
supe yo que era ambrosía:
dí que me den ollería,
que desso conozco mas.
Siren. Quedóse dormido Amor.
Silvia. Debe de andar desvelado:
quando tiene el bien hallado,
duerme un amante mejor.
Bato. Por alli suena rumor.

Ba-

Baja Diana por el ayre.

DIAN. Desta suerte mi venganza
a Venus y a Amor alcanza.
SIREN. ¡Hai Dios! ¿quién me lleva? DIAN. Yo.

Asiendo Diana a Sirena vuelan juntas.

BATO. Silvia, todo se mudó.
SILVIA. Todo es venganza y mudanza.

El palacio se sube arriba, y queda descubierto el monte.

CUPI. ¿Qué es esto, Sirena mia?
BATO. ¿Quál Sirena? aqui bajó
quien volando la llevó
por a donde nace el dia.
SILVIA. En la cabeza trahia
una luna plateada.
CUPI. ¿Qué es esto, Diana ayrada,
en fé de tu castidad
te atreves a mi deydad?
¿ya no estabas bien vengada?
Vive el cielo que has de arder
de amores de Endymion,
si tanta contemplacion
poderosa puede ser.
Estos deben de tener
la culpa por no avisarme:
matarlos quiero y matarme.

BATO. Huye, Silvia, que está loco.
SILVIA. Muerta soy. *Huyen los dos.*
CUPI. No lo estoy poco
de amor y de no vengarme.
Bien se conoce que ha sido
venganza de cielo y tierra
este rigor, esta guerra,
este desden, este olvido:
¿yo rendido, yo vencido,
yo zeloso y despreciado?
¿Quién huviera imaginado,
o cómo pudiera ser,
que el mundo llegára a ver
el Amor enamorado?
Conjurados contra mí
los dioses, dieron lugar,
que se pudiesse vengar
Diana y Phebo de mí:
poder y nombre perdí,
mas fuerte fue quien me ha dado
veneno tan abrasado,
que Amor de mi proprio amor
soy para pena mayor
el Amor enamorado.
Montes, la locura mia
crece en venganza de Phebo,
y aunque en el amor no es nuevo,
no era yo quien le tenia:
yo le daba y repartia,
quedandome descuidado,
y hoy tengo, sin ser amado,
el amor que a todos dí,

pa-

para que se viesse en mí
el Amor enamorado.
Si de la muerte el rigor
mata, la muerte no muere,
lo mismo de amor se infiere:
¿cómo muere Amor de amor?
¿Mas de qué sirve el furor,
sino voy desesperado
a vengarme del cuidado
que mi proprio amor me da?
Guardaos mortales, que va
el Amor enamorado. *Vase.*

Salen Phebo y Diana.

PHEB. Estoy agradecido,
bellissima Diana,
del castigo que has dado justamente
al barbaro Cupido,
no solo yo, mas quanto de la humana
historia el mundo reconoce y siente.
DIAN. Phebo, la novedad del accidente
de amor le vuelve loco.
PHEB. Para lo que merece todo es poco.
DIAN. Lo que importa es casar los dos amantes,
que puede ser que intente un desvario
en los que menos pueden.

Salen Liseno viejo, padre de Sirena, y Alcino.

LISEN. Mis lagrimas, Alcino, son bastantes
a vencer la corriente deste rio,
quando las suyas por su Daphne exceden
las

las ondas dessa mar. Alcin. Si de Sirena,
Liseno, huvieras visto la desdicha,
mas fuera tu dolor, mayor tu pena.
Liseno. ¿ Soy fiera yo por dicha
de los montes Ripheos?
¿ serán mas eficaces tus deseos,
que la naturaleza?
yo lamento mi ser, tú su belleza:
¿ qué amor, qué sentimiento
puede igualar a un padre? Alcin. El de su esposo,
pues concertado ya mi casamiento,
la pierdo con un fin tan lastimoso.
Lisen. Piadoso el cielo fuera,
si el cuerpo de Sirena me dejára,
que a un marmol consagrára,
donde sus honras funebres hiciera
con llanto del Arcadia; mas el cielo
aun no me quiso dar este consuelo.
Dian. El viejo padre me enternece, Phebo.
Pheb. Diana, pues con él viene su esposo,
antes que algun engaño intente nuevo
el ofendido Amor, será forzoso
que llegue el desengaño.
Dian. Lo que es razon intentas.
Pheb. Liseno. Lisen. Phebo ilustre. Pheb. ¿ Qué lamentas?
Lisen. A Sirena mi hija, que me ha muerto
con un traydor engaño
por tu venganza, Amor. Pheb. Sirena vive.
Alcin. ¿Cómo, si yo la ví morir? Phe. Si es cierto:
los brazos le apercibe,

y

y tu de esposo la dichosa mano,
que fue de Amor el pensamiento vano.

Abriendose el templo de Diana, se vea Sirena en él.

LISENO. Pastores destas riberas,
que visteis mi tierno llanto,
venid a ver mi alegria:
Sirena vive. SILVIA. Lisardo,
Jacinta, corred, llegad.

Los pastores y pastoras salen con instrumentos, y Silvia y Bato.

BATO. ¿De quién ha sido el milagro?
LISENO. De Phebo y Diana. BATO. Quisiera
echarme a los pies de entrambos,
ya que ayer se me perdió
una borrica en el prado:
por ventura sabrán della,
y yo les daré su hallazgo.

Cantan los musicos.

MUSIC. Vivan Phebo y Diana,
gozen sus rayos,
y Sirena y Alcino
se den las manos.

En este bayle y relinchos entren Venus y Cupido, y los aparten.

CUPI. Esso no, mientras yo tengo
imperio de los humanos
corazones: Amor soy,
que vengo a vengar mi agravio.
VEN. Y yo soy Venus, Diana,
que si los dos sois hermanos,
Cupido es mi hijo. DIAN. Venus,
los dos quedarán casados,
porque es justo; vete a Chypre,
que son intentos bastardos
de la autoridad de dioses.
VEN. ¿Tú conmigo? PHEB. Venus, passo:
mi hermana es Luna en el cielo.
VEN. ¿Qué importa, si es el mas bajo?
PHEB. En el centro Proserpina,
Diana en selvas y campos.
BATO. Temo que se han de matar,
que ya aperciben los arcos.
SILVIA. Hai, Bato, el cielo se rompe,
todo es truenos, todo es rayos.

En este ruido baje en un aguila Jupiter.

JUPI. Dioses, ¿quereis por ventura
con tan recios desagravios,
desconcertar la harmonia
de los cielos soberanos?
¿Tú, Venus, desde el tercero

quie-

quieres oponerte al quarto
Principe y Rey de la luz
del estrellado theatro?

VEN. Yo, señor, desde aqui digo,
que mi hijo y yo dejamos
a tu arbitrio la sentencia.

JUPI. Si Phebo por tus engaños,
Amor, a Daphne perdió,
la razon, a quien han dado
nombre de alma de la ley,
dice que es derecho llano,
que Amor no goze a Sirena.

ALCIN. Como de Jupiter santo
es la sentencia. CUPI. No importa:
dél y de todos aguardo
vengarme presto. ALCIN. Yo sea,
Sirena mia, entretanto
tu esposo, y venguese Amor.

BATO. Señor Jopiter sagrado,
antes que se vuelva al cielo
en esse buitre volando,
mande a Silvia que me quiera.

JUPI. Silvia. SILVIA. Señor,

JUPI. Quiere a Bato.

SILVIA. Yo te obedezco. PHEB. Y aquí,
divino planeta quarto,
Luna, madre de otro sol.
que gozeis por muchos años,
dé fin en vuestro servicio
EL AMOR ENAMORADO.

ISAGOGE

A LOS REALES ESTUDIOS

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

LEvanta la cabeza
de las humildes ondas,
anciano Manzanares,
no ya por la maleza
de la grama tenaz la frente escondas,
que envidian rios y coronan mares,
ni de verbenas fragiles vestido
en andas de cristal passes dormido.
Despierta al son que te provoca y llama
del animado bronze de la fama:
deja la vana transparente y pura,
que pueda dar en su mayor altura
ultimo signo al sol, despues que tiene
ceñidas de laurel las crespas sienes,
que los que con escamas de diamantes,
y fueron Dioses fugitivos antes,
su ecliptica rematan,
ya reconocen feudo a tus arenas,
y en tus puros espejos se retratan.
Silencio Philomenas,
aunque la historia tragica os aflija,
que atento de Anaxarte el marmol tiene:
ni blando juegue, ni lascivo suene
zephyro en hoja, ni arroyuelo en guija,

ni

ni el eco acento vuelva,
ni el alma ingrata de su amor responda:
todo profano Satyro se esconda,
calle todo cristal, duerma la selva.
Tú, RODRIGO ilustrissimo, tú solo
de mis Musas Apolo,
primero Archimandrita Lusitano,
oye mis versos con semblante humano,
pues tantas veces a mi lyra atento
humillaste tu claro entendimiento,
honrando de mi pluma la bajeza
la dignidad Real de tu grandeza,
que a tí se debe por tan altas partes
este compendio de admirables artes.
Tú honor de los ACUÑAS, tú la gloria
de aquel blason, que a la inmortal memoria
de letras y armas dió tantos laureles,
inspirame el espiritu que sueles:
tú siempre mi Mecenas
a rusticas avenas,
ahora al grave assunto,
en cuyo inmenso circulo de ciencia
será mi ingenio indivisible punto;
si tú, que la mayor circunferencia
llenas de humanas letras y divinas,
admites impressiones peregrinas.
Bajó Minerva al espacioso llano,
Principe soberano,
por donde blandamente
dilata Manzanares su corriente,
y sobre arenas de oro se difunde,
permitiendole al Jupiter de España,

que

que nuevo monte de Helicona funde,
en que plantar su oliva,
que ya del Austro favórable baña,
por cuyas lluvias siempre verde viva,
mas que abeto, laurel y el indistinto
pino de ramos, tejo y terebintho.
Tendió luego los brazos,
brotando flores y texiendo lazos,
lineas que alcanzarán a todo el orbe,
sin que Medusa su progresso estorve,
ni la esperanza de sus verdes lauros
corten los siglos, ni marchite Aglauros,
que si principios son dificultades,
a la virtud se rinden las edades.
Miró la oliva ya tan alta en breve
el coro de las nueve
hermanas del Parnasso,
que descendieron con alegre passo
a la nueva Academia,
que con fama inmortal ingenios premia.
Y haviendoles Apolo repartido
las cathedras, las ciencias, las lecciones
assistiendo el concurso prevenido,
corona de cientificos varones,
doctamente difusa
oró discreta la primera Musa,
Caliope divina
en dulce voz Latina:
y con suaves numeros y acentos,
despues de sus preludios,
pintó la institucion de sus estudios,
feliz auspicio a tales fundamentos,

y justas esperanzas,
de Phelipe las altas alabanzas,
y las que a su sagrada Compañia
no solo le debia
la politica Europa,
pero el Arctico polo de Calisto
donde con viento en popa
llegó la Fé Evangelica de Christo.
En el discurso del hablar fecundo,
en la invencion, disposicion y ornato,
colores y rhetorico aparato
la presumieras Ciceron segundo,
Demosthenes, o Fabio Quintiliano,
o por la misma Religion Cypriano,
y era que hablaba por la docta Musa
la clara voz infusa
del Portugués Francisco de Macedo,
en cuyas alabanzas corto quedo,
porque fuera cortar, hablando en ellas
flores, arenas, átomos y estrellas.
Siguió Clio a Caliope, y la gloria
que significa el nombre, justamente
tocaba a su memoria
como mas eminente
en la cathedra santa de Escritura:
esta de la verdad imagen pura
revolvió los anales sacrosantos,
llenos de luz y sacramentos tantos,
que de su libro, como dulce, grave,
solo al cordero se le dió la llave,
que fue de abrirle dino.
¿Pero quién como tú, pastor divino,
lle-

llegó mas docto a la presente fuente,
en cuya limpia y candida corriente
sagrados Corypheos
beben las aguas del divino Theos?
desde el Exordio y Pentateucho sacro
al mysterioso culto simulacro
del aguila que vió del sol los rayos,
amorosos desmayos
en sueño de favores,
que velan, quando duermen los amores.
Aqui, señor, ¿quién duda,
que fuera Clio balbuciente muda,
a nó infundir su voz JUAN DE PINEDA
en su clara harmonia?
PINEDA, que a Gregorio santo hereda
la pluma, que imitarle
con estudiosa emulacion porfia.
Mas ¿cómo puede presumir la mia
estylo de alabarle?
porque será, si hasta su esphera sube,
delante de su sol timida nube.
Mas ya Polymnia se previene al canto
ensayando la voz, terciando el manto,
mirando grave la atencion, que luego
trocó en aplauso el general sossiego,
y a tratar de politicas dispuesta,
de rhetoricos terminos compuesta,
y partiendo la rosa de los labios,
dixo con voz honesta
a tanta espectacion de ilustres sabios:
Es la Philosophia
un habito preclaro,

que

que nuestro entendimiento perficiona:
llamóla el sol, que los ingenios guia,
Estagirita claro,
digno a los siglos de inmortal corona,
la ciencia de las ciencias,
y el arte de las artes.
Sin otras diferencias
se divide en dos partes
largo modo primeras,
en especulativa y en activa,
que como en dos maneras
es la potencia nuestra intelectiva,
que la una dellas se termina obrando,
y la otra especulando
y sean en el ser y obrar perfetos
dos tambien los objetos,
assi les corresponde
en esta division su analogia.
Mas como a la politica harmonia
là consideracion sola responde
de negocios civiles, deja aparte
a la especulativa, y se dilata
en la practica activa que los trata.
En Ethica y Politica se parte,
y Economica honrosa,
que como la razon y ley forzosa
de las obras y acciones de la vida
en mortal se divida,
domestica y civil, assi convienen,
y con las tres correspondencia tienen:
Ethica como el hombre a sí se trata,
Economica el modo,

„ con que al gobierno todo
„ de su casa y familia se dilata:
„ Politica al imperio
„ de las ciudades, alto ministerio,
„ supuesto que civil Philosophia,
„ donde siempre es mejor la Monarchia."
Assi Polymnia hablaba,
¿mas qué mucho, si espiritu le daba
otro Augustino en AGUSTIN DE CASTRO,
a quien correspondió tan feliz astro,
que se tuvo la Musa por dichosa,
quando bañada en rosa
dió fin a su licion, viendo que alcanza
en fe de agena voz propria alabanza?
Aqui, prestando Jupiter el dia,
la generosa Oliva, que crecia
al favor de Phelipe soberano,
miró desde la cathedra Thalía,
y del limite humano
excediendo los terminos mortales
discurrió por las ethicas morales
del sumo bien eterno, incomprehensible,
inmutable, invisible,
qué era felicidad, y de qué modo
se puede hallar, y conseguir en todo:
y quien puede viviendo
llamarse venturoso, conociendo
en los peligros que la vida estriva:
de la virtud moral y intelectiva,
del excesso y defecto,
del habito, potencia, y del efecto,
del deleyte y dolor que padecemos,

y de la oposicion de los extremos,
y los preceptos que nos dan remedio
para alcanzar el medio;
y como es argumento de ignorancia
el passar la distancia
desta vida mortal sin fin propuesto;
y como el que en el animo está puesto,
es bien excelentissimo y seguro,
y como es la virtud habito puro,
como es facil el mal, y como tiene
dificultad el bien, y como viene
a alcanzarse por reglas la prudencia,
y con sus circunstancias su excelencia,
poniendo en alta cumbre
la liberalidad, la mansedumbre,
fortaleza y templanza,
que tanto las virtudes hermosea:
del justo peso y de la igual balanza
de la divina Astrea,
con veinte y seis estrellas,
imagen pura que los cielos dora
entre sus luces bellas,
quando no por ser hija de la Aurora,
por tanta dignidad, que solamente
la amistad la vencia,
si credito a Platon se le debia,
que tambien Aristoteles lo siente,
fundando su argumento,
en que dos con intento
igual para los gustos y disgustos
bien pueden ser amigos, sin ser justos.
Trató tambien entre otras cosas varias

de las partes del alma, y las contrarias
del cuerpo en sus deleytes: finalmente
honró a pesar del Aristarcho diente,
como diestra en el canto y melodia,
con hyperboles altos la Poesia,
y habló de suerte en todo,
que de la accion y erudicion el modo
a JUAN PERLIN se atribuyó, tan cierto,
que Apolo agradecido,
por modestia encubierto,
le coronó de un arrayan florido,
mandandole llamar desde aquel dia
Perla de la mejor Philosophia.
Hasta los pies, a cuya intacta nieve
el mas candido cisne se rendia,
sutil y escuro manto, el passo mueve
Melpomene gallarda,
que ya la Metaphysica la aguarda,
y con sublime voz y claro acento
dixo, que era instrumento
por donde la verdad se conocia,
como se debe al sol la luz del dia:
que considera, y dulcemente informa
por sí misma la artes,
el fin primero, y la primera forma,
naturalezas, propriedades, partes,
y las difiniciones,
sin dejarse ceñir de otras regiones,
porque ningunos limites consiente,
y que las otras artes solo *ex parte*
comprehenden el ente,
mas no universalmente,

co-

como la Metaphysica,
el corporeo la Physica,
y los sones la Musica suaves,
o remisos, o graves,
y navegando la region suprema
con mas lynce theorema,
espheras la sublime Astrologia,
numeros la Arithmetica importantes,
que contarán del cielo los diamantes,
y grandezas tambien la Geometria.
Aqui a los labios permitió descanso,
mas luego los bañó zephyro manso,
diciendo en dulce y sonoroso acento
el principio, la causa, el elemento,
el uno, el ente en sí, o en accidente,
naturaleza, opuestos, necessario
privacion, impossible, diferente,
diverso, parte, genero, contrario,
potencia, dissonancia, consonancia,
falso, perfecto, termino, substancia,
passion, disposicion, habito, y quanto
dulce extendiendo con aplauso tanto
vieron que JUAN ANTONIO USON hablaba,
y que la Musa estaba
sirviendo de instrumento a sus concetos:
y como aclamaciones son efetos
del gusto que ha sembrado la doctrina,
con ellos dio lugar a la divina
Erato el sol, en cuya alegre tarde
hizo de rayos mas pomposo alarde,
pues otro sol ignifero le daba
su dulce Compañia,

aun-

aunque en terrestre ecliptica venia,
y igual a la materia que trataba,
con el semblante placido agradaba:
que lo que los philosophos quisieron
dejar con proprio ingenio dilatado
mas a su gusto, se llamó su agrado:
y assi quantas materias escribieron,
ciñó veloz de circulo tan breve,
qual vemos que arrebata
sus convexos y concavos de plata,
primero mobil que los cielos mueve,
pareciendo impossible
ser tanta variedad incomprehensible
a terminos possibles reducida,
y a tanta erudicion tan corta vida.
Alli se hallára Seneca, Tartesio,
Pythagoras, Platon, Thales Milesio,
Empedocles, Democrito, Chrysipo,
Eraclito, Zenon, y Damasipo,
con mil Peripateticos y Estoycos,
ya de genios tratando, ya de heroycos,
de sueños, causas, tiempo, movimientos,
alma, necessidad, forma, fortuna,
la substancia del sol y de la luna,
eclipses, arcos, circulos y vientos;
finalmente cifró la Musa hermosa
con terminos suaves
quanto la erudicion maravillosa
de Philosophos graves
tuvo por opinion en varias ciencias,
y viendo tan notables diferencias,
tantas materias, y tan bien tratadas,

de terminos tan dulces adornadas,
y tanta sutileza referidas,
fueron como escuchadas,
con general aplauso recibidas,
por estudios sutiles
de JUAN BAUTISTA POZA,
de toda facultad valiente Achiles,
que ilustremente goza
en verdes hojas viva
la ingratitud de Daphne fugitiva
convertida en coronas y en abrazos,
texiendo espheras, duplicando lazos,
contenta de que solo
le quiere por Apolo,
que en rayos de su Oriente
presume victoriosa
eternidades en su docta frente,
que quien de aquella luna toda hermosa
pintó el cristal del cuerpo, el sol del alma,
bien merece los frutos
de algunos de sus nobles atributos,
cipres, rosa, azucena, oliva y palma,
quanto mas el laurel que aqui recibe,
que mas en POZA que en sus hojas vive.
Quando la voz de Erato dulce y grave
dió licencia a las aves y a las fuentes,
que unas volviessen al trinar suave,
y otras al blando son de sus corrientes,
las margenes de esmaltes diferentes
Terpsicore pisaba mas hermosa
que el luzero nocturno
de Venus amorosa

madre de los amores,
sin lastimar las flores
el dorado cothurno,
cuya candida nieve
mas a las flores, que a los lazos debe,
prision del pie nevado,
que a mas dicha tenian,
si en su jazmin vivian
presas en él, que libres en el prado.
Cessó el rumor confuso,
y subiendo a la Cathedra propuso,
corriendo la cortina
a la lengua Latina
de dos rojos corales,
una leccion gustosa
de plantas y animales,
donde naturaleza prodigiosa
mostró mayor belleza,
que es bella en variar naturaleza.
Esta pintura hermosa,
que del pincel divino
en la tabla del mundo
miró desde su esphera luminosa
recien nacido el sol, cuyo camino
apenas retrataba el mar profundo,
mas digna del primero protoplasto,
fuera que de ningun humano ingenio,
aunque presuma de Bassan Theophrasto,
y a la naturaleza imite el genio,
con que la tierra esmalta
desde la verde superficie al viento
en la region mas alta,

es-

escriba el de Estagira
quanto pisa la tierra, el ayre gyra,
aunque vieran los dos del mar la arena
hurtando al sol los ojos con la pena
del intrepido joven Prometheo,
y Dedalos del ayre descansáran
donde jamas sus ciudadanos paran.
Con este igual deseo
trató la docta Musa
materia tan difusa,
digna pues aumentó la verde Oliva
del alma del laurel vegetativa.
Pero apenas cessó, quando dixeron
quantos su voz oyeron,
que Eusebio Nerembergio la dictaba,
o que el mismo Aristoteles hablaba,
por quien en conducir los animales
gastó Alexandro de talentos de oro
una infinita suma,
haciendo estimacion de libros tales,
como de mas esplendido thesoro.
Mas ya qual suele disponer la pluma
el ave generosa,
que quiere vagarosa
suspenderse veloz en su elemento,
Euterpe levantaba
a la cathedra el vuelo, y quando atento
grave concurso estaba,
serena desató la voz al viento:
y como la tocaba
la Physica, estudiosa discurria
de principios y causas naturales,
 que

que son como e lementos, materiales:
y si la causa agente
puede ser efectriz perfectamente,
como fortuna y caso, o lo contrario,
siendo por accidente,
trató del movimiento necessario,
a todo cuerpo natural descrito,
finito, o infinito:
del tiempo y del lugar discurrió luego,
que todo cuerpo en él tiene sossiego,
que todo movimiento el tiempo mide,
y es tiempo quanto pide
el numero de todo movimiento,
como la forma es ente
divino, apetecible,
y que el entendimiento,
que quiere separar el accidente
del sujeto, pretende lo impossible,
que por analogia
la materia a la forma conocia,
y que eran los principios naturales
materia, forma y privacion, decia,
pero que la materia no tenia
forma en sí misma, aunque en potencia estaba
de recibirlas todas suficiente.
Y tan exactamente
toda materia Physica trataba,
que vieron que imitaba
a Francisco Ruiz con tanto extremo,
que no pudiera ser de otro dictamen.
Mas ya, señor, con justa causa temo,
como en ultimo examen

a Urania describir, con que las nueve
acaban sus liciones,
assi por no cansaros,
como por ver que a referir se atreve
de tan claros varones
en letras heroes, y phenices raros,
mi ignorancia el epitome que dieron
a Urania, porque solo
admirado pudiera
por tales signos discurrir Apolo,
ecliptica que diera
temor a Severino,
Philelpho, Argyropilo y Aretino,
porque recopilando las liciones,
y en varias ciencias varias opiniones,
pintó la Astrologia
la forma de la tierra y la del cielo,
las estrellas y luces de su velo,
planetas, sol, eclipses, noche y dia:
luego la Metaphysica
de Dios conocimiento,
de la naturaleza por la Physica,
lugar, alteracion, tiempo y aumento:
y de las quatro Ciencias Mathematicas
theoricas y practicas,
la musica harmonia,
la celeste y humana,
una por arte, y otra soberana,
y como sin saber la Geometria
no dejaba Platon que entrasse oyente
en su escuela, por ser tan eminente,
y todas las demas sin ella escuras.

Mas quando referir pensaba alturas,
pyramides, colunas, cuerpos, partes,
lineas, grandezas, puntos y figuras,
y docta proseguir las demas artes,
faltóle el tiempo; y yo por imitarla
en esto solo, no en saber pintarla,
quiero hacer Iphigenio
de JUAN BAUTISTA POZA el claro ingenio,
pintandole cubierto con el nombre,
y como quien passó limites de hombre
ofrecelle la tabla de Timantes,
porque medir Atlantes,
cuyos brazos sustentan
mas letras que sostuvo el Mauritano
estrellas sobre el hombro,
en vano amor y obligacion intentan.
Perdona pues, Apolo en velo humano,
desta edad phenix, de la antigua assombro,
si tu valor con mi ignorancia agravio,
porque no hay Astrolabio,
si a tí, si tú no te retratas solo,
con que tomar la altura de tu polo:
dejando tu valor en perspectiva
vuelvo a la sacra Oliva,
y en ambar, no en resina, passo el arco.
para pintar, RODRIGO generoso,
si bien por la alta mar tremulo barco,
este mejor que Athenas studioso
moderno Aristotelico Lyceo,
ilustre de cientificos varones,
Theologico Museo
de sagrados Platones,

cu-

cuya phenicia esphera
de planetas divinos adornada,
mover toda su maquina dorada
en dos polos altissimos pudiera;
Toledo y Belarmino, si la suma
de infinitos sujetos inmortales,
que ya pisan los orbes celestiales,
cupiera en la ignorancia de mi pluma,
como puede caber en el deseo.
Ya pues la Oliva sobre el monte veo
reyna de tantos arboles frondosos,
propagando pimpollos vagarosos,
pendiendo de sus ramas
en la targeta de oro
del Austriaco joven los blasones,
con las piedras y llamas,
centellas y eslabones,
rayos del Holandes, flechas del Moro,
y que tiene la Oliva
para el orbe Real en verdes lazos
tan amorosos brazos,
que haran que en ella eternamente viva.
Mas ya con ver pendientes
las armas, como el sol resplandecientes,
los arboles se humillan,
las aves, que los ayres acuchillan,
la vienen a aplaudir cantando amores:
exercitos de flores
alza del suelo el zephyro suave
para mirar a quien alaba el ave,
y toda fuente, que llegar desea,
su provincia aromatica passea.

San-

Sángrase el alto monte,
y porque corra de las venas plata,
el sol en la mitad de su horizonte
la benda de los hielos le desata.
Ya viene a darte el parabien de parte
de la verde republica de plantas
Laurel embajador, que a frentes tantas
sus inmortales circulos reparte.
Salve le dice, siempre verde Oliva,
pacífica a los siglos desde el Arca,
que reservó la lumbre mortal viva,
que tanto mundo propagada abarca:
segundo Patriarcha
te fabricó para inmortal coluna,
en tí contra las iras y inclemencias
del tiempo se han de hallar todas las ciencias,
no le será, si te faltáre alguna.
A tí como al Egypto iran los sabios,
panales dulces correran tus labios,
sin envidiar Platonicas abejas.
Salve paz de las quejas
de algunos altos arboles amenos
de verdes hojas, y de frutos llenos,
coronados de flores
de diversas colores,
verdes, azules, blancas y amarillas,
gloria, aplauso y honor de las orillas
de los rios, que han dado lustre a España,
desterrando su rudo barbarismo,
y donde suçediendose a sí mismo
el sol en agua Antarctica se baña,
porque es tu intento solo

de-

deshacer las tinieblas como Apolo
del ocio y la ignorancia.
Esto con mas rhetorica elegancia
dixo el laurel a la fecunda Oliva:
y todos respondieron: Viva, viva,
desde el enebro armado
hasta el pino mas alto, y acopado:
humillóse el cipres, el sicomoro,
y con sus rayos de oro
la palma victoriosa,
y en el pungente espino
la coronada rosa
vistió color mas fino,
que las conchas sangrientas
tiñeron grana en Tyro.
Mas ya surtas y atentas
las bellas Nymphas miro
del claro Manzanares,
si bien coros dispares,
Hamadryas y Oreas,
con Dryas y Napeas,
en arboles y fuentes
coronadas de flores diferentes,
sobre ramas de alisos
texiendo manutisas y narcissos,
mirando como viene
el padre Tajo a visitarle ufano
del grande honor que tiene,
subdito suyo, y deja el noble anciano
las altas ruedas que devanan plata,
por cuyos pies sonoros se dilata,
haciendo a Manzanares

las

las honras que pudiera el claro Henares,
Henares digno de inmortales glorias
debidas a las inclitas memorias
de los hijos del cisne soberano,
no cisne del Caístro,
que ya le tiene el cielo en su registro
y quiere el gran Pontifice Romano
para su gloria accidental trocalle
en diadema el capelo,
y en el numero santo colocalle
de los que tiene el cielo,
y con la misma accion y fundamento,
que respetando al celebrado Tormes
pensamientos conformes
con amoroso intento:
el Tormes, cuya arena
mira de perlas y diamantes llena
por el dosel diaphano que dora
el padre de la Aurora,
desde donde le vuelve
mas luces que recibe,
esplendidos reflexos,
hasta que le resuelve,
sin que del nombre y del valor le prive,
el mar que desde lejos
respeta las sagradas urnas, donde
oraculo responde
a quantas dudas en las ciencias caben,
que hasta las peñas en el Tormes saben.
Florido paraíso
el mas esteril valle se transforma,
el ave menos dulce, Philomena.

Assi los jaspes de su orilla informa
docta la voz que despreció Narcisso,
y el alma de sus concavos resuena.
Alli tuvo en España siempre Apolo
su clarissimo Delphos,
sus Porphyrios, Theodoros y Philelphos
como su centro solo,
Demosthenes, Euclides, Trimegistos,
y nuevamente vistos
Archimedes, Hiparcos,
Thales, Livios, Plutarchos,
Bartulos y Avicenas,
los dientes son de Cadmo sus arenas:
tantos hombres producen
desta divina sierpe,
desta Española Euterpe,
que como estrellas en su monte lucen
dorando sus orillas
mas que faroles Rhodios,
celestes maravillas.
¿Mas dónde me dilatan episodios,
quando el Tajo Latino
quiere dejar dorado y cristalino
con paz del Tormes y del sacro Henares
mi patrio Manzanares?
volviendo a ser espejo a las almenas
de aquella gran ciudad de España Athenas.
Con esto, sacra Oliva,
admirando los montes circunstantes,
la ofrenda primitiva
en ciencias y alabanzas elegantes
diste a Philipo el Magno, fundamento
 de

de tan heroyco y santo pensamiento,
y al GUZMAN generoso
nuevos ramos del arbol estudioso
de su nombre heredado,
que con su amparo igual a tu cuidado
al verde tronco asidas
dirán las letras siempre agradecidas,
para que el tiempo su grandeza alabe,
que solo las ayuda quien las sabe.

ORA-

ORACION
QUE HIZO
D. ANTONIO DE OTERO Y LLANOYE
EN UNAS CONCLUSIONES que tuvo delante de sus Majestades, siendo niño de doce años.

COmo de la virtud no es premio el oro
sino el honor, a que el estudio aspira,
verde laurel, que en el sagrado coro
para las Artes liberales mira,
quanto mas me retira
mi tierna edad y corta suficiencia,
viendo que huye de mi sed la ciencia,
Tantalo soy en el cristal que mira,
pues mas me huye, quanto mas deseo,
porque como la ciencia es infinita,
infinitos deseos solicita:
pero del alma aquella noble parte,
que corresponde a las substancias puras,
que la luz inmortal miran seguras,
no quiere que del animo se aparte
esta ambicion gloriosa
de llegar a la esphera luminosa

de vuestro claro sol, Cesar divino,
rompiendo por el orbe cristalino
de Juno vagarosa
entre las nubes de color de rosa
con las alas de cera
de Dedalo mi artifice primero
tantas dificultades, como espero
hasta llegar a vuestra sacra esphera.
Pero qual suele en verde Primavera
estar el fruto en flores,
donde solo se gozan las colores,
assi puede esperarse el de mis años
de dos lustros y medio,
flores no mas, que suelen ser engaños;
si bien de mi esperanza fue remedio
llegar a vuestro sol mi confianza,
cuya serenidad, cuya templanza,
pues el Austro las flores favorece,
y vuestro excelso nombre soberano
feliz auspicio a mi principio ofrece,
será del hielo la inclemencia en vano
con el favor de tan divino Apolo:
que como el sol no solo
quando ilumina la rosada Aurora,
las altas plantas vivifica y dora,
pero en la flor mas timida y pequeña
su clara luz su actividad enseña:
assi las pocas hojas de una hierba
tan debil, cobrarán fuerza y aumento,
que de un cipres la machina superba,
que con su verde punta rompe el viento;
no debe tanto al sol como la rosa,

que

que a su calor la humilde frente inclina.
O pues deydad Cesarea, y poderosa,
a cuyo excelso rayo me destina
mi favorable suerte,
aunque el temor me advierte
del peligro en que estoy barquilla pobre
en la profundidad del Oceano,
sino me dais la mano:
para que aliento cobre,
y que ver me permite
la divina Amphitrite,
por quien al de Austria unido
el nombre de Borbon esclarecido
feliz España adora,
y el primitivo sol de tanta Aurora,
y tantas damas bellas,
Sirenas deste mar, del cielo estrellas;
no por que yo pretendo
por lo tierno, estudioso y atrevido
parecer a Cupido,
pues no son las que emprendo
conclusiones de amor contra sus pechos,
sino de ambos Derechos,
en que tendré por gloria ser vencido:
que las altas empresas siempre han sido,
no pudiendo acaballas,
de mas estimacion por intentallas;
pues al caer del estrellado monte
dixo Clymene al inclito Phaethonte:
Hijo, ¿quién negará tu imenso vuelo,
viendo que mueres en el mismo cielo?
Quanto mayor mi atrevimiento ha sido,

que

que mis años disculpan justamente,
mayor obligacion mi humildad siente
al inmenso favor de haverme oido.
Pero qual suele en selva, o monte acaso
principe que camina,
volver el rostro, y detener el passo
al pajarillo, que con blando acento
su tierna y dulce voz esparce al viento,
y a ver y a oír se inclina
el atomo cantor y las colores,
compitiendo las plumas con las flores:
assi escuchado he sido
por pequeño sujeto,
que no por atrevido,
de mi primera edad dichoso efeto.
Canté qual pajarillo al sol divino
de Austria, si bien a su deydad oculta
la voz y el alma inclino,
de cuya luz resulta
como por nubes de oro
tanto esplendor y celestial decoro,
que ilumina mi corto entendimiento,
y no le viendo, los efectos siento.
Canté a la hermosa Aurora,
que envidia la del sol, y España adora,
y fui tan venturoso,
que del sol y el Aurora el hijo hermoso,
que guarde Dios, oyó tambien mis leyes,
estudio que en naciendo
han de saber los Reyes,
a las demas virtudes prefiriendo
la justicia, que a obrar lo justo obliga,

y

y como premia el bien, el mal castiga:
y porque al pajarillo no faltasse
alguna dicha, que su voz honrasse,
¿quién duda, que tambien a las estrellas
deste cielo de amor debo escucharme,
y con sus vivos rayos ilustrarme?
pues que tan entendidas, quanto bellas,
transladarán al Rey Amor las leyes,
que no permiten sujetar los Reyes,
porque pueda segura
reynar de nuestras almas la hermosura,
gozando el privilegio
que dan las leyes al imperio regio.
Debo tambien a la Corona ilustre
de España honor, de su apellido lustre,
el haverme escuchado,
y mi humildad con su grandeza honrado.
Pero al divino oraculo escondido
en Delphos mas sagrado,
hacer quiero un apostrophe atrevido,
y como si le viera
tan celestial como en su misma esphera,
un Apologo, o fabula contalle,
dar fin a mi discurso, y informalle.
Aquel alado niño, aquel gigante,
alma del mundo, y de su peso Atlante,
hirió de amor a Jupiter un dia:
el Dios sintió la flecha y la osadia,
y deseó pagarse,
que aunque era Dios, trataba de vengarse:
pues como fuesse libre de cautela
Amor con otros niños a la escuela,

y quisiesse coger miel atrevido
de un nativo panal a un corcho asido,
picandole una abeja
dió voces a su madre, a cuya queja
alegre vino Jupiter vengado,
y a la abeja contento
del dulce atrevimiento
le concedió, que en selva, monte, ò prado
pudiesse libremente
republica tener y presidente,
y que fuesse en los labios
de los que nacen para grandes sabios
symbolo de la ciencia.
Y aunque la identidad se diferencia
de la comparacion, aunque la hazaña
de humilde abeja ha sido,
humildemente pido
al Jupiter de España
honre mis años, quando tiempo sea
de que alguna republica possea,
y que en dulce pronostico de sabio
al principe divino, no en el labio,
sino en los pies postrado sirva ahora
de symbolo cientifico al Aurora,
para que quando llegue al medio dia,
parezca a tanto sol mi prophecia,
que sean sus augustos rayos solos
arbitros de la luz de entrambos polos.

DIA-

DIALOGO MILITAR

A HONOR DEL EXCELENTISSIMO MARQUES ESPINOLA.

Hablan en él las personas siguientes:

Marbela.
Gerarda.
Amarylis, *Nymphas.*
Julio, *soldado.*

Sale Marbela Nympha.

Marb. O pacifica Diosa,
o paz divina y santa,
hija del puro cielo,
madre de la abundancia,
descanso de la vida,
esphera de las armas,
aumento de las letras,
verde laurel de entrambas:
tú sabia coronista
de las hazañas claras,
Poeta de los siglos,
que las edades cantas,
maestra de las artes,
fabricadora sabia
de templos y palacios,
y de ciudades altas:
tú, por quien estos campos
cubren las tiernas cañas

del verde trigo en surcos,
y en granos de oro en parvas,
las fertiles riberas
de frutas sazonadas,
las selvas de ganados,
de caza las montañas.
Por tí son las guedejas
de la candida lana
escobas de los prados,
y nieve de las zarzas.
Por tí, dorados toros
exceden al que baña
por el Abril florido
el Delphico monarcha.
Por tí segura goza
el labrador su casa,
sin ver del fiero Marte
la intrepida arrogancia:
las domesticas aves
no vuelvan las espaldas
de los marciales ecos
del pifano y la caja.
Yo soy, Paz, una Nympha
destas selvas sagradas;
un rio siempre humilde
hija suya me llama,
con lauros cristalinos,
de un alta sierra baja
a besar los palacios
del claro sol de España.
Por alguna belleza,
entendimiento y gracia

pas-

pastores destas selvas
con lisonjas me cansan:
ya me componen versos,
ya mis puertas enraman
de murtas olorosas,
y de mosquetas blancas.
Ya mi nombre y el suyo
escriben por las hayas,
y viendo mis desprecios,
Daphne cruel me llaman:
hablan al padre mio,
y me importuna y mata,
que elija el mas hermoso,
si el mas rico no basta.
Yo aborrezco los hombres
de suerte, que me espanta
la sombra de sus cuerpos,
la forma de sus almas.
Querria, Paz divina,
consagrar a Diana,
para vivir contigo,
la vida que me falta.
Allá por las ciudades
nacen para casadas
las doncellas discretas,
las bien vestidas damas.
Aqui no conocemos
sus galas ni sus cartas:
nuestras correspondencias
son el arco y la aljaba.
En esta paz divina
el corazon descansa,

amor se llama guerra,
traycion sus esperanzas;
pues si le basta el nombre,
¿qué mas razon y causa,
para que le aborrezca
quien libre vida passa?

Sale Julio con muchas plumas, vanda roja, y botas y espuelas de camino.

JULIO. Notable descuido ha sido
haverme quedado atrás,
no puedo perderme mas
de lo que ya voy perdido,
en pensar entretenido
los negocios a que voy:
lejos de poblado estoy,
tanto puede un pensamiento
si le da el entendimiento
todo el lugar que le doy.
Culpo tambien, verdes prados,
vuestros floridos despojos,
que haveis llevado mis ojos
divertidos y engañados,
pues parece que adornados
de flores y plantas bellas
en esse campo de estrellas
aguardais su lumbre pura,
que en numero y hermosura
quereis competir con ellas.
Alargando el sol el passo
previenen a su decoro
arcos de purpura y oro

los reflexos del Ocaso.
Si de aquestas selvas passo
en medio de su espessura
robará la noche escura
la luz al dia, y no es bien
que sus peñascos me den
cama tan sola y tan dura.
Entre confusion tan grave,
¿qué medio podré elegir,
pues ni a quedar, ni a partir
me dan señas fiera ni ave?
Ya cessa el canto suave
de Philomena amorosa,
mas una pastora hermosa
Aurora clara amanece:
bien haya sol que anochece
en campos de nieve y rosa.
Ah Nympha, o serrana a quien
dé amor prospera fortuna,
¿voy bien? mas vuestra hermosura
ya me dice que voy bien:
voy a la Corte del sol,
y perdí la compañia.
Marb. ¿Sois Español? Julio. Reyna mia,
un Giron tengo Español,
fuera de haverle servido,
y haver nacido en España.
Ya no por esta montaña,
por el cielo voy perdido,
y no os debeis espantar,
pues hay errantes estrellas,
que a los movimientos dellas
lla-

llaman propriamente errar.
Yo erré con tan buena dicha,
que por vuestro cielo erré.
MARB. Yo erré mas, pues os hallé.
JULIO. ¿Esso teneis por desdicha?
MARB. ¿No os parece que lo es,
si aborrezco los soldados?
JULIO. Espantan imaginados,
mas no tratados despues:
antes bien la inclinacion
de Venus fue siempre a Marte,
porque de la guerra el arte,
y la amorosa aficion
se gobierna de una suerte:
y assi el amante milita,
que conquistar solicita
rebelde amor, desden fuerte,
hasta ganar la ciudad
de una voluntad esquiva,
que tambien es ciudad viva
del alma la voluntad.
Bien es verdad que no son
golpes de azeros bruñidos,
sino guerra en los sentidos
de dulce imaginacion.
Y assi dixo en docta suma
un Poeta a su rigor,
que a las batallas de amor
se deben campos de pluma.
MARB. Las guedejas de un leon
me parecieran las vuestras,
a no haverme dado muestras
de

de blandura y discrecion,
porque pluma no teneis,
que no fuera de saeta.
JULIO. Vos sois hermosa y discreta,
y juzgais como sabeis.
Soldado soy, no de aquellos
sangrientos que imaginais,
que con razon os quejais
de su atrevimiento y dellos.
Vengo de Flandes, halléme
en el sitio de Bredá,
a donde el Marqués está,
que ningun contrario teme,
porque haviendo su constancia
ganado tan gran blason,
le tiembla la obstinacion
de la rebelde arrogancia.
MARB. ¿Qué Marqués? JULIO. Disculpa es
vivir estos verdes prados,
que en hablando los soldados,
basta decir *el Marqués*,
porque es fuerza que se entienda
AMBROSIO SPINOLA, a quien
España conoce bien,
pues que su honor le encomienda.
MARB. Aunque Nympha deste rio
y verde selva, que a veces
entre arenas de oro y peces
de plata en su centro frio
tengo casa de cristal,
y a veces de blanca piedra,
que de tapices de hiedra

cubre arquitectura igual,
hablar del Marqués oí,
y de los servicios grandes
que ha hecho a Phelipe en Flándes.

JULIO. Testigo de todo fui,
aunque en esta edad me veis.

MARB. Debeis de iros al Jordan,
pues de tan gran Capitan
las hazañas visto haveis.
Por acá mas facilmente
se remozan las edades,
aunque destas mocedades
hace burla el tiempo ausente;
mas pues vuestra cortesia
me obliga a daros posada,
mirando que ya es passada
la mayor parte del dia:
venid conmigo, que aqui
podreis la noche passar.

JULIO. ¿Cómo os podré yo pagar,
si vos me tratais ansi?

MARB. La paga de vuestra parte
es lo que vos mereceis.

JULIO. Como a Venus pareceis,
será exaltacion de Marte.
¿Vuestro nombre? MARB. Yo me llamo
Marbela. JULIO. En tan bello mar
el alma quiero embarcar,
que ya la tierra desamo.

MARB. Ya os dixe, que era este rio
mi padre, cuyo caudal
muestra el alma por cristal,

y

y porque es espejo mio:
mi madre una Nympha es
de tanta gracia y belleza,
que admiró naturaleza
su misma estampa despues
que vio perfeccion tan rara.

Julio. Angel será, no muger.

Marb. Tengo un hermano, que a ser
menos parte, le alabára,
estudia con gran cuidado
la lengua Latina ahora.

Julio. La relacion me enamora
de vuestra casa y estado:
¿el nombre? Marb. Julio. Jul. Es el mio.

Marb. Tengo tambien dos hermanas,
que no hay mejores Serranas
riberas de aqueste rio.

Julio. ¿Cómo se llaman? Marb. Gerarda
y Amarylis. Julio. ¡Quién las viera!

Marb. Sí vereis: es la primera
por todo extremo gallarda,
y la imita la segunda
como en donayre, en valor,
y assi mi padre su amor
en querérla mucho funda,
pero mi madre le ha puesto
en Gerarda con razon.

Julio. Alabo la discrecion
de vuestro recato honesto.
Pienso que havemos llegado.

Marb. Aguardad, y llamaré.

Julio. Perdíme, pero diré,

que nunca mejor ganado.

Salen Amarylis y Gerarda Serranas.

AMARY. ¿Quién llama con tanta prisa?
MARB. O hermanas mias, yo soy,
que con el cuidado estoy
que este soldado os avisa,
que desde la dulce risa
del Alva perdió su gente,
y quiere que le aposente.
GERAR. Efectos, Marbela, son
de tu dulce condicion,
si está de su patria ausente.
AMARY. ¿Soldado? esso no, Marbela,
no pondrá en casa los pies.
MARB. ¿Por qué, Amarylis? AMARY. ¿No ves
que es gente que se desvela
en hacer una cautela
para pagar la posada?
¿Qué doncella retirada
de soldado está segura?
promete, enamora y jura,
y despues no cumple nada.
Essas plumas, essas galas
son anzuelos de pescar
aves simples, hasta dar
entre su liga las alas:
como en la guerra con balas,
matan en paz con razones
tiernas, para hacer trayciones:
yo a lo menos no le oiré,

por-

porque nunca me pagué
de soldados fanfarrones.

Gerar. Su talle y rostro no son
indicios de essos engaños.

Amary. De soldados y ermitaños
no tengo satisfaccion,
porque en viendo la ocasion
no hay pena que los espante.

Julio. ¡Qué Nympha tan arrogante!

Amary. Oye, soldado. Julio. Señora.

Amary. Aqui no hay posada ahora,
pique otra venta adelante.

Julio. Contrarios efectos son,
angel con alma tan dura,
porque crueldad y hermosura
implican contradiccion:
cumplid con la obligacion
de vuestra physonomia,
mirad que se passa el dia,
y dós soles me quitais.

Amary. ¿Para mí desembainais
la discreta cortesia?
ya os conozco, no conmigo.

Julio. ¿Quien tanto parece a amor
recibe con tal rigor
a tan pacifico amigo?

Gerar. Amarylis, yo me obligo
a la culpa deste daño:
no le trates como a estraño.

Amary. Qué presto os parece bien:
no venciera mi desden,
si me conquistára un año.

JULIO. Ahora bien, yo quiero daros
satisfaccion de quien soy,
de quien vengo, y a quien voy
para poder obligaros,
y con esto asseguraros
del engaño, que yo sé,
que tan gran contento os dé,
que no me dejeis partir.

AMARY. Sí, mas no haveis de mentir.

JULIO. Aunque quiera, no podré,
que aunque es el sucesso raro,
menos claro el sol camina,
que la excelencia divina
de un Principe heroico y claro:
sobre marmoles de Paro
a la eternidad atentas
letras de diamante exentas
del olvido escriben ya
sus hazañas. GERAR. ¿Quién será
a quien tanta fama intentas?

JULIO. Aquella ciudad famosa,
cuya republica excelsa
tales varones produce
en las armas y en las letras:
aquella que tantos siglos
regia majestad conserva,
aunque a ninguna corona
su antigua cerviz sujeta;
Genova la bella digo,
a quien el mar los pies besa,
viendo que otro mundo cifra
tan poca parte de tierra,

en-

entre mil hombres insignes
produxo dos, que pudieran
ser uno en Grecia Alexandro,
y el otro en Italia Cesar.
Era el Marqués de Benafio
su padre, en cuya ascendencia
hicieron varones claros
su patria y su fama eterna.
Phelipe Spiñola pues
destinados a la guerra
dió a Federico y Ambrosio:
mas con fortuna diversa
sirvió Federico en Flandes
ocho años, con mas cierta
satisfaccion del valor,
que Homero de Achiles cuenta.
Fue el primero que corrió
a pesar de sus arenas
el mar de aquellos estados
General de sus galeras:
quatro veces Phebo Apolo
doró las rubias guedejas
del vellocino de Colchos,
y rizó la plata tersa
de las escamas Australes,
en tanto que las sobervias
naves de Hereges y Turcos
postra a la Romana Iglesia:
pero assaltado de siete
naves de gente Holandesa,
peleando como un Hector
de un tiro a los cielos vuela,

en cuya bala la envidia
de su virtud vino envuelta,
que la envidia siempre infame
a donde mas yerra, acierta.
Lloró Italia, lloró el mar,
lloraron sus Nymphas bellas,
porque huviesse en el de Flandes,
como en el de Oriente perlas.
Lo que perdió España en él
tres Phelipes lo confiessan,
encareciendo sus obras,
sus palabras de honor llenas:
Ambrosio entonces sacando
de su muerte en vez de pena
una emulacion gloriosa,
ama imitacion opuesta,
nueve mil infantes junta
por toda Italia, y los lleva
a Flandes al Archiduque
contra la enemiga ofensa,
que entrando ya por Brabante,
si su socorro no llega,
pusiera aquellas provincias
de perderse en contingencia.
Encargaronle la villa
de Ostende, que entonces era
por el sitio inexpugnable,
como lo fue Troya a Grecia:
y por los muchos canales,
socorros y diligencias,
con que el valiente enemigo
con agua y fuego la cierra:

pe-

pero, despues de dos años
la rindió, y entró por ella,
cuyo valor y servicio
Phelipe Segundo prémia,
con que el gobierno de todos
los exercitos le entrega.
Aqui concurrieron juntos
el animo y la experiencia,
quando en el dique de Cabo
impidió con tal destreza
el ponerse sobre Amberes
la contraria diligencia.
Y haviendo passado el Rhin
despues de tantas refriegas,
en la Provincia de Frisa
ganó las villas por fuerza
de Linglen y de Oldentel,
Craco y Batendeve. Gerar. Cuentas
cosas, que apenas de Alcides
las fabulas se atrevieran.
Julio. Pues acometiendo en Bruch
la caballería nuestra,
fue con tan alto valor
del Marques la resistencia,
que matandole la gente,
dejó vidas y vanderas:
ganó a Riberghe y a Grol,
aunque impossible parezca
contra cinco mil soldados,
presidio que estaba en ella;
esto a vista de Mauricio,
que viniendo a socorrerla

con mas fuertes municiones,
y doblada soldadesca,
vió que en veinte y nueve dias
a sus pies rindió sus fuerzas,
y sitiandola despues
para cobrarla en su ausencia,
con menos soldados hizo
que se levantasse della.
GERAR. ¿Qué le dió el Rey por servicios
tan grandes en paz y en guerra?
JULIO. El Tusson de oro, ganado
con mas valor, que en la guerra,
en Colchos Jason, pues fue
su propria virtud Medea:
y del Consejo de Estado
le hizo. GERAR. Mejor pudiera,
que el Griego Nestor servirle
por valor, cuidado y ciencia.
JULIO. Hizole Grande tambien.
AMARY. Esso permitid que sepa,
¿crecen los hombres los Reyes,
mas que la naturaleza?
JULIO. Cubrirle es hacerle Grande,
que la grandeza se muestra
en crecer la autoridad,
que no porque el cuerpo crezca:
imitar la Gerarquia
inferior a la suprema,
esse tiene mas valor,
que del Rey está mas cerca;
dióle dos titulos mas,
uno que en Napoles tenga,

y otro que elija en España:
mas primero que le dieran
las mercedes que refiero,
con que ya su casa queda
igual con la que es mayor,
creció los meritos della.

GERAR. ¿Cómo? JULIO. Con servir en Flandes
diez años mas. GERAR. Alta prueba
de su valor. JULIO. Fue admirable
la de su mayor grandeza
en la embajada que hizo,
y de confianza extrema
al Emperador Mathias,
dandole la norabuena
de la Corona Imperial,
a cuyo lustre no llegan
quantas grandezas se dieron
a Pontifice, ni a Cesar:
encarece el mismo Rey
el adorno, y la riqueza
desta famosa embajada,
con que me escusa y me enseña.

GERAR. Tambien fue grande en la paz.

JULIO. Despues en las diferencias,
de que fue la muerte causa,
y que la codicia intenta
del Duque de Cleves, fue
notable la diligencia,
con que exercitos formando,
ocupó villas y tierras
en nombre del Rey de España,
y a Vesel gran plaza entre ellas:

a la ciudad Imperial
de Aquisgrana, donde al Cesar
corona el laurel sagrado
de las dos Aguilas negras,
rebelada entonces, hizo
que viniesse a su obediencia,
arruinando a Mulen, villa
que de los Hereges fuera
propugnaculo en Colonia
para su rebelde ofensa:
ultimamente nombrado,
eleccion justa y discreta,
por Capitan General
para socorro y defensa
del gran Cesar Ferdinando,
derribando la sobervia
del Palatino, ganó
la mas parte de su tierra.
Con esto puso a los pies
de Ferdinando a Bohemia,
ganandole junto a Praga
la victoria que celebra
la fama por la mayor
que en Alemania se cuenta,
ocupando eternos bronces,
plumas; historias y lenguas.
Los Principes Protestantes
sus animos y armas fieras
rindieron por él entonces
a la Catholica Iglesia.
Debele la Casa de Austria
la conservacion que espera,

du-

duracion de eternos siglos
derribadas sus cabezas.
Amary. ¿Tanto pudo hacer un hombre?
Cosas, soldado, nos cuentas,
que parecen impossibles.
Julio. Estas y muchas que deja
mi ignorancia en el silencio,
con palabras de mas fuerza,
con mas exageraciones
y hyperboles, con mas nuevas
honras, con mas alabanzas,
aunque debidas, supremas,
confirma el Quarto Phelipe;
el sol de la quarta esphera
en el titulo perpetuo,
con que lo que tiene, aumenta,
y engrandece su apellido,
donde qualquiera que vea
las hazañas deste Marte
firmar el mayor planeta,
dirá que Pyrrho, ni Achiles,
Hector, ni Alexandro llegan
a un atomo de sus glorias
del sol de sus excelencias.
O Venusino famoso,
o Virgilio, si vivieras
para escribir la victoria
que le ha de dar fama eterna,
con el sitio de Bredá,
la constancia y fortaleza
con que ganando su plaza,
su ilustrissima cabeza

ciñe obsidional Corona
de muros dorados hecha.
Alli admirandose Francia,
temblaron Inglaterra
y las islas, cuyo mar
extremeció sus riberas.
Dos años le hallaron siempre
el Aurora y las estrellas
vestido de acero el cuerpo,
y el alma de honrosa tema:
exemplo de sus soldados,
venerable a las fronteras,
envidia a la edad passada,
gloria a la dichosa nuestra.
AMARY. ¿Qué nunca se desnudó?
a la fé que yo no era,
si tales exemplos daba,
para su soldado buena.
JULIO. Pues ¿qué os diré de su dicha
en su feliz descendencia,
que Don Phelipe los cielos
le han dado que le suceda.
De los hombres de armas hoy
gobernando el cargo queda
de Milan en el Estado
con tal valor y prudencia,
que no le verá ninguno,
sin decir que no pudiera
ser efecto de otra causa,
ni rayo de otro planeta.
Con esperanzas tan altas,
ya su patria le contempla,

que

que a ser possible, pensára
que su original venciera,
pues de un Agustin Augusto,
que de la purpura esphera
del gran conclave Romano
tiene la roja eminencia.
¿Qué os dirá mi atrevimiento,
si su virtud y sus letras
con su antigua sangre ilustre
presumieron competencia?
Rindo mi ingenio cobarde
dejando al tiempo que vuela
el premio, porque Phelipe
fue Páris desta contienda,
pues no con manzana de oro,
pero con granada premia
la Diosa de su virtud,
digna de mas altas prendas:
no es lisonja la verdad,
ni es justo que gracias deba
la virtud de la alabanza,
que siendo justicia, es fuerza:
mas ya desde el gran palacio
una Dama de la Reyna,
hermana suya, me llama.
Gerar. Ya nos tenia con queja
la naturaleza, Julio,
viendo que para honra nuestra
no nos daba una muger,
una Venus, una estrella
de su ilustrissima sangre.
Julio. Pues ya Doña Policena

sa-

sale a honrar vuestro apellido,
que de los Reyes espera
felicissimo hymeneo.

GERAR. Plega a los cielos que sea
tan prospero, que sus dichas
a las de su padre venzan.

MARB. Por escuchar con mas gusto,
y atencion, no quise hablaros,
hasta la ocasion de daros
gracias de lo que es tan justo:
y para admirar tambien
tanta valerosa hazaña,
gloria a Italia, honor a España.

JULIO. De no referirlas bien
pido, que es justa razon,
perdon a este gran soldado.

MARB. Basta el haverlas cifrado
con prudencia y discrecion.

JULIO. Destas guerras, que refiero,
vengo a la Corte. GERAR. Haceis bien,
porque en ella premio os den.

JULIO. De su Majestad le espero.

AMARY. ¿Que en fin os haveis hallado
en tantas guerras? JULIO. Y he sido
de los muchos que ha tenido
el Marques, un gran soldado.

AMARY. ¿Qué vos haveis visto a Flandes?
En algun mapa sería.

JULIO. Sin verlas, ¿cómo podia
saber yo cosas tan grandes?

AMARY. Si vos haveis visto a Holanda,
en camisas pudo ser.

Julio. Juzgué, quando os vine a ver,
otra condicion mas blanda:
vuestras hermanas me han dado
mas acogida que vos.
Gerar. Fue desengaño en las dos
este gallardo soldado,
y por lo que ha referido,
que a nuestros padres será
de tanto gusto. Julio. Pues ya
fue dicha haverme perdido;
¿qué quereis hacer de mí?
Gerar. A nuestros padres llevaros,
que holgarán de aposentaros.
Julio. ¿Havrá cama y cena? Gerar. Sí.
Julio. ¡Qué bien juntais los extremos
de hermosura y discrecion!
Gerar. Por esta noche es razon
que cena y posada os demos.
Amary. Qué poco Gerarda sabe
de peligro tan notorio:
yo, hermana, en un escritorio
me pienso cerrar con llave,
que no duermo yo segura,
donde soldados estan.
Julio. Quando es amor capitan,
el soldado la hermosura,
esta noche haveis de ser
soldado en mi compañia.
Amary. Si viene de tierra fria,
busque este hibierno muger,
que yo no quiero soldados.
Julio. Por lo menos me debeis

los

los brazos. AMARY. No os allegueis.
JULIO. A los huespedes honrados
nunca los brazos se niegan.
MARB. Ea, no seas esquiva.
JULIO. No sea, que ansi yo viva,
que otras mas lindas me ruegan.
AMARY. Ahora bien, porque ha contado
las hazañas del Marqués,
que con tanto extremo es
de nuestros padres amado,
mis brazos le quiero dar.
JULIO. Dichoso quien los merece.
GERAR. El Ocaso resplandece
dando a la noche lugar,
que ya sus caballos ata,
y por el celeste muro
el campo del sueño escuro
siembra de flores de plata.
Vamos, y el huesped descanse.
MARB. Mi pecho a la guerra ingrato
hoy muestra, que con el trato
no hay rigor que no se amanse:
¡o quanto contento y gloria
a nuestros padres daremos,
quando juntos celebremos
del Marqués la dulce historia!
¡qué gustosas les serán
de Provincias tan estrañas
las victorias, las hazañas
del Genovés Capitan,
a quien ya la fama nombra
Ambrosio el Magno! GERAR. Y la planta
que

que deste arbol se levanta,
¿qué mar, qué tierra no assombra
aquel valiente Phelipe,
cuya esperanza no hay gloria
de toda la antigua historia,
que no venza y anticipe?

Amary. Y de aquel nuevo Agustin
en ingenio y santidad,
¿qué dirá la voluntad,
que mira tan alto fin?

Julio. De la ilustre Policena
pienso hacer un epigrama.

Amary. Aunque la ocasion os llama;
tambien os llama la cena.
Venid, soldado, que es justo
que descanseis. Julio. Si tuviera
mil lenguas, no recibiera
desta alabanza disgusto:
pero vamos, que algun dia
en lyra mas bien templada
la voz al canto obligada
hará mas dulce harmonia,
que esto entretener ha sido
las Musas un breve rato,
que mas culpa es ser ingrato,
que el errar agradecido;
que aunque de aqueste apellido
de Spinolas la memoria
conserva tan alta historia,
las deste gran Capitan,
Ambrosio el Magno, serán
de Italia y España gloria.

FELICIO

EGLOGA PESCATORIA, EN LA MUERTE DE DON LOPE FELIX DEL CARPIO Y LUXAN.

TYRRHENO, ALBANO.

TYRRHENO.

BAja del monte, hermosa Galathea,
que ya te agurda Flerida en la playa,
un fuego en la atalaya
que el campo de Amphitrite señorea,
resplandeciendo solo
vimos al tiempo, que bañaba el polo
Antarctico de luz Phebo dorado,
de arreboles de grana coronado,
señal de que la mar duerme segura
del pirata que infesta
la margen contrapuesta,
y el pescador al Alva; o a la escura
noche desata de la verde orilla
en fé de la atalaya la barquilla.
Baja, que está la mar como si fuera
un campo de cristal, y en vez de flores
las olas, que en espheras repartidas

quie-

quieren llegar primero a la ribera
a las que van delante superiores,
unas con alta voz, y otras dormidas,
como festivo zephyro suave
nace de rubias ondas,
ya oblicuas, ya redondas
en el trigo, que está de aristas graves
cama en el aura bulliciosa y mansa,
inquieta duerme, y tremula descansa.
Tambien te están llamando
con musico susurro, dulce y blando
las aguas desta fuente,
cuya de perlas inmortal corriente
apacible y risueña
al mar entre pizarras se despeña,
y como en tanta majestad se mira,
del dilatado liquido elemento
ingrata a su primero nacimiento
sobervia se retira,
y si estas peñas, que con blando embate
más besa, que combate,
no te agradaren, bella Galathea,
mi pobre barca tan dichosa sea,
que merezca su breve compostura
ser el carro del sol de tu hermosura,
aunque desnude a este laurel la copa,
haré un tendal de ramos a la popa,
que matizado alguna vez de flores
en la fresca marea,
ni envidia, ni desea
la tela del dosel de los señores.
Ven, y a la tarde cogerás corales,

aunque tus rojos labios los afrenten,
quando igualarse intenten
al circulo de perlas Orientales,
que despreció claveles:
y aunque prenda de Venus amorosa,
el ambar de la purpura a la rosa,
o cogerás, como otras veces sueles,
los nacares en quien oculta habita
alguna Margarita,
porque sin ser la mar del Sur tus ojos,
he visto, sino zelos, por enojos
alguna perla en ellos,
que quando el pensamiento la cogia,
en liquido cristal se deshacia:
luego mas proprias, que en tus ojos bellos,
aunque llorando hermosos,
serán en estos nacares lustrosos
lascivo remolino de las olas,
si bien se forman en su centro solas,
saliendo a la ribera
las dos conchas, abriendo la primera
risa llorosa de la blanca Aurora,
que al cielo rie, y a los campos llora.
Y assi como en los prados
se cogen campanillas y violetas,
lirios azules, blancos y dorados,
regados de las olas,
cogerás caracoles
de varios tornasoles
en blancas selvas de luciente arena,
a donde en vez de tierna Philomena,
que cuenta de Tereo,

el

el tragico rigor de su deseo,
habita el Alcyon que el mar respeta:
y si quieres entrar con este embate
por verla tan quieta,
la vela le daremos
quanto quisieres tú que se dilate,
o entre las ondas bañaré los remos,
porque surtiendo espumas,
parezca cisne el barco, el lienzo plumas:
echarémos los plomos de las redes,
donde alegrarte de que mueran puedes,
porque yo les daré mi pensamiento,
fuera de su elemento,
los peces engañados,
como me muero yo, sino te miro,
que eres el aura ambiente en que respiro,
y pienso que vendrán enamorados
al cebo de tus ojos,
¡dichosa el alma de su luz despojos!
Y si quisieres ver la fuerte armada
del duplicado Emperador Phelipe
del Arctico y Antarctico hemispherio,
que ha dado envidia al mundo tanto imperio,
portatil mira una ciudad formada,
antes que a la partida se anticipe,
las popas casas, tiendas las vanderas,
las gavias torres de un planeta espheras,
que desde alli descubre
quanto a la vista la distancia encubre
del Holandes pirata,
tan rebelado a Dios, como a su dueño,
y de ambicion armado tanto leño

se-

sediento de oro y plata,
que como fiero barbaro Atheista
a precio de su sangre la conquista:
oye la ronca salva,
que los albores escurece al Alva
con horrisonos tiros,
que van haciendo por el viento gyros,
danzando al son las ondas inquietas
de cajas y belisonas trompetas.
Mas ni la guerra, ni la paz te agrada,
Palas de ciencias y de azero armada,
o inexorable y dulce Galathea,
porque quieres que muera en esta playa,
sin que tus ojos vea,
ya la esperanza en tu rigor desmaya;
mas Albano cantando al valle viene,
dichoso el que sus penas entretiene.
Quiero escuchalle, y preguntalle luego
si vió la nieve de mi ardiente fuego.

Sale Albano.

ALBANO.

Lysis, ¿mi amor qué te ha dado
para tan duras hazañas?
¿son de bronce tus entrañas,
o es de porphydo tu pecho?
tus favores y mercedes
solo llegan á escucharme
sin premiarme:
¿qué puedes, Lysis, qué puedes,
sino puedes remediarme?

¿Qué

¿Qué estrella, qué adversidad
fue la de tanta invencion,
que te dió la inclinacion,
y quitó la libertad?
¿dime con quien te aconsejas,
o en qué ley del mundo hallas,
quando callas,
que gustes de oír mis quejas,
pero no de remediallas?
Lysis, si un punto no excedes
de la fé de quien te engaña,
lo mismo te desengaña,
que no sabes lo que puedes:
tu valor, tu pensamiento
aun no conoce su esphera:
¿quién creyera,
que en tan alto entendimiento
tal ignorancia cupiera?
Quando veo tu valor
con dueño tan diferente,
disculpo, Lysis, la gente
que habla atrevida en tu honor,
o es de mis estrellas falta
conjuradas contra mí,
o culpa en tí,
porque grandeza tan alta
solo depende de sí.
Si el valor de tu alvedrio,
de que tu descuido arguyo,
no le tratas como a tuyo,
¿cómo tratarás el mio?
no pagas en aventura,

Ly-

Lysis, por mala eleccion,
tu opinion,
porque estimar tu hermosura
es la mayor discrecion.
De tus años liberal
goza, Lysis, tu belleza,
que no es la naturaleza
en todos tiempos igual,
que si de flores vestida
otra vez essa ribera
verse espera,
en los campos de la vida
no hay mas de una primavera.
Lisonja de la mañana
sale la rosa rïendo,
al llanto del Alva abriendo
un libro de hojas de grana:
sacude la noche escura,
y toda su lozanía
dura un dia,
porque es, Lysis, la hermosura
una breve tyrania.
Pero ¿qué cosa mas fea,
perdona, Lysis, el modo,
que quien es dueño de todo,
de sí mismo no lo sea?
Que no me quieras a mí,
si a mil buenos acontece,
¿qué merece?
pero no quererte a tí
cosa impossible parece.

TYRRHENO.

O pescador de pensamientos altos,
¿ a quién diriges los antiguos versos
ni de dulzura, ni conceptos faltos?

ALBANO.

El alma es lima que los deja tersos,
mas no puede la mia
subir tan alto, como amor querria.

TYRRHENO.

Aunque es amor para los versos genio,
mas puede la desdicha, que el ingenio,
que engendra los conceptos la desdicha,
y no suele la dicha
disponer tan sutil naturaleza,
que es madre del estudio la tristeza.

ALBANO.

No siempre es el sujeto de los versos,
que con sucessos prosperos, o adversos
puede correr igual la docta pluma.

TYRRHENO.

No es justo que presuma
entender sus oraculos, Albano;
tú, que eres el Apolo de los mios,
viste la bella luz, que adora en vano,
por quien exceden ya mis desvarios
las olas deste mar, y las arenas
de varias conchas y de buzos llenas,
que limpia la creciente de mariscos
barriendo con escobas cristalinas
nacares varios de pinturas Chinas,
que deja la menguante entre los riscos,
y mas que se levantan, quando llueve,

pavellones de nieve,
que luego se deshacen
como dichas que mueren, quando nacen.

ALBANO.

Tu hermosa Galathea, quando ingrata,
mas blanca que la nieve que congela
el Austro, que por Julio el sol desata,
y mas rubia que el oro en la copela,
estaba ahora consolando a Eliso
de la muerte de un hijo lastimado,
que no hay cosa mortal que no lo sea.

TYRRHENO.

¿A Eliso, Galathea?
¿pues cómo tuvo de su muerte aviso?

ALBANO.

Es calidad del mal ser avisado.
Iba Felicio, ¡hai cielos! embarcado
en un ligero leño,
infausta cama a su postrero sueño,
a mas feliz que Arabia Margarita:
tal nombre por las perlas solicita.

TYRRHENO.

Blanca ambicion, como amarilla el oro.

ALBANO.

Perlas dice el pastor Artemidoro,
que significan lagrimas, Tyrrheno.

TYRRHENO.

En Eliso, quando ageno
(bien se cumplió)
estaba del sucesso que me dices.

ALBANO.

Las de Felicio fueron infelices.

TYRRHENO.

Si fuera Eliso yo, me consolára
de verme visitar de Galathea;
mas pues ya se declara
en no poner la estampa del pequeño
cothurno ni en la playa, ni en el leño,
basilisco será de nuestra aldea:
mas en tanto que cumplo el justo oficio
de amigo, Albano, a entrambos obligado,
cuentame lo que sabes de Felicio,
Felicio, aquel que en la ribera nuestra
criaron las Nereydas, y le amaban
Dryadas y Napeas,
porque en la lucha juvenil palestra
vencedor le aclamaban
selvas, montes y aldeas,
aves y flores deste valle y prado.

ALBANO.

Estaba el viejo pescador sentado
en su barquilla ayer, al sol tendida
la parda red nudosa,
al tiempo que la Aurora perezosa
de purpura vestida,
fugitivo el horror de peña en peña
con esplendente faz daba risueña
aljofar a la mar, y al campo flores,
quando con tiernas ansias y temores
por acercarse al mar, quando no llega,
que el paternal amor jamas sossiega:
assi le dixo al mar: Claro Oceano,
que conduces las naves Españolas
al Occidente Indiano,

assi jamas a tus serenas olas
quite la justa fama
la canal tamentosa de Bahama,
y tanto el passo a nuestro Rey allanes,
que pueda navegarse Magallanes
mas seguro, trayendo su thesoro,
que a la torre del oro
el claro Betis en sereno dia,
que me digas de aquella prenda mia,
que ha tanto que me falta,
ya por el campo que tu seno esmalta
de varias islas, y naciones lleno
en apacible, o aspero terreno,
o ya por el confin de sus riberas,
combatiendo las armas y vanderas
de fieros Holandeses,
despues que los Ingleses
con nuestros Castellanos
dadas en santa paz las diestras manos
al pie de Guadarrama,
abrazandose Carlos y Phelipe
la confirmaron por eternos años,
volando el orbe la parlera fama,
para que en breve tiempo participe
de tales desengaños
la blanca y rubia gente
de la frigida selva Caledonia,
o en el Tyrrheno mar la bella Ausonia;
y hasta en los Reynos, que tu azul tridente
Mediterraneo gyra:
o pues undoso mar, piadoso mira
mis quejas, mis supiros, mis difusas
la-

lagrimas, si mis Musas
describieron tal vez tus altas naves,
ya con el oro zephyros suaves,
ya con marciales instrumentos fieras
celebrando victorias Españolas
sobre el theatro de tus blancas olas,
que entapizaron flamulas vanderas,
gavias, escotas, cables y ventolas,
que entre espumas llevaste a las riberas
primero que la fama .
tus bellas Nymphas, tus Nereydas llama.
O claro mar, atento a mi porfia
de tus palacios de cristal envia
en arcos de corales fabricados
de cornisas de perlas coronados,
Sirena, que con dulce melodia
alivie mis enojos,
sino envidia tu mar el de mis ojos.
Esto Eliso decia,
quando del centro, horrisono portento,
bella Nympha del mar mudó elemento,
y en nubes de agua para hallar camino
el roto vidro en circulos previno:
no de otra suerte suele
sacar el sol la esplendida cabeza,
que apenas se le vé la hermosa frente,
para que nuestro polo se desvele,
mostrando poco a poco la riqueza
que truxo de las minas del Oriente,
queda el campo del mar resplandeciente,
y la luz a la tierra comunica,
que del cristal reverberando aplica

mon-

montañas de agua a las de hierba y flores,
trocando por delphines ruyseñores.
Luego que respondió la blanca Diosa
en el ayre comun a los mortales,
con la azucena de la mano hermosa
apartó los cabellos y corales,
unos oro de Ophir, y otros guirnalda,
sembrando de las puntas por la falda
del mar aljofar, que entre verdes lirios
fue parto de sus conchas a racimos,
y sentada en un nacar en la forma
de un carro, que tiraban dos delphines
asidos de dos ancoras de plata
en dos cordones rojos de escarlata,
assi con triste voz a Eliso infama:
Eliso, cuyo nombre en los confines
del contrapuesto Sur repiten tanto
sonoros ecos de tu dulce canto
por la firme opinion de tus escritos,
prodigios inexhaustos infinitos,
aunque te ofenda esta alabanza justa:
assi tu misma fama te disgusta,
que la humildad las obras perficiona,
y es lauro que los meritos corona,
escucha pues lo que saber deseas.
Con inmenso dolor y sentimiento
de ser de tus desdichas instrumento,
o Nympha, respondió, como tu seas
testigo verdadero
del bien, o el mal que espero,
que mal será, si es mio,
el sentimiento a tus palabras fio,

prosigue tu principio, que la sombra
que suele ser al fin de la Tragedia,
parece que en el prologo me assombra,
si prevenir el mal no le remedia.
Despues que con la espada
la Nympha prosiguió, mostró valiente
el joven animoso
en tantas ocasiones, que la armada
se opuso al Holandes y al insolente
Thracio, que todo es uno,
pues Turco y Holandes mira Neptuno
en un mismo navio,
sin deponer el brio
de Marte riguroso,
probar quiso tambien a ser dichoso,
no viniendole el serlo por herencia,
oyendo que consiste en diligencia,
que los que quieren adquirir riqueza,
llamaron diligencia a la bajeza,
y va por capitan de un fuerte leño
el valeroso Antandro,
no en dichas, en hazañas Alexandro,
y de doscientos y cincuenta dueño
soldados veteranos,
que tambien Alexandros por las manos,
dignos del mismo nombre
a la madre de perlas Margarita
de la corona de Phelipe invicta,
caso para que assombre,
que apenas navegando
salió sin alegria
la blanca Aurora del siguiente dia,

quan-

quando dan voces, que se va anegando:
y el eco triste en todo el mar rimbomba,
que el baldetirreno, ni la bomba
pueden ser de provecho,
quando es la muerte el uracan deshecho:
ya no hay jarcia, ni vela, que distinga
lo que hay desde la gavia a la carlinga;
no alli desnuda el Orion la vayna
a la espada cruel bañada en ira,
ni hay amura, ni hay vira,
ni zaborda, ni amayna:
las amarras y cables
son confusos lamentos miserables,
ni alli se arrojan entre ropa y jarcias
al mar riquezas, ni defensas marcias,
que en circulo redondo
barrenando cristal se vino a fondo.
No desciende con menos precipicio
la piedra a su elemento
desasida tal vez del edificio,
ni en el campo diaphano del viento
feroz halcon se abate
por ultimo combate
a la rendida garza,
por mas que invente el miedo estratagemas,
y en porfias y temas
flebiles quejas a luna esparza,
que la nave a la arena
de vidas, armas y desdichas llena,
desde la superficie
del mar, sin que delphin tormenta indicie,
ni parda nube, ni terrestre luna,

sin

sin fortuna, ¿quién vió correr fortuna?
pero en el breve instante,
que dió lugar al ver que se perdian,
los dos tiernos amigos se abrazaron
con timido semblante,
y lo que ya las lenguas no podian,
los ojos y las lágrimas hablaron,
y fueron como el Geminis del cielo
del maritimo suelo
Castor y Polux, porque no divida
sus brazos ni la muerte, ni la vida.
Dixo, y qual suele flecha despedida
de arco Chileno al anade marino,
que apenas toca el agua con las plumas,
rompió las ondas con veloz corrida,
y a poco trecho en breve remolino
la desapareció nube de espumas.
Era este tiempo quando Eliso en vano
versos al triste joven dirigia,
y con amor paterno referia
lo que apenas obró su tierna mano,
puesto que del valor prologo fuesse,
viendo la luz que la mañana envia
lo que ha de ser el sol a medio dia,
contento de que huviesse
de tres lustros apenas
visto turbantes rojos
con tocas Tunecies,
y de Argel y Viserta las almenas:
o miseros despojos,
o flor, que al Alva entre la aljofar ries,
y quando al sol mayores pompas haces,

cierras las hojas, y marchita yaces,
que la mas satisfecha lozania,
o la derriba el sol, o falta el dia.
Mas quando oyó, que el hijo que ya era
adulto, con valor la disciplina
militar prosiguiendo,
no solo enarbolára la vandera,
que en cartas le aguardaba en la marina
la tierna edad, quando partió supliendo:
pero de Capitan debido nombre,
aquel valor, que desde niño es hombre,
cayó no de otra suerte desmayado,
que suele a la segur robusta encina,
o como al suelo el verde tronco inclina
el olmo descubierto de raices
de los discordes vientos derribado:
mas vuelto en sí, las canas infelices
duramente rasgaba,
diciendo: O mi Felicio, o mi Felicio,
¿quándo tu ayroso talle imaginaba,
bizarro de colores,
con mas plumas que el pajaro phenicio,
assi mis años, que esperé Nestores,
cubres de triste y miserable luto,
siendo tu fin de mi esperanza el fruto?
¿Para qué quiero yo vida sin verte?
o perezosa muerte,
contrario del estylo succesivo
de la naturaleza,
pues para mas rigor de tu fiereza
lo que debe morir, perdonas vivo,
pues muere quien tan tierna edad vivia,

y

y vivo yo, quando morir debia.
Ya se mostraba Arcturo
por las almenas del celeste muro,
y opuesta su brillante lumbre pura
en el Arctico polo Cynosura,
quando de su cabaña
algunos pescadores a la orilla
de Flerida vinieron conducidos,
amor le lleva, y llanto le acompaña,
y con vulgar aplauso y maravilla
de premios pastorales prevenidos
a los años floridos
de Felicio escribieron epigramas:
mas porque ya por entre aquellas ramas
descienden del aldea
Lysis y Galathea,
aqui suspendo el tragico sucesso.

TYRRHENO.

Con lagrimas, Albano, queda impresso
en la memoria mia.

ALBANO.

A morir a la noche nace el dia.

LA MAYOR VICTORIA DE ALEMAÑIA

DE DON GONZALO DE CORDOVA.

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes:

Lisarda *dama.*
Don Juan Ramirez.
Capitan Medrano.
El Bastardo Maslfelt.
El Duque de Bullon.
El Baron de Tilli.
Fulgencia *criada.*
Bernabe *criado.*
Estevan *criado.*
El Obispo de Olstad.
Don Gonzalo de Cordova.
Don Francisco de Ibarra.

JORNADA PRIMERA.

Salen Lisarda dama y Fulgencia criada.

Lisard. No ha de quedar un galan
en Napoles Español,
soldados nacen del sol,
y si con el sol se van,
quedará el quartel sin hombres.

Ful-

FULGE. En tan honrosa ocasion
del que se queda es razon
qúe mas te admires y assombres,
que te juro que si ven
las damas algun cobarde,
que se quede, o que se tarde,
si es mozo y hombre de bien,
que le ponen en rigores
de suerte, que el desdichado
se reviste de soldado,
porque le salen colores.
LISARD. Los que hay en esta ciudad
segura estoy de que fueran,
assi por lo que quisieran
servir a su Majestad,
como por la buena fama
del famoso Don Gonzalo
de Cordova, que le igualo
a quantos celebra y llama
la antiguedad este nombre.
¿Pero quién tendrá paciencia
para sufrir esta ausencia,
sin que el olvido la nombre?
No se me fuera mi bien,
y el Reyno se despoblára.
FULGE. Señora, en tu honor repára,
que hay quien murmure tambien
en Italia, donde estamos,
como en España, de quien
venimos. LISARD. Llorar es bien,
que en tal soledad quedamos.
FULGE. Lleva en paciencia su ausencia,

tray-

traygale Dios con victoria,
LISARD. ¿Quién hará que la memoria
tenga en su ausencia paciencia?
No era tanta mi passion
por Don Juan, aunque le amaba,
quando segura gozaba
de sus brazos mi aficion:
bien me pareció presente,
bien, Fulgencia, me agradó,
mas nunca me pareció
como en visperas de ausente.
Quien quisiere conquistar
una muger facilmente,
della por un mes se ausente,
vuelva gallardo al lugar,
que él gozará la victoria
con mil abrazos despues:
pero no passe de un mes,
porque no hallará memoria.
FULGE. ¿Un mes dixiste? LISARD. ¿Y un mes
es poco? o piensas que ignoro
la letra de Lusidoro,
Rodamonte Aragones?
FULGE. ¿Qué dices? LISARD. Que a la muger
no hay mudanza que la iguale,
pues con cada sol que sale
mudamos de parecer.
FULGE. Siendo tan recien venido
de España, tanto le quieres,
que confirmo en las mugeres
la voluntad y el olvido:
pero en Napoles hay tantos,
que

que luego le olvidáras.

Salen Don Juan Ramirez y Bernabé su criado.

D.Juan. Bernabe, no puedo mas.
Berna. ¿Pues en quatro dias? Juan. ¿Quántos?
Berna. Quatro. Juan. Calla, que el amor
si tarda en matar, no es bueno,
que ha de ser como el veneno
en el violento rigor.
Berna. ¿Pues lo que en Madrid dejaste,
ya lo olvidaste? Juan. Que quieres,
aprendí de las mugeres.
Berna. ¿Cómo muger olvidaste?
D.Juan. ¿Piensas tú, que pienso yo,
que llora en Madrid por mí
Isabel? pues no salí,
quando mis favores dió
al viento con mi cuidado,
sino los tuvo primero
guedejoso caballero
destos de pelo enrizado.
Berna. Quedo, que está aqui Lisarda.
Lisard. ¿Es Don Juan? Juan. ¿Señora mia?
Lisard. ¿Qué llegó tan triste dia?
D.Juan. Mirad, mi bien, que me aguarda
todo un esquadron de amigos:
no hagais lagrimas tan bellas
remoras, pues son estrellas.
Lisard. Todos son mis enemigos,
pues que por ellos os vais.
D.Juan. Por las luces de essos ojos

con

con que dais gloria y enojos,
con que dais vida y matais,
que solo servir al Rey
Philipo, que el cielo guarde,
me lleva: mirad que es tarde.
LISARD. Soldados, hombres sin ley,
valientes para matarme.
D. JUAN. No me puedo detener,
ni ya, mi bien, puede ser,
ni partirme, ni quedarme:
quedarme, porque es forzoso
partirme, y no me partir,
porque partirme y vivir
tambien parece dudoso:
pero pues he de probar
a partirme y a quedarme,
la licencia haveis de darme
de partirme y de quedar,
que llevo esperanza en Dios
que con salud me vereis.
LISARD. ¿Vaisos, mi bien, y quereis
hallar vida, que sois vos?
mas si os partis y sois vida,
quando volvais me dareis
lo que ahora, como veis,
os llevais en la partida.
D. JUAN. Sabe Dios si lo escusára,
señora, si yo pudiera.
Vase Don Luis de Ribera,
y Don Balthasar de Lara:
sale Don Juan de Guzman
galan como el mismo sol,

aun-

aunque es proverbio Español
decir que es el sol galan:
sale Don Martin de Prado
y Don Pedro de la Cueba,
que de todo el quartel lleva
de las plumas el cuidado:
Don Henrique de Mendoza,
y Don Carlos Pimentel,
el Capitan Espinel
Achiles de Zaragoza.
Mira en las telas bordadas
Napoles mil invenciones,
y el sol en las guarniciones
el oro de las espadas;
el viento de ciento en ciento
assi las plumas enreda,
que parece que no queda
para este verano viento.
A no partirse el Manrique,
yo me quedára tambien,
pero no es justo, mi bien,
que esta disculpa os aplique,
siendolo tanto mi honor,
solo os pido que os precieis
de firme, pues que sabeis
la obligacion de mi amor:
mientras allá peleáre,
pelead tambien acá,
que ya sé, mi bien, que havrá
guerra que en mi daño pare.
Resistid a la conquista
de tantos competidores

con desdenes, con rigores
el muro de vuestra vista,
que en pago desta firmeza
seré vuestro eternamente.

Lisard. Plega a los cielos, mi ausente,
que si de mas aspereza
se vistiere una montaña
de nieve o de peñas vivas,
o las que en ondas altivas
el mar arrogante baña,
no cumpla jamas el cielo
deseos que al cielo pida:
lagrimas seran mi vida,
luto y pena mi consuelo,
vestiré vayeta vil,
paño pardo, tocas gruesas
de un alfiler solo presas,
no seda, o velo sutil.
En Iglesia, en campo, en fiesta
jamas me verá la cara
quien mas curioso repara
en la mas noble y honesta,
que es curioso el mismo sol,
tanto que diga la gente:
Veis alli la triste ausente
del Alferez Español:
sino que a acabar mi vida
aquestas ansias se van.

Fulge. ¿Y él no me dice, galan,
algo en aquesta partida?

Berna. ¿Qué te puedo yo decir,
siendo cosa tan forzosa,

Fu-

Fulgencia, mas lastimosa
que la que acabas de oír?
Yo no he podido escusarme,
que en fin me lleva mi amo:
ya sabes lo que te amo,
y que quisiera quedarme:
pero hase partido ya
Cosme el lacayo Gallego,
el comprador de Don Diego
antes de un hora se va:
ya se fue Bartholomé,
que no ha servido a señor
mozo de tanto valor:
tambien Hernando se fue
con tener obligacion
a Ines, que adoraba en él:
anteayer se fue Miguel,
y hoy al Alva Mondragon.
El Domingo en cas de Juana
huvo llanto con merienda
entre Lorenzo y su prenda,
dióle unas medias de lana,
y ella le dió dos lenzuelos,
y un paño con deshilados:
todos van como soldados
llenos de amores y zelos.
Solo te pido, Fulgencia,
que estés firme, y que resista
tanta lacaíl conquista
tu pensamiento en mi ausencia,
que en pago desta firmeza
seré tuyo eternamente.

FULGE. No tengas pena, mi ausente,
que enternezcan mi dureza
sus requiebros, sus favores,
sus bayles, sus castañuelas,
sus botines de tres suelas,
y sus cintas de colores:
y plega a Dios que si fuere
ingrata a tu amor y fe,
mi querido Bernabé,
ni otro en tu ausencia quisiere,
todo te suceda mal,
y te maten con dos balas.
Desde hoy más dejo las galas,
y me visto de sayal,
una toca solamente
me dará un punto en la cara;
cinta negra de una vara
partirá el sol de mi frente,
mi delantal guarnecido
siempre se estará doblado,
ramplon será mi calzado,
que no zapato pulido,
que me rebiente en el pie,
tanto que diga la gente:
Veis alli la triste ausente
del lacayo Bernabé.

D.JUAN. Con este abrazo te queda
con todo el cielo, mi bien.

FULGE. ¿Y él no me abraza? BERNA. Tambien

LISARD. ¡Qué esto mi desdicha pueda!

D.JUAN. ¿Desdicha? mira que fue
mi amor, si lo consideras.

LI-

Lisard. Traheme, amores, mil vanderas
de enemigos de la fe.

Fulge. ¿Y él qué ha de traherme a mí?

Berna. Seis pares de Lutheranos,
que besandote las manos,
digan que yo los vencí. *Vanse los dos.*

Lisard. Mira, Fulgencia, quien son
los que van con mi Don Juan.

Fulge. Voy a ver tanto galan,
tanta cadena y jubon. *Vase.*

Lisard. Partese el sol por el umbral dorado
del Occidente entre mil nubes de oro,
dejan las fuentes el cantar sonoro,
el monte se entristece, llora el prado.
El mundo queda en confusion bañado,
pierde la vista, el mar su azul decoro,
y baña negra noche y triste lloro
la cara de la sierra en luto helado.
Assi se parte mi soldado amante
a su jornada de la vista mia,
y yo quedo a la noche semejante.
Mas como sale el sol, y de alegria
se baña el mundo, esperaré constante
en triste noche tan alegre dia.

Sale Fulgencia.

Fulge. Al tiempo que viendo estaba
tomar la posta a Don Juan,
tan lucido y tan galan,
que a todo el mundo admiraba,
y echaba mil bendiciones:

aquel Capitan, que posa
enfrente, aquel de la rosa
de diamantes, que en botones
de oro y cadena a las fiestas
saca quatro mil ducados,
y aquel à cuyos criados
das tan ayradas respuestas,
me dixo, que te pidiesse
licencia. Lisard. ¿ Pues à qué efeto?
Fulge. De hablarte. Lisard. ¿No es mas discreto?
Fulge. Dixòme que te digesse,
que tenia un coche. Lisard. ¿ Qué?
Fulge. Y no sé qué de merienda.
Lisard. Mataréte, ¡ hai dulce prenda!
Fulge. Dulce, o agria, ya se fue.
Un bolso lleno de escudos
me dixo aquel soldadillo
del cintillo. Lisard. ¿ Qué cintillo?
Fulge. Con escudos hablan mudos,
está en esto. Lisard. Vive amor,
que te haga mil pedazos,
pues aun tengo de sus brazos
aquel divino calor.
Fulge. ¡ Qué divina necedad!
ahora bien no hablemos desto,
pues en ser bova te has puesto.
Lisard. Conozco tu voluntad,
mas yo no estoy para gustos:
tengo mucho que llorar.
Fulge. El procurarse alegrar
es para quando hay disgustos,
que en el dia del placer

no

no es necessario buscar,
lo que es forzoso al pesar.

LISARD. Fulgencia, no puede ser,
que estoy por extremo triste.
Quiero escribir a mi ausente.

FULGE. Yo callaré. LISARD. Impertinente,
¿qué es aquello que dixiste
de escúdos del Capitan?

FULGE. Que es el Capitan Medrano
muy galan. LISARD. Es muy tremprano,
y me ha dejado Don Juan
notable melancolia;
pero no sé qué dixiste
de escudos: estoy muy triste.

FULGE. El oro causa alegria,
guantes de ambar, y un bolsillo
de cien escúdos. LISARD. ¡Qué cosa
tan cansada y enfadosa,
antes de dallo, decillo!
¿Parecete que lloremos
un poco por los ausentes?

FULGE. No por cierto, mas que intentes
holgarte. LISARD. ¿Cómo podrémos?

FULGE. Haciendo el coche llegar
a la puerta, y tú cubierta
hacer alzar la compuerta,
y por el estrivo entrar,
ir al campo, y merendando
muy bien, tomar el dinero,
porque essotro majadero
irá su rozin picando,
hasta que hecho mil pedazos

al

al Palatinado llegue,
donde un ciego honor le ciegue,
y le dé de mosquetazos.

LISARD. Creo que tienes razon,
¿de qué sirve entristecerme?
¿no es mejor entretenerme,
pues hay tan buena ocasion?
¿para qué es bueno llorar?
¿qué padre, o madre he perdido?
Coche quiero, coche pido,
triste estoy, quiérome holgar.
Parte y dile que al momento
llegue a nuestra puerta el coche;
que para de aqui a la noche
no es mal entretenimiento.
¿Téngome yo de morir?

FULGE. Ahora te he confirmado
por discreta. LISARD. El mi soldado
por allá sabrá vivir.
Algun sentimiento tienen
los hombres, quando se van:
mas donde quiera que estan
lindamente se entretienen.

Salen Don Juan Ramirez y Bernabé.

D.JUAN. No quiero passar de aqui.

BERNA. ¿Pues a dos leguas te paras?

D.JUAN. ¡Hai Bernabé! si reparas
en que estoy fuera de mí,
¿cómo te espantas assi?

BERNA. ¿Pues no quieres que me espante?

Ju-

D.JUAN. No, que en pena semejante
como la que viendo estás,
zelos me vuelven atras,
porque va el amor delante.

BERNA. ¿Pues de qué es ahora el miedo?

D.JUAN. De que Lisarda no siente
verme de su vista ausente,
y que en su pecho no quedo:
si ver esta noche puedo
su sentimiento y dolor,
irá seguro mi amor:
armas de España esperad,
que vuelve mi voluntad
a assegurar su temor.
Por que yo dos horas tarde
de proseguir el camino,
¿ha de ser el Palatino
mas valiente, o mas cobarde?
Campo Español en alarde,
aguardad estas dos horas,
y tú, Marte, que enamoras
a Venus, cessa el marchar,
haz alto, y manda doblar
las vanderas Españolas.
Aguardad, que mis suspiros
os sirvan, pues lo consiento,
a las plumas para viento,
y para fuego a los tiros:
tiempo queda de partiros,
no os vais sin mí, que segundo
Marte he de ser, y en mí fundo,
que os den victoria los cielos,

que un hombre ausente y con zelos
basta a revolver un mundo.

Berna. Con notable exclamacion
al principio del camino
das al Conde Palatino
pesadumbre sin razon.
El Español esquadron
que Don Gonzalo gobierna,
se detenga a tu voz tierna
mientras que ves a Lisarda,
pues con tus zelos aguarda,
como dices, fama eterna.
Pero si ahora volvemos
a Napoles, ¿ qué dirán
los que salir tan galan
te vieron haciendo extremos?

D. Juan. A Napoles volverémos,
donde orillas de su rio
mi necio amor, al fin mio,
aguarde a que el negro coche
saque la turbada noche
envuelta en su manto frio.
Con ella a ver entraré
aquel angel de Lisarda,
que como verme no aguarda,
gran contento le daré:
y quando la noche esté
mas coronada de estrellas,
dejaré las suyas bellas,
volveré a tomar la posta,
hasta que llegue a la costa
a donde muera sin ellas.

Ea pues, vuelve a sacar
essos caballos, y vamos.

BERNA. He pensado que no erramos
en volvernos al lugar,
que no se puede ausentar
ahora un hombre de bien,
sin que mil causas le den
de infámia y de deshonor,
que el vulgo en cosas de honor
pocas veces habla bien. *Vanse.*

Salen Musicos, y el Capitan Medrano muy galan, y Estevan su criado, y Lisarda y Fulgencia con mantos.

Cantan. Dulce pensamiento mio,
si en una empresa tan alta
me subes hasta los cielos,
tú matarás mi esperanza.

CAPITA. ¡Qué agradable está la mar!

LISARD. Con las arenas mojadas
parece entrando y saliendo,
que está retozando el agua.

CAPITA. Hierba piden para alfombra
los manteles y toallas.

ESTEVA. ¿Y ella, señora Fulgencia,
no me favorece en nada
con su regalada boca?

FULGE. ¿Por qué no, Estevan del alma?

CAPITA. Con tu licencia me siento
al rivete de tus faldas,
bruxula de mis deseos,

 que

que tan dulce suerte aguardan.

Cantan. La fuerza de mis suspiros.

CAPITA. No suspire quien alcanza
la dicha que yo he tenido.

Salen Don Juan y Bernabé.

D. JUAN. ¿Dónde las dejas atadas?

BERNA. En los alamos que el rio
en puro cristal retrata.

D. JUAN. ¿Con qué podré entretenerme,
mientras que la noche baja
vistiendo velos de sombras
con guarniciones de plata?

BERNA. Mientras Thetis miente estrellas,
vive engaños, miedos calza,
emula al sol sombra afecta,
y oprime el candor del Alva
en la gerigonza nueva,
estos galanes y damas,
que ya quieren merendar,
darán materia a tus ansias.

D. JUAN. Dichoso tú, que a la sombra
destos arboles que baña
el apacible Sebeto,
en el regazo descansas
de la que quieres y adoras;
sin que trompetas y cajas
del Masfelt y el Palatino
te toquen al arma, al arma.

BERNA. Y dichoso aquel criado,
que al delantal de su daifa

re-

reclina la frente, y mira
en tan corto espacio el mapa:
misero yo, que a Malinas
me llevan honra y fanfarria
de un amo, que a legua y media
vuelve a llorar por su mama.
D.Juan. Espera un poco. Berna. ¿Qué tienes?
¿andan sueltas las phantasmas
en este sueño de amor?
D.Juan. Mil cosas mira quien ama,
como siempre las ideas
en su éspejo se retratan,
que imitan su pensamiento.
Berna. En el mismo estoy, aguarda,
¿dirás que en esta muger
Lisarda está retratada,
y en su criada Fulgencia?
D.Juan. No es cosa en el mundo rara.
¡O fuerte imaginacion!
Berna. Si concuerda acaso el habla
con sus caras, no es engaño,
porque aquellas son sus caras.
D.Juan. Bernabé, viven los cielos,
que son Fulgencia y Lisarda.
Berna. No es possible. Juan. Si es possible.
Berna. ¡Brava cosa! Juan. ¡Cosa estraña!
Berna. Fulgencia está con Estevan.
D.Juan. ¿Estas eran las palabras,
las lagrimas, las firmezas?
¡O traydoras! Berna. ¡O picañas!
D.Juan. ¡O falsas! Berna. ¡O garipundias!
D.Juan. ! O aleves! Berna. ¡O trinquintanias!
D.Juan.

D.JUAN. ¡O mugeres! BER. No hay plus ultra.
D.JUAN. ¡O mudables! BERN. ¡O mudanzas!
D.JUAN. Pondréme una toca gruessa,
nadie me verá la cara
en Iglesia, en campo, en fiesta.
BERNA. Pues la fregatriz bellaca:
no verá mi pie chinela,
ni mi delantal con randas
cubrirá mi triste cuerpo.
D.JUAN. Remitase a las espadas:
¿infames, desta manera
la fé y palabra se guarda?
LISARD. ¡Hai Jesus! JUAN. Yo soy Don Juan.
BERNA. Y yo Bernabé, piltraca.
LISARD. ¿No ves que estoy con mi primo?
D.JUAN. La disculpa de las damas.
CAPITA. Caballero, ¿yo qué os debo?
qué amistad, o qué palabra?
D.JUAN. Zelos no aguardan respuesta.
CAPITA. Ni yo la doy. LISARD. Que se matan.
Entranse acuchillando.

Salen el Bastardo Masfelt, y el Obispo de Olstad.

BASTAR. Nuevas cartas me escriben dirigidas
a que les dé el socorro que les debo.
OBISPO. Las esperanzas, que lloré perdidas,
hallan en tu valor aliento nuevo,
que si deste Español Cordova olvidas
daños, que apenas referir me atrevo,
yo solo por venganza de tu afrenta
conduciré el exercito a mi cuenta.

BAS-

BASTAR. No fue la envidia de las dos victorias,
que el Cordova Español nos ha ganado,
tan facil de sufrir, ni de sus glorias
tan corto en nuestras penas el cuidado,
que escurezca el olvido las memorias,
que a la venganza tienen obligado
quanto valor encarecerte puedo,
que del Conde Masfelt mi padre heredo.
En el confin Frances pondré animoso
diez y seis mil soldados, pues me llaman,
que perder la ocasion será forzoso,
si por no socorrerlos se derraman:
tú verás con qué pecho valeroso
quantos a España y a su ley desaman,
como si suyas las ofensas fueran,
las perdidas vanderas recuperan.
Por la tierra del Duque de Lorena
tan ligero he passado con mi gente,
que sus armas apenas me dan pena,
y ya no importa que salir intente.
La gente que el Baron de Tilli ordena,
y la que anima el Español valiente,
dicen que me han seguido, mas ya es tarde.

OBISPO. Para la vuelta el Español te aguarde.

BASTAR. Dicen que socorremos los Hereges,
que assi nos llaman ellos, que en desgracia
del Rey de Francia estan. OBISPO. Que no te quejes
de las cosas que yo tengo por gracia.
Por ahora te importa que te alejes
de Lucemburg, donde su campo espacia,
de sus buenos sucessos arrogante,

por-

porque no passe tu esquadron delante.
Hablan de mí, porque a Luthero sigo,
Masfelt, estos Papistas Españoles,
como de aquel D. Orppas, que a Rodrigo
quitó las dos Españas en dos soles:
pero yo les daré justo castigo,
luego que las vanderas enarboles
con tu exercito a vista de las suyas,
y en el perdido honor me restituyas.

BASTAR. El Duque de Niveres ha salido
con exercito grande, Obispo, al passo,
que el Rey de Francia pienso que ha sentido
ver, que a juntarme a sus rebeldes passo:
por esso el Duque de Bullon es ido
a saber la ocasion, y si es acaso
para impedir mi intento, y está en medio,
para passar a Francia no hay remedio.

Sale el Duqüe de Bullon.

DUQUE. Mal lance havemos echado:
dice el Duque de Niveres,
¿que a qué efecto passar quieres
a Francia determinado?
Por respuesta se le ha dado,
que servir al Rey pretendes,
responde, que antes le ofendes,
y que a vencer o morir
te puedes apercibir,
pues los Hereges defiendes.

BASTAR. ¿Qué dice Vueseñoria?

Du-

Duque. Que esto ha dado por respuesta,
y con la gente que apresta
previene la artilleria.
Bastar. Si en resistirme porfia,
será impossible passar.
Obispo. Volvamosle a suplicar,
que mire bien lo que intenta,
antes que su mal consienta.
Duque. Olstad, el Duque responde
con las armas, no se esconde,
pues la batalla presenta.
Dice que el Rey le ha enviado
a detenerte, ya ves
que es Catholico el Frances,
y del de España cuñado:
volveros es acertado,
porque atajaros ordena
los passos el de Lorena,
y Don Gonzalo tambien,
que por lo passado es bien,
que pueda causaros pena.
Mil y quinientas corazas
de socorro os puede dar,
ni hay que tratar de passar,
ni de buscar nuevas trazas,
porque si passos y plazas
ocupan sin dejar una,
no havrá resistencia alguna.
Esto aconsejaros debo,
porque este Español mancebo
lleva en popa la fortuna.
Bastar. Señor Duque de Bullon,

servir a vuestro sobrino
el gran Conde Palatino
nos truxo en esta ocasion:
si con tan fuerte esquadron
Niveres el passo impide,
nuestros intentos divide,
y volver tambien es pena,
si en Lucemburque Lorena
con su exercito reside:
y por su parte tambien
el Español Don Gonzalo,
que a un nuevo Achiles igualó,
si honrarle mi agravio es bien.
DUQUE. No havrá cuidado que os den,
como vais por el pais
de Enao, que si conducis
el exercito a cautela,
por Tiraza y por Chapela
seguramente partis.
BASTAR. Bien decis, marche la gente,
pues no queda que aguardar.
OBISPO. Vive Dios, que he de buscar
este Español insolente.
DUQUE. Quando a su tiempo se intente,
no será pequeña hazaña.
OBISPO. ¿A quién no da pena estraña,
que deste nuevo Phelipe
con tal gloria se anticipe
la reputacion de España. *Vanse.*

Sa-

Salen Don Gonzalo de Cordova leyendo una carta, y el Baron de Tilli del habito de San Juan, y Don Francisco de Ibarra y soldados.

FRANC. Seguro passará con tanta gente,
que no le emprenderá Vueseñoria.
GONZA. Pues no vaya seguro, aunque lo intente
con tanta desigual caballeria.
BARON. El se fia en su esfuerzo tan valiente,
y en la obstinada y barbara porfia
de los Hereges, que con fuerza tanta
su loca ceguedad al mundo espanta.
GONZA. Notables robos dicen, y es muy cierto,
Baron, que haciendo van por donde passan,
que como sino huviera campo abierto
los labradores miseros abrasan,
sin orden militar, con desconcierto,
que los cielos con lagrimas traspassan:
trigos, viñas, frutales, campos, prados
barbaramente dejan agostados.
Alli lloran las miseras villanas
los desnudos muchachos a los pechos,
alli los viejos las nevadas canas
bañan en llanto de dolor deshechos:
ya por el ayre las regiones vanas
en fuego suben los quemados techos,
escribiendole el cielo sus querellas
en papel de humo letras de centellas.
Proprias hazañas de hombres, que al fin viven
sin fé, sin ley, sin Dios, que desde el suelo

al fuego del infierno se aperciben,
y piensan locos, que le dan al cielo.
Cosas me cuentan y de Enao me escriben,
que tanto alientan mi Christiano zelo,
que aunque con gente desigual, querria
probar tercera vez su valentia.
Esto, señor Baron, si pareciere
bien a Vueseñoria, y al gallardo
Don Francisco de Ibarra, que refiere
la multitud de gente del Bastardo:
que aunque la sangre y la razon me altere,
con humildad vuestro consejo aguardo:
que nunca fue de Capitan valiente
que solo un passo sin consejo intente.
FRANC. Señor, passando cerca el enemigo
parece que nos piden los caballos
las armas con relinchos, soy testigo,
que los pesebres rompen con los callos.
Animo, pues tenemos por amigo
al poderoso Rey, de quien vasallos
nacimos, y que mira sus primeras
dichas en nuestras armas y vanderas.
Todo lo que resulte en gloria suya,
despues de la de Dios, cuya Fé santa
nos trahe a que el Herege se destruya,
y a que le pise su divina planta,
será de mi opinion, sin que me arguya
pena, castigo, o muerte, porque tanta
honra tendré muriendo, como vivo,
si tanta gloria en el morir recibo.
Españoles teneis como leones,
que vienen de mil partes cada dia,

que

que como piedra iman vuestras acciones
los conduce a serviros a porfia:
y aunque tan desiguales esquadrones
con el socorro, que Bullon le envia,
que ya de siete mil caballos passa,
con que la hierba a la campaña abrasa.
Y vos teneis dos mil, que si nos lleva
cinco mil de ventaja, es muy lucida
la infanteria que teneis y a prueba
de Españoles bizarros por la vida:
si el cielo os mueve, vuestro campo mueva
las armas, que la sangre no se olvida
de las passadas glorias, pues tenemos
por Capitan la Fé que defendemos.

BARON. El blason de los Cordovas famoso,
excelente señor, nos ha dispuesto
al animo Español y valeroso,
que la victoria espero ya muy presto:
y aunque Masfelt sediento y orgulloso
con multitud de Hereges está opuesto,
ha de ver nuestra gente, que aunque poca,
castiga su arrogancia necia y loca.
Al Christiano valor de esse talento
mi consejo, señor, es escusado,
que obedeceros siempre fue mi intento,
no aconsejaros, pues el cielo ha dado,
mirando vuestro honrado pensamiento,
las victorias passadas, y fiado
estoy en vuestra prospera fortuna,
que el cielo nunca os negará ninguna.

GONZA. Baron de Tilli, el valeroso pecho
del señor Don Francisco me ha mostrado;

que

que consta del peligro mas estrecho
la victoriosa palma del soldado:
de nuestros Españoles satisfecho,
y de vuestro valor acompañado,
daré a la Iglesia honor, a mí memoria,
a España fama, y a Phelipe gloria.

Sale D. Juan Ramirez con una carta, y Bernabé.

D. Juan. A buena ocasion venimos.
Berna. Tratando están de la empresa.
D. Juan. Deme vuestra Señoria
los pies. Gonza. ¿Qué humildad es essa?
alzese vuessa merced,
cubra luego su cabeza,
y sea muy bien venido.
D. Juan. Como a serviros lo sea,
no puedo venir mejor;
lo mismo es razon que ofrezca
al señor Maesse de Campo,
y al señor Baron, que llega
su fama a España y al polo,
donde el sol alcanza apenas.
Franc. Por mi parte os doy los brazos.
Baron. Yo los doy tambien, y sea
vuessa merced bien venido.
Gonza. Valor el soldado muestra.
D. Juan. Esta, señor Don Gonzalo,

(*Dale una carta, y leela D. Gonzalo para sí*)

que pedí al Duque de Sesa
vuestro hermano, de quien soy,
os dará mejores nuevas.

Gon-

GONZA. Vos las dais, y despues desto
ya por la carta son buenas.
¿Está el Duque, mi señor,
con salud? JUAN. Con ella queda.
GONZA. Dias ha que se escribió,
porque es de Mayo la fecha.
D. JUAN. En Napoles me detuve,
aunque escusallo pudiera;
mas como a aquella ciudad
dieron nombre las Sirenas,
pienso que en su hermosa playa
ha quedado alguna dellas.

Lee GONZALO.

„Don Juan Ramirez, caballero de los Vargas
„desta Corte, quiere servir a su Majestad en essas
„empresas, que con tanto lucimiento en honra
„de nuestra casa vais porsiguiendo. No encarezco
„lo que él merece, assi porque su persona lo di-
„ce, como porque lo dirán sus hechos, en cuya
„confianza os suplico le hagais merced."

Por cierto, señor Don Juan,
que es vuestra buena presencia
mayor recomendacion,
que no hay mas que os encarezca,
siendo carta de mi hermano:
y assi la primer vandera
será vuestra. JUAN. Dios os guarde,
y aumente vuestras empresas,
para que otra vez España
a Gonzalo Hernandez vea.
GONZA. ¿Quién es esse caballero?
D. JUAN. Un soldado de mi tierra,

que

que viene en mi compañia.
GONZA. ¿Y vuessa merced no llega
a que le demos los brazos?
BERNA. Soy tan visoño en la guerra,
que no sé las ceremonias,
y para que no desmienta
la opinion de quien me honra,
no llegaba con verguenza,
que no ha llagado mi ropa,
por venir a la ligera.
GONZA. ¿De dónde es vuessa merced?
BERNA. Soy de una pequeña aldea
media legua de Madrid,
qué fuera mejor seis leguas;
porque si soy caballero,
pudiera serlo de Illescas.
GONZA. ¿Cómo se llama el lugar?
BERNA. Con perdon y reverencia,
se llama Caramanchel.
FRANC. De buen lugar: está cerca.
GONZA. ¡Estraño nombre! BERNA. Alli dicen,
que merendando una Reyna
esparragos, la servia
una dama; y en la mesa
tropezando con el caldo
le manchó una saya nueva:
cogió Doña Urraca el plato,
y rompióle la cabeza,
y respondióle la dama:
Cara la mancha me cuesta:
la Reyna dixo al lugar,
pues esse tu nombre sea...

Ca-

Caramancha se llamaba,
y por ser nombre de dueña
se llamó Caramanchel,
que assi las cosas se truecan.
GONZA. No es de mal humor el hombre.
BERNA. Enseñóme algunas letras
mi padre, un honrado hidalgo,
que llevó en aquella Iglesia
por oposicion. GONZA. ¿Curato?
BERNA. No, señor, casado era.
GONZA. ¿Qué llevó? BERNA. *La Sacristia.*
GONZA. Será muy gentil *prebenda.*
BERNA. Alli, señor, me crié
con roscas y vinageras:
tocaba el órgano. GONZA. ¿Y *bien?*
BERNA. No tocaba yo la *tecla,*
sino los *fuelles de atras.*
GONZA. ¡Buena gracia! BERNA. Era tan buena,
que por esto, y por dejar
en pluribus las higeras
del lugar, me desterraron,
y al fin me vengo a la guerra.
GONZA. ¿Sentireis la patria? BERNA. Mucho.
GONZA. ¿El nombre? BERNA. Segun mi cuenta
el del mayor dia del año.
GONZA. ¿Bernabé? BERNA. De Somosierra.
GONZA. Seremos amigos grandes.
BERNA. Toca, Principe, y no temas.
Si quieres vencer, envia
a Bernabé por la tierra
de essos Hereges, verás
que en dos semanas y media

me he comido quanto pan,
quantos nabos, quantas peras,
havas, higos tiene el campo,
y bebido hasta las cepas:
por hambre los cogerás.

Gonza. No poca ventura fuera.
Ahora bien, ¿ qué hay en Madrid?

Berna. Lo que siempre. Gonza. ¿Cosas nuevas?

Berna. Tres mil tiendas añadidas,
que todo se ha vuelto tiendas
como aduanas de Oran,
y una procession eterna
de coches yente y viniente.

Gonza. ¿ Tantos hay? Berna. De mil maneras;
aunque ya de puro miedo
andan algunos en venta,
como cajas de boticas
con retulos las cubiertas.

Gonza. Por dicha, por alcahuetes
los sacan a la verguenza.

Berna. Han hecho la mejor cosa
del mundo. Gonza. ¿ De qué manera?

Berna. Han desterrado las calzas,
y porque la soldadesca
quede mas introducida,
quieren que las plumas vuelvan,
que es la gala mas bizarra.

Gonza. Bien hacen, que tanto alientan
las plumas, como las cajas.
¿ No hay otra cosa? Berna. No seas
terrible. Gonza. Tienes razon:
ahora bien, esto se queda

pa-

para tiempo de mas gusto.
Vamos, a ver lo que ordenan
el Bastardo de Masfelt,
y el de Olstad. FRANC. Passar intentan
con atrevimiento injusto
a la vista de Bruselas.

Vanse, y quedan Don Juan y Bernabé.

D.JUAN. Ya, Bernabé, felizmente
damos principio a la guerra.
BERNA. Vive Dios que estoy contento,
despues que ví la llaneza
deste ilustre Capitan.
D.JUAN. ¡Hai Dios! mi Lisarda bella
¿qué hará en Napoles ahora?
dime, ¿sentirá mi ausencia?
BERNA. ¿Ahora tenemos esso?
D.JUAN. ¿Qué quieres, sino me dejan
aquellos dulces amores,
que hasta el alma me penetran?
BERNA. Ten por tu vida, si quieres,
de tales cosas verguenza,
pues es mejor que tu agravio,
y su mal termino sientas.
D.JUAN. Mira, Bernabé, el amor
por descansar de sus penas,
suele disculpar agravios,
aunque verdaderos sean.
No es amor algun villano;
la antiguedad fue discreta
en hacelle hijo de Dioses,

para perdonar ofensas.
Si yo volviera a su casa,
razon, Bernabé, tuvieras.
Dejame amar su hermosura,
pues no estoy en su presencia:
mil cosas tiene Lisarda
por donde yo la aborrezca:
dejáme amar esta sola.

BERNA. Ama, Don Juan, norabuena.

D.JUAN. Pues dime, ¿ahora qué hará?

BERNA. Trazar alguna merienda
con el Capitan Medrano.

D.JUAN. ¿Qué dices? maldito seas.

BERNA. ¿Pues qué no digo verdad?

D.JUAN. Vuelvete, necio, a tu aldea,
que quien no sabe de amor,
mejor vivirá con bestias.

BERNA. ¿Pues ya no vivo contigo?

D.JUAN. ¡Qué mal mis penas consuelas!

BERNA. Ea, digo, que es un angel.

D.JUAN. Ahora si, que me contentas,
seis plumas te mando. BERNA. Accepto
como del angel no sean.

D.JUAN. ¿Luego no es angel Lisarda?

BERNA. Nunca buen concepto tengas
de angel que puede caer,
y que donde quiere vuela.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Madama Laureta, y Jaques criado, y Roberto criado.

MADA. Apenas baje el Aurora
las altas cumbres del cielo,
vestida de blanco velo,
que el sol con sus rayos dora;
quando en viendola reir,
y llorar entre las flores,
haveis de ser ruyseñores.
JAQUES. Todo esso quiere decir,
que esté a punto al Alva el coche;
y a esse mismo le tendrás.
ROBER. En esta aldea podrás
alojarte aquesta noche,
aunque en tierra de enemigos
nunca yo me assegurára.
JAQUES. Ni yo menos, si llevára
dama o muger, entre amigos;
de quien se han de guardar mas,
y aun esconderlas primero.
MADA. Si el amigo es verdadero,
Jaques, engañado estás.
¿Marcha ya muy cerca el Conde?
ROBER. Cerca viene, y no sin pena,
que piensa que el de Lorena
por essos bosque se esconde.
Yo tuviera mas temor
al Español Don Gonzalo.

JA-

JAQUES. Tratemos de tu regalo.
MADA. Con pena me lleva amor.
ROBER. ¿Qué pena con diez mil hombres,
si Don Gonzalo no tiene
tres mil? JAQUES. Si a buscalle viene,
no es milagro que te assombres
de su fortuna y valor,
despues de victorias tales.
ROBER. En cosas tan desiguales
no doy lugar al temor.
MADA. Mal hicimos en salir
sin diez o doce soldados.
JAQUES. Si aqui estamos alojados,
¿qué mal nos puede venir?
porque apenas legua y media
estará Masfelt de aqui.
ROBER. ¿Llamo a los huespedes? MADA. Sí.

Salen Don Juan y Bernabé.

D. JUAN. Si mi mal no se remedia,
por lo menos se entretiene
con el militar ruído.
BERNA. Gusano de seda has sido.
MADA. Parece que gente viene.
D. JUAN. Entre trompetas y cajas
no suena tanto el rigor
de los suspiros de amor.
BERNA. Hacenle muchas ventajas.
JAQUES. Vive Dios que no está lejos
el de Cordova de aqui.
MADA. ¿Pues son Españoles? JAQUES. Sí,

no eran malos mis consejos.
D.JUAN. Aqui me quiero alojar,
que baja la noche aprisa.
BERNA. Pues el dia está en camisa,
ya se debe de acostar:
pero detente, que aqui
se aloja enemiga gente.
D.JUAN. ¿Qué quieres decir? detente:
huye tú, y dejame a mí.
BERNA. ¿Yo? ¿qué dices? D.JUAN. Esto intenta.
BERNA. Por todo el campo Masfelt
mi patria Caramanchel
no he de poner en afrenta:
bueno es esso para mí,
y para estas fuertes manos,
que un cesto de Lutheranos
a Fulgencia prometi.
¿Quién va? ROBER. Dos criados son
desta Flamenca Madama.
D.JUAN. ¿Quién es, y cómo se llaman?
JAQUES. El Español fanfarron.
D.JUAN. Digan quien son. BERNA. Si ha de ser
despues, picaros, sea ahora.

Acuchillanse, y huyen los dos criados.

MADA. ¡Hai Dios! BERNA. No temais, señora.
D.JUAN. Guardame aquessa muger. *Vase.*
BERNA. No temais, que solo quiero
esta cadena y retrato.
MADA. ¡Qué buen trato! BERNA. ¿Y es mal trato?
MADA. ¿Quién sois? BERNA. Un gran caballero.
MA-

MADA. ¿Qué Casa? BERNA. Casa lacaya
de lo mejor de Castilla.
MADA. Vuestra voz me maravilla,
y esse rigor me desmaya.
¿Esto hacen los caballeros?
BERNA. La guerra está disculpada,
Conde soy de la cevada,
y Marqués de los harneros.
MADA. ¿Pues cómo Vueseñoria
me ha quitado mi cadena?
BERNA. Porque me parece buena
para cierta prenda mia.
MADA. Vuelvame solo el retrato,
mire que es del General
del Palatino. BERNA. ¡O que mal
sabe de la guerra el trato!

Sale Don Juan con la espada desnuda.

D.JUAN. Mejor van descalabrados
de lo que yo presumí.
BERNA. Escondase por ahi,
que van viniendo soldados.
MADA. Yo me voy, Español fiero,
que algun dia me darás
mi retrato. *Vase*
BERNA. ¿A dónde vas?
D.JUAN. A buscarte, majadero.
BERNA. Apenas los dos Hereges
seguiste, quando vinieron
seis o siete, que me dieron,
sin que de mi honor te quejes,

mil cuchilladas aqui,
y la muger me quitaron;
y a esse bosque la llevaron.
D.JUAN.Dieras me voces a mí.
BERNA. Yo me huelgo, que eres tierno,
y esta muger Lutherana,
que suele, aun con ser Christiana,
llevar un hombre al infierno.
D.JUAN.Ha de casa.

Sale Bulpin villano armado graciosamente, y Sabina villana.

BULPIN.¿Quién va allá?
D.JUAN.Un Español. BULPIN. Esso sí.
¿Dónde, señor, por aqui
el señor Gonzalo está?
qui li disiamos ver,
qui este Masfelt no ha dejado
casar, barbechi, ganado,
carro, bestia, ni muger.
SABINA.Si haveis de alojar aqui,
mucha merced nos hareis,
que del nos defendereis.
D.JUAN.¿Aqui llegan? SABINA. Señor sí,
y roban quantas aldeas
por este contorno estan.
D.JUAN.¿Qué hay que cenar? BULP. Vin y pan.
BERNA. No son las villanas feas
por este pàis de Enao,
si se acuesta el villanchon,
vive Dios, que es ocasion

para un poco de sarao.
D. JUAN. ¿Solo teneis pan, y vino?
BULPIN. Vitela: y buturo havrá.
BERNA. O santa España, en que está
rodando siempre el tozino.
BULPIN. Entre bu por lo meison.
D. JUAN. Vamos. BERNA. Oye. SABINA. Dite bu.
BERNA. Esta noche voy con tú.
SABINA. Nani. BERNA. ¿Qué? SABINA. Niti fiston.
Vanse todos.

Salen Lisarda de hombre muy bizarra de soldado, y el Capitan Medrano.

LISARD. Siempre en tu mucho valor
tuve aquesta confianza.
CAPIT. Necia ha sido mi esperanza,
como efecto de mi amor:
a la guerra te he traido
a donde está tu soldado,
aumentando mi cuidado
con el rigor de tu olvido.
La palabra que te dí
de ser contigo cortés,
bella Lisarda, despues
que tu aficion conocí
por el gallardo Don Juan,
hidalgamente he cumplido.
LISARD. Otro Scipion has sido,
valeroso Capitan:
bien hayan hombres de guerra,
que nadie cumple mejor
la palabra. CAPIT. Quanto honor

la

la nobleza hidalga encierra,
se alista con el soldado
debajo de la vandera
de la verdad, que no fuera
soldado, a no ser honrado.
El habito, en que has venido,
mas seguro me parece,
no para mi amor, que crece
todo de plumas vestido,
como pintan a la Fama,
porque a sus alas has dado
plumas, y a Marte un soldado:
Sol, pues soldado te llama,
el tuyo hallaremos presto,
y yo mi muerte. LISARD. No harás,
pues desengañado estás
de mi pensamiento honesto,
que aunque ha sido liviandad
de una muger Española,
en Napoles de hombre y sola
venir con tal libertad,
pienso obligar a Don Juan
con este arrepentimiento,
que los zelos sentimiento
mas que los amores dan.

CAPIT. Esso conozco por mí,
y en dejandote con él,
haré una cosa por él,
mal dixe, haréla por tí,
que es irme desesperado
donde el Tudesco primero
honre en mi cuello su azero.

LISARD. Ahora bien, pues ha llegado
la noche y nuestro camino
a un mismo tiempo a esta aldea,
descansemos y no sea
tan grande tu desatino,
que bien sé yo, que los hombres
sentis menos, que decis.

CAPIT. Vosotras sí que sentis,
y teneis mas firmes nombres.
Ha del casar.

Sale Bulpin.

BULPIN. ¿A estas horas?

CAPIT. Con armas, huesped. BULPIN. ¿Quién es?

CAPIT. Un Español, ¿no me ves?

BULPIN. Essas manos vencedoras
me dad, y no os espanteis,
Españoles generosos,
de que estemos rezelosos,
ni de la suerte que veis,
que dos soldados de Arnesto,
y este Obispo endemoniado,
diez lugares han quemado,
y hasta las Iglesias puesto
por tierra, y hecho pedazos
las imagenes sagradas
a villanas cuchilladas,
y a fieros arcabuzazos;
y aunque ya los del contorno
valientes de dan pilleres
hasta las proprias mugeres,

cu-

cuyo femenil adorno
trocaron, a las espadas
tan fuerte venganza han hecho,
que los han roto y deshecho
por incultas emboscadas.
Entrad y descansareis,
que aqui hay otros alojados.
CAPIT. Entra, Lisardo. BULPIN. Criados
de lindo talle teneis.
LISARD. ¿Parezcoos bien? BULPIN. Sí, alahe
con esse brio: ¿Español,
sois soldado? CAPIT. Sí, y aun sol,
sino que es sol que se fue. *Vanse.*

Salen el Bastardo Masfelt y el Obispo.

BASTAR. ¿Qué tiene el Español atrevimiento
para seguirme, viendo las ventajas?
OBISPO. Tan cerca viene ya en tu seguimiento,
que las trompetas se oyen y las cajas,
codicia del passado vencimiento,
cada dia mayor, sino la atajas,
le obliga desigual a acometerte.
BASTAR. ¿Siempre ha de estar en su favor la suerte?
OBISPO. Hombre, que a Federico Palatino,
quando entró por las tierras de Lansgraves,
y al Marques de Taurlac salió al camino,
y degolló la gente que tú sabes,
de quien la infanteria huyendo vino,
qual de aguila real timidas aves,
pues con valor tan raro y peregrino
mataron por los bosques los villanos:
quien

quien a mi hermano el Duque y que trahia
setenta y seis cornetas valerosas,
y de la mas lucida infanteria,
que siguieron esquadras belicosas,
y tambien de gentil caballeria,
pues fue de las naciones mas famosas,
seis regimientos, quando al fuerte lado
Dastri, Deburg se hallaba aquartelado,
en las riberas del corriente Meno,
acometió gallardo las trincheras,
y ganando el reducto de agua lleno,
retiró batallones y vanderas,
donde en el agua y en el hondo cieno
poblaron degollados sus riberas
tantos soldados nuestros, que sus pezes
bebieron sangre y aun caliente a veces:
¿qué te espanta que tenga atrevimiento
de acometernos con dos mil caballos?
BASTAR. Que envie a España las vanderas siento,
mas esta vez yo pienso castigallos,
quemad essos casares, dad al viento
las vidas destos barbaros vasallos
de Phelipe Español. OBIS. Ya con manojos
de fuego son cenizas y despojos.
BASTAR. Paguennos los villanos la matanza
que han hecho en nuestra gente.
Dentro. Fuego, fuego.
BASTAR. Mejor es, que de sangre la venganza,
Dentro. Que se quema el casar, remedio luego.
BASTAR. Ya los villanos andan alterados,
assi me vengaré de mis soldados. *Vanse.*
Dentro. Del cielo os venga, infames, el castigo,
Lu-

Lutheranos, Apóstatas, cobardes.

Sale el Capitan Medrano medio desnudo, y con la espada desnuda.

CAPIT. Aunque me han de matar, las trópas sigo;
tú, Lisardo, levantate, no tardes,
¡a qué temeridad el pecho obligo!
El fuego crece, mira que no aguardes,
que luego volveré, si tengo vida,
en tu defensa y por mi honor perdida.
Vase.

Sale Bernabé con Sabina villana en los brazos.

BERNA. Ven, Sabina, por aqui.
SABINA. Muestra, Español, tu blason.
BERNA. ¿No dices niti fiston?
SABINA. Ya digo, que sí. BERNA. Esso sí.
Vase con ella en los brazos.

Sale Don Juan con Lisarda en los brazos.

LISARD. Si darme vida deseas,
al nuevo Achiles prefieres.
D. JUAN. No sé, mancebo, quien eres,
mas hasta que Español seas.
LISARD. Y tú, Castellano Eneas,
pues del fuego huyendo voy:
¡qué es esto que viendo estoy!
D. JUAN. ¡Qué es lo que mis ojos ven!
¿es Lisarda? LISARD. Sí, mi bien:

¿es Don Juan? D.JUAN. Mi mal, yo soy.
LISARD. En fin tu havias de ser
el que la vida me diesse.
D.JUAN. Ya me pesa. LISARD. No te pese,
que yo la sabré perder.
D.JUAN. Pero basta ser muger
para haverte defendido,
aunque me hayas ofendido,
qual se suelen ayudar,
quando se ven maltratar,
los amigos que han reñido.
¿Possible es que a verte llego,
cruel Lisarda, en tal parte?
¿mas donde pudiera hallarte
mejor, que en el mismo fuego?
¿estoy soñando, estoy ciego?
¿tú en Flandes? ¿tú aqui soldado?
¿tú en fuego? pero he pensado,
que como phenix te apura
de trayciones de hermosura,
o que en salamandra has dado.
Con tu poca injusta fé
en el fuego me pusiste
de los zelos que me diste,
y tal mi fortuna fue,
que del fuego te saqué
de los Hereges, bien digo,
que alli estabas por castigo
de tu mudanza y rigor,
pues contra la fé de amor
fue el tuyo herege conmigo.
¡Hai, Lisarda, qué me cuestas

por tantos varios caminos
de amorosos desatinos
y congojas descompuestas!
Di, ¿qué mudanzas son estas?
¿qué locas transformaciones?
¿qué armas y plumas te pones,
y todas bien escusadas,
pues son tus ojos espadas,
y son plumas tus razones?
¿Dónde vas entre soldados
por los Flamencos países,
contra las rosas y lises
destos hombres desdichados,
ya de nuestra Iglesia echados
que esperan nuestros castigos?
mas vas contra tus amigos,
vuelve, y mira que error fue;
que los que no tienen fé,
no pueden ser enemigos.

LISARD. Ya sabia yo, mi bien,
que me havias de tratar
tan mal, pues vengo a buscar
con mi amor tanto desden,
que satisfaccion te den
mis ojos, será escusado,
donde el haverte buscado
es mayor satisfaccion,
porque es la mayor accion
de un sentido enamorado.
Nuestras lagrimas, Don Juan,
de su credito han faltado,
pues ya decis que han quebrado,

y que sin valor estan,
pues credito nos les dan;
tanto que en casos de amores,
en firmezas y en favores,
en pesares y en placeres,
los ojos de las mugeres
hacen pleyto de acreedores.
Finalmente sin llorar
te digo, dulce bien mio,
que mi proprio desvario
me pudiera acreditar,
porque venirte a buscar
no pude sin grande amor:
si me le tienes, señor,
mira que no te ofendí,
y estoy por llorar aqui,
que es proprio efecto de amor.
Una villana criada
fue, sin entenderlo yo,
la Circe que me engañó,
de su interés obligada:
deja ya la vista ayrada,
y muevate a compassion
mi llanto y satisfaccion,
que donde no hay casamiento
un grande arrepentimiento
bien puede alcanzar perdon.

D. JUAN. Loco fuera, si creyera
lo que me dices ahora,
y en no lo creer, señora,
pienso que mas loco fuera:
¡hai, Lisarda! quien pudiera

creerte, y no te creer;
pero no pudiendo hacer,
que te crea, sin creerte,
aborreçerte y quererte
havrá por fuerza de ser.
De manera que no creo,
y creo de tu hermosura
obligado, que procura
satisfacer mi deseo
al gusto con que te veo.
Dame los brazos, y piensa
que no perdono la ofensa,
sino que llego a abrazarte
por mi amor, que fue la parte
donde no tuve defensa.

LISARD. Como tú me des los brazos,
sea, o no sea razon.

D. JUAN. Puesto que traydores son,
ya me atrevo a sus abrazos.

LISARD. Ya te han cogido sus lazos,
para que perdon me des,
no te arrepientas despues.

D. JUAN. Como en disculpa confirmes,
que es impossible ser firmes
trayendo corcho en los pies:
pero pues somos amigos,
y no haviendo casamiento,
como dices, fuera intento
cruel quedar enemigos,
no haviendo aqui mas testigos
que los dos, ¿con quién, señora,
veniste a Flandes ahora?

LISARD. Con el Capitan Medrano,
hidalgo tan cortesano,
que me acompaña y me adora.
D. JUAN. Malditos sean los brazos,
aspid cruel, que te dí,
¡no huviera un villano aqui
que los hiciera pedazos!
Rompa la amistad los lazos,
las palabras y la fé,
pues que toda traycion fue,
pues que a despertar su olvido
con sus zelos has venido,
para que yo se los dé.
LISARD. Oye, escucha. JUAN. ¿Qué he oir?
di, veneno en vaso de oro.
LISARD. Mira, Don Juan, que te adoro.
D. JUAN. Ya es tarde para fingir.
LISARD. Yo te tengo de seguir.
D. JUAN. Serán vanos tus rezelos.
LISARD. ¿Tú eres caballero? ¡hai cielos!
D. JUAN. Tú mereces mi rigor.
LISARD. ¿Cómo olvidas tanto amor?
D. JUAN. Preguntaselo a mis zelos. *Vanse.*

Salen Don Gonzalo, y Don Francisco de Ibarra, el Baron de Tilli y soldados.

GONZA. Despues de escribir a España
todo el passado sucesso,
con el Marques de Abaden,
quise del segundo encuentro
hacer nueva relacion.

FRAN-

FRANC. ¿Fue sucinta, o por extenso?
GONZA. En la primera escribí
cómo ocupamos el puesto
las esquadras de Baviera
y los Españoles nuestros
por las espaldas de un bosque,
desde donde aviso tengo,
que viene puesto en batalla
el enemigo sobervio,
cómo hizo su quartel,
cómo la emboscada temo,
y planto la artilleria,
que hizo gran daño en ellos:
cómo al fin se retiraron,
y junto a un arroyo hicieron
alto, tomando las fuentes
de unos carretones nuevos,
atravesando barretas
con puntas de picas, y ellos
cargados de algunos tiros,
que a manera de pedreros
gruessos cartuchos de dados
disparaban por el viento:
cómo hizo sus batallones
en los cinco Regimientos
de infanteria, que en todos
seria el numero cierto
de once o doce mil hombres,
poniendo al lado derecho
su fuerte caballeria:
cómo juntamos consejo
de pelear en dos fuertes

exer-

exercitos, y el primero
del Duque de Bransuy,
que esperabamos con ellos:
al fin todas quantas cosas,
noble Baron, sucedieron,
hasta dalles la batalla,
ocupando bien dos pliegos
la gente que degollamos,
las vanderas que perdieron,
que algunas dellas envio.

FRANC. Y del segundo sucesso
¿qué escribe Vueseñoria?

GONZA. Todos los valientes hechos
que hicieron en su servicio
Españoles y Flamencos,
como quedó degollada
la infanteria entre fuego
y agua la margen del rio.

BARON. Bien pudierais vuestros hechos,
señor, tambien escribir.

GONZA. Mejor Latinos y Griegos
los vuestros, Baron de Tilli,
celebrarán vuestros versos.

FRANC. ¿Quieren vuestras Señorias,
que me ponga de por medio?

GONZA. Bien dice, por su virtud
pudiera hacernos extremo,
que Don Francisco de Ibarra
con su valeroso tercio
nos ha dado estas victorias.

FRANC. Que está corrido os confiesso
oyendo vuestra alabanza

mi

a mi corto merecimiento.

GONZA. Ahora bien, para decir
quanto en el alma deseo,
quanto busco, quanto sigo,
quanto animo, quanto intento,
es el llegar a las manos
con este Masfelt sobervio,
y este fiero intruso Obispo
Cristan de Olstad, porque pienso
(con el ayuda de Dios)
ponerles ahora este freno.
Corren con felicidad
las cosas del nuevo Reyno
de Philipo, que en Milan
celebra Italia el gobierno
del Duque de Feria, en quien
tantas partes concurrieron,
quantas a un Gobernador
ilustre dan nombre eterno.
Y en el Africa en la plaza
de Oran tan temido vemos
al Cardenas generoso,
los barbaros oprimiendo,
que le tiemblan desde Tunez
a Tarudante y Marruecos.
El Principe de la mar,
el heroyco Philiberto,
cumple bien la obligacion
de ser de Philipo nieto:
y el Marques de Santa Cruz
assombra el Asia corriendo
con sus galeras la costa,

con

con su fama tierra y cielo.
Dicese que viene el de Alva
á Napoles; con que tengo
por cierta la buena dicha,
paz y quietud de aquel Reyno.
A este passo lo demas,
de suerte, que si ponemos
este freno a Federico,
quedan en lugar supremo
las armas del Rey de España.

BARON. Señor, confio en el cielo,
que hemos de vencer tambien,
y lograrse mis deseos.

FRANC. Algun alboroto suena.

Tocan cajas.

GONZA. ¿De qué se alteran los tercios?

BARON. Yo pienso, que los soldados
deben de haver descubierto
el campo del enemigo.

FRANC. Que le has de alcanzar espero.

Sale Don Juan Ramirez y Bernabé.

D. JUAN. Viniendo, Generales valerosos,
Silva alojando su lucida gente
por estos bosques de alamos frondosos
aldeas del contorno de su frente,
los exercitos llegan poderosos
del Bastardo Masfelt, y el insolente
Olstad feroz, cuyos soldados luego
a sus casas y campos ponen fuego:
la escura noche transformada en dia,
fugitivas las sombras de las ramas,

e

el ayre ya mostraba que encendia
casas, barbechos, arboles y ramas:
medio abrasado sale el que dormia,
volando el alquitran mesas y camas,
sonando cuerpos en arroyos de agua,
qual suele el hierro al lado de la fragua.
Alli se arrojan unos, y otros miran
por donde huyendo van los Lutheranos,
que con los escarmientos se retiran
del passado esquadron de los villanos,
a discurrir por la campaña aspiran,
sin llegar con las armas a las manos,
que yo he visto el exercito y la salva,
a cuyas cajas hoy despierta el Alva.

GONZA. Llegada es la ocasion, o yo me engaño,
en que se ha de lograr nuestro deseo,
y que el Herege ha de pagar el daño
que en la campaña y su contorno veo:
ya por nuestro pais, como el estraño,
passa el Bastardo, y el Obispo Atheo,
glorioso de hacer mal, no victorioso,
como toro, que al campo huye del coso.
No suele nave de la fuerte amarra
agitada del viento estar inquieta,
como está nuestra gente, que bizarra
se está moviendo al son de la trompeta.
O Baron valeroso, o fuerte Ibarra,
ahora es tiempo, ahora, que acometa
nuestro exercito un hecho relevante,
que en gloria de la Iglesia España cante.
¿Quánto estarán de aqui? D. JUAN. De aqui a Serarte,

que no estarán tres leguas de Bruselas.

Gonza. Pues marche nuestra gente al son de Marte,
que aquesta vez no le valdrán cautelas.

Baron. Yo, gran señor, me atrevo a asegurarte
la victoria en el nombre con que vuelas.

Franc. Parte, gran General. Gon. En Dios espero
rendir a España este gigante fiero.

Vanse todos, y quedan Don Juan y Bernabé solos.

D. Juan. Ya se ha llegado ocasion,
en que probemos las armas,
que truximos de la Corte.

Berna. Tú verás como te llaman
el Achiles de Madrid,
y a mí por dos mil hazañas
Hector de Caramanchel.

D. Juan. Quando a un hombre no obligára
su proprio honor, Bernabé,
solo el exemplo bastára
deste valiente mancebo,
honor y gloria de España:
¡ qué bien entiende la guerra,
qué cuidadoso que anda
a todo quanto se ofrece!
¡ con qué amor, con qué palabras
con qué dulces cortesias
al mas vil soldado trata!
¡ cómo los socorre a todos,
viste, ayuda, parte, gasta
quanto tiene, quanto pide,

quan-

quanto gana, quanto alcanza!
es hijo al fin de la guerra,
pues pienso que con la espada
nació en ella. BERNA. ¡Qué bien dices!
essa sí que es la riqueza
de los hombres principales,
y no..., D. JUAN. Majadero, calla,
que qualquiera hará lo mismo,
y mas si el Rey se lo manda.
¿Pero cómo no celebras
la necedad de Lisarda?
BERNA. ¿Qué en fin la viste? D.JUAN. ¿Pues no?
BERNA. Yo he pensado que soñabas.
D.JUAN. ¿Cómo soñar? oygo voces
entre las confusas llamas,
y llego a sacar en brazos
un mozo que se quejaba,
llevole hasta el campo en ellos,
y en mirandonos las caras,
él halla a Don Juan Ramirez,
y yo, Bernabé, a Lisarda.
Hice con ella amistad
obligado de sus ansias,
y en sabiendo que venia
con el que mis zelos causa,
no huye del aspid fiero
el labrador, que buscaba
el nido del ruyseñor
entre las hojas y ramas,
como yo por mas que intenta
con lagrimas y palabras.
BERNA. Mejor te fue a tí, que a mí,

pues buscando la villana,
mientras a nuestros caballos
el huesped daba cevada,
a la silla de los brazos
siento el gergon y la paja,
como si yo fuera Herege,
cercarme todo de llamas.
Sacola en brazos, y voy
a un arroyo, en cuya plata,
como dicen los Poetas,
la dejo, y vuelvo con ansias
de hallarte. D. Juan. ¿Y qué daño es esse?
Berna. ¿No es daño, si la villana
me anduvo en las faltriqueras,
quando en brazos le llevaba,
(*Tocan cajas.*)
y al fin me sacó la bolsa?
vive Dios que si la hallára,
que havia de volver al fuego.
D. Juan. Vamos, que tocan y marchan.
Berna. Ya marcharé mas ligero.
D. Juan. ¿Cómo? Berna. Que no llevo blanca.

Vanse, y salen el Bastardo, Madama Laureta, Roberto y Jaques criados.

Bastar. En mucho estimo, Madama,
la fineza. Mada. En tanto amor
mas obligacion, señor,
que no fineza se llama.
Los trabajos que he passado
buscandoos entre enemigos,

de

de que son buenos testigos
los que me han acompañado,
me podeis agradecer.

JAQUES. Buenas heridas nos cuesta
de un Español vuestra fiesta.

BASTAR. Español havia de ser.

ROBER. Y aun demonio parecia,
porque a puras cuchilladas,
martillo en nuestras espadas
como sobre yunque hacia:
vive Dios que era gallardo.

BASTAR. Ya presto lo pagarán,
y entonces quien es verán
el que ellos llaman Bastardo.

MADA. Dicen, que a grandes jornadas
viene en vuestro seguimiento.

BASTAR. Que digan que huyo siento
con armas aventajadas.
Acerquense los Papistas,
que yo los castigaré.

MADA. Su dicha la causa fue,
dificil gente conquistas:
mas pues has de pelear
con este fuerte mancebo,
perdoname que le debo,
aunque enemigo, alabar,
que pues tú le has de vencer,
quanto le hiciere mayor,
será mayor tu valor.
Por mí, Masfelt, has de hacer
tres cosas. BASTAR. Zelos me has dado.

MADA. Las damas de nuestra tierra

asi-

aficionanse en la guerra
del brazo, y no del soldado.
Ya sabes como salimos
en carrozas a campaña,
y mas quando contra España
a veros vencer venimos,
que si allá guerras tuvieran
las mugeres Españolas,
no fueran en Flandes solas
las que a ver los campos fueran.

BASTAR. Si pelea con tus zelos
el Español Don Gonzalo,
competir con quien no igualo
fueran muy necios desvelos,
yo me rindo desde aqui
a sus armas valerosas:
pero dime, ¿qué tres cosas
me mandas hacer por tí?

MADA. Sea por assegurarte
su cabeza la primera,
que no sé de otra manera
mas satisfaccion que darte:
que quando tantos develos
no te diera su porfia,
ya la muerte merecia
por haverte dado zelos.
La segunda que te pido
es traherme desta hazaña
el guion del Rey de España,
que tanto os ha perseguido:
que aunque le parezca injusto
mi deseo, pienso hacer

tro-

trophеos de una muger
su estandarte siempre augusto.
Es la tercera cobrarme
un retrato suyo, un sol,
que un caballero Español
pudo por muger quitarme.

BASTAR. De las tres que me has pedido,
la que mas pena me ha dado
es la tercera. MADA. Y yo he estado
por él perdido el sentido.
¿En muertos ó prisioneros
no puede ser que no esté?

BASTAR. Dime el nombre. MADA. Bernabé,
que es Marqués de los harneros,
y Conde de la cevada.

BASTAR. ¿Qué Casa? MADA. Lacaya dixo.

BATAR. Haré del baston que rijo
a su infame pecho espada,
que es justo que sea de palo:
yo mismo le mataré,
y te doy palabra y fé
de traher de Don Gonzalo
la cabeza por tropheo

(*Tocan cajas.*)

y el guion del Rey de España.

JAQUES. Rumor hay en la campaña.

BASTAR. Saber la causa deseo..

Sale el Obispo.

OBISPO. Prosiguiendo su loco atrevimiento,
Arnesto de Masfelt, viene furioso

Don

D. Gonzalo de Cordova, que al viento
excede en el veloz curso animoso,
y no en su gente ha puesto el pensamiento
sino en haver salido victorioso;
como si no faltasse vez ninguna
el mudable favor de la fortuna.
Entre Gost y Xafer está alojado,
passará los confines de Brabante
por el rio Mossa, determinado
a que no passe tu esquadron delante:
deja a Namur hácia el siniestro lado
con todo el villanage circunstante,
porque por Pondelon en Meli y Floro
se aloje el campo. BASTAR. La salida
ignoro.
Venga esta vez, que por los ojos juro
de Madama Laureta, que ni solo
un hombre de la vida esté seguro,
ni en su altura mayor el mismo Apolo:
aqui todas las fuerzas aventuro,
y ojalá fueran las de polo a polo
las del Turco, y del Persa, y quantos Reyes
politicos hoy dan al mundo leyes.
¿Siempre han de ser dichosos los Papistas?
¿siempre nuestras vanderas desdichadas,
honrando las naciones nuestras listas,
que en toda Europa son mas estimadas?
pues apenas tendré sus armas vistas
sus trompetas y cajas escuchadas,
Cristan de Olstad, quando acometa fiero,
y probemos los dos el blanco azero:
que ya pluguiera a Dios que en desafio
sa-

Salieramos los dos, Español bravo,
Cordova conociera el valor mio,
bien sabes tú, que con razon me alabo:
pero en la sangre de Masfelt confio,
y en Madama tambien, trahelle esclavo,
que basta que lo quieran sus deseos
a mayores victorias y tropheos.

MADA. Yo deseo tu honor, parte animoso;
si has menester buscalle, no le esperes.

BASTAR. Tú verás a mis pies el valeroso
Cordova, que tan barbaro refieres,
de su buena fortuna estoy medroso,
que suele ser valor en las mugeres.
Toca a marchar. MAD. Ayudente los cielos.

BASTAR. Esta victoria deberé a tus zelos.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Juan, Lisarda y Bernabé.

D. JUAN. Mira que te han de matar,
Lisarda, en esta ocasion.

LISARD. Pues Don Juan, resolucion,
o quererme, o pelear.

D. JUAN. ¿Una muger? LISARD. ¿Pues qué quieres?
¿seré la primera yo?
tambien el cielo les dió
corazon a las mugeres.

D. JUAN. Sí, mas no para morir
como tú desesperadas.

LISARD. En viendose despreciadas

también las cansa el vivir.

Berna. Un medio podeis tomar,
ya que estoy yo de por medio.

Lisard. Bernabé, ya no hay remedio,
o quererme, o pelear.

Berna. ¿Pues es justo que te arrojes
a morir? Lisard. ¿Qué te va a tí?
si para Don Juan nací,
de que muera no te enojes.

D. Juan. No fies en tu hermosura,
Lisarda, assi Dios te guarde;
que en tí es gracia el ser cobarde,
y ser valiente locura.
No has hecho justo concepto
de gente de aquesta suerte,
si piensas que han de tenerte,
por ser imagen, respeto,
pues que por blanco las ponen
de sus tiros y arcabuzes.

Lisard. Si a mi bien no te reduces
no quiero que me perdonen:
¿qué mas muerte que morir
en tu desgracia. D. Juan. No digas
disparates, que me obligas.

Lisard. Acabalo de decir,
que bien a tu parte estan
mis desdichas inclinadas.

D. Juan. A darle mil cuchilladas,
Lisarda, a tu Capitan.

Lisard. ¿Mio? tratame siquiera
como merece mi amor,
que no fue tan grande error,

que

que a la mar, Don Juan, me fuera
mas a llorar aquel dia
tu ausencia, que no a reir,
sino es que quieres decir,
que en los ojos la tenia:
y ya tú me perdonaste
conociendo mi disculpa,
pues tambien tuviste culpa
en que sola me dejaste.
D.Juan.¿Pues a mí me culpas ya?
Lisard.¿No dejando a una muger
todo lo que ha menester,
qué presume el que se va?
Berna.¡Qué cortesano aphorismo!
D.Juan.Sí, pero la misma noche
Capitan, merienda y coche,
y que lo viesse yo mismo.
Lisard.¿Qué mayor seguridad?
que la mar no era aposento,
ni ofende un falso contento
a una amorosa verdad,
y mas a los que no dan.
D.Juan.¡Qué estraña bachilleria!
Berna.Sufra, o mantenga, decia
aquel divino Liñan,
que en igual ocasion Menga
dixo esto mismo a Pelayo.
D.Juan.¿Qué dixo, señor lacayo?
Berna.Seor amo, sufra, o mantenga.
D.Juan.Vete, gallina, al bagaje
allá con los vivanderos.
Berna.En tratando de dineros

sabe todo al mal lenguage:
por no dar los hombres ya,
buscan con afeites viles
los adornos mugeriles,
de que el mundo lleno está:
¿quién dixera que se usára
molde y espejo en los hombres?
D. JUAN. Mientes, bestia, no los nombres,
que en ser politicos pára
essa gala y esse asseo,
y no como antiguamente
aquella rustica gente,
que hoy en sus retratos veo:
dime, ¿quantos hoy soldados
con las vanderas de España
estan en esta campaña
de valor y azero armados,
y dos batallas vencido,
¿no son gallardos? BERNA. Confiesso,
hablo solo del excesso
de cabellos y vestidos.
D. JUAN. Vete a Sayago, villano.
LISARD. ¿Y yo dónde? D. JUAN. Que sé yo,
¿tanto camino passó
un hombre sin una mano?
no puedo desengañar
mis zelos con tu aficion.
LISARD. Pues Don Juan, resolucion,
o quererme, o pelear.
D. JUAN. Vete, que será mejor,
que aqui mueras, que no verte
del Capitan. LISARD. Dessa suerte
ya

ya no me tienes amor.
D.JUAN.Bien te quisiera engañar,
pero es perdernos los dos.
LISARD.¿Cierto? JUAN. Cierto. LIS. Pues a Dios,
que me voy à pelear.
BERNA. ¡Qué crueldad! JUAN. Dexala ir,
que este no es dia de amores.
LISARD.¿Voyme en efecto, señores?
D.JUAN.Digo mil veces, que sí.
LISARD.No digas que no te aviso. *Vase.*
BERNA. ¿Habló con el Rey Don Sancho?
D.JUAN.Tengo el corazon muy ancho.
BERNA. Yo te conocí Narcisso.
¡Pobre muger! D.JUAN. No tratemos,
por si havemos de morir,
mas que de Dios, si vivir
en la otra vida queremos.
BERNA. ¡O qué devoto que estás!
D.JUAN.¿Quién vé diez mil hombres juntos,
que el arma esperan por puntos,
que es lo que le importa mas?
BERNA. ¡Qué brava fiesta, señor,
para vella una mañana
en Madrid a la ventana
desde la calle mayor!
No me pesára que fueras
hoy en tu caballo al Prado,
y yo delante elevado
en las bizarras tenderas:
pero ya.... JUAN. No hay pero ya,
sino con honra morir.
BERNA. Pues esso quiere decir
quien

quien hoy a tu lado está.
D. JUAN. Ya se previene el quartel,
Don Gonzalo viene aqui.
BERNA. ¿Sacamos la espada?
D. JUAN. Sí: España. BER. Caramanchel. *Vanse.*

Salen Don Gonzalo de Cordova; Don Francisco Ibarra, el Baron de Tilli y soldados, uno con un pendon en la una parte un CHRISTO *crucificado, y en la otra la Imagen de la* CONCEPCION *de nuestra Señora.*

FRANC. Ya, señor, no hay que esperallos,
pues a las manos se vienen.
BARON. Siguiendo al Bastardo vienen
sus infantes y caballos,
haciendo tal destruicion
por donde quiera que passa,
que hasta las piedras abrasa
su polvora y municion.
GONZA. Esse el inventor ha sido
destos tratos y maldades,
engañando las ciudades,
que descompuesto ha vencido,
y estan a su devocion.
Aqui ya no hay que esperar,
sino en batalla ordenar
nuestro valiente esquadron,
que pues havemos dormido
un quarto de legua dellos,
arrogancia he visto en ellos,
con que no nos han temido:

y

y parece que es razon,
viendose con gente tanta,
que al mismo contrario espanta
el ver mi resolucion.
Ya sale por los cabellos
del Alva mas presto el sol
á ver el campo Español,
y a dar mayor lustre en ellos
con la reverberacion
de nuestras armas, y es justo
disponer con pecho augusto
a vencer el corazon
de mil Hectores retrato:
tocad cajas y trompetas,
mas decidles que esten quietas,
y dadme silencio un rato.
Españoles valientes, y naciones
generosas y nobles, que venisteis
a seguir de Phelipe los pendones,
cuyos amigos y vasallos fuisteis,
haver probado en tantas ocasiones
los animos valientes, que tuvisteis,
me pudiera escusar, pero no creo
que os ofende con esto mi deseo.
Estos mismos que veis, haveis vencido,
no son otros soldados, ni otra gente:
los mismos Capitanes han tenido,
ninguno es mas feroz, ni mas valiente:
que los que de refresco ha conducido
el Duque de Bullon, Herege ausente,
seran nuestra victoria y su ruina,
porque visoños son sin disciplina.

No-

Nosotros a vencer hechas las manos,
¿qué podemos temer? la Fé nos guia,
y a estos barbaros viles Lutheranos
la codicia, ambicion y la heregia:
pretenden el Imperio estos tyranos,
viniendo la Cesarea Monarchia
tan justamente al que la tiene ahora,
que al santo sucessor de Pedro adora.
Quitóle Federico Palatino
el Reyno de Bohemia a Ferdinando,
mas Phelipe Tercero, ya divino,
pues muerto vive donde está reynando,
no pudiendo sufrir su desatino,
la Casa de Austria como suya honrando,
con justas armas a volver le apremia
a Seleuca, a Morabia y a Bohemia.
La guerra que prosigue su Bastardo
con Cristan de Olstad Obispo intruso,
favorecida con valor gallardo
Phelipe Quarto deshacer dispuso,
Phelipe por quien hoy la palma aguardo,
pues en mis manos su estandarte puso,
Phelipe, como el sol que va naciendo,
y estos nublados viles esparciendo.
Que como suele al parecer la Aurora
por nubes revestida de oro y grana,
saliendo de la noche vencedora
en fé del sol la candida mañana,
Phelipe celestial sus Reynos dora,
huye la sombra de la luz tyrana,
pues si al nacer los huye la heregia,
¿sus rayos qué podran al medio dia?

El

El cielo que nos dió las dos victorias,
tambien nos ha de honrar con la tercera,
la misma causa aníma sus memorias,
nuestra justicia el mismo fin espera:
en nuestro vencimento están sus glorias,
pues nuestra Fé tan firme persevera
por defender vertiendo en tanta copia
su Iglesia a Christo con la sangre propia.
Vos, divino Pontífice supremo,
que en essa Cruz teneis la silla santa,
juzgad, juzgad la causa del blasphemo,
que contra vuestra sangre se levânta:
con vos, Señor, ningunas armas temo,
ni me admira Masfelt, ni Olstad me espanta:
miradme el corazon, abrid los ojos,
que yo quiero vengar vuestros enojos.

Vuelven ahora la imagen de Nuestra Señora.

Y vos, divina Virgen, mi abogada,
mansa paloma, celestial Maria,
pues vuestra limpia Concepcion sagrada
fue desde que nací devocion mia:
guiad vos este brazo y esta espada,
luna, que en vos y en vuestro sol confia
vencer estos Apostatas, que fieros
mellan en vuestra imagen los aceros.
Con esto ¿quién no queda satisfecho
de que ha de ser esta victoria nuestra,
y que el Herege ha de quedar deshecho,
que tan blasphemas arrogancias muestra?
Vos patron, cuya espada traygo al pecho,
 dad-

dadnos vuestro favor, tomad la vuestra:
al arma, al arma. BAR. Tu valor admira.
GONZA. Ea, Españoles, que Phelipe os mira.

Tocan al arma, dase la batalla, y luego sale Don Francisco Ibarra herido.

FRANC. Ea, soldados fuertes, que aun herido
os tengo de animar, hasta que el alma
deje el pecho animoso en que ha vivido.
Jesus, Jesus, la sangre me desalma:
con mis obligaciones he cumplido,
y la mayor victoria, lauro y palma
es morir un honrado caballero
sirviendo a Dios y al Rey, ¡ Jesus, yo muero!
La causa de la Iglesia, y el servicio
de Phelipe merecen justamente
la vida que les doy en sacrificio.
A ellos, mueran ¡ hai valor detente!
el brazo solo falta al exercicio
de las armas, no el animo valiente:
hoy en Flandes sereis, campos estraños,
fama y sepulcro de mis verdes años.
Cae muerto.

Sale el Bastardo con una rodela, y la espada desnuda.

BASTAR. Ea, mis valerosos Alemanes,
honrad la patria, la amistad, el zelo
de nuestros siempre amigos Capitanes,
que vuestra causa favorece el cielo:

los

Los Españoles siempre, son galanes,
no se han criado en el rigor del hielo
donde nacisteis, que en efecto encierra
todas las condiciones de la guerra.
No piensen los Papistas que está hecho
por las victorias que nos han ganado,
que aun vive el corazon dentro del pecho
con los deseos de quedar vengado.
Ya huye el fiero exercito deshecho,
que ya el Obispo le ha desbaratado
con la caballeria, ¿mas qué digo,
que ya vuelve sobre él el enemigo?
El animo de Cordova famoso
los Españoles a la guerra aníma,
ya cobra lo perdido, y rezeloso
ni el fuego teme, ni la vida estima.
Tercera vez le temo victorioso;
que apenas hay valor que le reprima.
¡Qué es esto, cielos! sin mudanza alguna
puede estar en la guerra la fortuna!

Sale el Obispo herido en una mano.

OBISPO. Pesia la guerra, y el primer infame
que la inventó. BASTAR. ¿Qué es esto,
Olstad amigo?

OBISPO. Herido estoy. BASTAR. ¿Quereis que gente llame?

OBISPO. Un brazo me ha passado el enemigo.

BASTAR. Pues antes que la sangre se derrame
en mayor cantidad, venid conmigo.
¿Pareceos que hay peligro? ¿hay grande herida?

Obispo. Bastante fue para perder la vida.
Bastar. Pesia la bala, y al Papista fiero,
que tuvo tal destreza en acertaros.
Obispo. De mi fortuna lo aprendió primero,
que a sus mudanzas ¿quién pondrá reparos?
Bastar. Haced como valiente caballero,
que tengo de morir, o he de vengaros.
Obispo. Parece que nos vencen. Bas. Pues vencida
quede con el honor tambien la vida. *Vanse.*

Sale Bernabé, y Pierres villano huyendo dél.

Berna. ¿A mi brazo te resistes?
rindete diablo, borracho.
Pierre. ¿Pues que le demande bu?
Berna. Yo no entiendo essos vocablos,
venga el dinero. Pierres. ¿El argen?
Berna. Los escudos, Lutherano.
Pierre. Li pudie donarli prest.
Berna. Saca, o el alma te saco.
Pierre. Ya purtireis de traball,
no bull faire. Berna. No te aguardo,
y sacudote en la testa. Pierres. ¡Hai me!
Berna. Por Dios que trahe casco.
Pierre. El bugre Español me ha mort.
Berna. Bugre, o mugre con los diablos
cenarás aquesta noche.

Sale Don Juan Ramirez con la espada desnuda.

D. Juan. Ya nos van dejando el campo.
¿Qué es aquesto, Bernabé?

BERNA. Andar a caza sin galgos
de la plata de esta gente,
que ya vamos degollando.
Dentro. Victoriá España, Phelipe,
victoria por Don Gonzalo.
D.JUAN.¡Qué voz de tanto contento!
pero en parte la ha templado
de Don Francisco de Ibarra
la muerte, que peleando
como un Achiles, dió el alma
al cielo, a la fama brazo,
a su patria honor y gloria,
la vida al Rey. BERNA. ¡Triste caso!

Sale Lisarda con la espada desnuda como que viene herida.

LISARD.¡Valgame el cielo, y que fin
a mis desdichas he dado!
¿quién me truxo a tanto mal?
Amor, causa de mis daños,
¿dime si ya estás contento?
D.JUAN¿Qué estoy oyendo y mirando?
¿no es Lisarda quien se queja?
BERNA. La misma. D.JUAN. El alma me ha dado
sospechas de que está herida:
¿es Lisarda? LISARD. Soy, ingrato,
una muger desdichada,
a quien por quererte tanto
hoy han quitado la vida.
D.JUAN. Tenla, Bernabé, en los brazos,
mientras me quitan la mia.

Lisard. ¿Ahora traydor? D. Juan. ¿Pues quándo
con mas razon? ¿qué locura
con pecho desesperado
te llevó a morir, mi bien?
¿quál fue el barbaro villano,
que quitó a la tierra el sol
escureciendo los rayos,
con que essos divinos soles
le estuvieron alumbrando?
¡O quién te huviera creido!
que el dejarte fue pensando,
que no havias de atreverte,
sino esconderte en el campo;
que si imaginára yo,
que amor te obligaba a tanto,
antes perdiera mil vidas,
que dejarte de mi lado:
antes sufriera mis zelos,
con ser el mayor cuidado
que ha dado el cielo a los hombres,
y mayor, quanto mas sabios.
Aqui se acabó mi vida,
y aqui tambien se acabaron
mis esperanzas, que en fin
cayeron hechas pedazos.
No quiero volver a España,
ni como tuve pensado,
llevar la vandera negra,
que quité con estas manos
a un Alferez Aleman,
a Madrid mi patria, honrando
la Capilla de los Vargas.

Tú

Tú si entre tantos soldados,
Bernabé, mi cuerpo hallares,
envuelveme en ella, y dando
sepultura a mis desdichas,
di, que fui desesperado
a morir entre vencidos,
por ser a un angel ingrato.

LISARD. Tente, detente Don Juan,
que quanto he dicho es engaño
para conocer tu amor.

D. JUAN. ¿Engaño? LISARD. ¿Qué estás dudando?
no estoy herida, ni soy
tan necia, que me he guardado
de los peligros muy bien.

BERNA. ¡Hay embuste mas estraño!

D. JUAN. Corrido estoy, vive Dios.

BERNA. Pienso que ha resucitado,
porque todas las mugeres
tienen astucias de gatos.

LISARD. ¿Pues pensabas tú que havia
de ponerme a los balazos
de un Tudesco, por tus zelos,
ni por tu amor? malos años:
y falso, si me querias
como ahora lo has mostrado,
¿por qué por causa tan leve
hiciste desprecios tantos?
assi tanto me quereis?
pues ahora que de falso
sé que envidais libertades,
y descartais desengaños,
yo os haré que me soñeis.

D. JUAN.

D. JUAN. Vive tú, y esté soñando
estos disparates yo
con este amoroso abrazo.

LISARD. Quita allá, que las mugeres
sufren desprecios amando,
y siendo amadas se vengan
de los passados agravios.
No me quisiste en salud,
y quando me estoy quejando
de que me muero, me dices
requiebros enamorados.
¿Qué tenemos las mugeres,
que muertas os agradamos?
¿quál hombre no llora entonces?

BERNA. Bien dice, y es caso estraño,
despues de muchas pendencias,
ver un viúdo muy bravo
llorar por una muger,
y rebuznar como un macho,
diciendo, que ha de meterse
mañana frayle descalzo,
por una muger, a quien
por horas mataba a palos.

D. JUAN. Basta, Lisarda, que has hecho
conmigo. LISARD. Escuchame un rato:
no quiero volver a España,
ni como tuve pensado,
llevar la vandera negra,
que quité con estas manos
a un Alferez Aleman,
a Madrid mi patria, honrando
la Capilla de los Vargas.

BER-

BERNA. Por Dios que se está burlando
de tu justo sentimiento.
LISARD. Tú si entre tantos soldados,
Bernabé, mi cuerpo hallares,
envuelveme en ella, y dando
sepultura a mis desdichas,
di, que fui desesperado
a morir entre vencidos,
por ser a un angel ingrato.
D. JUAN. Tú venganza por mi bien
me alegra, Lisarda, tanto
viendo que vives, que estoy
en tus burlas descansando
de la pena que tenia:
y pues sabes que te amo,
vuelve a tu primera forma,
que pues vencido el contrario
no ha de haver guerra este hibierno,
quando a la patria no vamos,
a Napoles volveremos.
BERNA. Para camino tan largo
mejor es no mudar trage,
fuera de ser tan bizarro
este que teneis ahora,
que las mugeres han dado,
digo algunas, en querer
vestirse por modo estraño,
han hecho hacer de algodon,
como las Flamencas, haros,
el talle por la rodilla,
el chapin de vara de alto,
con que quando se desnudan

de mas cascaras y trapos,
que un palmito de Valencia,
sale un espiritu flaco.
Pues en llegando a molleras,
quitando el cabello falso,
la mitad del justo precio
se puede llamar engaños:
por la mayor parte son
estos cabellos rizados
de mugeres ya difuntas,
y assi dos casados calvos
rezaban todas las noches
a sus dueños dos rosarios,
y las hacian decir
responsos por todos Santos.
D. JUAN. Siguiendo van el alcance;
si en platicas nos estamos,
mira que podrán decir
que no havemos peleado.
Sigueme, Lisarda mia,
que pues los van degollando,
no hay de que tengas temor.
LISARD. ¿Temor, y mas á tu lado?
gozemos de los despojos,
tú de los que irás matando,
y yo de haverte vencido.
D. JUAN. Ser vencido de tus manos
tengo por mayor victoria,
que las que tuvo Alexandro.

Salen Don Gonzalo de Cordova con la espada desnuda, y el Baron de Tilli.

GONZA. Ea Españoles valientes,
no quede vida en el campo,
vengad los muertos amigos,
y el mayor que me ha faltado
en Don Francisco de Ibarra.
BERNA. Huyendo van los Hereges
al monte, como a sagrado.
GONZA. Huyan los Hereges viles.
A los despojos, soldados,
no se nos lleven vandera.
Dentro. Victoria por Don Gonzalo.

Vanse, y sale Madama Laureta y Jaques.

MADA. Esta cadena te doy
por las nuevas. JAQUES. Dios te guarde,
no me vine de cobarde,
que ya sabes tú quien soy,
sino porque en envistiendo
la fuerte caballeria
del Obispo, que a porfia
los hizo volver huyendo,
no quise que en darte aviso
me ganassen por la mano.
MADA. Siempre lo tuve por llano,
perderse el Cordova quiso;
muchas victorias queria,
necio anduvo, que en alguna
a la mudable fortuna

temer discreto podia.
Màs en la prosperidad
¿quál hombre discreto ha sido?
ya pienso que havrán vencido.

JAQUES. Es infalible verdad,
que salieron con el sol
las vanderas vencedoras,
y apostaré que a estas horas
no queda vivo Español.

MADA. Altamente se han vengado
de las passadas afrentas:
¿pero cómo no me cuentas
de mi valiente soldado?

JAQUES. Si tú sabes su valor,
¿qué tengo que encarecerte?
fue rayo, fue espada y muerte
del Catholico furor:
bien puede ponerse España
luto, y afligirse Roma.

MADA. Si Masfelt las armas toma,
y el Obispo le acompaña,
hago cuenta que ya están
Roma y España vencidas.

Sale el Bastardo con la espada desnuda y herido.

BASTAR. Murieras de las heridas,
o famoso Capitan,
y no de haverte curado,
pues fuera gloriosa muerte,
y mas venturosa suerte
morir en campaña armado:

pe-

pero no quiso igualar
el cielo con tu valor
tu dicha. MADA. ¡Qué gran temor!
JAQUES. ¿Temor? MADA. ¿Pues puede llegar
desta suerte un victorioso?
¿Conde? BAS. ¿Señora? MA. ¿Qué es esto?
¿cómo venis descompuesto,
humilde, triste y quejoso?
BASTAR. Yo vengo, Madama hermosa,
como los vencidos vienen,
que solo el quejarse tienen
por consuelo. MADA. ¡*Estraña* cosa!
¿luego no haveis vos vencido,
y este necio me ha engañado?
BASTAR. Volvió la fortuna el dado,
lo que ganaba he perdido,
que al principio fui dichoso,
como suele acontecer.
JAQUES. Yo ví, señora, vencer,
mas ya sabes que es forzoso,
que al fin se cante la gloria.
MADA. ¿Luego no havrá para mí
las tres cosas que os pedí,
si es de España la victoria?
BASTAR. Otras tres traygo por ellas
desta suerte. MADA. Ya os escucho,
que es fuerza que valgan mucho,
si han de competir con ellas.
BASTAR. Por la cabeza que havia
de traheros por regalo
del valiente Don Gonzalo,
rompida os traygo la mia.

Por

Por la vandera de España
dejo entre sus manos fieras
cautivas siete vanderas,
y rotas por la campaña.
Por la cadena y retrato
traygo en mí sin honra alguna
un retrato de fortuna,
y de su mudable trato:
de suerte que os traygo aqui
en un sujeto presentes
tres cosas bien diferentes
de las tres que os prometí.
El animo fue mayor
de lo que debia ser,
de suerte que el prometer
pudo estar en mi valor,
en que sin falta ninguna,
Madama, os pensé servir,
pero el poderlo cumplir
en manos de la fortuna.
MADA. Como vos vengais con vida,
triumphe el Español, no importa.
BASTAR. Fue mi ventura tan corta,
que élla sola es la vencida.
No blasone de ninguna
victoria el Cordova aqui,
que no me ha vencido a mí,
sino a mi adversa fortuna.
MADA. Ya que he sabido de vos,
aunque no como quisiera,
¿qué hay de Olstad? BAS. La muerte espera,
de que me pesa por Dios

mas

mas que el haverme perdido,
que era el Obispo excelente
Capitan, y el mas valiente
soldado que he conocido.
Herido salió en un brazo,
y hanselo cortado ya,
de que presto morirá,
o no será largo el plazo.
Murió el Baron de Rolin,
y Don Alexandro, Martes
de la guerra, ocho estandartes
dejo perdidos en fin,
sin infinitos despojos,
bagaje y artilleria,
y entre la caballeria
(para doblar mis enojos)
al fuerte Duque Saxon
de la Casa de Beymar.

MADA. ¿Quándo podreis restaurar
tan notable perdicion?

BASTAR. Tarde, o nunca; en mal estado
quedan de hoy mas nuestros nombres,
que mas de quatro mil hombres
ha el Español degollado:
Vamos que no estoy seguro,
aunque tres leguas de Bleda,
si hay muro alguno que pueda
ser a mis desdichas muro.

MADA. El cielo te dé el consuelo,
que yo le pido llorando.

BASTAR. No querrá, que voy pensando,
que tengo ofendido al cielo. *Vanse.*

Sa-

Salen Don Gonzalo de Cordova, el Baron y soldados, cada uno con su estandarte como los va nombrando Don Gonzalo, y Don Juan, Bernabé y Lisarda.

GONZA. Despues de haver al cielo gracias dado
por el sucesso desta gran victoria,
donde parece que él ha peleado,
pues que sólo se debe á Dios la gloria:
toca premiar a todo buen soldado,
y que su nombre tenga la memoria,
que hã merecido tan heroica hazaña,
con la del Rey Catholico de España.
Llegado havemos de Bruselas cerca,
pues la señora Infanta, phenix rara,
nos quiere honrar, saliendo de la cerca
la divina Isabel Eugenia clara.
Advertid que en mirando que esta cerca,
pues ya su viva luz el sol dispára,
dispare nuestra gente de tal modo,
que vuelva a confusion el mundo todo.
BARON. La gente con curiosa diligencia
quiere fingir su exercito vencido.
GONZA. Será famosa fiesta, y diligencia
justa imitar, Baron, lo sucedido
en esta guerra. BAR. Puesta en la presencia
de su Alteza, será bien recibido
el zelo con que a verla el campo llega.
GONZA. Toca y dispara. *Disparan.*
BARON. El ayre y polvo ciega.

Sa-

Sale la señora Infanta.

INFANT. ¡Qué exercito tan lucido!
GONZA. Deme los pies vuestra Alteza.
INFANT. O valiente Don Gonzalo,
tan digno de fama eterna.
GONZA. Dessa merced soy indigno,
que las alabanzas vuestras
un Cesar, un Alexandro
solo pueden merecerlas.
INFANT. Vos sois Christiano Alexandro,
y vos sois Español Cesar.
GONZA. El imperio y la corona,
si fuera Cesar, pusiera
a essos pies, y si Alexandro
el mundo, parte pequeña
del estrado que pisais;
mas pues no tengo que ofrezca
cosa en mí digna de vos,
desta victoria lo sea
aquestos ocho estandartes,
estos quatro con empresas:
este naranjado tiene
tres rosas, dice la letra:
ENTRE ESPINAS: significa
por dicha el premio en la guerra.
Este con la mano armada,
que esta espada blanca muestra
es del Bastardo Masfelt:
dice la letra bien necia;
POR LA LIBERTAD; y viene

contra el Imperio, y la Iglesia.
Este dice: Por la patria:
tiene en un ara sangrienta
un Cordero degollado,
volviendo jaspe la piedra:
pienso, que fue del Obispo,
que dicen que muerto queda.
Este, con el Minotauro:
Con esperanza y paciencia,
que fue del Duque Saxon:
pero no es justo que tenga
entretenido tan mal
tanto tiempo a vuestra Alteza.
Infant. Valeroso Capitan,
que de la Casa de Sessa
sois otro nuevo Gonzalo,
honra suya, y gloria nuestra,
yo huelgo de conoceros,
y assi es muy justo que venga
a daros el parabien,
que si el contrario venciera
estando, como lo veis,
entre Loucina y Bruselas,
perdieranse estos Estados,
y assi no es mucho que os deban
no menos que su remedio.
Yo vengo a ser la primera
que os quiero dar de mi mano
esta vandera, y con ella
las armas de España, en tanto
que el Rey mi sobrino os premia,
y que el Pontifice Sacro,

que

que hoy la defiende y gobierna,
os dé la rosa y la espada
por Capitan de la Iglesia.
Al Baron le quiero dar
una joya, y le quisiera
dar un Reyno. A los demas
Capitanes desta empresa
quieren dar en sus festines
estas señoras Flamencas,
despues de muchos favores,
plumas, vandas y cadenas.
GONZA. Vuelvo a besar vuestros pies,
pero vuelva vuestra Alteza,
verá la misma batalla.
Disparan dentro.
D. JUAN. Lisarda, si aqui peleas,
no digas que te han herido.
LISARD. No haré, que ya se me acuerda,
para que vayas a honrar,
Don Juan, con vandera negra
la Capilla de los Vargas.
BERNA. A su Alteza hablar quisiera,
para que me diessen algo.
D. JUAN. Tiempo, Bernabé, te queda
para pedir tus servicios,
y aqui la victoria cessa,
aunque no cessan jamas
en la gran Casa de Sessa
las bien heredadas armas,
que dieron con dicha eterna
Reynos al Rey de Castilla
y ahora victorias nuevas.

PYRA SACRA

EN LA MUERTE DEL EXCELENTISSIMO SEÑOR D. GONZALO FERNANDEZ DE CORDOVA, CARDONA Y ARAGON, DE LA ORDEN Y CABALLERIA DE SANTIAGO, COMENDADOR MAYOR DE ARAGON, &c.

AL funeral, a las exequias pias,
a la memoria ilustre, al zelo santo
de un sol, que amaneciendo a eternos dias,
bañó la noche de su Ocaso en llanto;
al sacro honor de las cenizas frias
vida inmortal instruye, Apolo, el canto
para principio de mayores sumas,
que el alma de las armas son las plumas.

Al segundo GONZALO, cuyo zelo
con tal virtud administró la guerra,
que conquistó con la del alma el cielo,
y con las armas admiró la tierra;
no tumulo mortal, cuyo modelo
estrecho, aunque legal limite cierra,
sino inmortal le constituya gloria,
digna a su fama, ilustre a su memoria.

Vos

Vos, Principe, a quien mas por sangre toca,
generoso Luis, el sentimiento
de perdida tan grande, que provoca
quanto es capaz de libre entendimiento,
en tanto que a las rosas de la boca
la fama aplica el sonoroso acento,
oid como le ofrece exequias Marte,
laurel la eternidad, tumulo el arte.

Llorando estaba Fabio la improvisa
desdicha, al tiempo que la rubia Aurora
con serena atencion, con dulce risa
argenta fuentes, y campañas dora:
purpuraba de roja manutisa,
y nevado jazmin el rostro a Flora,
tomando de sus lagrimas suaves
alternativos numeros las aves.

Quando subitamente Nympha hermosa
le asió del brazo, y por el vago viento
tendió las alas de color de rosa;
y el turbado pastor, mudo elemento
a la voz agradable, aunque imperiosa,
siguió su luz intrepido y atento,
y Ganymedes del mayor planeta
subió Phaethon, y se temió cometa.

La frente un monte en el Parnasso enrama
de myrthos y laureles guarnecida,
por quien a Delpho y Delo el Sol desama,
y el Pangeo rosal Venus olvida,
en quien le trasladó sobre la grama,
que calzaba tenaz, humedecida
de un arroyuelo crespo en vidro helado,
verdes cothurnos a los pies de un prado.

No

No lejos la florida perspectiva
tumulo tan esplendido le ofrece,
que igual al cielo su cerviz altiva
coluna de su fabrica parece:
la Pyra convertida en llama viva
en su mismo elemento resplandece
con tantas luces, que pudiera en ellas
la escura noche imaginar estrellas.
Tres cuerpos de orden Dorica divisos
en proporcion conforme sostenian
colunas de altos marmoles, que lisos
los rostros como espejos repetian:
basas, cornisas, chapiteles, frisos
a los rayos de Apolo competian,
y a diamantes, zaphyros y balajes,
penachos de oro en ramos de follages.
En el primero cuerpo, que en diez gradas
la pompa de la machina sufria,
tumba funesta en aguilas doradas
el de su ilustre dueño descubria
con armas negras de la espada honradas
del Español Patron la que ceñia:
si alguna envidia la pusiera en duda,
tambien mostrára roja a estar desnuda.
Baston de General, guion bordado,
a cuyas ventidos vanderas pudo
con las de sus victorias ilustrado,
las orlas dilatar al fuerte escudo:
en el segundo cuerpo un heroe armado,
que puso al Macedon silencio mudo,
decia al fin un Lyrico Anagrama:
Este es el phenix de mi nombre y fama.

La

La celada lustrosa, que corona
monte de plumas, un leon tenia;
que tanto en bronce el arte perficiona,
que parece a sus pies que los temia:
con el nombre de CORDOVA y CARDONA
el pecho una cartela guarnecia,
porque quien juntos a los dos mirasse,
qual era mas leon considerasse.

Aurifero el tercero encasamento,
que remataba un alto frontispicio,
mostraba con beligero ornamento
una Doncella de su nombre indicio:
en torno de la planta y fundamento
miraban el esplendido edificio
lienzos, en que batallas retratadas
aun daban movimiento a las espadas.

Alli se via un General ungido
de la Sacerdotal Orden sagrada,
que a ser por Dios el militar vestido
la mitra no estorvára la celada,
fugitivo de un mozo esclarecido,
que le seguia con desnuda espada,
vibrandola feroz en vituperio
de los rebeldes al Augusto Imperio.

Ya vimos en acciones semejantes
por la causa de Dios rojo Capelo
de un Albornóz texido de diamantes,
que le quisiera pavellon el cielo,
volver a Roma en carros mas triumphantes,
que los de Mario, Cesar y Metelo,
y aunque Español pacificando a Italia,
la toga al pie, la espuela en la sandalia.

Vis-

Vistióse el Cisne del famoso Henares
en los campos de Oran en vez de estola,
para vencer murallas y aduares,
sobre la roja purpura la gola:
dilatar los Christiferos altares
fue empresa celestial, gloria Española,
que no como Alberstad por causa injusta
para ofender la Majestad Augusta.
Armado de la gola a la escarcela
tambien se via de Masfelt el Conde,
que como el fuego, o la prision rezela,
entre unos verdes alamos se esconde:
en cercos de oro la victoria vuela,
a cuya voz parece que responde,
hurtandole los ecos la campaña:
Viva el Aguila de Austria, el Leon de España.
Como suelen correr los cazadores,
y con su voz los anhelantes canes,
siguiendo liebres, que entre hierba y flores
se ocultan con trayciones y ademanes;
a los vencidos siguen vencedores
los fuertes Españoles y Alemanes,
en cuya fuga del temor causada
mataba mas la prisa, que la espada.
Y como ya rendidas las espigas
al trillo mira el labrador ufano
en premio de tan asperas fatigas
pisar el pie lo que sembró la mano;
assi de las vanderas enemigas
el noble joven, Scipion Germano,
por sangre, por despojos, por infantes
pisaba las empresas arrogantes.

Lienzos, o gran Vicencio, anticipados
a los que deberán a tus pinzeles,
en la sala real tantos soldados,
son estos hoy de imaginado Apeles,
de la batalla singular traslados
de aquel que mereció tantos laureles,
que hasta la muerte en esta sacra pyra
su vida llora y con piedad le mira.

No de otra suerte, que turbado el cielo
el pez Austral sus mismas aguas llueve,
que con denso rigor convierte el hielo
en mariposas de argentada nieve,
cuyos liquidos atomos el suelo
para la sed de Agosto en Marzo bebe,
Cupidos militares esparcian,
laureles que el exercito cubrian.

Nueve Doncellas, doctas como bellas,
entre alabanzas, glorias y decoros,
dilataban endechas y querellas,
élegos versos alternando a coros,
no lejos de las flebiles doncellas,
de la inmortalidad ricos thesoros,
sabios, que en el laurel lo parecian,
en oro con diamantes escribian.

Mirando Fabio cosas tan confusas,
pidió a su Nympha no le fuesse ingrata,
que aunque valerse presumió de escusas,
assi la voz al zephyro desata:
Fabrica es esta de las nueve Musas,
que a los rayos de Phebo se dilata,
porque no mereció menor corona
DON GONZALO DE CORDOVA Y CARDONA.

Quiso el divino Apolo desta suerte
equivocas formando trompa y lyra,
honrar su vida, y celebrar su muerte,
en esta militar sagrada pyra:
aquel en bronze, y mas eterno y fuerte,
que atento el phenix de su nombre mira,
es el Gran Capitan, de cuyo nido
salió de plumas candidas vestido.

La que dellas vestida con mas ojos
de verde y plata, que el pavon de Juno
las alas ciñe, y de penachos rojos
mas ondas de oro, que en la mar Neptuno,
es la que destos tragicos despojos
Mercurio tan veloz como importuno
al mas remoto clima, o mar se arroja;
que apenas la talar fimbria le moja.

Qual suele el sol, que al Occidente espira,
sumergirse en el mar entre oro y grana,
que infante el Indio por sus montes mira
en el rosado albor de la mañana,
assi la fama, que los orbes gira,
desde Aragon en la melena cana
de las nevadas cumbres de Moncayo
naciendo exhalacion, trocóse en rayo.

Dixo como despues de las batallas
de los sobervios Suecos divididos,
que las tierras del Aguila vasallas
penetraban feroces y atrevidos
las rotas armas, las sangrientas mallas,
despojos ya de exercitos vencidos
entre tanta nacion y tierra estraña
de los Paises Bajos vino a España.

Can-

Cansado de las armas, no cansado
de servir a su Rey, en su Encomienda
pensaba humildemente retirado,
seguir de la virtud la estrecha senda,
que entre las condiciones de soldado
con tal prudencia gobernó la rienda,
que en todas las acciones de su vida
no fue la parte superior vencida.

Mas ya para que diesse a tantas glorias
premio en la verdadera el fin humano,
azechaba la muerte sus victorias,
a quien todo mortal resiste en vano,
si el tumulo que ves, si las historias
que admiras, mereció su heroica mano,
mejor la discrecion y la obediencia
resignacion de la final sentencia.

Llegado el punto, en que la vida acaba,
que la mas larga feneció momento,
parece que la muerte respetaba
aquel jamas vencido ilustre aliento:
ya no la trompa belica escuchaba,
mas la final de temeroso acento,
pero con esperanza de la vida,
corona de las obras merecida.

DON GONZALO murió, murió en efeto
la humildad, el valor, la cortesia,
faltó de España un Capitan discreto,
que tuvo en el obrar la valentia:
perdió la guerra un varonil sujeto,
la paz, aunque tan poca visto havia,
un Consejero, y su apellido un hombre,
que honró dos veces el valor y el nombre.

O gloria de la tierra, o bienes vanos,
grandezas, edificios, pompas, oro,
que sin mirar los limites humanos
fundais en breve vida gran thesoro:
obran la fama, y la virtud las manos,
segunda vida de inmortal decoro;
mas vuelve, Fabio, al tumulo que miras,
si te provocan ya trompas y lyras.

Hijas de Mnemosyne son aquellas,
de quien oyes la tragica harmonia,
Erato, que de amor forma querellas,
Caliope, Terpsichore y Thalía,
Euterpe, Clio y Melpomene bellas,
Urania y la sonora Polymnía,
que su virtud, que es la mayor hazaña,
cantan en gloria de su patria España.

Estos que escriben son ingenios raros
de los que ahora en el Parnasso viven,
historiadores y poetas claros,
que sus hazañas belicas escriben,
y a sus hechos heroicos y preclaros
la casta prosa y versos aperciben
en lengua limpia, que es de ingenios mengua
por vanagloria adulterar la lengua.

Aquellas que llorando entre las gradas
de luto justamente se vistieron,
son de su ausencia y falta lastimadas
las Virtudes que en él resplandecieron:
en climas de naciones apartadas
la cortesia y la humildad le hicieron
tan bien quisto y amable, que pudiera
vencer con ellas, quando no venciera.

Con

Con estas, y su claro entendimiento
ganó, como victorias, voluntades,
porque es el mas heroico vencimiento,
que de batallas, reynos y ciudades:
con este siempre amable fundamento
allana la virtud dificultades,
que aventurar las armas no conviene,
si la reputacion peligro tiene.

Tal vez en el gobierno, si declina
la fortuna dudosa a la contraria,
es militar discreta diciplina
dudar la desigual, temer la varia:
para escusar una fatal ruina
fue siempre la eloquencia necessaria,
que donde está la causa en contingencia,
mas puede que la espada la eloquencia.

La cadena del Hercules Thebano,
que de la boca asida conducia
tras sí los pueblos, no fue exemplo vano,
pues la eloquencia, y no el podêr vencia:
no siempre puede sujetar la mano
feroces monstros, que la tierra cria:
quien supo en Alemania castigallos,
en Italia supiera sujetallos.

La verdad, que dixeron tantos sabios,
que se volvió despues del siglo de oro
al cielo, huyendo los humanos labios
por no se ver atropellar del oro
con la justicia, que mirando agravios
hoy es imagen al celeste coro,
a DON GONZALO justamente lloran,
y las gradas del tumulo decoran.

La Liberalidad y la Prudencia
son las que miras; y el Desprecio humano
de toda vanagloria y preeminencia
es aquel noble y venerable anciano:
la virtud militar, la resistencia
en Carthago del inclito Romano,
de una esmeralda casta coronada
las victorias iguala de su espada.

Aquella que con pernos de oro cierra
las armas de diamante, peto y gola,
y del Cesar Germanico en la tierra
la vandera Catholica enarbola,
es la buena fortuna de la guerra,
que a Don Gonzalo le bastára sola:
mas fue con proprias fuerzas y divinas
Hercules de las hydras Palatinas.

Como en sortija de rubí y diamante
forma el engaste de dos piedras una,
ha de tener el Capitan constante
proprio valor con exterior fortuna:
mas animoso Cesar, que arrogante
a Amiclas dixo, sin temer ninguna,
y del proprio valor fïel testigo:
La fortuna de Cesar va contigo.

Aquel feroz de la celada abierta,
que tremola diversos tafetanes,
es el planeta quinto, que concierta
la amistad de Españoles y Alemanes:
la que de paños funebres cubierta
hoy llora tres ilustres Capitanes
por tanta insigne y victoriosa hazaña
es la Imperial y siempre Augusta España.

A los pies siempre firmes adornados
de cothurnos de azero y listas de oro
tiene la Envidia en quanto ven dorados
los limites que aró de Europa el toro:
aquellos Estandartes levantados,
castigo del Herege, Turco y Moro,
muestran con sus Castillos y Leones
del invicto Phelipe los blasones:

PHELIPE QUARTO, cuyo nombre vino
para su imperio a imitacion de Apolo,
pues con el mismo universal camino
gobierna el nuestro y el opuesto polo:
a quien los pinos, que con pardo lino
constituye portatiles Eolo,
por el discrimen de diversos mares
rinden los dos metales luminares.

La que tiene en la fulgida vandera
el Caliz de oro con el Pan divino,
circunferencia y soberana esphera,
mayor que el cielo, aunque del cielo vino,
es la virtud Theologica primera,
que el Español David tanto previno,
que nunca, y assi fue tan acertada,
sin consultar a Dios sacó la espada.

Aquel que con el dedo sobre el labio
el silencio de Harpocrates imita,
muestra con muda accion lo que en el sabio
mayores excelencias solicita:
hace el soldado a su valor agravio,
que al referir la empresa pone y quita,
porque el que miras nunca, aunque pudiera,
habló en la guerra de la guerra afuera.

Los

Los lienzos, que a manera de países
pintados miras, son de sangre rojos
los campos de Florú, para que pises
armas, vanderas, tiros y despojos:
dichoso el hijo del Troyano Anchises,
sus guerras, sus peligros, sus enojos,
que halló un Virgilio con que el mundo admira,
que hasta en esto es dichosa la mentira.
O quiera el cielo producir ingenio,
que estas verdades victoriosas cante
con tal estudio y peregrino genio,
que Ulysseas y Eneidas adelante
con pluma heroica: O tú famoso Ismenio,
en laminas escribe de diamante
vida y valor del Español bizarro,
el triumpho insigne y el dorado carro.
En quien varias vanderas y naciones
podrás poner gloriosamente atadas,
Galos, Suecos, Esguizaros, Theutones,
las armas con la sangre matizadas,
y en otra parte armados esquadrones,
dejando tiros y esgrimiendo espadas,
y el campo salpicado de colores,
como se mira por Abril de flores.
En el bridon a DON GONZALO pinta
cómo gobierna las armadas huestes,
qual suele el sol por su dorada cinta
entre signos y imagenes celestes:
con el planeta de la esphera quinta
le pinta como a Pylades y Orestes,
y cómo al palio victorioso anhela,
con la voz, con la espada y con la espuela.

Co-

Como suele la trifida saeta
despedida de Jupiter ayrado,
que ni palacio, ni cabaña aceta,
escondese el pastor, huye el ganado
al tremebundo son de la trompeta,
describe en sangre, y en sudor bañado
el portentoso joven de Cardona,
de ayroso cuerpo, y de gentil persona.

Dirás como en servicio de Phelipe,
de dos mundos Monarcha soberano,
sangre y amor le hicieron que anticipe
la espada al bozo, y a la edad la mano,
porque en la primavera participe
del fruto, que le dió Campo Germano,
que antes que salga el sol, que se apercibe,
con rasgos de oro el horizonte escribe.

Escucha como canta Melpomene
de nueve ilustres muertos Generales
a quien la fama el mismo honor previene,
en numero y en meritos iguales:
el gran Cortés lugar debido tiene
a sus triumphos terrestres y navales,
porque dió su valor a un mundo leyes,
y a su Rey natural vasallos Reyes.

Con el Gran Capitan se honró la fama,
terror de los Franceses y del mundo,
porque sin nombre le conoce y llama
por atributo Macedon segundo:
de laurel y coral la frente enrama
al Marqués de Cañete el mar profundo
de la barbara Chile, de quien goza
proprio laurel, no hurtado, aunque es Mendoza.

Al Duque de Alba, al sol esclarecido,
que de tantas adorna su vandera,
Toledo vencedor, jamas vencido,
de oro y diamantes le previene esphera:
y al Bazan del Crucigero apellido
todo el laurel maritimo le diera,
mas hijo y padre parten hoy las hojas
del arbol verdes, del azero rojas.
Al gran Marqués Spinola apercibe
nuevos elogios, triumphos y memorias;
si en la inmortalidad su nombre escribe,
pluma Italia dará, Flandes historias:
de Achiles Español el nombre vive
en el Duque de Feria, cuyas glorias
la muerte interrumpió, que si viviera,
todos los nueve de la fama fuera.
Quanto circunda el sol, quanto el mar baña
fama inmortal a Don Fadrique debe
por tan raro valor, por tanta hazaña:
¡o muerte rigurosa, o vida breve!
pero si cierran, muerte, fama, España,
con Don Gonzalo el numero de nueve,
sepa la envidia, que otros vivos quedan,
que de la fama al numero sucedan.
O valiente Español, o joven fuerte,
alumno de los heroes inmortales,
que hallaron nueva vida por la muerte,
a los phenicios pajaros iguales:
vida te concedió breve la suerte,
pero digna, que el tiempo en sus anales
la escriba, para ser su eterno assiento
sereno Olympo, que respete el viento.

Faltaban muchas hojas a tu historia,
quando la Parca la rompió atrevida,
o fuesse que la envidia de tu gloria
causó tu muerte y abrevió tu vida:
mas si tuvo de él comun victoria,
de tu fama inmortal quedó vencida,
que no murió quien otra vida adquiere,
pues vive al cielo, quando al mundo muere.

Tu santa muerte, Capitan famoso,
que este nombre le dan los que la vieron,
en el dulce semblante, en el reposo
tus obras y virtudes escribieron:
vive otra vida, vive generoso
varon, digno de honor, en quien se vieron
Marte sin Venus, canas sin tenellas,
honra sin ambicion por merecellas.

Que en tanto que a los exes de oro asida
gyros la celestial fabrica diere,
y del primero mobil impelida
en infinitos orbes procediere,
tus virtudes tendran eterna vida,
que es alma la virtud y nunca muere,
y tus acciones partirán difusas
historias graves y canoras Musas.

Marte colgó la espada a un verde pino,
porque regida de tan fuerte mano
prenda que reservó brazo divino,
mortal valor la pretendiesse en vano:
solo, gran Duque, vos, solo vos digno
ya por virtud sereis, ya por hermano,
para que al lado del Monarcha nuestro
a su heroico blason suceda el vuestro.

Dos instrumentos, que templados baña
el ayre, harán igual sonoro acento,
y la espada, saliendo a la campaña,
en una misma sangre el mismo aliento:
que si el Monarcha de la invicta España
castillos de oro desdoblare al viento,
vos mostrareis, que en vos su vida vive,
que un phenix de otro phenix la recibe.

SI NO VIERAN LAS MUGERES.

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes:

Isabela *dama.*
Florela *criada.*
Federico *caballero.*
Tristan *criado.*
El Duque Octavio.
El Emperador Othon.
Fabio *caballero.*
Alexandro *caballero.*
Rodulfo *caballero.*
Belardo *villano.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Isabela dama con sombrero de plumas y un arcabuz, y Florela.

Flore. No te alejes de la quinta
de su plomo en confianza.
Isabela. Mejor que de espada y lanza,
assi la guerra se pinta.
La caza se me ha escondido,
ya no hallo a qué tirar.

Flo-

FLORE. Ociosas para matar
son las armas que has trahido.
ISABELA.¿Requiebros, Flora? FLORE. No creo,
que fundados en razon
son requiebros. ISABELA. ¿Pues qué son?
FLORE. Milagros de mi deseo,
con que ya no soy muger,
mudando en hombre mi nombre.
ISABELA.¿En hombre, Flora? FLO. Y muy hombre,
que el alma lo puede hacer.
ISABELA.Como me ves tan valiente,
pienso que hablas de temor.
FLORE. Nunca le tuvo el amor
para ningun accidente,
y holgárame que te viera
Federico en este trage.
ISABELA.Enviale, Flora, un page.
FLORE. Buena diligencia fuera:
pero si no es que me engaña
lo ayroso y galan del talle,
él baja del monte al valle,
y mi Tristan le acompaña.
ISABELA.No te engaña el pensamiento,
que hay hombres de tal donayre,
que tienen alma en el ayre
de qualquiera movimiento.
Aqui me quiero esconder,
que le quiero saltear.
FLORE. Invenciones de matar
solo amor las sabe hacer.

Sa-

Salen Federico y Tristan en cuerpo.

FEDERI. O el pensamiento adivina,
o me dió su resplandor.
TRISTA. Muchas veces piensa amor,
que mira lo que imagina.
FEDERI. De dar en el agua el sol
se forma el arco del cielo,
y assi en mis ojos rezelo,
que dió su claro arrebol:
fundados en agua están
para poderse mover,
con que la pudieron ver,
y ella formarse Tristan.
TRISTA. Yo pienso que fue en el mundo
primer philosopho Amor.
FEDERI. De darme su resplandor
este pensamiento fundo.
No lejos de aquesta encina
la ví, y a Flora tambien.

Salen Isabela y Flora.

ISABELA. Tengase todo hombre. FEDERI. ¿A quien?
ISABELA. A Amor. FEDERI. O Venus divina,
si quereis al que camina
robar, y quitar despojos,
¿para qué tantos enojos?
dejad esse fuego os ruego,
no se corra el dulce fuego
de vuestros hermosos ojos.
Bajad las armas, que ya
para mí no harán efecto,

ces-

cesse tan cruel decreto,
no mateis quien muerto está:
Al amor por armas dá
la antigüedad arco y flechas,
porque para errar sospechas,
y para acertar desdichas,
son sus flechas y sus dichas
de hierro y de plumas hechas.
Tomad el arco, y dejad
el fuego, que en otra esphera
mas alta vive, siquiera
por honra de mi verdad:
no muera mi voluntad
de otro fuego que el que vive
en vuestros ojos, ni prive
al sol en esse arcabuz
un relampago de luz,
que el ayre de sombra escribe.
Quando sale el vandolero,
y se le pone delante,
pide humilde el caminante
la vida, y deja el dinero:
lo mismo pediros quiero,
y el alma y potencias daros,
y que dejeis suplicaros
la vida para serviros,
un sentido para oiros,
y el otro para miraros.
Dicen, que Palas dormia
en una selva, quitada
la guarnecida celada
de plumas y argentería,

y Venus por bizarria
se la puso, a quien severo
dixo Amor: Madre, no quiero
esos laureles y palmas,
con almas se matan almas,
que no con armas de acero.

ISABEL. ¿Quándo, Federico mio,
Isabela os ha negado
el alma? FEDERI. Doy por robado
todo mi libre alvedrio:
ya de la accion me desvio,
que tuve, dandoos la mia;
si vida y piedad pedia,
ya no lo quiero, pues ya
vida por vida me da,
quien a matarme venia.
Mas dejando agradecido
esta platica, señora,
no lo esteis de verme ahora
donde por fuerza he venido:
el Emperador ha sido
la causa, que a caza viene
por este monte, y me tiene
sospechoso de que os vea,
que en esta vecina aldea
pasar la noche previene.
Ya sabeis, que son los zelos
sombra de amor, que no huviera
cosa que mas dulce fuera,
si le dejáran desvelos:
mas no quisieron los cielos
dar a los hombres un bien

tan alto, sin que tambien
pagasse amor tal pension,
que con zelos burlas son
olvido, ausencia y desden.
Vos os haveis de esconder
de suerte que nadie os vea,
que teme Amor que no sea
mi muerte, si os viene a ver:
tiene supremo poder,
y a damas tan inclinado,
que ya piensa mi cuidado,
que él es Paris, vos Helena,
y yo del mar en la arena
el Griego en llanto bañado.
Esto a los zelos les debe,
dulce Isabela, el Amor,
que es dar aviso al honor
con las sospechas que mueve.
Suenan truenos quando llueve,
y de las nubes los senos
se rompen de piedra llenos,
dando al labrador desmayos,
pues jamas cayeron rayos,
sin que lo dixessen truenos.
Son los agravios, señora,
relox de campana, dando
con publicos golpes, quando
está pasada la hora:
los zelos al que la ignora,
son la saeta, que vá
a donde la letra está
tan quedo, que no se ve,

por-

Porque sepa antes que dé
el numero a donde da.
Mirad si temer es justo,
viendoos a vos tan perfeta,
que señale la saeta
la letra de mi disgusto;
que os escondais es mi gusto,
no os vea el Emperador,
por que la señal mayor
de amor, que a todas excede,
es no dar zelos, si puede,
la muger que tiene amor.

ISABEL. Quando por mí sola fuera,
os quiero yo obedecer.

FEDERI. Y yo, señora, volver
donde ya el Cesar me espera;
no te entristezcas, ribera,
de que el sol te falte ahora,
que tus campos y aguas dora:
cristal y flores, paciencia,
que breve será la ausencia
de mi luz y vuestra Aurora. *Vase.*

TRISTA. ¿Y tú, Flora, no te escondes?

FLORA. ¿Y yo, para qué, Tristan?
¿tú zelos? ¿de qué Galan?

TRISTA. ¿Con letrilla me respondes?
¿no te puede ver alguno
mas galan, y mas señor?
¿de zelos teniendo amor
hase escapado ninguno?
Yo no sé historias que sean
exemplo, ni digo mas

de que mejor estarás,
Flora, donde no te vean:
caen rayos, suenan truenos,
avisan zelos de agravios,
guardanse los que son sabios,
dan en los que saben menos.
Campos, perdonad, que Flora
se va a esconder, no es excesso,
que no dejareis por esso
de ver el sol y la Aurora. *Vase.*
FLORA. Suspensa estás. ISABELA. Hame dado
lo que nunca imaginé.
FLORA. ¿Es deseo? ISABELA. Sí. FLORA. ¿De qué?
ISABELA. De lo que has imaginado.
FLORA. De ver al Emperador
me parece que será.
ISABELA. ¿Quién, Flora, no le tendrá
de ver al mayor señor
del mundo, que alaban tanto?
FLORA. Necio en avisarte anduvo
Federico. ISABELA. Culpa tuvo,
pero de pensar me espanto,
que hiciesse mi gusto empleo
contra su gusto. FLORA. No es justo,
quando es tan honesto el gusto,
recatar tanto el deseo.
No es nueva la condicion,
que nos viene por herencia,
la primer desobediencia
nació de la privacion.
Malparió cierta Romana
con el deseo de ver

un

un monstro, y de se atrever
a llegar a la ventana.
¿Qué agravio recibe honor
de galan, y no marido,
por ver al esclarecido
Cesar del mundo señor?
que decir, por que es mancebo,
que te puede codiciar,
es achaque de no dar
gusto. ISABELA. La razon apruebo,
que Federico no es justo
que quiera quitarme el ver,
si en baja o noble muger
es naturaleza y gusto.
El ver ¿a quién causa enojos?
todo al hombre se rindió
sino es los ojos, y yo
no tengo esclavos los ojos.
¿Quál muger, aunque casada,
de no mirar se obligó?
que aun ciega hazia dentro vió
con potencia imaginada.
Yo, Flora, tengo de ver
al Cesar, si bien será
disfrazada. FEDERI. Cerca está.
ISABELA. O ver, o no ser muger.
Tieneme aqui el padre mio,
porque él está desterrado,
mirando un monte y un prado,
y entrando en la mar un rio:
¿y un dia que viene a qui
el aguila con el pico

de

de oro y perlas, Federico
me manda esconder a mí?
Mas quiere una muger ver
que del mundo los depojos,
que es tapar al sol los ojos,
cerrar los de una muger,
que como passa, y traspassa
su luz por qualquier resquicio,
o ha de perder el juicio,
ó ha de mirar lo que pasa, *Vase.*

Salen Fabio, Rodulfo, Alexandro caballeros de caza y el Emperador.

EMPER. Cansado estoy. FABIO. Es el dia
caloroso por extremo.
ALEXA. Quando es con excesso tanto,
no sin donayre dixeron
los antiguos, que ladraban
aquellos celestes perros.
RODUL. ¿Qué mucho, si les dá el sol,
gran señor, de medio a medio,
y está para darles agua
hoy el Aquario tan lejos?
EMPER. Señoras hierbas, haced
silla al que tiene el imperio
de Alemania, y en Italia
y Roma el sagrado Reyno:
¿qué dosel como estos olmos,
que con natural ingenio
visten hiedras, que coronan
de racimos sin cabellos?
¿Qué telas como estos lauros,

don-

donde parece que huyendo
Dàphne, mas agua que sol
la viene siguiendo Phebo?
¡Con qué gracia se despeña
esse musico arroyuelo
de essas pizarras al prado,
que en verdes juncos y elechos
le dá cama, en que se duerma
del ruido que echan menos
las aves, a cuyos tiples
era templado instrumento!
¿Dónde quedó Federico?

ALEXA. Luego que fuiste siguiendo
aquel Antheon sin alma,
que de las ramas de un fresno
cuelga por los pies atado
bañando de sangre el suelo,
se fue entrando por el monte
con Tristan el escudero,
de quien celebras donayres,
de quien repites despejos:
pero ya vienen los dos.

Salen Federico y Tristan.

FEDERI. ¿Si me havrán echado menos?
TRISTA. ¿Esso dudas? EMPER. Federico,
¿dónde has estado? qué has hecho?
FEDERI. Codicioso de seguir
un javalí mas sobervio,
que aquel feroz que en Arcadia
abrió de Adonis el pecho

con

con dos dagas de marfil,
eterno llanto de Venus,
perdí las señas del monte,
y por labyrinthos hechos
de pinos, que de las nubes
verdes obeliscos dieron
temor al sol con la historia
de los gigantes sobervios,
anduve, señor, buscando
algun labrador Theseo,
que me sacasse al camino,
hasta que de tus monteros
de una peña repetidos
me truxo el ayre los ecos.
EMPER. No se le puede negar
a la caza, caballeros,
ser el mas noble exercicio,
y de mas ilustre aliento
para empresas militares,
y de antiguos y modernos
mas celebrado en el mundo.
Envidio el famoso esfuerzo
del Africano, que mata
de Lydia en los campos secos
con solo el desnudo brazo,
y las dos puntas de azero
al Rey de los animales:
pero quando yo contemplo,
que es todo trabajo inutil,
parece que me arrepiento
de la fatiga que traygo,
y el cansancio con que vuelvo.

FE-

FEDERI. En las acciones humanas
a la inclinacion debemos
hacer faciles las penas,
assi hallaron los secretos
de la gran naturaleza
los Philosophos, y dieron
fin a tan altas empresas
los Romanos y los Griegos.
La inclinacion hizo sabios
Oradores y maestros
de las leyes, y el laurel
Poetas de ilustres versos:
corresponden las costumbres
a la inclinacion. EMPER. Ya veo
que fue de nuestras passiones
el primero fundamento:
¿pero quál es la mayor
passion de las que tenemos
los hombres naturalmente?
FEDERI. Dejando afectos diversos,
son la ira y el amor.
EMPER. ¿Y quál es el mayor? FEDERI. Tengo
la ira por mas passion,
de quien los sabios dixeron,
que era una breve locura,
que ciega el entendimiento.
EMPER. Engañaste, porque amor
aspira en el alma a eterno,
que como ella es inmortal,
tambien amor puede serlo,
y la ira, y tú lo dices,
ser breve, pues dura el tiempo.

que dilata la venganza:
pero del amor sabemos,
que puede durar, despues
de executado el deseo,
toda la vida de un hombre:
y es facil aqui el exemplo,
que podeis todos vosotros
tener encendido el pecho
de amor ahora, y ninguno
tener ira: luego es cierto,
que es mayor passion amor.

FEDERI. Que es la mas noble confiesso,
pero no, que la mas fuerte.

EMPER. Vosotros que estais oyendo
al discreto Federico
un pensamiento tan necio,
¿qué decis de su opinion?
confessandome primero
si amais, porque no es possible,
que donde hay tantos sujetos
de hermosura y discrecion,
esteis libres de este afecto.
Di tú, Fabio, por mi vida.

FABIO. Yo, señor, con nadie tengo
ira, amor sí. EMPER. ¿Quieres bien?

FABIO. Cierta señora requiebro
con mas amor, que esperanza.
Aro el agua, siembro el viento.

EMPER. ¿Tú, Rodulfo? RODUL. Por tu vida
diré verdad, yo no acierto
a conquistar voluntades:
tengo mi dama de assiento,

asseguro mi salud,
quiero mas, y gasto menos.
Emper. ¿Tú, Alexandro? Alexa. Gran señor,
un impossible pretendo.
Emper. No hay impossible, Alexandro,
rogando, amando y sirviendo.
Tristan, ya que estás aqui,
di tu razon, porque entiendo
vencer con todos los votos.
Trista. Indigno, Cesar excelso,
me siento en tanta grandeza,
mas como siempre te veo
inclinado a mi favor,
tendré a tu vida respeto.
Yo quiero una casadilla,
de cuyos ojuelos negros
saliera el sol mas hermoso,
si se acostára con ellos.
De las rosas de la cara
parece que amor ha hecho
azucar rosado el alma
de mis enfermos deseos.
Breve boca y dientes blancos,
tales que un mico ligero
pensando que eran piñones,
saltó una vez a comerlos.
Las manos eran por Dios
lindas, si pidieran menos;
lo que es el brio pudiera
ser el alma de otro cuerpo.
Fuése el marido a una aldea,
substituir quise el lienzo

de sus sabanas, volvió,
era riguroso hibierno,
escondióme en un tejado
del marido, y no del cierzo,
a donde estuve sin juicio,
hasta que el Alva rïendo
me tuvo por chimenea,
y con ser tan grande el hielo,
confiesso que no ha podido
vencer de mi amor el fuego.

EMPER. ¿Por qué callas, Federico?

FEDERI. Yo, señor, porque no puedo,
siendo ayudante de amor,
ayudar a tu argumento.
En toda mi vida quise,
ni dixe a muger requiebro,
ni sujeté el alvedrio,
ni rendí el entendimiento,
ni escribí papel de amores,
ni tuve de nadie zelos,
ni me vió rondar de noche,
ni oyó mis quejas el viento,
ni supe qué eran desdenes,
ni favores, porque tengo
de las tragedias de amor
inumerables exemplos.

EMPER. ¿Pues qué has hecho, Federico,
de toda tu vida el tiempo?
¿tú eres hombre? tú eres noble?
tú valiente? tú discreto?
¿en qué Scythia, en qué Ethiopia
naciste? qué monte fiero

de Thessalia fue tu padre?
qué tigre te dió su pecho?
¿Hombre vivió sin amor
en el mundo, donde vemos
llorar un ave de ausencia,
morirse un cisne de zelos,
bramar en el bosque un toro,
gemir en el monte un ciervo,
y un delphin entre las ondas
del mar festejar passeos
al sujeto que le dió
naturaleza por dueño?
¿Tú no sabes, Federico,
que desde el hombre primero
es amor Rey de los hombres?

FEDERI. Señor, en amor me empleo
de la virtud y los libros.

EMPER. Es justo amor, no lo niego:
¿pero hay cosa mas amable,
ni de excelente sujeto
como una hermosa muger
al humano entendimiento?
¿Qué cosa es buena sin ellas?
¿qué es la caza, qué es el juego
para igular a sus brazos?
¿o por quién, dime, ha hecho
la plata la luna, el sol
el oro, el mar en su centro
las perlas, las piedras ricas
los planetas, influyendo
para diversas colores
sus calidades y efectos?

pa-

¿para quién tanto artificio
desde el gusano pequeño,
que labra en capullos blancos
el tumulo de su entierro,
de donde la seda sale,
con que vestimos los cuerpos,
que nos dieron aquel ser
que todos reconocemos?
Pues advierte, Federico,
que desde hoy (estáme atento)
has de buscar a quien ames,
humilde, o alto sujeto,
porque en mi camara, juro
por Dios, y esto será cierto;
que no ha de entrar sin amor
hombre ninguno, que creo,
que hombre que no sabe amar,
no sabrá servir, y aun pienso,
que no puede ser leal,
ni valiente ni discreto.
No digo que amor vicioso
ocupe tus pensamientos,
sino amor casto, que obligue
virtuoso a un fin honesto.
¿Qué piensas tú, que es él solo?
pues professas libros, pienso,
que si a Aristoteles viste,
sabrás que dixo por ellos,
que él solo era Dios o bestia,
de cuya maxima entiendo
que si acompañan amigos
el humano entendimiento,

no la voluntad, que aspira
a mas estrechos deséos;
y al mismo sabio tambien
le desterraron los Griegos,
porque adoraba a su dama,
y la hizo altar o templo.
¿Hasme entendido? FEDERI. Muy bien,
y que buscaré sujeto
a quien amar desde hoy:
y cómo, si ya le tengo *Aparte.*
mas alto que el mismo sol.

Dentro ruido.

UNO. Ataja, ataja: del cerro
pelado desciende al verde
valle. OTRO. Si a Melampo suelto,
no se le irá por los pies,
aunque le igualen al tiempo.

EMPER. Corred, caballeros, todos,
que en esta fuente os espero.

FEDERI. ¿Y yo tambien? EMPER. Federico,
tú el primero. FEDERI. Ya obedezco
tu gusto, vamos Tristan.

TRISTA. Un grande preñado llevo
de cosas que te decir.

FEDERI. Hablarémos en secreto.

Vanse todos, y queda solo el Emperador.

EMPER. Quien no sabe de amor, vive entre fieras,
quien no ha querido bien, fieras espante,
o si es Narcisso de sí mismo amante,
retratese en las aguas lisongeras.
Quien en las flores de su edad primeras

se

se niega a amor, no es hombre, que es
diamante,
que no lo puede ser el ignorante,
ni vió sus burlas, ni temió sus veras:
O natural amor, que bueno y malo,
en bien y en mal, te alabo y te condeno,
y con la vida y con la muerte igualo:
eres en un sujeto malo y bueno,
o bueno al que te quiere por regalo,
o malo al que te tiene por veneno.

Salen Isabela y Flora vestidas de labradoras, y Belardo villano.

ISABELA. Muy mal nos haveis guiado.
BELAR. No ha sido la culpa mia,
que esta gente no venia
a merendar en el prado,
para sentarse despacio:
ni estamos para mirar
al Cesar salir, o entrar
en las puertas de palacio.
Todos van en sus rocines
por el monte discurriendo.
ISABELA. Lejos se escucha el estruendo.
FLORA. De aqueste valle en los fines
repite el eco las voces.
EMPER. ¡Qué graciosa labradora!
¿sale mas fresca la Aurora?
ISABELA. ¿Tú pienso que no conoces
al Emperador? BELAR. Yo no.
ISABELA. Mas no será menester,

que

que bien se echará de ver.

BELAR. Pintado le he visto yo,
y assi vendrá por acá.

ISABELA. ¿Cómo? BELAR. Con un gran ropon
de armiños blancos, Tuson
de oro: en que el cordero está
entre piedras y eslabones,
corona de tres, el mundo
en la mano, el sin segundo
cetro de tantas naciones,
y la valerosa espada.

ISABELA. ¿Y ha de venir a cazar
de essa suerte? FLORE. ¿Y aquí andar
con la purpura sagrada?

BELAR. Andan tan graves y erguidos,
que por sus reales leyes
he pensado, que los Reyes
Flora, se acuestan vestidos:
nosotros mudamos cara
con buena o mala fortuna,
los reyes no, siempre es una.

EMPER. Mientras mas para y repara
mi vista en esta muger,
mas hermosa me parece.

FLORE. El Cesar se desparece,
bien nos podemos volver.

ISABELA. ¡Hai, Flora, qué gran desayre
ser al ayre mi venida!

EMPER. No he visto cosa en mi vida
de tanta gracia y donayre.

ISABELA. ¿Sin ver a los cortesanos
siquiera me he de volver?

EMPER. Labradora puede ser
de corazones humanos.
ISABELA. Alli he visto un caballero.
Ola, qué digo, señor:
¿dónde está el Emperador?
EMPER. Aqui, señora, le espero:
¿mas qué es lo que le quereis,
que yo soy su gran privado?
Mucho tendreis negociado
con las gracias que teneis,
porque siempre la hermosura
lleva cartas de favor.
ISABELA. Ya sé que el Emperador
la divina arquitectura
humilla a qualquier muger.
EMPER. No a qualquiera, que en efeto
es quien es, mas yo os prometo,
que si os acertasse a ver
y a oíros hablar assi,
que se perdiesse por vos.
ISABELA. ¿Perderse? ¡valgame Dios!
¿pues no tiene el mundo allí?
¿hay mas que buscarse en él?
EMPER. Quien por un angel se pierde,
es justo que se os acuerde,
que es fuerza volar tras él:
luego en buscarle en el suelo
vuestro pensamiento yerra,
que no se hallará en la tierra,
quien se ha perdido en el cielo.
ISABELA. No entendemos por acá
tan angelicos requiebros,

que

que entre castaños y enebros
humildemente se va.
Decidnos del talle y cara
del señor Emperador.

EMPER. Miradle como a señor,
en que el respeto repara,
y con esso le havreis visto:
¿mas dónde vivis? ISABELA. No sé.

EMPER. Sabrélo yo. ISABELA. ¿Para qué?

EMPER. Porque soy el que conquisto
para el Cesar estas aves.

ISABELA. Muy buen oficio teneis,
medrareis y privareis,
que son bocados suaves:
y assi a vos os le haga Dios,
pues junto al Cesar estais;
que el bien que podais, le hagais,
no sea todo para vos.
No digais de nadie mal,
que es bajeza, y no es razon
trocar con mala intencion
un espiritu Real,
que si de aquel alto cielo
alguna vez deslizais,
no dudeis, si bien hablais,
que hallareis mas blando el suelo.
Esto os digo, aunque con miedo
a ver al Cesar venia,
mas pues ya se acába el dia,
a Dios. EMP. Esperad. ISAB. Nó puedo.

Vase.

EMPER. Oyes tú, buen labrador.

Belar. ¿Qué mandais? Emper. Saber deseo
quien es esta labradora.
Belar. No me pareceis discreto
para cortesano. Emper. ¿Cómo?
Belar. Aunque es disfrazado cuerpo,
¿no veis que el alma es de dama,
las galas y el limpio asseo?
¿qué olor os dió de tomillo,
pues a los ambares hecho
no conocisteis el suyo?
Emper. No os espanteis, soy un necio.
¿Cómo se llama? Belar. Isabela.
Emper. ¿Y vos? Belar. Al servicio vuestro,
Belardo: Emper. ¿Aun viven Belardos?
Belar. ¿No haveis visto un arbol viejo,
cuyo tronco, aunque arrugado,
coronan verdes renuevos?
pues esso haveis de pensar,
y que passando los tiempos,
yo me sucedo a mí mismo.
Emper. Vos decis bien, y yo quiero
daros aquesta sortija.
Belar. ¿De oro? Emp. De oro pues. Bel. Del pueblo,
soy señor, mas hay dos cosas
con peligro manifiesto
de ser envidiadas. Emper. ¿Quales?
Belar. La riqueza, y el ingenio.
¿Dan todos los cortesanos
de esta suerte? Emper. Assi lo pienso.
Belar. Porque dicen por acá,
que el dar se passó á otro reyno.

Em-

EMPER. ¿Quién es Isabela? BELAR. Es hija
del Duque Octavio. EMPER. Ya tengo
noticia del Duque Octavio,
y tambien de su destierro.

BELAR. No tiene el Cesar razon
de tenerle tanto tiempo
desterrado de la Corte
por envidia. EMPER. Ahora entiendo
lo que me dixo Isabela.
Todos los malos sucessos
atribuyen los culpados
a los que tienen gobiernos.
¿Es casada esta señora?

BELAR. No señor, que está su viejo
padre pobre. EMPER. Es hermosa.

BELAR. No es el dote de estos tiempos.

EMPER. ¿Dónde vive? BELAR. A mano izquierda
entre essas hayas y tejos
se esfuerzan dos torres mochas
para ser mas altas que ellos:
allí passa su tristeza
y su vejez: mas ya siento
vuestra gente, a Dios, a Dios;
que van mis amas huyendo
de la noche; y de que el Duque
sepa que tan lejos fueron. *Vase.*

Salen Federico y los demas.

FEDERI. No ha visto en esta selva, ni en alguna
deste ni otro horizonte
tu Majestad Cesarea tan valiente
parto de los peñascos de aquel monte,

de juncos se vistió desta laguna,
llevando del hocico y de la frente
colgados los lebreles Irlandeses,
ardientes canes de estos rubios meses:
y a Melampo y Taurin por arracadas
las orejas en purpura bañadas.
Allí entre el cieno y obas
de tantas cuevas y humidas alcovas
rindió la fuerte vida,
buscando el agua de su humor teñida,
en cuya sed, por mas que ardides fragua,
bebió mas de su sangre, que del agua.
Ven a verle, si quieres. EMP. Ya no puedo.
que baja entre las sombras de su miedo
la noche, que nos cubre,
y la creciente luna se descubre
en los fines del dia.
No está lejos de aqui la caseria
del Duque Octavio, albergaréme en ella
hasta que salga la amorosa estrella,
paranympho del sol. FEDERI. ¿Del Duque Octavio?
¿pues ya te olvidas del passado agravio?
EMPER. ¿Es mucho qué me olvide,
si con los años el rigor se mide?
FEDERI. ¿Quién te ha dicho, señor, que aqui vivia
el Duque? EMP. Un labrador, que conducia
sus bueyes de la arada,
atadas las coyundas a las frentes,
y en la rustica mano la aguijada.
FEDERI. Resultarán dos mil inconvenientes
de ver al Duque ahora desterrado.
EM-

EMPER. Ein lo estará, si queda perdonado.
FEDERI. Está todo el servicio en essa aldea.
EMPER. Traherle. FED. Será tarde. EMP. Aunque lo sea.
FEDERI. Estaba puesto allá todo recado.
EMPER. Federico acabad, no seais pesado. *Vase.*
FEDERI. ¡Estraña novedad! ¿por dónde, cielos,
ha dado mi desdicha en el agravio,
huyendo del peligro de los zelos?
si no es dichoso, no hay amante sabio:
¡que supiesse a pesar de mis desvelos
la casa donde estaba el Duque Octavio!
¡amor, qué importan prevenciones dichas
donde tienen imperio las desdichas!
TRISTA. ¿De qué te afliges? FED. Todo me desvela.
TRISTA. ¿Pues hay mas que decirla que se esconda,
de los ojos del Cesar Isabela,
y que a tus justos zelos corresponda?
FEDERI. ¿No has visto halcon, que a las perdices vuela,
y que las va cercando a la redonda,
y que la mas segura y escondida
pierde primero que el temor la vida?
assi será Isabela y sus criadas
guardadas de mis zelos y temores.
TRISTA. Quando alojar soldados camaradas
sienten para su mal los labradores,
esconden las gallinas, y guardadas,
apenas siente el gallo los albores
de la primera luz, quando en voz fuerte
se vuelve cisne por cantar su muerte.
Aqui será, señor, de otra manera,
si tu Isabela defender procuras,

por-

porque no cantarás, estando fuera,
y ellas con esconderse están seguras.

FEDERI. ¿Quién fuera nube que esconder pudiera
de Isabela mi sol las luces puras?
mas como no es possible al de los cielos,
menos podrán su resplandor mis zelos.

Vanse, y salen el Duque Octavio y Belardo.

OCTAV. La vuelta de Federico,
que viene el Cesar confirma.

BELAR. Digo que he visto, señor,
acercarse a nuestra quinta
gente del real servicio,
instrumentos de cocina,
y aparatos de la noche,
de que tan graves venian
las acemillas que llevan
los reposteros encima
con las armas del Imperio,
que dixe: Si estas caminan
tan sobervias, porque trahen
cosas de tan baja estima,
¿qué mucho que lo parezcan
los que tan cerca se miran
del señor Emperador?

OCTAV. No sé por donde mi dicha
le ha trahido a nuestro monte,
ni como ya se le olvida
lo que tuvo por agravio:
presumo que determina
perdonarme, y que ha buscado

con

con esta invencion fingida
ocasion a su piedad:
que, en fin quando pretendian
el Imperio de Saxonia,
y él con armas atrevidas,
dejé la parte de Othon
teniendo mayor justicia.
Coronóse al fin venciendo,
y en viendo en su frente altiva
las hojas de oro y laurel,
del sagrado Imperio insignias,
pudiendo verter mi sangre,
con destierro me castiga.
Ya va llegando la gente,
entra, y a Isabela avisa,
que tengo al Cesar por huesped,
para que esté prevenida,
para besarle la mano.

BELAR. La gente, señor, me admira,
que sigue a un Rey, aunque sea
para entretenerse un dia.

OCTAV. Si ves el campo del cielo,
y el sol, ¿por qué no imaginas
los exercitos de estrellas
que de su luz participan?
lo mismo es un Rey. BELAR. Yo parto
a decir que se aperciba
mi señora a ver el sol. *Vase.*

Sale el Emperador y los demas.

FEDERI. Aqui está el Duque. OCTAV. Y se humilla,

gran señor, a vuestros pies,
a donde lagrimas sirvan
de palabras, que mejor
con ellas se significan
los sentimientos del alma.
EMPER. Quien a vuestra casa misma
viene, Octavio, claro está,
que el perdon os anticipa.
El blason de nuestro Imperio
entre el acero y la oliva
dice que perdona humildes,
y que sobervios castiga:
yo os abrazo, que es la pluma
que las amistades firma,
sin acordarme de agravios.
OCTAV. Vuestra Majestad invicta,
soberano Othon, bien sabe,
que con alma arrepentida
me sepulté en estos montes
en pena de mi desdicha,
pudiendo del de Saxonia,
cuyas vanderas seguia,
admitir grandes mercedes.
EMPER. No es menester referirlas,
sino saber, que tendreis
con este perdon las mias.
FEDERI. Temblando, Tristan, estoy.
TRISTA. ¿Pues de quién? FEDERI. De que le pida,
que quiere ver a Isabela.
TRISTA. ¿Y qué havrá despues de vista?
FEDERI. Ser su hermosura tan grande,
que si el Cesar se le inclina,

no

no havrá podér en el mundo,
que lo que temo resista.
EMPER. ¿Federico? FEDERI. ¿Señor? EMPER. Oye.
Ya me parece que hacia
agravio a tu amor, callando
de mi subita venida
la causa. FEDERI. Y yo la deseo,
pues de Octavio la malicia,
con que tomó contra tí
las armas, no merecia
este perdon. EMPER. Quando os fuistes,
salió de aquellas encinas,
¡quién creyera tal! un angel,
un cielo, un sol, una Nympha
vestida de labradora,
que deseosa venia
de ver al Emperador,
y por verla, y por oirla,
no le dixe que yo era.
Su hermosura y gallardia
fueron un rayo a mi alma:
no he visto cosa tan linda
desde que tengo el laurel
de Alemania, ni en mi vida
me dió mas dulce deseo
de su amorosa conquista.
Esto me truxo a su casa
sabiendo que era su hija,
del Duque: dile al descuido
que me enseñe su familia,
iréme en viendola, y tú
la dirás que amor me obliga

a tanto excesso, y que a solas
honestamente permita
que hablemos los dos. Federi. Señor,
¿sola Isabela venia
a verte? Emper. Assi me lo dixo.
Federi. Tu gran Majestad obliga
contra el honesto recato,
que desta dama publica
la fama, a mayor excesso.
Emper. ¿Ahora sabes que incita
toda novedad los ojos
de las mugeres? Federi. Es digna
tu grandeza de mayores
milagros. Emper. Todo lo miran,
todo lo ven las mugeres
que quieren ver y ser vistas:
porque si quando desean
ver y ser vistas, les quitan
ser vistas, y que las vean,
harán mil cosas indignas,
romperán torres, saldrán
por rejas, pondran mil vidas
y mil honras en peligro.
Federi. Bien lo dicen mis desdichas,
echó la fortuna el sello,
firmó quanto yo temia:
bien dicen los desdichados
que las almas prophetizan.
Ya no es menester, señor,
que al Duque Octavio le diga
lo que mandaste, ella viene.

Sa-

Sale Isabela acompañada de criadas.

ISABELA. Vuestra Majestad permita
los pies a su humilde esclava.
ALEXA. No soy yo, señora mia,
alli está el Emperador.
FLORA. Hai, señora, por tu vida
que es el que hablaste en la fuente.
ISABELA. El alma me lo decia,
y no lo quise creer.
Dejad, señor, que se rinda
está esclava a vuestros pies.
EMPER. Que los brazos os reciban
es mas justo.: o Federico,
¡qué hermosura tan divina!
FEDERI. Demonio la juzgo yo.
EMPER. ¿Qué intercessora podia
como vos traher el Duque?
ISABELA. Laurel de mil mundos ciña
essa victoriosa frente.
EMPER. Parece descortesia
el recibiros en pie:
entrad, y tomemos sillas.
Da la mano, Federico,
a Isabela. FEDERI. ¡Ah fementida!
ISABELA. ¿Pues qué culpa tengo yo?
FEDERI. Preguntalo a las encinas
donde fuiste a ver al Cesar:
eres muger. EMPER. ¿Qué decias

(*Vuelve el rostro el Emperador*)

a Isabela? FEDERI. Que merece

de

de tu Imperial monarchia
la mitad. EMPER. Y aun todo es poco.
FEDERI. ¡Qué traycion! ISAB. ¡Qué necia envidia!
FLORA. ¿Y tú no me dás la mano?
TRISTA. En cinco dagas vuídas
quisiera volver los dedos.
FLORA. ¡Qué locura! TRISTA ¡Qué desdicha!
FLORA. ¿Qué quieres? tenemos ojos,
y los ojos. TRISTA. Dilo. FLORA. Miran.
TRISTA. Mal cuervo aposente el pico
en la mitad de tus niñas.
FLORA. ¿Pues a quién ofende el ver?
TRISTA. Ya sé que el diablo os pellizca
en haviendo novedad.
FLORA. ¿Y vosotros? TRISTA. ¿Pues querias
la libertad que tenemos
por executoria antigua?
FLORA. Con esso no ven muger,
que luego no la codician,
los hombres. TRISTA. Flora, entre yeguas
todo caballo relincha.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Federico y Alexandro.

ALEXA. Piadosa hazaña del invicto Cesar
ha sido, Federico, en tanto agravio
el haver perdonado al Duque Octavio,
no sé si diga que de amor ha sido,
pues no solo a la Corte le ha trahido,
pero de oficios de su casa honrado.

FE-

FEDERI. Como nunca, Alexandro, me ha tocado
la envidia de la corte,
siempre camino por distinto norte.
Bien sé que la hermosura de Isabela
puede en la edad de Othon, si le desvela,
ser causa del honor que al Duque ha hecho:
pero de sus virtudes satisfecho,
y de la buena fama de esta Dama
(que en la muger es la mayor la fama)
tendré por impossible su deseo,
fuera de que no creo,
que Othon la mire, como haveis pensado.

ALEXA. Su condicion me ha dado
tan necio pensamiento,
y de haverle tenido me arrepiento:
que el tiempo que estuvimos en la aldea
me dió ocasion de amarla su hermosura.

FEDERI. ¡Estraña desventura!
no hay cosa que no sea
para tormento mio.

ALEXA. Víla una tarde, que bajaba al rio
con Flora su parienta o su criada,
sentóse en la esmaltada
orilla entre las flores,
que de envidia esforzaban sus colores,
y tomando una caña,
que un labrador trahia,
cada pez que sacaba, parecia
una estrella de plata por el viento,
que mudando elemento
pendiente del sedal se resistia.
Llegué con osadia,

y dixe: Si los peces almas fueran,
a tan hermosas manos acudieran
sin resistirse tanto. FEDER. Buen requiebro.
ALEXA. Debeisos de burlar. FEDER. Antes celebro,
que vinieron las almas por despojos
al cristal del anzuelo de sus manos,
y al cebo de sus ojos.
ALEXA. Alli nacieron pensamientos vanos,
alli esperanzas locas
de palabras corteses, aunque pocas,
que me dixo bañando en clavel puro,
quando mezcla lo claro con lo escuro,
el nevado jazmin de las mexillas:
cubrieronse de sombra las orillas,
porque el sol de Isabela y el del cielo
a un tiempo las dejaron,
quedando en la ribera tristes ecos,
las flores desmayadas, las süaves
aguas sin risa, y sin cantar las aves.
Con este amor, con este honesto celo,
que sus dulces palabras alentaron,
pienso pedirla a Octavio.
FEDERI. Dichoso vos, que sabio
seguis, queriendo bien, de Othon el gusto,
yo sin amor, aunque le voy buscando,
por no darle disgusto
finjo que muero amando.
ALEXA. ¡Hai Dios! no finjo yo, que amando muero!
Si llegáre ocasion, de vos espero
con el Cesar favor para casarme:
entro a vestirle, y entro confiado

de

de la merced que siempre me haveis hecho.

FEDERI. Y yo quedo a serviros obligado.

ALEXA. Siempre lo estuve de esse noble pecho.

Vase.

FEDERI. Canta pajaro amante en la enramada
selva a su amor, que por el verde suelo
no ha visto al cazador, que con desvelo
le está escuchando la ballesta armada.
Tirale, yerra, vuela, y la turbada
voz en el pico transformada en hielo
vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo,
por no alejarse de la prenda amada.
De esta suerte el amor canta en el nido,
mas luego que los zelos, que rezela,
le tiran flechas de temor de olvido,
huye, teme, sospecha, inquiere, zela,
y hasta que ve que el cazador es ido,
de pensamiento en pensamiento vuela.

Sale Tristan.

TRISTA. Pensarás que me he tardado
por culpa mia. FEDERI. No sé,
pero sé que te esperé
de esperar desesperado.

TRISTA. A la nueva casa fui
de la señora Isabela
con la propuesta cáutela,
en cuya portada ví
como salvage a Belardo,
que ya en forma de escudero
quiere olvidar lo grossero,

y presumir lo gallardo.
Por Flora le pregunté,
él me abrazó y me llevó
a la sala, a donde yo
el nuevo adorno admiré.
Visten las paredes tela,
que hasta el suelo se dilata,
y está en baranda de plata
el estrado de Isabela,
que es el sitial de esta audiencia:
escritorios sobre estantes,
que tuvieran para amantes
notable correspondencia.
Ramilleteros con flores
fingidas, que burlar pueden
las abejas, tanto exceden
las imitadas colores.
Del Duque Othon un retrato
con el militar baston,
que fue la ofensa de Othon,
por quien le llamaba ingrato;
pero ya se le figura,
que nunca lo pudo ser:
valgame Dios, ¡qué poder
tiene siempre la hermosura!
FEDERI. Llamaronla tyrania
breve con mucha razon.
TRISTA. Esso las mugeres son
en su breve lozania.
FEDERI. ¡Gran poder! TRISTA. Corre parejas
con el mas alto poder,
brava cosa ser muger
si-

sino llegáran a viejas.
Mas como al fin les alcanza
tan notable diferencia,
alli dan su residencia,
alli tomamos venganza,
alli llega el que gastó
su hacienda, y la cobra en risa;
alli el despreciado pisa
la hermosura que adoró:
alli la rosa y jazmin,
que el Poeta encareció,
seca se muestra, y quedó
solo al seraphin el fin:
alli la que a la ventana
por grande favor salia,
haciendo el papel de tia,
va por la calle entre cana:
alli la cara que intenta
hacer al sol igualdad,
parece rapado Abad,
y mas si engorda a cincuenta.
Pero son tan venturosas,
que quanto la edad declina,
o tienen hija, o sobrina
bien prendidas, bien ayrosas
con que aquella tyrania
se hereda por sucession.

FEDERI. ¡Qué cansada relacion,
a quien el alma tenia
colgada de tus razones!

TRISTA. Es rhetorico rodeo,
porque con mayor deseo

me escuches. FEDERI. ¡Qué de invenciones!
TRISTA. Digo que Flora salió,
y que me dió mil abrazos,
pero apartóle los brazos:
¿quién dirás? FEDERI. ¿Pues sélo yo?
TRISTA. Hazte simple, tu Isabela,
qué salió oyendo mi voz
a abrazarme más veloz,
que garza, que el halcon vuela!
¿Cómo piensas que venia?
el cabello en una mano,
y en otra el peyne, que en vano
pensaba ser zelosia
del sol de sus bellos ojos;
y assi como me abrazó,
todo el hombro me vistió
de aquellos rizos despojos.
Celebré mucho el favor,
y el verme, aunque era postiza,
con una muceta riza
de peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja
como envidioso al soslayo,
que bien diera el menor rayo
por tan hermosa guedeja:
assi me llevó al estrado
preso en tan dulce prision,
que el Cesar con el Tuson
no va tan bien adornado.
Sentóse, y hizo que Flora
me llegasse una almohada:
repliqué, no importa nada,
y

y senteme de señora.
Lo primero en que me habló
fue en tu crueldad, pues no quieres
verla. FEDERI. Proprio en mugeres,
no la ví, porque ella vió:
ella fue causa. TRISTA. Es verdad.
FEDERI. Yo la viera, sino viera:
vió lo que escusar pudiera:
essa sí que fue crueldad.
El Emperador la adora,
porque ella le quiso ver,
competir no puede ser.
TRISTA. Un remedio queda ahora.
FEDERI. ¿Quál? TRISTA. El Cesar te ha mandado
que busques a quien amar,
di que andandola a buscar,
con Isabela has topado,
que como te quiere bien,
podrá ser que liberal
te la deje. FEDERI. Mayor mal
resultar puede tambien,
pues seria hacer de modo,
si zeloso se enojasse,
que de aqui me desterrasse,
y será perderlo todo.
Mejor es dissimular,
y dejar a la fortuna
mi esperanza, si en alguna
puedo mi remedio hallar.
Pero en fin, ¿en qué paró
la platica? TRISTA. En un efeto
de amor, que de lo secreto

del

del alma al rostro salió.

FEDERI. ¿Cómo? TRISTA. Por ser cosa fria
esto de las perlas ya,
que aun el mar del Sur está
cansado de las que cria,
no digo que las lloró;
pero que lagrimas ví,
tú allá sabrás para tí,
si fueron perlas, o no.

FEDERI. ¿Lagrimas? TRISTA. Pude cogerlas.

FEDERI. Todo me siento abrasar.

TRISTA. Pues echate en aquel mar,
serás buzano de perlas.

FEDERI. ¿No me guardarás alguna?

TRISTA. En esta ropilla están.

FEDERI. Pues desnudate, Tristan,
no te ha de quedar ninguna.

TRISTA. Quedo, señor, que en tu pecho
cayeron, porque él podia
guardarlas solo. FEDERI. ¿Y no ardia
el mio en fuego deshecho?
pero estan mas propriamente
en su nacar mismo ahora,
si son perlas de la Aurora,
y no de su luz ausente.
¡Hai de mí! TRISTA. Quedo, señor,
que el Cesar sale. FEDERI. El me mata.

Salen Fabio, Alexandro y Rodulfo con un espejo, y otro con la capa y la espada, el Emperador mirandose.

EMPER. Pienso que está bien assi,

dad-

dadme la capa y la espada.
FEDERI. ¿Traherán la carroza? EMPER. No:
aunque la pedí, dejadla.
RODUL. ¿Quieres que llegue el caballo?
EMPER. Ninguna cosa me agrada:
mal estoy conmigo mismo:
sino hay gusto, todo cansa.
¿Hay nuevas? ALEXA. Muchas, señor.
EMPER. En la Corte nunca faltan.
ALEXA. Hizo la naturaleza,
que engendre su semejanza
todo animal, y en algunos
no puso primera causa,
porque lo es sola la tierra,
los cuerpos muertos ó el agua:
y assi hay nuevas en la Corte,
que la verdad y las cartas
ni las saben, ni las vieron,
y como son engendradas
del viento, en el viento mueren.
EMPER. ¿Qué hay de Italia? ALEXA. Que la Italia
infesta al Turco. EMPER. Yo creo
que he de darle por Albania
algun mal rato, si puedo.
¿Qué hay de España? ALEXA. No hay de
España
cosa nueva, que no es poco.
Venecia dicen que trata
cobrar a Chypre. EMPER. ¿Aqui estás,
Federico? ya te guardas
de servirme? FEDERI. No me atrevo,
despues que buscar me mandas

da-

dama. EMPER. ¿Pues esso es dificil?
FEDERI. Si se busca, no se halla.
EMPER. Dices bien, porque el amor
viene, quando no le llaman,
que es legitimo accidente,
y la eleccion es bastarda.
¿Y has hallado alguna? FEDERI. Pienso
que he visto una buena cara,
pero ando recateando
el dar mas, ó menos alma.
EMPER. Si la merece el sujeto,
dasela toda, ¿qué aguardas?
porque no hay buenos amigos,
si la semejanza falta.
Un entendido con otro
hacen linda consonancia,
dos que una ciencia professan,
dos que escriben, dos que cantan,
dos que juegan, dos que sirven,
dos que venden, dos que tratan.
Yo amo, ¿cómo te puedo
decir mi amor, sino amas;
porque harás burla de mí?
FEDERI. Ya, señor, pienso que basta
lo que quiero, para entrar
en tu camara, que tanta
fuerza tiene tu opinion.
EMPER. ¿No has visto hacerse probanza
en los actos de nobleza?
pues yo quiero que se haga
de que ama quien entra aqui,
porque como los que aman

son

son locos, los que están cuerdos,
harán burlas de sus ansias,
de sus furias, de sus zelos,
temores, desconfianzas,
alegrias y tristezas:
que los que por otras causas
el entendimiento pierden,
son locos, porque les falta
el juicio, mas en amor,
es porque les falta el alma.
Ya en fin amas, que los libros
no estorvan; que si estorváran
no amára Estela a Platon,
ni sus prendas estimára
con tal fé; con que no tienes
respuesta. FEDERI. Rindo las armas
a tu opinion. EMPER. Amor solo
todas las ciencias abraza.
FEDERI. Amor ha hecho Poetas
y pintores de gran fama;
amor es Philosophia,
no hay ciencia, que sin amarla
pueda llegar a saberse.
Pareceme que retratas
las escuelas de Platon,
y yo te doy la palabra
de amar con tanto furor
y tantos zelos, que salga
un disciplo famoso:
pero mira que me mandas
querer, y que si llegáre
a ser loco por tu causa,

me has de ayudar a volver...
en mí, porque fuera vana
la ciencia, si los maestros
solo el amor enseñáran,
y no el remedio de amor.

Emper. Palabra te doy jurada
por mi laurel de ayudarte,
si llega tu amor a tanta
fuerza, que haya peligro
de perder con la esperanza
o la vida, o el juicio.

Federi. Pues essa palabra basta,
para que a mi dama sirva.

Emper. Un dia, con avisarla
de que yo la quiero ver,
me has de enseñar a tu dama,
pues yo te he dicho la mia;
y ahora en mas confianza
quiero que a ver a Isabela
con este titulo vayas,
que le he dado de Condesa
de Prado, nombre que quadra
a quien tiene tantas flores,
que naturaleza varia
dió menos a los de Chypre,
quando con pies de esmeraldas
la primavera los pisa,
y la Aurora los esmalta.

Federi. Yo lo haré, señor, assi.

Emper. ¿Qué hay, Tristan? Trista. Señor, nada,
si caygo de tu favor,
y mucho, estando en tus gracias.

Pre-

Preguntóle un caminante
á un labrador, qué llevaba
en una carga, y él dixo,
previniendo la desgracia:
Yo nada, si cae el jumento;
y era de vidrios la carga:
tan sutil es el favor
de las majestades altas,
y la humana condicion
está sujeta a mudanzas.
Soy jumento de mi amo,
y importa que yo no cayga,
porque no se quiebre y rompa
el vidrio de su privanza:
en fin los dos vamos juntos.

EMPER. ¡Qué donayre! TRISTA. Pues me alabas,
no quieres darme otra cosa.

EMPER. ¿No es gran premio la alabanza?

TRISTA. Grande, pero las lisonjas
desvanecen, y no hartan.
Yo soy quien te ha de alabar,
y como no me das nada,
desvanecerme te debo.

EMPER. Yo te prometo mañana
una gran cosa. TRISTA. Tus pies
beso. EMPER. Tú vete, ¿qué aguardas?
Federico, donde digo. *Vanse.*

FEDERI. Buenas van mis esperanzas,
buenos van mis pensamientos:
el Cesar, Tristan, me manda
llevar favores a quien
a puros zelos me mata.

Titulo llevo a Isabela
de Condesa. TRISTA. ¿En qué te agravia,
si despues viene a ser tuya?
FEDERI. En una copa dorada
no importa que beba un Rey,
ni que se ciña una espada,
o que se ponga un vestido
primero que otro le trayga;
pero una dama, Tristan,
es materia de honra y fama:
y como dixo un discreto,
la honra tiene dos caras,
antes que se casen una,
y otra despues que se casan,
y qualquiera de estas mira
la presente y la passada.
He tenido por desdicha,
entre muchas que me aguardan
que esté enfrente de palacio
la casa de aquesta ingrata,
pues apenas salgo dél,
quando miro a sus ventanas,
que aunque es echar agua en fuego,
es el fuego de la fragua,
que quanto le matan mas,
levanta mayores llamas.
TRISTA. Si llora por tí, ¿qué quieres?
FEDERI. O Tristan, que no mirára.
TRISTA. Ya lo que sus ojos vieron,
con tantas lagrimas pagan.
FEDERI. ¿En efecto voy a verla?
TRISTA. Y no vas de mala gana.

FE-

FEDERI. Sabiendo voy, como quien
miseramente acompañan
por los passos de su muerte
el cordel y la esperanza. *Vanse.*

Selen el Duque, Isabela y Flora.

DUQUE. Ya que estás en la Corte, no quisiera
que fueras blanco a pensamientos vanos
de tanta juventud. ISABEL. Los cortesanos
sigüen la novedad. DUQUE. La vez primera
que en publico saliste
tantas envidias a las damas diste,
como deseos a galanes locos;
y donde miran muchos, no hablan pocos.
ISABELA. Ya presumo, señor, a lo que aspiras,
que pienso que eres el que mas me miras.
DUQUE. Quisiera yo casarte.
ISABELA. La tema de los padres. DUQ. Mas la vuestra,
como mil veces la experienca muestra:
y quisiera emplearte
en uno de los grandes caballeros
que el Cesar favorece,
porque qualquiera de ellos te merece.
¿Será bueno Rodulfo? ISABEL. No me agrada.
DUQUE. ¿Fabio? ISABEL. Tampoco. DUQUE. ¿Alexandro? ISABEL. Menos.
DUQUE. Pues todos son tan buenos,
y mejores que yo. ISAB. No importa nada
para la inclinacion. DUQUE. No te replico.
¿Osaréte nombrar a Federico?
ISABELA. ¿Pues tengo de espantarme?

¿no

¿no es como los demas? Duque. Mas
me responde
la color de tu cara sin hablarme,
que tu lengua pudiera. Isabel. Mal esconde *Aparte.*
el alma un grande amor. Duque. ¿Qué
dices? Isabel. Digo
que es a quien quiere mas el Cesar. Duq. veo
entre breves razones tu deseo.
Al Cesar hablaré, tu gusto sigo. *Vase.*

Flora. No sé como has hablado
al Duque en Federico de esta suerte,
quando huye de verte.

Isabela. Turbóse el corazon, y apressurado
dixo quanto sabia,
sin que supiesse yo lo que decia.
Confusa estoy, que el Cesar poderoso
a Federico tiene tan zeloso,
que pienso que me olvida.
¡O nunca yo le viera!

Flora. ¿Quién pensára, señora, que pudiera
de una vista quedar tan encendida
la voluntad de Othon? Isabel. Quien sabe, Flora,
que el mas breve placer tarde se llora.

Sale Belardo escudero.

Belard. Tan mal me amaño al vestido,
que parece que ando armado,
de extremo a extremo he pasado,
allá holgado, aqui fruncido.
Aqui ando de puntillas,

Y

y para dar un recado,
quando están en el estrado,
hacenme hincar de rodillas.
Quise como allá en el prado
con una cinta atacarme,
quebróseme por bajarme,
y no pude de turbado
componerme tan aprisa;
aunque ellas con no mirar
se pudieron escusar
de verme con tanta risa.
Yo por echar a correr
aumenté mas sus placeres:
demonios son las mugeres,
que todo lo quieren ver.
Ya se me havia olvidado
un recado que trahia:
ya temo la cortesia
con miedo de lo passado.
Quedito la reverencia:
señora, a la puerta están.

ISABELA. ¿Quién? BELARD. Federico y Tristan,
mira si les das licencia.

ISABELA. ¿Qué dices? BELARD. Que están aqui.

ISABELA. ¿Federico? BELARD. El mismo pues.

ISABELA. Es impossible. BELARD. No es.

ISABELA. ¿Visteisle vos? BELARD. Yo le ví.

Salen Federico y Tristan.

FEDERI. Que bien haces de dudar,
Isabela, que soy yo,

y

y que quien de aqui salió,
pudiesse volver a entrar:
no por mí te vengo a hablar,
el Emparador me envia,
que no fue voluntad mia,
pues solo el Emperador,
como absoluto señor,
mandarme verte podia.
No juzgues a desvarios
amorosos verte assi,
con sus ojos vengo aqui,
que no vengo con los mios:
él me ha prestado estos brios,
él te mira, que yo no,
mirale en mí, pues te vió,
para que por mí te vea,
que no es possible que sea
yo quien te vé, siendo *yo*.
Yo no sóy quien te queria,
pues vengo a mi amor *traydor*
a solicitar tu amor
por el Cesar que me envia.
El te quiere, y yo solia;
mas que no lo sabe advierte
el alma, pues viene a verte,
que solo encubren mis ojos,
porque con estos enojos
no dejasse de quererte.
Otro soy, otro sin ver,
para no sentir que vengo
a verte, pues que no tengo
el ser que me dió tu ser:

por

por ver; como al fin muger,
en tal peligro me veo,
que por no verte, rodeo
yo mismo dentro de mí
las leguas, que hay desde tí
a lo que verte deseo.

ISABELA. ¿Por qué con tanto rigor
me miras y no me ves,
si arrepentida despues
sabes que lloré mi error?
¡o qué falso fue tu amor,
si puedo darle este nombre!
y como es justo que assombre
la diferencia en los dos
pues lo que enternece a Dios,
no puede mover a un hombre!
¿Ver y mirar no has sabido
como diferentes son?
porque el mirar es accion,
y el ver es solo sentido:
¿pues de qué estás ofendido,
si el ver no puedes culpar?
que es mal hecho castigar
los ojos de una muger,
quando sale solo a ver
sin animo de mirar.
Pero si no quieres verme,
porque yo ví tus enojos,
paguen llorando mis ojos
hasta cegarme y perderme:
verme, y no verme, es ponerme
en ocasion de matarme:

tú no quieres perdonarme,
y yo pienso con morirme
hacer que me llores firme,
quando no puedas mirarme.
FEDERI. Hay una fiera que tiene
rostro humano, y ésta llora
como muger, y traydora
los que caminan detiene,
y al que enternecido viene,
le suele despedazar:
vase a una fuente a lavar,
y como su rostro mira,
como el que mató, suspira,
y loca se arroja al mar.
Assi tú, que me mataste,
cómo al espejo te viste,
y la traycion conociste,
que en tu semejanza hallaste,
viendo que es el que mataste
el mismo de quien tenias
el alma, que no sabias,
querer echarte en la mar
de tus lagrimas y dar
triste principio a las mias.
Ya es tarde para no ver
lo que viste, ya por mí
sucedió lo que temí,
ni puede dejar de ser:
sujetó Dios la muger
al hombre, mas causa enojos
ver, que para ver antojos,
parece ya que lo ha sido,

que

que lo sacó de partido
la libertad de los ojos.
Vive tú, para que Othon
viva, que al Imperio importa,
y en esta merced reporta
tus lagrimas, si lo son;
baste por satisfaccion
mi desdicha y tu porfia,
vive tú, que si este dia
a los dos nos dividió,
no quiero deberte yo
tu muerte, sino la mia.
Este titulo contiene,
que eres Condesa de Prado;
villa, que el Cesar te ha dado,
con otras muchas que tiene;
mira Isabela a qué viene
Federico puesta en calma
la vida que me desalma:
pero puedote afirmar,
que no te ha dado lugar,
como el que te dí en el alma.

ISABELA. Si más que letras tuviera
este titulo ciudades,
para mis firmes verdades
menos que un atomo fuera,
y que vienes, considera,
cosa que amor te defiende,
aunque el Cesar la pretende,
si me has de vender assi,
a poner cedula en mí,
como en casa que se vende.

FLORE. El Cesar, señora. ISABELA. ¿Quién?
FLORE. El Emperador. ISABELA. ¿El mismo?
TRISTA. Con solo Alexandro viene.
FEDERI. Retirarme es desvario.
ISABELA. Yo me holgaré de que veas
mi verdad. FEDERI. Yo te suplico
por los años de mi amor,
de mis deseos los siglos,
la eternidad de mi fé,
lo inmortal de mis suspiros,
que sepas dissimular,
que es hombre tan entendido,
que con qualquiera sospecha
hará de mi amor juicio,
y es tan soldado y tan hombre,
que está mi vida en peligro.

Sale el Emperador y Alexandro, que se vuelve.

EMPER. Quedate afuera, Alexandro.
Esta fineza no ha sido,
Condesa, de poco amor.
ISABELA. Es tan grande que remito
al silencio lo que callo,
y a la verdad lo que digo.
Esta silla havia de ser (*llegale la silla*)
de mil mundos, y este un rico
dosel de estrellas del cielo.
EMPER. Sentaos, señora, conmigo,
y será del mismo sol.
ISABELA. Quando da el sol en un vidrio
resulta dél otro sol,

Y

Assi siendo vos sol vivo,
lo soy yo, porque os retrato,
pero no soy el sol mismo.

EMPER. Al contrario está mejor,
pues yo soy el que recibo
los rayos de vuestra luz,
que resulta en Federico,
en Tristan, en Flora; ¿y vos
quién sois? BELAR. ¿No me ha conocido?
Belardo, señor, a quien
dió su merced el anillo,
quando andaba por el monte,
sino que me han vestido
estas bragas, que se acuerdan
del tiempo del Rey Perico,
y esta gorra, que parece
suelo de pastel hechizo.

ISABELA. Beso a vuestra Majestad
la mano, Principe invicto,
por el titulo y las villas.

FEDERI. Y al traherle, no le quiso,
¿qué te parece, Tristan?

TRISTA. Que hay aquí grande artificio,
mira, toma, y despues llora.

EMPER. Este, señora, es principio,
que introduce solamente
la voluntad de serviros.
Estoy tal, despues que os ví,
que no pienso, ni imagino
cosa, que en amor no sea;
de amor son hasta los libros
que leo, si bien soy yo

el

el arte de amar de Ovidio:
he hecho que mi aposento
esté todo guarnecido
de fabulas, y he mandado
que no haya criado mio
sin amor, tanto que ya
hice amar a Federico,
que por mi ha buscado dama,
y esta mañana me dixo
señas de su buena cara,
lo que de su gusto fio,
aunque el amor ha de ser
a gusto del dueño mismo,
y que la quiere en extremo,
aunque ha poco que la ha visto,
y que me la ha de enseñar.

ISABELA. Pues yo siempre le he tenido
por galan. EMPER. El me ha jurado,
que a nadie en su vida quiso
sino es en esta ocasion:
¿no es esto assi, Federico?

FEDERI. Nunca, señor, quise tanto,
pero estoy medio reñido
con mi dama. EMPER. Serán zelos.

FEDERI. Tengo el mayor enemigo
que pudo hallar mi desdicha,
discreto, galan, altivo,
soldado en fin, con las partes
que reconozco y envidio.

EMPER. No lo creas, que los zelos
hacen discretos y lindos
a muchos, que no lo son,

por-

Porque es del temor oficio
hacer las cosas mayores,
y assi te havrá sucedido.
Tú tienes partes amables,
gentil talle, buen juicio,
discrecion, gracia, donayre,
no hay fiesta, ni regocijo,
que no te lleves los ojos
de la corte: y assi digo
que aun yo, con ser lo que soy,
no compitiera contigo:
solo a mí temer pudieras,
porque en la mano me pinto
con el mundo, que si no
del mundo abajo te rindo
el talle, el entendimiento...

FEDERI. Mil veces los pies te pido.

EMPER. Es un sujeto, Isabela,
Federico, que yo estimo,
como a mi propria persona:
una falta he conocido
sola en él, que es no querer,
con que todo quanto he dicho
echa a perder su tibieza.

ISABELA. En esso se contradixo
vuestra Majestad, pues dice
que ya tiene dama. EMPER. Ha sido
este pensamiento en él,
despues que del monte vino.

TRISTA. ¿Oyes aquello? FEDERI. Estoy loco,
pues lo que de burlas digo
al Cesar por cumplimiento,

con tantas veras le ha dicho.

Trista. Isabela dissimula,
mas bien se ve que ha sentido
los zelos en la inquietud,
y en que ya los tiene escritos
en las rosas de la cara.

Federi. Tú verás que el desatino
me cuesta mas de un pesar.

Trista. Quanto es el amor mas limpio,
mas se mancha con los zelos.

Federi. Todo este necio peligro
nació de querer mirar.

Trista. ¿Pues huviera paraiso
de los ojos, sino viera
aqueste animal divino?
¿huviera criado el cielo
del mar Español al Indio
cosa mas bella y mas linda,
para las almas hechizo,
como una muger hermosa,
desde quince a veinte y cinco,
sino deseára ver?

Federi. Llevame a mí por testigo
de essa verdad, y verás
si lo que dices confirmo.

Emper. Este diamante en razon
de su fineza apetece
vuestra mano, si merece
tanto favor mi aficion:
pero ha de ser condicion,
que os le tengo de poner.

Federi. Si ella se deja vencer

de

dalo que el Cesar la pide,
con dura venganza mide
sus zelos, pero es muger.

ISABELA. En obedeceros gano
una merced y un favor,
darme el diamante, señor,
y ponerle vuestra mano:
a un Principe soberano,
siendo el anillo prision,
reconozco sujecion.

EMPER. No hay en amor majestad.

FEDERI. ¿Quitas el guante? EMPER. Mostrad
el dedo del corazon.

TRISTA. De esso, señor, no te espantes,
que hay muger que se quitára
un zapato, si se usára,
traher en los pies diamantes.

EMPER. Ahora sí, que estos guantes
se llamarán de jazmines.

TRISTA. Señor, no te desatines.

FEDERI. Mal pensaron mis engaños,
que principios tan estraños
tuviessen mejores fines.

EMPER. Dos señas haciendo estoy
con vos, Isabela, aqui,
que me deis el guante a mí,
por el diamante que os doy.

ISABELA. Dichosa en las ferias soy.

FEDERI. Y yo soy tan desdichado,
que en las ferias me ha tocado
parte, aunque no del diamante,
pues lleva el Cesar el guante,

y yo llevo lo picado,

EMPER. Con este favor, pues gano,
me levanto. *Levantase.*

FEDERI. Y yo me assiento
en el mas grave tormento,
que dió a preso juez tyrano.

EMPER. Perdonad que vuestra mano
quede sin guante, mas rico
os le traherá Federico,
pero no de mas valor.

FEDERI. Assentóme el guante Amor,
era Dios, no le replico.
Mano hermosa y desleal;
rompan tu cristal los cielos,
vengar pudieras tus zelos,
pero no con tanto mal.

EMPER. ¿Federico? FEDERI. Estoy mortal.

EMPER. Acuerdame este favor.

FEDERI. No le olvidaré, señor.

ISABELA. ¡Qué bien salió mi venganza!

FEDERI. ¿Cómo se fue mi esperanza,
si se ha quedado mi amor?

Entre el Duque Octavio con Fabio, Rodulpho y Alexandro.

ISABELA. Mi padre viene. DUQUE. No puedo
pagar, señor, con palabras
tanta merced, tanto honor;
honren vuestros pies mis canas,
será el favor de este dia
mayorazgo de mi casa,

al-

alto blason de sus puertas,
timbre de sus nobles armas.
Hanme dicho que haveis dado
despues de mercedes tantas
titulo y tierra a Isabela,
con que ya puedo casarla,
porque de mi pobre hacienda
no le quedaba esperanza,
respecto de tantas guerras:
de suerte que solo falta,
que le deis tambien marido,
con que a mi vejez cansada
dareis vida y sucession.
EMPER. Duque, no vengo sin causa,
vuestro descanso deseo,
los que ahora os acompañan
son de mi casa lo noble,
y lo mejor de Alemania:
haga eleccion Isabela
de quien de todos le agrada,
que desde a qui la confirmo,
TRISTA. ¡Brava ocasion! hoy te casas.
FEDERI. No sé, Tristan, mucho temo
el sucesso, por que andan
encontradas estos dias
mi fortuna y mi esperanza.
EMPER. ¿No tomais resolucion?
DUQUE. Señor, Isabela calla
con razon, de su silencio
seré interprete, si mandas.
Fabio, Alexandro y Rodulpho
son el honor de su patria,

finalmente, invicto Cesar,
digo que en qualquiera estaba
bien empleada Isabela,
pero el tener de tu gracia
tantas prendas Federico,
me obliga a pedir, que hagas
a los tres esta merced.

EMPER. Por mí no puedo escusarla:
¿ qué respondes, Isabela?

ISABELA. Que mis meritos no alcanzan
a los que tiene persona
que mereció tu privanza,
y fuera de esto, señor,
Federico tiene dama,
que quiere, como tu sabes,
y ningun hombre se casa
enamorado de otra,
de olvidar en confianza,
que no se vuelva a su gusto.

EMPER. Octavio, aqui no hay forzarla,
tratemos esto despacio,
y venidme a ver mañana.

Vase y todos con él, y quedan Federico, Tristan, Isabela y Flora.

FEDERI. No sé cómo pueda hablarte.

ISABELA. Ni yo mirarte a la cara.

FEDERI. ¿ Estas las lagrimas eran,
mas si serán, si eran falsas:
¿ves como yo te decia,
que si liviana mirabas,

era

era fuerza que despues
saliesses tambien liviana?
ISABELA. ¿En qué liviandad me has visto?
FEDERI. ¿Darle la mano no basta
a un hombre, aunque Cesar sea,
y Emperador de Alemania,
en mis ojos, y sin esto
con resolucion tan clara,
quando ya tomaba puerto
la nave de mi esperanza,
volverla con tal desprecio
al golfo, donde no aguarda
mas remedio que la muerte?
ISABELA. O Federico, que hablas
con zelos del Cesar, vete
a llevar essas palabras
a la dama que le enseñas,
que no es poca confianza
de su gracia y hermosura.
FEDERI. Tú te engañas, y él se engaña,
mientes tú, y el Cesar miente,
porque ni yo tengo dama,
ni ha sido mas que engañarle,
el decir que la buscaba:
pero ya que le dixiste,
tomando tan fria causa,
que no era yo para tí,
bien se ve que le agradabas,
y por hacerle lisonja
(si con esperanzas vanas
te sueñas Emperatriz,
mas que compuesta, bizarra)

me

me despreciaste, y assi
prometo al cielo, que quantas
veces oyere tu nombre,
o passáre por tu casa,
o viere criado tuyo,
o retrato, prenda, o carta,
tantas maldiga el amor,
que te tuve; y si me trata
el alma de tí en mi vida,
tengo de sacarme el alma.

ISABELA. Passo, Federico, passo,
y guardese quien agravia
a muger, aunque le adore,
porque ha de tomar venganza.
No quiero al Cesar, ni quiero
riquezas, solo estimaba
tu amor, fuisteme traydor,
aqui mi amor se remata;
no porque le compre Othon
con diamantes, que son bajas
todas las piedras del mundo,
para que se vendan almas.
Toma, Tristan, esse anillo.

TRISTA. ¿Para qué? ISABELA. Para que vayas
a venderle para tí.

TRISTA. Señora. ISABELA. No hables palabra.
Tu, Flora, cierra desde hoy
zelosias y ventanas,
no entre el sol, por lo que tiene
con el Cesar semejanza
por Emperador de estrellas.

FLORA. ¿Señora, por qué le tratas

a Federico tan mal?

ISABELA. Calla necia. FLOR. Escucha. ISABEL. Calla.

FEDERI. O ingrata, que no te creo.

ISABELA. Allá verás lo que passa.

FEDERI. Si me matares, no importa,
con tu hermosura me matas.

ISABELA. Ojalá fuera veneno.

FEDERI. ¿Qué mas, pues muero de rabia?

ISABELA. Quisiera ser basilisco.

FEDERI. Yo quien primero mirára.

ISABELA. ¿Matarme querias? FEDERI. Sí,
y sacar con esta daga
los ojos, porque no vieras.

ISABELA. Yo sé quando los llamabas
estrellas. FEDERI. Ya son infiernos,
despues que miran y engañan.

ISABELA. Enviame mis papeles.

FEDERI. Bueno fuera que guardára
mentiras. ISABELA. Verdades eran.

FEDERI. Como tus palabras falsas.

ISABELA. ¡Ah traydor! FEDERI. ¡Ah fiera!

ISABELA. ¡Ah loco!

FEDERI. ¡Ah injusta! ISABELA. ¡Ah tyrano!

FEDERI. ¡Ah ingrata!

ISABELA. Yo me vengaré de tí.

FEDERI. Con los muertos no hay venganza.

JORNADA TERCERA.

Salen el Emperador, Federico, Tristan y Alexandro.

FEDERI. Todo está a punto, como tu mandaste.
EMPER. ¿Parecete presente, Federico,
digno de un Cesar? FEDERI. Tú le imaginaste
admirable, galan, curioso y rico.
EMPER. Si yo pudiera hacer al guante engaste,
no de las piedras que al presente aplico,
sino de las estrellas de los cielos,
rotos dejára sus azules velos.
¡O mano de cristal! ¿qué nieve pura
en las cumbres del alto Pyreneo
mas intacta se vió? pues fuera escura
con los marfiles que en tus manos veo:
un diamante que puse en tu hermosura,
siendo el vencido yo, será tropheo
de mi victoria, que en amor ha sido
siempre el mas vencedor el mas vencido.
Si todo el ambar de la mar espuma,
si todo aquel metal, donde retrata
su rostro el sol, o la luciente suma,
que da cabellos a la tierra en plata:
si aquella phenix de purpurea pluma,
y todas quantas lagrimas dilata
entre dorados nacares la Aurora,
que llora risa, quando flores dora:
si quanta grana el Tyro y seda el Persa,
y el Chino joyas de diamantes y oro,
si

si aquella perla union lustrosa y tersa;
que de Cleopatra fue mayor thesoro,
si toda la riqueza que la adversa
fortuna sepultó del Indio al Moro,
en las arenas de la mar tuviera,
para servirte precio humilde fuera.

Federi. Quien esto escucha, y esperanza tiene,
alabe su locura por estraña. (*Aparte*.

Trista. Señor, dejar la empresa te conviene,
que seguir lo impossible no es hazaña.

Federi. Ver a Isabela siento. Tris. Antes previene
tu remedio, si assi te desengaña.

Federi. No pienso hablarla dos palabras. Tri. Mira
que es la mayor señal de amor la ira. *Vanse*.

Emper. Movióse entre philosophos de Grecia
question controvertida, qual sería
la riqueza mayor, que ser podia
de las que el hombre humanamente precia:
si el oro, aunque hay virtud que le desprecia,
la fama, la salud, la monarchia:
y dixoles Platon, porque tenia
la facil duda por ociosa y necia:
Dexando los antiguos pareceres,
escuela ilustre, porque no te assombres,
si al apetito la razon prefieres,
para laurel de sus gloriosos nombres,
la hermosura y la fama en las mugeres
es la mayor riqueza de los hombres.

Alexa. Con poco gusto, señor,
Federico te obedece
en regalar a Isabela.

Emper. ¿Por qué, Alexandro? no tiene

despues que yo le advertí,
la condicion diferente?
¿en qué, dime, la virtud
y los estudios ofende
amor, pues puede una dama
honestamente quererse?
No siempre la caza agrada,
y con relampago breve
dar al javali cerdoso
rayo de plomo la muerte:
no siempre jugar las armas,
no siempre el bridon valiente
hacer sudar con la vara,
desde el codon al copete.
El descanso de los hombres,
o labradores, o Reyes
fue siempre la compañia
de las honestas mugeres:
y yo sé, que Federico
ya lo conoce, y ya quiere.

Alexa. Bien dices, que quiere ya,
pues Octavio le pretende
para esposo de Isabela:
y admira el ver, que no adviertes
la tristeza con que vive.

Emper. Mucho Alexandro te duele
ver que no te quiso Octavio.

Alexa. Antes, señor, que supiesse,
que tú amabas a Isabela,
pudiera Octavio ofenderme.

Emper. Federico tiene dama,
y no es possible que piense,

que-

queriendo a Isabela yo,
en que Octavio le prefiere
a los nobles que me sirven.
ALEXA. ¿Dama, señor? si él tuviere
dama, fuera de Isabela,
yo quiero.... EMPER. Envidia te mueve,
pues enseñarme su dama
esta noche me promete,
y ya la tiene advertida.
ALEXA. Señor, engañarme puede
la lealtad, que no la envidia,
que yo.... EMPER. Federico vuelve.

Salen Federico y Tristan.

FEDERI. Bañando, señor invicto,
en pura rosa la nieve,
donde amor tiembla de frio,
con ser elemento ardiente
recibió tus ricas joyas
Isabela, y con dos breves
razones me respondió:
la primera, que agradece
tanta merced: la segunda,
que es tu esclava, en que resuelve
quanto puedes desear.
EMPER. Tan buenas nuevas merecen
premio, mas quiero guardarle,
y que esta noche me lleves
a ver tu dama, que a ella
se le quiero dar, y hacerte
esta lisonja. FEDERI. Serán

en una muchas mercedes.

EMPER. Ven a desnudarme, y vamos
donde tu buen gusto apruebe,
que dar parte a los amigos
hace mayores los bienes. *Vase.*

FEDERI. ¡Qué gran confusion, Tristan!

TRISTA. ¿A donde yo estoy, qué temes?
yo te sacaré de todo.

FEDERI. Si ver a mi dama quiere,
mire a Isabela, si ya
tiene dama quien la pierde.

TRISTA. Yo he prevenido a Fenisa,
y seguramente puede
entrar el Emperador.
La sala un jardin parece,
bravo estrado, suelo Turco,
escritorios y bufetes,
pastilla de quatro calles,
y por dueñas quatro sierpes.

FEDERI. Triste voy, no me verás,
Tristan, en tu vida alegre. *Vanse.*

Salen el Duque Octavio y Belardo.

OCTAV. ¿Aquel no era Federico?

BELAR. Y su escudero Tristan.

OCTAV. Basta, Alexandro galan,
que por mas que significo
al Cesar lo que deseo
el remedio de Isabela,
no es possible que se duela
de la edad en que me veo.

A

A hablarle vengo. Bel. Es muy tarde,
y pienso que va secreto
a cierta visita. Octav. Inquieto,
suspenso, triste y cobarde
me tiene la dilacion
del tratado casamiento:
ya, Belardo, me arrepiento,
y no con poca razon,
de haver venido á la corte.

Belar. Bien estabas en tu aldea.

Octav. Quien esta inquietud desea,
su vida en la corte acorte.
Ayres me han dado que Othon
impide, y no favorece
lo que Isabela merece,
o ha sido imaginacion.
Mas quisiera mi destierro
con quietud, que aqui salud.

Belar. Ah señor, que esta inquietud
mas es que de oro, de yerro.
Bien estabamos allá.

Octav. Quando estas grandezas miro,
por mi soledad suspiro.

Belar. Pues dejarlas. Octav. Tarde es ya.
¡Quanto mejor arrojado,
Belardo, en el verde suelo
miraba el sereno cielo
libre de tanto cuidado!
allí sin ver ceños graves,
que la autoridad enseña,
via bajar de una peña
el agua al son de las aves:

ya

ya vine, mas de importancia
que la queja es la paciencia.

BELAR. ¿Qué puede a tanta prudencia
decir mi ruda ignorancia?

OCTAV. El Cesar, Belardo, crea,
que a Isabela ha de casar,
o vuelvame a desterrar,
que yo lo soy en mi aldea. *Vanse.*

Sale el Emperador, Federico, Tristan, Fabio y Rodulpho de noche.

EMPER. Muriendo me voy de risa.

FEDERI. Y yo de pena, señor,
de ver el poco favor,
que has hecho a Doña Fenisa.
¿No has entrado y ya te vas?

TRISTA. Por Dios que tiene razon,
que fue terrible vision.

EMPER. ¿De esto enamorado estás?
¿esto me traxiste a ver?

FEDERI. Que es mi luz te certifico.

EMPER. ¿Es possible, Federico,
que quieres bien tal muger?

RODUL. Harto desvié las velas,
por encubrir su figura.

FEDERI. ¿Piensas, señor, por ventura,
que son todas Isabelas?

EMPER. ¡Jesus, qué cara! espantado
vengo de ver tal vision.

TRISTA. Pues a fé que hay un varon,
a quien le cuesta cuidado.

EM-

EMPER. Menester es que lo sea
para muger semejante,
porque mas varon que amante,
quando la goze, le vea.
¿Fenisa es su nombre en fin?
no debe de ser eterno,
si hay phenix en el infierno.
FEDERI. Para mí fue Seraphin.
EMPER. ¿Quién te enseñó tal muger?
FEDERI. Tristan. EMPER. ¡Qué cosa tan suya!
dasela por vida tuya,
y no la vuelvas a ver.
FEDERI. Retratarla presumia,
y por tí mudo intencion.
EMPER. Bien puedes con un carbon.
TRISTA. ¿Qué digeras de la mia?
EMPER. Enseñamela tambien,
y diréte la verdad.
TRISTA. Si esto llamaste fealdad,
no ha de parecerte bien:
mas mostraréte un retrato
suyo. EMPER. Muestra. TRISTA. En verso es.
EMPER. Dile, a ver. TRISTA. Escucha pues.
Admirome quando veo
lo que ha menester qualquiera
oficio, o arte en su esphera,
para exercitar su empleo,
y las Musas soberanas
lo poco que han menester.
EMPER. ¿Pues bien, Tristan, qué ha de ser?
TRISTA. Papel y tinta y mañanas,

EMPER. ¿No libros? no ciencias? TRISTA. Sí,
y algun poco de humildad,
que es locura y necedad
alabarse un hombre a sí.

Pero escucha el retrato
del bien que adoro,
que a Tristan favorece
por no hallar otro.
Tres peregrinas calvas
su gracia aumentan,
una tiene en el pelo,
dos en las cejas.
Sus ojuelos azules
son tan serenos,
que me da romadizo
de solo verlos.
Su nariz, que del rostro
los campos parte,
afilada parece
jabon de sastre.
No son, pues, sus mexillas
color de Tyro,
pero fueron de España
papeles finos.
Sin claveles ni rosas
tal boca tiene,
que parece cachorro
de quatro meses.
Un lunar noguerado
tiene por orla,
que quantos se le miran
piensan que es mosca.

De

De apartados los dientes
piden divorcio,
que no quieren morderse
unos a otros.
Solo tiene una gracia
la boca bella,
que comiendo o pidiendo,
jamas se cierra.
Nunca acierto los puntos
de su zapato,
porque calza catorce
pidiendo quatro.
De ser bella le viene
ser tan vellosa,
que sin ser ermitaña
la cubre toda.
El que sea entendida
no es testimonio,
porque quando da voces
la entienden todos.
Nunca sale de casa
sino hay carroza,
porque tiene una pierna
mas larga que otra.
Mas con todas las faltas,
que aqui refiero,
algo tiene que callo,
pues que la quiero.

EMPER. Lindamente la has pintado;
la de Federico pinta,
y daréte para tinta.

TRISTA. ¿Soy buen pintor? EMPER. Extremado.

Mañana te doy. TRISTA. ¿Te doy?
siempre esta mañana es vana:
no havrá dia con mañana,
si siempre mañana es hoy.
Tu grandeza soberana
pierde en hacer esperar,
que es madrugar a no dar,
prometer para mañana.
Si ama Dios a quien da el bien
alegremente, señor,
imita a Dios, que es rigor
dar tarde, aunque el mundo den.

EMPER. Quitame aquesta cadena.

TRISTA. Escuchaba un labrador
un papagayo hablador,
que estaba con linda veña
de una dama a la ventana,
diciendo aquesto de loro,
¿cómo estás? y el perro Moro,
con su media lengua Indiana;
y dixo a la dama: Quien
este a su tierra llevára,
bravo dinero ganára:
la dama sabiendo bien
la condicion del buen loro,
dixo: Hareisme gran placer
en llevarle, por no ver
tanto loro y tanto Moro,
que me quiebra la cabeza:
y como alargó la mano
para tomarle el villano,
con notable ligereza

con-

convertido el pico en rayo
tal lancetada le dió,
que muchos dias lloró
el canto del papagayo.

EMPER. ¿Pues yo havia de burlarte?
toma, y pues la reja es esta
de Isabela, llega y llama.

TRISTA. Podrá ser, señor, que duerma.

EMPER. Bien podrá ser, y tambien
podrá ser que esté despierta.
Llega, Federico, tú.

FEDERI. ¡En qué passos, en qué penas
trahen mi amor mis desdichas,
y mis desdichas mis quejas!
¿O reja, no me respondes?

Flora a una reja baja.

FLORA. ¿Es Federico? FEDERI. ¡Qué reja
tan piadosa! FLORA. ¿Pues qué quieres?

FEDERI. Diráslе, Flora, a Isabela,
que está aqui el Cesar. FLO. Yo voy. *Vase.*

FEDERI. Pensé que me respondiera,
que era impossible salir,
y respondió, voy por ella.
¡Ah cielos! quien esto mira
con tanto amor, sino es piedra,
¿qué piensa de sus agravios?
mas no es possible que piensa.
Llegue vuestra Majestad.

Sale Isabela a la reja.

EMPER. Como las aves despiertan

a los celages del Alva,
quando con pies de azucena
de los Orientales montes,
baja a las escuras selvas:
assi yo del triste sueño
de vuestra ausencia, Isabela,
despierto, y como ellas cantan,
y el verle salir celebran,
doy gracias a vuestros ojos,
de cuya divina esphera
toman luz mis esperanzas,
y mis cuidados se alientan.

ISABELA. Bien templado de requiebros
y comparaciones tiernas
viene vuestra Majestad
a las horas mas suspensas
del silencio de la noche.
Havrále dado materia
para tan altos conceptos,
alguna dama discreta
de las que en la calle ahora
de lo bien dicho se precian.

EMPER. Antes si con vos, señora,
decir necedades fuera
possible, me la havia dado
la muger mas necia y fea,
que pienso que hay en el mundo,
pues tengo por cosa cierta,
que de haverla hecho está
corrida naturaleza.

ISABELA. ¿Fea y necia en tanto extremo,
¿y fuisteis, señor, a verla?

Em-

EMPER. Es dama de Federico,
que no pensé que tuviera
tan mal gusto: vengo muerto
de risa. ISABELA. No es cosa nueva
gozar de los mas galanes,
señor, las mugeres feas,
y los feos las hermosas.

EMPER. Dices bien, siempre se truecan:
¿qué cosa es ver un marido
feo con muger tan bella,
que todos se la codician?
Yo pienso que esta influencia
dió a entender la antiguedad,
quando casó la belleza
de Venus con la fealdad
de Vulcano en competencia
del sol, por quien sucedió
el hacerle Marte afrenta
con tal risa de los Dioses.

ISABELA. ¡Quién a Federico diera
vaya! llamadle, que quiero
correrle. EMPER. Tendrá verguenza.
¿Ah Federico? FEDERI. ¿Señor?

EMPER. Hele contado a Isabela,
que vengo de ver tu dama.

FEDERI. Diriasle, cosa es cierta,
mi mal gusto. ISABELA. No me admiro,
Federico, de que quieras
muger fea, porque suelen
ser graciosas y discretas:
¿pero necia? no es possible
que tu entendimiento pueda

su-

sufrir tan grande tormento,
que por el mayor se cuenta.
¿En esto pára tu gusto,
tu melindre, tu lindeza,
tu gala, tu aseo, tu gracia,
tu olor, tu pluma, tu lengua?
Asco tendré de mirarte
de aqui adelante. FEDERI. No entiendas
que soy en esto culpado,
que como es cosa tan nueva
para mí tratar de amor,
presumí, que todas eran
mugeres, y merecian
amor, que naturaleza
si las feas para feos
hiciera, sin que tuvieran
a las hermosas accion,
en poco tiempo viniera
a tanta fealdad el mundo,
que resultára en su mengua.
Y assi está puesto en razon,
que haciendo discreta mezcla
de los feos y las lindas,
de los lindos y las feas,
ni todo sea fealdad,
ni todo hermosura sea.
EMPER. Bien dice. ISABELA. No dice bien,
que si fuera assi, no hiciera
los Negros en Ethiopia,
que tanto se diferencian
de los blancos. FEDERI. Pues por esso
vemos, que la mezcla emienda

lo

lo negro, y a pocos lances
hace que en blanco se vuelva.
ISABELA. De lastima os quiero dar
dama, que mostreis al Cesar
sin verguenza. FEDERI. No la quiero,
guardadla para quien tenga
mas dicha, que yo he buscado
muger, que nadie apetezca.
Que si es fuerza que ellas miren,
y poderosos las vean,
fea la quiero y segura,
que no hay fea que no tenga
algo por que ser querida,
ni hermosa sin ser soberbia.
Esta manda, aquella sirve,
esta pide, aquella ruega,
una regala, otra agravia,
una quiere, otra desdeña.
Dios me ayude con mi dama,
que el trato y correspondencia
hace hermoso lo mas feo.
ISABELA. ¡Qué cosa, señor, tan necia!
mande vuestra Majestad,
que no solo de la reja,
mas de la calle se vaya.
EMPER. Vete, y por Dios que me pesa
de que vayas enojado:
vete, pues conmigo quedan
Fabio y Rodulpho. FEDERI. Señores,
que me vaya manda el Cesar,
obedezco. Ven, Tristan.
TRISTA. ¿Qué tenemos? FEDERI. Cosas nuevas

muy,

muy proprias de mi fortuna.
TRISTA. Temo que en esta tormenta
se ha de anegar tu privanza.
FEDERI. Si ya lo está, no lo temas. *Vanse.*
ISABELA. Qué propria cosa, qué cierta
es, que no hay hombre tan sabio
y discreto, que no tenga
alguna falta notable.
EMPER. Quando los discretos yerran,
no iguala a su necedad
la del mas necio. ISABELA. Ya suena
gente en casa y viene el dia,
no es justo que se detenga
aqui vuestra Majestad.
EMPER. No hay en el Imperio fuerza
para dilatar la noche.
El cielo os guarde. ISABELA. Quisiera
responder, para serviros,
y como es precisa deuda,
no viene a ser cortesia. *Vase.*
EMPER. ¿Qué hay, caballero? RODUL. Que vuela
por los amantes el tiempo
con notable ligereza:
¿no havrás sentido las horas?
EMPER. La mas graciosa pendencia
han tenido en la ventana
Federico y Isabela
por la fealdad de su dama,
que ví en mi vida. RODUL. Es discreta.
EMPER. Tuvole perdido: vamos,
que no es justo que amanezca
en tales passos el sol

a la Majestad suprema. *Vanse.*

Salen Federico, y Tristan.

FEDERI. Tristan, yo vengo muerto. TRISTA. No permitas
tanta rienda al dolor. FEDERI. No es en mi mano.
TRISTA. Al Cesar soberano
contra tí solicitas.
FEDERI. Quando yo tengo de perder la vida,
¿ qué importa la privanza, o la caida?
¿No escuchaste, Tristan, las libertades
de Isabela conmigo? TRISTA. Tú le diste
la causa, pues quisiste
hacer necias verdades
las mentiras y engaños de Fenisa,
y con tanta fealdad moverle a risa.
FEDERI. Dos cosas intenté, de entrambas muero,
con mostrarle, Tristan, muger tan fea,
hacer que el Cesar crea,
que en otra parte quiero,
y que Isabela no se persuadiesse,
que la pude querer, si lo supiesse:
¿pero quién sospechára, que digera,
que de verla venia? qué disculpa
diré de tanta culpa?
O quien, ¡hai Dios! pudiera,
como quiso, olvidarla, ¡mas hai cielos,
que es accidente amor y olvido zelos!
TRISTA. Descansa de la noche que has passado.
FEDERI. No puedo, que aun es noche todavia,
que no amanece el dia,

a quien es desdichado,
pues no es possible, que su lumbre vean
los ojos que no ven lo que desean.

Sale un Paje.

PAJE. El villano de Isabela,
que se convirtió a escudero,
quiere hablarte. FEDERI. Yo no quiero
por lo que el alma recela
escucharle, ni aun saber,
que se acuerde que nací.

Sale Belardo.

PAJE. Pues ya ha entrado. BELAR. ¿Para mí
licencias son menester?
Solia su señoria
hacerme a mí mas favor,
pero en cessando el amor,
se acaba la cortesia:
casa y criados enfadan
en sucediendo el desden,
que quando se quiere bien,
hasta los perros agradan.
Yo os ví abrazar un lebrel
del Duque, y ahora a mí
aun no me hablais: pues aqui
os traygo cierto papel,
que fuera de oro algun dia.
FEDERI. Los que me dió pedirá,
mostrad. BELAR. ¿Luego no me da
albricias su señoria?
FEDERI. ¿Pues yo qué dichas aguardo?

¡Hai

¡Hai, Tristan! llegate acá.

BELAR. Bien me dixeron allá,
¿a la corte vais Belardo?
los cortesanos harán
rica la pobreza vuestra:
ya son reloxes de muestra,
que señalan, y no dan.

Lee FED. Perro. TRISTA. ¿Perro dice? FED. Si.

TRISTA. Mira que pero dirá.

FEDERI. Si con dos erres está,
¿qué quieres? TRISTA. ¿Pues perro a tí?

Lee FED. Perro el de la dama fea,
aunque esto fuera venganza
para mi loca esperanza,
no quiere amor que lo sea:
dos cosas dice mi amor,
que aqui pueden remediarme.

TRISTA. ¿De qué te burlas? *Lee* FED. Matarme,
o darme al Emperador,
y assi despues de llorar
el ver que sin honra muero,
ser suya esta noche quiero,
porque me quiero vengar.
Jesus! BELAR. San Pablo, san Lucas.

Caese Belardo.

FEDERI. No era mi sospecha en vano,
esto traxiste, villano,
traydor. BELAR. Et ne nos inducas.

FEDERI. Matale. TRISTA. Deten, señor,
la furia. BELAR. Tenle, Tristan,
san Cosme, san Preste Juan.

TRISTA. Este pobre labrador,

 ¿qué

¿qué culpa tiene, si viene,
a traher lo que le dan?

BELAR. Quien me quitó mi gaban,
en malos infiernos pene:
las bragas pues valen tanto,
que segun me vengo a ver,
temo que me han de poner
por Judas un Jueves santo.

FEDERI. ¿Perro el de la dama fea?
¿pues, Isabela, tú eres
fea? y que yo quiera quieres
cosa que tuya no sea?
Tú sola vives en mí,
tu hermosura, tu valor,
que aun es hermoso mi amor,
porque se transforma en tí.
Dió tu rostro celestial
cuidado a naturaleza,
porque sacó tu belleza
de su belleza ideal:
¿pues por qué tanta hermosura
me trata con tal rigor?

TRISTA. Sossiega, escucha, señor.

FEDERI. El alma no está segura,
que un hombre tan desdichado
aun alma no ha menester,
porque tener alma es ser,
y no siendo, no hay cuidado.
¿Esta noche? pues tan presto?
¿pues sin mas informacion?

TRISTA. Señor, ten mas atencion
al lugar en que te ha puesto

el

el Cesar. FEDERI. ¿Muger tan bella,
una dama, una doncella,
hace a su amor tanto agravio?
¿la hija del Duque Octavio
se entrega al Emperador?
la que tuvo tanto amor
a Federico? y que ayer
se llamaba mi muger,
hoy hace tal desatino?
si es Angel, cielo divino,
de vuestro imperio arrojaldo.
BELAR. Dele unos tragos de caldo,
Tristan, assi Dios le guarde.
FEDERI. Fuiste en matarme cobarde,
y en infamarte animosa.
Campos llorad por la rosa,
que se marchita de zelos:
llorad por la Aurora, cielos,
que llena de sombra está:
fuentes no corrais, que ya
se ha vuelto en llanto la risa,
o para correr aprisa
de mis desdichas tomad
el exemplo: ¡qué lealtad!
¡qué amor! Isabela, hai dios!
¿quién digera que los dos
nos halláramos assi,
yo sin alma, tú sin mí,
que lo fui tuyo tambien?
BELAR. Cierto, señor, que no es bien
quejarse con tal rigor,
que el señor Emperador
se

se la volverá mañana.
FEDERI. ¿Tanto amor, dulce tyrana,
Isabela, despreciaste?
¿qué mucho? viste, miraste,
que el ser yo tan desdichado,
de ver tú y de haver mirado
al Cesar ha producido:
¿pues tan presto tanto olvido,
y con tan infames nombres?
dichosos fueran los hombres,
si no vieran las mugeres:
perdona si tú lo eres.
TRISTA. Huye, corre, vete, vuela.
BELAR. Voy a decirlo a Isabela.

Vase, y sale el Emperador.

EMPER. ¿Qué es esto? FED. ¿Quién lo pregunta?
EMPER. ¿Es Federico? FEDERI. No sé,
mas lo que es y lo que fue
en mi sujeto se junta:
de una esperanza difunta
soy un necio pretendiente,
soy un ser, que no se siente;
pues siendo el alma inmortal,
una forma substancial
la tengo por accidente.
Suspenso el entendimiento
y memoria sensitiva,
me ha dado la intelectiva
mas alto conocimiento:
y conociendo que siento
la ofensa, a vengarla voy,
pe-

pero como viendo estoy
el valor de el que me ofende,
por no ser el que lo entiende,
dejo de ser lo que soy.
Que no siento es verdadera
proposicion, pues no siento
que no siento, y sentimiento
de que no siento tuviera:
que si el no sentir sintiera,
viera yo que el no sentir,
era dejar de vivir,
y no viniera a tener
sentimiento de no ser,
que debe de ser morir.
El alma con que viví,
y que este ser animaba,
se fue a vos, quando pensaba,
que mas la tuviera en mi,
y que se passaba assi
creyó la gentilidad
de un cuerpo en otro; mirad
si se passa a vos la mia
esta noche, qué podria
ser su mentira verdad.
De suerte que el alma mia,
aunque sin morir los dos,
hará passandose a vos
tan necia Philosophia.
Quien es la que yo tenia,
esta noche lo sabreis,
quien soy no me pregunteis,
porque lo que voy diciendo,

aun yo mismo no lo entiendo,
mirad vos si lo entendeis.

Emper. Responderte, Federico,
en seso y en tanto mal,
fuera ser al tuyo igual,
el que a tu lastima aplico,
que perderla un hombre noble
de las partes que hay en tí,
tan estimado de mí,
aumenta la pena al doble.
¿Tristan, qué desdicha es esta?

Trista. Haver, gran señor, perdido
parte del alma, el sentido,
que esto vale y esto cuesta:
que como tú le mandaste,
que quisiesse tan aprisa,
he pensado que Fenisa,
de quien ayer te burlaste,
le ha dado hechizos, señor,
que es proprio efecto de feas,
pues las hermosas no créas
que quieren por fuerza amor:
si quien tiene entendimiento,
quiere que nadie le quiera
por aquello que no fuera
su proprio merecimiento.

Emper. Prendanla, matenla. Trista. Advierte.

Emper. No hay que advertir, morirá
Fenisa, culpada está
de Federico en la muerte,
que quien quita a un hombre el seso,
mas le quita que la vida.

Sa-

Salen Isabela, el Duque Octavio, Belardo y todos.

ISABELA. Lastimada y ofendida
de tan estraño sucesso,
no hallo remedio mejor
que darte de todo cuenta.
OCTAV. Sino es venganza, es afrenta.
BELAR. Aqui está el Cesar, señor.
OCTAV. Ya vengo, Principe invicto,
como dice, que me mandas,
Isabela, y ella y yo
te damos debidas gracias,
despues de tantas mercedes,
de que gustes de casarla
con Federico, que tanto
ilustra y honra mi casa.
ISABELA. Y yo tambien por mi parte,
como mas interessada
en este favor. EMPER. Detente:
¿quién os dió nueva tan falsa?
ni he tenido pensamiento
de casarte, ni se trata
mas que de tan gran desdicha.
ISABELA. ¿Qué desdicha? EMPER. Que una ingrata
muger le ha quitado el seso,
y que he mandado matarla.
ISABELA. No es ingrata quien ha sido
de este sucesso la causa.
EMPER. ¿Sabes tú quien es, que ya
con muerte infame le aguarda

mi castigo? ISABELA. Pues bien puedes,
gran señor, executarla.
Yo soy, que con un papel
que le escribí por venganza
de los zelos que me diste,
fingí que esta noche estaba
determinada a ser tuya,
siendo mentira inventada
de mi amor y mi desdicha.
FEDERI. ¿Mentira, Isabela? aguarda,
aguarda, no prosigas, que el discurso
que hasta ahora me faltaba,
has vuelto a mi entendimiento,
y las potencias al alma.
Oye, invictissimo Othon,
Augusto, heroyco Monarcha,
como el Macedon de Grecia,
Alexandro de Alemania,
oye a dos amantes, oye
lo que hasta ahora ignorabas,
y te encubrieron por zelos
amor, respeto y privanza.
Dos años ha que a Isabela
sirvo, otros tantos que paga
mi amor, y que tantas guerras
el honesto fin dilatan,
que con casarnos tuviera
tan bien nacida esperanza.
Por la parte de aquel monte,
de su prado, hacienda y casa
fuiste a cazar aquel dia,
principio de mis desgracias:

referirte lo que sabes,
fuera cansada ignorancia.
Mandasteme que quisiesse,
porque yo dissimulaba
querer, temiendo enojarte,
y por no ofender la fama
de la opinion de Isabela;
y assi dandome la traza,
o mi desdicha, o Tristan,
fingí que a Fenisa amaba,
concertandonos los dos,
en que si por esta causa
viniesse a perder el seso
con las demas circunstancias,
que son peligros de amor,
tú la palabra me dabas
de ayudarme, como espero
que lo harás, pues empeñada
la tienes a ser quien eres,
que nunca a los Reyes falta.
Esta es la ocasion, señor,
que amor y fortuna llaman,
no ya la ocasion perdida,
sino la ocasion ganada.
Favoreceme con darme
a Isabela, assi te hagan
los cielos, como de Europa,
señor del Africa y Asia,
y a donde no llega el sol,
inhabitable distancia,
ni en los hielos de su sombra
vieron estampas humanas,
 lle-

lleguen las Aguilas negras
de tus Imperiales armas,
y el sol de envidia las siga,
que lleguen donde él no alcanza.
EMPER. Federico, aun no presumo
(tan dificilmente hallan
el seso los que le pierden)
que le has cobrado, pues hablas,
no digo en tu amor y el mio,
sino en decir que obligada
está mi palabra aqui,
pues es cierto que te engañas,
que quando yo te la dí,
era quando te mandaba
que quisiesses y buscasses
sujeto en alguna dama.
Tú dixiste que lo harias
si te daba la palabra
de ayudarte, y a Fenisa
me mostraste: si te casas
con Fenisa, cumpliréla:
porque yo no pude darla
para lo que yo queria,
y tú de secreto amabas.
Con esto se desempeña
mi palabra, pues fue dada,
para querer no queriendo.
FEDERI. Con justa causa me llamas
loco, pues no conocia,
que la palabra me dabas
de ayudarme, si quisiesse.
Busqué dama fea y baja

por escusar á Isabela
zelos, y encubrir que estaba
enamorado de quien
tú lo estabas. Ya te sacan
de la obligacion, señor,
mi desdicha y mi ignorancia.
Con esto dame licencia,
para que a Italia, o a España
me lleven mis desventuras
a morir en tu desgracia.

EMPER. Alza del suelo. FEDERI. ¿Pues darla
rehusas? EMPER. Oyeme atento.
No fuera grandeza tanta
darte a Isabela, si fuera
cumplir la palabra dada:
quando de ella libre estoy,
y tú con desconfianza
y sin accion de pedirla,
el dartela será hazaña.
Dale la mano a Isabela.

FEDERI. Vivas, invicto Monarcha,
mil siglos. ISABELA. A tus victorias
prevenga bronces la fama.

TRISTA. Una palabra, señores:
el Emperador me casa
con Flora, aunque no lo dice,
ni me ha dado la palabra.
¿No es verdead, Flora? FLORA. Assi es.

TRISTA. Pues oygan señoras damas,
que aunque esta Comedia nuestra
su autor, como han visto, llama

quiere que a verla y honrarla
vengan muchas, y que vean
quanto por el mundo passa,
muchas fiestas, muchas bodas,
toros y juegos de cañas,
muchos novios las solteras,
muchos hijos las casadas,
mucha salud, mucha vida,
muchas joyas, muchas galas,
y lo demas que quisieren,
que aqui la Comedia acaba.

ERRATAS.

Pagina.	*Linea.*	*Dice.*	*Lease.*
5.	5.	Carcanos.	*Cercanos.*
16.	7.	amorso.	*amoroso.*
64.	17.	miradose.	*mirandose.*
79.	20.	agavios.	*agravios.*
16[illegible]	12.	voloz.	*veloz.*
169.	32.	execeda.	*exceda.*
200.	30.	lo.	*los.*
La pagina	112.	ha de ser	212.
229.	1.	per.	*por.*
245.	18.	hambres.	*hombres.*

00101859

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 25 June, 2016